«Holly Bourne tiene algo muy especial.»
Patrick Ness, autor *best seller* de *Un monstruo viene a verme*

HOLLY BOURNE

LOS LUGARES QUE ME HAN VISTO LLORAR



Es autora y periodista. Su formación en feminismo empezó cuando leyó *Cómo ser mujer*, de Caitlin Moran, pero fue su trabajo en una asociación benéfica de asesoramiento para jóvenes y su experiencia con el machismo diario lo que la impulsó a escribir la aclamada trilogía *¿Ya soy normal?, ¿Esto es amor?* y *¡Lucha como una chica!* Holly ha dado charlas en #FeminismYA por todo el Reino Unido e Irlanda. En 2016 fue una de las autoras World Book Night y quedó finalista pare el YA Book Prize.
Puedes seguirla en:

www.hollybourne.co.uk
o en Twitter @holly_bourneYA.

Parecía amor. Sabía a amor. Pero esta no es una historia de amor.

Amelie se enamoró profundamente de Reese, y creía que él también la quería. Sin embargo, empieza a entender que el amor no debería doler de este modo.

Ha decidido rememorar su historia y volver a visitar todos los lugares donde él la hizo llorar. Para desentrañar qué sucedió. Porque quizá, si desentraña qué sucedió entre ellos, por fin pueda empezar a superarlo.

«Un golpe de cruda realidad potente y necesario.» Laura Bates, autora de *Sexismo cotidiano*

«Inteligente, divertido, honesto.» *The Independent*

«El libro que todas las jóvenes necesitan en su estantería.» *Red Magazine*

Parecía amor.
Sabía a amor.
Pero esta no es una historia de amor.



HOLLY BOURNE

LOS LUGARES QUE ME HAN VISTO LLORAR

Traducción de Alicia Bueno y Laura Obradors

LUNA ROJA

¿Ves a la chica que está llorando?

No siempre es fácil percatarse de que está. A veces es una figura cabizbaja que finge estar mirando el móvil y usa el pelo para esconder los ojos hinchados y las mejillas manchadas de lágrimas. Otras veces, tiene la cabeza apoyada en la ventana del bus y mira hacia fuera para que no la veas llorar.

Lo quiere esconder, pero hay detalles que la delatan: un sollozo ahogado, una ligera sacudida de la espalda o una mano que pasa por debajo de los ojos, limpiando unas lágrimas que enjugará en el vestido rápidamente para que nadie se dé cuenta.

Hay chicas que lloran sentadas en un banco del parque. Chicas que lloran en el vestíbulo de la estación de tren. Otras lloran en medio de una discoteca, o en una parada de bus. Hay chicas que lloran al final de la clase. Chicas que se sientan en la acera, se agarran fuerte los pies y derraman lágrimas que caen en el hormigón frío a altas horas de la madrugada. Chicas que lloran en los baños del colegio, en puentes o en medio de una fiesta.

Esta es la historia de una de ellas.

¿Por qué no para de llorar?

O tal vez deberíamos preguntarnos: ¿por quién llora?



El banco sobre las vías del tren

Es la una y media de la madrugada y aquí estoy, donde todo empezó.

Claro, por supuesto que hace frío. Es la una y media de una madrugada de mediados de febrero y no llevo la ropa apropiada. Tan solo llevo la chaqueta por encima del pijama y he salido con las zapatillas de andar por casa. Y aquí estoy: sentada en este banco, tiritando de frío, enfundada en una chaqueta de piel sintética que no calienta y sin saber muy bien qué estoy haciendo aquí.

La cosa es que estaba tumbada en la cama en uno de esos momentos tan habituales de no-dormir y de intentar-entender-qué-demonios-pasó y de pensar-que-todo-ha-sido-mi-culpa y hacerme-un-ovillo-y-desaparecer cuando, de repente, hace exactamente treinta minutos, he tenido una revelación.

Tenía que venir aquí.

Tengo la respiración entrecortada y de mi boca salen nubecitas de niebla cristalizada que se alejan flotando hasta las vías del tren. Este callejón es tan tranquilo. Es como si el mundo entero estuviese dormido..., salvo yo y mi corazón roto.

Por ti he llorado lo que no está escrito, pero es inútil, no logro superarlo. Y aquí estoy, sentada en medio de esta noche helada, con los dientes castañeteando e intentando entender. Tan solo entender.

Este banco no parece nada del otro mundo. Le falta un tablón, tiene una pátina musgosa y está lleno de grafitis horrendos. Sin embargo, este banco anodino sí es relevante porque es, precisamente, el primer sitio en el que lloré.

No fue la primera vez que lloré en mi vida, claro que no, pero sí fueron las primeras lágrimas que puedo relacionar contigo. Con nuestra historia. Aunque, por aquel entonces, éramos más bien un mero garabato.

Tal vez si logro desenmarañar el lío de tinta de todo este relato y llegar a ese garabato inicial, pueda entender, al fin, qué pasó.

Este banco es el punto de partida. Y aquí estoy.

Me acurruco dentro de la chaqueta y cierro los ojos, dispuesta a evocar el recuerdo.



—No te preocupes —dijo mamá mientras me miraba comer los cereales—, todo el mundo será nuevo.

Me sonrió de esa manera. Una sonrisa suplicante que me rogaba que no la hiciera sentir culpable.

—Todos van a conocer como mínimo a una persona. Yo, literalmente a nadie.

—Bueno, pero por la tarde ya sí.

No me terminé los cereales y tuve que sacar los restos blandurrios con los dedos antes de tirar el resto de la leche por el fregadero.

—Espero que sí —dije, antes de volver a una habitación que no sentía mía en absoluto. Además, todavía no había desempaquetado las cajas, lo cual no ayudaba mucho.

Mi vida estaba metida en cajas amontonadas que esperaban que yo admitiera por fin que ahora mi situación era esta y me decidiera a abrirlas. Hasta entonces, me había limitado a sacar la ropa, el tocadiscos, los vinilos y mi guitarra, mi querida guitarra.

No tenía tiempo de tocar, pero la cogí, me pasé la correa por encima de los hombros y me senté en el borde de la cama. Rasgué un acorde y sentí que me relajaba. Me puse a cantar flojito.

—Vamos, Amelie. Vamos a llegar tarde —dijo mamá desde el final del pasillo. Qué raro era que toda la casa estuviese repartida en un solo piso.

A regañadientes, volví a colocar la guitarra donde estaba.

—Ya voy.

El coche estaba ardiendo cuando me dejé caer en el asiento delantero. Sentí como si me hundiera en un abrazo incómodo. Me sudaban las piernas. Parecía que el verano no se quería ir, a pesar de que ya era septiembre. Salimos del parking comunitario y subí el volumen de la radio, pero mamá lo bajó de nuevo.

—¿Seguro que quieres volver andando a casa? Llámame si te pierdes.

—Mamá, tengo lo que se llama un móvil. Con mapa y todo.

—Bueno, pero puedes llamarme.

Pasamos por calles desconocidas, giramos en esquinas desconocidas, vimos a estudiantes desconocidos que iban andando hacia el mismo instituto que yo, un instituto desconocido. Caminaban en grupos y yo me hundía en el asiento. Quedamos atrapadas en un atasco de coches que intentaban encontrar aparcamiento. Los gases de los tubos de escape entraron por el aire acondicionado de nuestro coche y acabamos sumidas en una nube que apestaba a contaminación.

—Creo que será mejor que bajes aquí —dijo mamá—. ¿Seguro que estarás bien?

Asentí, pero no era la verdad. Y nada de esto era culpa de mamá, ni tampoco era culpa de papá. Me había visto obligada a abandonar mi vida anterior y no poder culpar a nadie de ello era lo peor de aquella situación.

—Espera. —Metió el coche en un aparcamiento libre. Cuando fui a abrir la puerta, mentalizada para aventurarme hacia lo desconocido, mamá me puso una mano en el hombro—. ¿De verdad que estarás bien? —preguntó por tercera vez con su acento pijo que había dejado de ser un acento desde que vivíamos aquí—. Siento mucho todo esto, Amelie. Sé que no es lo que querías.

Sonreí y asentí. Lo hice por ella.

—Estaré bien.

Me dejó en la acera, envuelta en una nube de gases de los tubos de escape y vi como se alejaba en medio de aquel enjambre de coches. No tenía muy claro hacia dónde tenía que ir, así que me limité a seguir a la gente de mi edad, que caminaban todos en la misma dirección. De repente, me abrumó la timidez, siempre acompañada del picor del sarpullido del pecho. Estupendo, justo lo que necesitaba en el primer día en un nuevo instituto en una nueva parte del país: ser la friki del sarpullido.

Me puse detrás de dos chicas y me abotoné la cazadora vaquera a pesar del calor que hacía. Al menos así escondía un poco la rojez

del pecho.

El picor aumentó cuando me imaginé el horror que me esperaba ese primer día.

- Tener que ir por ahí suplicando con la mirada a la gente para que hablara conmigo.
- Tener que ir por ahí sin saber a dónde ir ni qué hacer, y sentirme insegura por ser una inútil en las funciones sociales más básicas.
- Ser un imán para algún friki raruno que sería el único que me hablaría y luego tener que pasar el resto de mi vida siendo su amiga por obligación moral.
- No saber dónde sentarme durante la hora de comer y terminar sola en un rincón, viendo como el resto del mundo es tan simpático y extrovertido como a mí me gustaría ser.
- Tener que presentarme y que se me trabase la lengua y que me saliese la voz ronca y que mi sarpullido se pusiera como un tomate y que todos pensaran que soy un bicho raro.

Las chicas que caminaban delante de mí charlaban animadas y pude oír algunas frases sueltas de lo que decían.

—¿Viste a Laura el día de las notas? Ahora es más gótica que una gárgola. ¿Crees que su novio nuevo sabe que le encanta Taylor Swift? Tal vez se lo deberíamos decir. —Se rieron y se me contrajo el estómago.

Realmente las chicas podían llegar a ser perversas. En Sheffield vivía en mi burbuja de buenos amigos a los que quería y en los que confiaba. Había tardado dieciséis años en encontrar a personas con las que congeniaba. Tener que volver a empezar de cero era una pesadilla.

Las chicas giraron a la izquierda y las seguí. Y ahí estaba, mi nuevo instituto, acabado de pintar para estrenar el curso académico. Los estudiantes se dirigían hacia las diferentes entradas como hormigas y parecía que todo el mundo ya conocía como mínimo a una persona. Se saludaban con abrazos y se preguntaban qué tal había ido el verano. Se reían y hablaban muy alto y muy emocionados, todos esforzándose por mostrar lo mejor de sí

mismos en ese primer día, en ese nuevo comienzo. A fin de cuentas, la ciudad era pequeña. Lo máximo a lo que podían aspirar era a renovar un poco su imagen durante los meses de verano. Yo y mis botas de piel marrón estilo cowboy, en cambio, éramos del todo nuevas. Todos y cada uno de los rostros de esta muchedumbre eran totalmente nuevos para mí. En el fondo, podía haber sido un pensamiento liberador, ¿no? Tener la oportunidad de empezar de cero. Pero es que yo no quería empezar de cero. Yo quería volver a Sheffield, con Jessa y Alfie.

Alfie…

Casi me saltaron las lágrimas, allí, en medio de la gente, antes de empezar mi primer día. Sentí que se acumulaban detrás de los párpados y que me ahogaba la tristeza. Entonces, precisamente porque me conocía, me conocía bien y me quería tanto y tan bien, Alfie sintió mi desazón.

Noté que el móvil vibraba.

Alfie: Muchísima suerte hoy. Sé tú misma. Con sarpullido y todo. Estoy seguro de que vas a hacer amigos. Y recuerda: dos años :* :*

Me hice a un lado y esbocé una sonrisa, pero era una sonrisa agridulce.

Amelie: ¡¿CÓMO SABÍAS LO DEL SARPULLIDO?! :*

En aquel momento, sonó una campana y miré la hora en la pantalla del móvil: las ocho menos cinco. Tenía cinco minutos para encontrar el aula D24 y conocer a mis compañeros de clase. Rebusqué por el bolso y saqué un mapa del campus. Al ubicar la cafetería justo delante, me percaté de que me temblaban las manos. Afortunadamente, parecía que el aula D24 estaba en el edificio de audiovisuales, justo a la derecha de la cafetería.

«Ves», pensé. «No es tan terrible: sobrevives».

El móvil vibró de nuevo.

Alfie: Echo de menos tu sarpullido. Hoy irá todo genial, ya lo verás :* :*

Cerré los ojos con fuerza. Sintiendo el sol en los párpados, casi podía ver cada curva, cada detalle de la cara de Alfie. A mi alrededor, los últimos estudiantes correteaban para no llegar tarde. Veía la peca que tenía justo al lado del ojo izquierdo, los mechones de su pelo rebelde. Mis dedos escribieron un mensaje instintivamente:

Amelie: Te quiero.

Me quedé mirando la pantalla, viendo como el cursor parpadeaba, expectante, al lado de la «o». Me invadió una ola de sentimientos y emociones y borré el mensaje. Miré como cada letra desaparecía de la pantalla, como se desvanecía la verdad. Volvió a sonar la campana: iba a llegar tarde el primer día de esa nueva vida que me había tocado vivir.

Amelie: Te echo de menos.

Este fue el mensaje que le mandé.
No era mentira, pero tampoco era toda la verdad.



Aquí, sentada en este banco a las tres de la madrugada, niego con la cabeza. No respiro. Jadeo, más bien. Tengo tanto frío que no puedo concebir volver a sentir calor. No hace tanto tiempo de ese día caluroso. Sin embargo, sentada aquí a estas horas intempestivas, parece que hayan pasado mil años.

¿Y si hubiese mandado ese mensaje?

Este es uno de los grandes interrogantes de mi vida y no he dejado de pensar en ello. ¿Qué habría pasado si le hubiese dicho a Alfie que lo quería? Si no hubiese borrado la verdad. ¿Qué habría pasado si hubiese seguido mi instinto, esa parte de mí que había escrito «Te quiero»... a pesar de que teníamos ese estúpido acuerdo entre nosotros? Si hubiese mandado ese primer mensaje, ¿habría ocurrido todo lo que vino después?

Nunca lo sabré.

La cuestión es que nunca le dije a Alfie que lo quería. Me quedé en un «te echo de menos». Mandé el mensaje, esperé para ver como aparecía el doble tic, metí el móvil en la bolsa y fui pitando a clase.



Cuando una es tímida, lo peor que le puede pasar es llegar tarde a clase. Abrí la puerta del aula D24 hecha un manojo de nervios sudado y vi como todas las cabezas se giraban hacia mí, cual suricatas. Me enderecé la cazadora para esconder el maldito sarpullido, que no paraba de expandirse.

—Siento el retraso —murmuré al tutor.

—No te preocupes. No eres la última en llegar. Muchos se pierden en su primer día. —Gesticuló en dirección a una silla vacía del circulo.

Me dejé caer en ella y evité todo contacto visual con quienes estaban sentados justo en frente de mí.

—Como decía —siguió el profesor—, me llamo Alistair y voy a ser vuestro tutor durante los próximos dos años. —Parecía joven, era

pelirrojo y llevaba una camisa rosa—. Sois muy afortunados porque soy un gran profe.

Se oyó un murmullo de risitas tímidas entre los estudiantes y levanté la mirada para observar a mis nuevos compañeros. Era evidente que se habían pasado la vida escogiendo el atuendo perfecto para hoy, para demostrar quiénes eran. Eran un gran quiero-y-no-puedo. Delante de mí estaba sentado un chico que llevaba una camiseta con un eslogan político estampado en el pecho y una libreta con tapas de cuero para que supiésemos todos que era un activista cultureta. A su lado había una chica con el pelo rosa acabado de teñir que llevaba unos cascos alrededor del cuello y un pichi de tela vaquera y medias amarillas. Yo, precisamente, no estaba en posición de juzgar a nadie. Me había costado horrores elegir qué vestido de abuela quería llevar y no me entraba en la cabeza que hacía demasiado calor para ponerme uno de mis jerséis de punto habituales. Ya lo había dicho Alfie una vez: «No te quitarías tus jerséis enormes ni para ir a la guerra». Luego me había quitado el jersey y se había quedado observando mis hombros como si fuesen los más bonitos de la Tierra. Mi estilo se puede resumir así: si alguna abuela de por ahí acaba de morir en un vestido, ese es el que me quiero poner. Ni siquiera tengo un par de vaqueros.

De repente, la puerta se abrió de par en par y una chica con el pelo rojo y un flequillo perfecto apareció en el umbral.

—¿Esta es la D24? —preguntó. No parecía que le importara lo más mínimo que todos se hubiesen girado para mirarla.

—En efecto —respondió Alistair—. Pasa, siéntate.

La chica entró con toda la pachorra, me dedicó una sonrisa y se sentó a mi lado.

—Hola —me susurró, así, sin más—. Me llamo Hannah.

—Hola —logré decir a pesar de que se me había hecho un nudo en la garganta.

Alistair nos pidió esperar cinco minutos más al único que faltaba, pero no apareció, así que nos dio la bienvenida al instituto y se puso a explicarnos por qué estar allí iba a ser diferente de cómo había sido hasta entonces. En el instituto ya no había uniforme ni tampoco nos castigarían. Ni siquiera era obligatorio ir a clase, pero nos

expulsarían si no llegábamos al ochenta por ciento de asistencia. Las clases del primer día iban a ser introductorias y a partir del día siguiente la cosa ya iría en serio.

—Os han dividido en grupos en función de las asignaturas que habéis elegido, y todos vosotros tenéis en vuestra combinación algún curso de artes escénicas —explicó—. Yo soy el coordinador de las asignaturas de artes escénicas y por este motivo soy vuestro tutor.

De repente, saltó encima de la mesa y se puso a bailar, moviendo los pies al estilo cancán y las manos como si bailara jazz. El aula entera estalló en risas y cruzamos miradas medio desconcertadas.

—Así que espero que todos y cada uno de vosotros participe en el festival del trimestre —canturreó como si imitara a Frank Sinatra. Luego hizo una pirueta y bajó de la mesa pegando un brinco—. Estupendo, vamos a conocernos un poco.

La siguiente hora fue un auténtico infierno. Y creo que me quedo corta. Alistair quería que nos pusiéramos de pie y contáramos tres cosas sobre nosotros mismos. Encima, las teníamos que cantar. Me revolví en la silla, sentía como el maldito sarpullido se esparcía y todo me picaba porque nadie más parecía estar tan incómodo como yo. Supongo que los estudiantes de artes escénicas no son individuos de naturaleza introvertida. De hecho, soy la única cantante que conozco con cierto grado de ansiedad social.

—Me llamo Darla —canturreó la chica con el pelo rosa—. Me encanta escribir canciones, hacer fotos de puestas de sol y vivir cada día como si fuese el último.

—Hola, Darla —teníamos que contestar, cantando.

Luego fue el turno del chico de la libreta de cuero, que estaba claramente contrariado.

—Me llamo George —dijo con una voz ronca—. Me gusta leer, el fútbol y la política, y sospecho que este no es mi grupo porque yo no hago nada de artes escénicas.

Alistair soltó una carcajada.

—¡Oh, George, no! —cantó con tono dramático, como si estuviese en medio de un musical—. Es muy probable que no sea tu

grupo. Vamos a ver la lista. —Hizo otra pirueta y echó un vistazo a sus papeles—. En efecto, tu nombre no está en la lista —cantó de nuevo—. Lo siento de corazón, pero este no es lugar para tiiii.

—Mierda —contestó George.

Alistair ignoró su comentario y se fijó en la hoja de bienvenida del joven.

—Tu aula es la B24, no la D24 —entonó con voz potente.

—No jodas.

—Palabrotas no, por favoooor…

George recogió sus cosas, agarrando la libreta de cuero todavía con fuerza.

—Vamos a despedirlo como se merece —dijo Alistair, y se puso a cantar «Adiós», de *Sonrisas y lágrimas*.

El resto del grupo se unió a la canción, como si fuese la cosa más normal del mundo. Todos excepto Hannah, que me miró, puso los ojos en blanco e hizo como si se pegara un tiro en la sien.

Cuando le tocó a ella, se puso de pie y dijo:

—Yo soy de teatro, no de música, así que no voy a cantar.

—Como quieras —canturreó el profesor.

—Me llamo Hannah —tenía una voz que se hacía escuchar, calmada, pero contundente— y me gusta el teatro, pero no aguanto los musicales y esto… —Hizo una pausa dramática—. Esto es una auténtica pesadilla.

El grupo ahogó un grito, pero Alistair quedó totalmente impasible ante la crítica.

—No me puedo creer que alguien de mi grupo diga que no le gustan los musicales —murmuró—. Debe de haber alguna equivocación.

Hannah se encogió de hombros y se sentó de nuevo. La siguiente era yo. El resto de compañeros se giraron hacia mí y noté que se me encogía el pecho y los pulmones quedaban aprisionados entre las costillas.

Como si fuese un concierto, un concierto nada más, me decía a mí misma mientras me levantaba. ¿Pero cómo demonios voy a cantar si no tengo aire ni para respirar? Venga, va, como si fuese un

concierto. Ya llevo varios y siempre he sobrevivido. Respira, respira a fondo…

—Me llamo Amelie —noté que se me quebraba la voz, pero cantar me hizo reponerme—. Acabo de mudarme desde Sheffield. Me gusta escribir canciones, cantar y tocar la guitarra.

Y como también ocurría en los conciertos, seguía viva. Vi que los demás tenían una sonrisita en la cara, una expresión bastante indiferente.

Alistair me sonrió cuando me senté.

—Tienes una voz muy bonita, Amelie —comentó, y todas las cabezas se giraron hacia mí de nuevo y me convertí en un sarpullido con patas. Durante unos instantes, y a pesar de que era un comentario positivo, lo detesté con todas mis fuerzas por haberme hecho destacar, por haberme convertido en el centro de atención. Me hundí en la silla y escondí la cara detrás de la melena hasta que todos se hubieron presentado.

Claro que aquello eran los Juegos Olímpicos de la Humillación Pública y la cosa fue de mal en peor. Alistair quiso hacer unos ejercicios «divertidísimos» para romper el hielo. En uno de ellos, teníamos que pasarnos una «esfera de energía» de unos a otros acompañando el gesto de unos ruidos y unos aspavientos completamente ridículos. Yo me limité a pasar la «esfera» de izquierda a derecha diciendo «zip». Hannah tampoco dijo nada más que un simple «zip».

—Tierra, trágame, por favor —murmuró una vez hubo pasado la esfera energética.

Le sonreí con vehemencia, como intentándole mostrar que éramos iguales y que podíamos ser amigas. Luego, Alistair nos dio unas tarjetas donde había cosas escritas como «Color preferido: rosa» o «Le gusta correr» escritas en una de las caras. El objetivo era encontrar a las personas que encajaran con estas características. En ese momento me pasó por la cabeza salir por la puerta y abandonar los estudios. A papá y a mamá les diría que no estaba hecha para esto. Sin embargo, en una de las tarjetas decía «Viene de otro lugar» y todo el mundo vino en bandada hacia mí, así que no tuve que acercarme a nadie y me pude limitar a contestar: «Sí, de Sheffield».

Una vez todos me hubieron marcado en esa tarjeta, se pusieron a hablar entre ellos como si fuese lo más fácil del mundo. Yo me quedé al margen, con las tarjetas en la mano, las axilas como aspersores y sintiendo una profunda nostalgia por mi vida anterior, por mis amigos. En ese momento, oí la voz de Hannah a mi espalda.

—¿Puedes fingir que te gusta el rosa, por favor? —preguntó.

Me giré y le dediqué una gran sonrisa.

—Por supuesto. Si es mi color preferido desde que era pequeña —contesté.

—Oh, qué bien. Qué casualidad. —Lo apuntó en la hoja—. ¿Y tienes mascota?

—Sí —asentí con la cabeza—, un unicornio.

—Anda, ¡yo también!

Sonreímos todavía más y apunté su nombre en la casilla.

—Hannah, ¿verdad?

—Sí. Y si quieres puedo decir que tengo un hueso roto.

—Excelente. ¿Cuál?

—Todos —contestó encogiéndose de hombros—. Me tiré por el hueco del ascensor en protesta por tener que jugar a esta cosa. Todos y cada uno de mis huesos están rotos. Soy un verdadero milagro de la ciencia.

Soltamos una risita y seguimos haciendo migas.

—¿Tienes el pelo rizado? —le pregunté.

—Bueno, cuando me lo rizo. Sí, entonces sí.

—¿Eres zurda?

—A veces tengo que mirarme la mano izquierda para distinguirla de la derecha. ¿Eso vale?

—Por supuesto.

—Vale, ahora me toca a mí. ¿Has vivido en el extranjero?

—Vivía en Sheffield —respondí.

—Clarísimamente en el extranjero.

Darla nos interrumpió al grito de «¡BINGO!». Todos aplaudimos y ella pronunció un discurso como si estuviese recibiendo un Óscar.

Alistair nos explicó cómo era el campus y cómo funcionaba el horario, y dijo que podíamos acudir a él siempre que lo necesitáramos. A pesar de ser tan extrovertido, me cayó bien. Sin

duda, la hora de tutoría nunca iba a ser aburrida. Al final, nos dejó ir y todo el mundo salió del aula charlando como si fuesen amigos de toda la vida.

Yo me entretuve un poco con la mochila y tardé más tiempo en meter la libreta dentro. Hannah estaba todavía metiendo cosas en la suya y yo estaba deseosa de que habláramos un poco más. Al final, cerró la cremallera y levantó la mirada.

—Sobrevivimos. ¿Ya te sientes parte de la secta?

—Siento que voy a necesitar terapia hasta el último de mis días.

—¿Ahora qué tienes? —preguntó, riéndose.

Nos pusimos a caminar, salimos del edificio de audiovisuales y fuera brillaba el sol. Cientos de estudiantes correteaban de un lado a otro, parándose de vez en cuando para echar un vistazo al mapa para ver si iban en la buena dirección.

—Lengua —contesté.

Hannah se puso unas gafas de sol de aviador.

—Lástima, yo tengo Literatura. Qué pena, habríamos estado en la misma clase. Pero bueno, estamos en el mismo edificio. ¿Tienes el mapa?

Caminamos juntas hasta mi aula. Me contó que, en vez de quedarse en su antiguo colegio, había decidido cambiar de instituto.

—Era un cole religioso y llegaron a prohibir las camisetas de tirantes a las alumnas de bachillerato incluso en verano. Ni de coña me quedo en un sitio así.

Ella era una de los cinco únicos estudiantes que habían dejado el colegio para hacer el bachillerato, aquí. Entonces, llegamos a mi aula y me cercioré de que realmente fuese la correcta.

—Luego vamos a encontrarnos unos cuantos para tomar un café —comentó Hannah mientras se ajustaba la correa de la mochila—. Iremos al centro, a un café llamado BoJangles. ¿Por qué no te pasas a eso de la hora de comer?

Casi le salto al cuello para abrazarla. Si hubiese tenido que dar yo el primer paso, no habría mencionado vernos de nuevo a pesar de que lo deseaba con toda mi alma. Emití un «sí» que sonó como un

balido de oveja y pregunté dónde estaba el sitio en cuestión. Hannah me lo enseñó en el móvil.

—Claro, todavía no conoces esta miniciudad. Qué mona —dijo —. No te preocupes, le pillarás el truco en nada. Bueno —Se quitó las gafas y dijo adiós con la mano—, nos vemos luego.

—Hasta luego —contesté, y me quedé mirando como su pelo, de un rojo intenso, se perdía entre la muchedumbre—. Gracias —añadí en un susurro, casi para mis adentros.



Hace tanto, tanto frío. Creo que voy a tener que irme pronto. Encima de la superficie del banco se está formando una delgada capa de hielo que avanza amenazadoramente hacia mi trasero. Inclino la cabeza hacia delante, pongo los pies encima del banco y hundo los ojos en las rodillas.

Hannah y yo ya no somos amigas.

A decir verdad, ya no tengo amigos.



El resto de ese primer día fue tan bien como podía ir. Encontré todas las aulas y conocí a todos mis profesores, que insistieron en que esa última etapa de la secundaria iba a ser mucho más dura que la anterior. La profesora de Música era la señora Clarke y parecía bastante guay. Además, era la más importante. Luego fui al BoJangles y estuve sentada y callada mientras Hannah me presentaba a Jack y a Liv. Estuvimos hablando sobre las diferencias entre el norte y el sur de Inglaterra.

—Bueno, vosotros abrís las vocales así como más.

—¿Qué dices? ¿Cómo que ponéis salsa de carne en las patatas fritas? Por dios, qué asco.

—Oye, pero exactamente, ¿Sheffield dónde está? Ah, ¿aquí? Entonces, ¿dónde están las Midlands si esto ya es el norte? Yo pensaba que Sheffield estaba más arriba.

—¿Tocas la guitarra? —me preguntaron cuando ya no quedaban más palabras en el diccionario que pronunciáramos diferente—. ¿Compones todas tus canciones? ¡Uau!

Para ser el primer día, no fue mal. Entre ellos se conocían mejor de lo que me conocían a mí, pero habían cambiado de instituto precisamente para conocer a gente nueva y yo era una persona nueva. Era evidente que Hannah era la líder de este grupito de desertores que habían huido del colegio religioso. También era evidente que a Jack le gustaba Hannah. La miraba con ojitos de cachorro mientras ella despotricaba de lo anticuado que era el teatro de su antiguo colegio.

—¿Por qué te has mudado desde Sheffield? —preguntó Hannah mientras comprobaba en un espejito que su flequillo perfecto siguiese en su sitio.

—Echaron a mi padre del trabajo y no encontraba nada allí, en el norte.

Hannah guardó el espejito y me miró con compasión.

—Vaya mierda —afirmó. Y los demás hicieron gestos de aprobación mientras sorbían la espuma del café.

—No pasa nada —mentí—. Mi madre creció cerca de aquí, así que ya había estado por esta zona varias veces.

—Bueno —siguió Hannah—, pero por si no lo sabías, aquí ponemos kétchup en las patatas. Nada de esa salsa vuestra.

—Blasfemia.

Y sonreímos. Una sonrisa que indicaba el nacimiento de una nueva amistad.



Por aquel entonces todavía no te había conocido. Ese día todavía pertenece al «Antes». Aunque quizás ese primer día, mientras caminaba bajo el sol hacia una casa que todavía no era mi hogar, ya tuve un presentimiento.

Lo único que recuerdo es que incluso casi me sentía bien volviendo al piso nuevo. El mapa del móvil me llevó por este callejón a modo de atajo, por la parte trasera de los jardines de las casas.



Me quedaban dos horas para tocar la guitarra antes de que volviesen mis padres y, caminando bajo el sol, unos versos me vinieron a la mente. El callejón giró hacia la izquierda y salí a un puente medio desvencijado que cruzaba las vías del tren. El móvil me indicaba que lo atravesase y así lo hice. Sin embargo, en medio del puente me paré y miré como los raíles se perdían en el horizonte. Mi mente quedó casi en blanco y unos versos se colaron en mi subconsciente.

Veo un horizonte a ambos lados… Siento tu amor en lo más profundo de mi ser… Quiero deshacer el camino, pero la senda se ha desvanecido…

Al instante, supe que lo tenía que apuntar. Estaba naciendo una canción. La escribí en el móvil inmediatamente para no olvidarme, para que no desapareciera en la nada. Y justo cuando acababa de escribir la última palabra, el móvil se puso a vibrar.

Cuando me lo puse en la oreja para contestar, me dio un vuelco el corazón.

—¿Hola? —dije, aunque cada fibra de mi ser era muy consciente de quién me llamaba.

—¡Ammy! ¿Qué tal te ha ido?

La voz de Alfie me envolvió en una nube de seguridad y confianza. Su voz era la voz de mi hogar. Y, sin embargo, se sentía tan, tan lejos de ese puente sobre las vías del tren. Hice de tripas corazón para ignorar el nudo que se había formado en mi estómago.

—No fue mal del todo. He conocido a una chica, Hannah, que hace teatro. Es agradable y simpática. Y las tablas de mezclas del estudio de música no están nada mal.

Se rio y lo vi riéndose en mi cabeza: con la mano levantada, delante de la barbilla, y un ojo un poco más entrecerrado que el otro.

—Eso es lo más importante —contestó—. Me alegro de que no todas las princesitas del sur sean terribles.

Aguantando el móvil entre la oreja y el hombro, me puse a caminar lentamente hacia el banco que había al otro lado del puente y me senté en el mismo punto en el que estoy sentada ahora mismo.

—Dudo que alguien quiera ser mi amigo si les llamo «princesitas del sur».

—Tienes razón —volvió a reírse—, pero siempre puedes pensarlo por dentro. De hecho, si no lo piensas no te dejaremos volver a Yorkshire.

—Más os vale dejarme volver.

Se oyeron risas de fondo, luego una especie de pelea, Alfie gritó «¡Eh!» y, acto seguido, la voz de Jessa.

—¡¡Amelie!! ¡Te echamos de menoooos! ¡Vuelve aquí arriba, coño!

—Yo también os echo de menos —respondí con una media sonrisa. La cara, descompuesta.

—Ha sido muy raro ir al cole y que no estuvieras —continuó Jessa—. Fíjate que se me pasó por la cabeza coger un gran globo y ponerle un jersey de punto alrededor para fingir que eras tú.

—Pues ahora mismo no llevo ningún jersey —repliqué—, porque hace demasiado calor.

—¡Mirad lo que dice! —bramó en otra dirección—. ¡Dice que hace tanto calor que ni siquiera lleva jersey!

Oí expresiones de incredulidad.

—¡Que mande una foto! Si no, no nos lo vamos a creer —gritó Kimmy.

Más griterío y más risas, y yo me incliné hacia delante con una mano apretándome la tripa.

—Oye, Jessa, devuélveme el móvil, vamos —decía Alfie—. Te daré una patata, sí. Vale, tres. Oye, ¡esto no son tres! Vamos… A ver… Ammy, ¿sigues ahí?

—Sigo aquí.

—Espera, voy a dejar que se alejen un poco y así podemos hablar.

Oí que caminaba por encima de gravilla.

—¿Dónde estáis? —le pregunté, haciendo esfuerzos para no gimotear.

—Oh, en el jardín botánico, como siempre.

Me los podía imaginar perfectamente. Sabía dónde habían ido a comprar patatas y sabía en qué banco se iban a sentar.

—¿Qué te has puesto en las patatas? —lo pregunté aun sabiendo la respuesta.

—Oh, salsa de carne, queso y mayonesa: el ingrediente secreto.

—La mayonesa lo estropea todo, ya lo sabes.

—Soy un visionario, Ammy —hizo una breve pausa—. Te echo de menos —dijo, al final—. En el cole ha sido horrible. Era todo muy raro.

Tragué saliva y parpadeé mirando al cielo, de un azul intenso.

—Dos años pasan rápido —dije.

—Eso espero —se hizo otra pausa—, ¿pero tú estás bien? He estado pensando en ti todo el día. Te he mandado buenas vibraciones. ¿Las has recibido?

Se me escapó una lágrima furtiva. La primera de muchas. La recogí con la punta de un dedo.

—Sí. Gracias.

Suspiramos, pero no pronunciamos las palabras. Nos lo habíamos dicho todo antes de que me fuera.

—¿Qué tal te fue la primera clase de Química de bachillerato? —cambié de tema hacia algo un poco más animado—. ¿Te dejaron

usar el mechero Bunsen?

—Ah, ¡cuántas veces te tengo que decir que la química es mucho más que mecheros Bunsen!

—Sucumbe a la verdad: sabes que los mecheros Bunsen son la razón por la que te gustan las ciencias.

Alfie se rio, pero era una risa triste. Oí que Kimmy y Jessa discutían a lo lejos.

—Creo que será mejor que vaya para allá —dijo Alfie, al final—. No me van a dejar ni una sola patata.

No quería que colgara. No quería dejar de escuchar su voz, pero habíamos acordado seguir adelante con nuestras vidas, aceptar esa situación de mierda. Habíamos acordado criogenizar temporalmente nuestra relación.

—Dos años, solo dos años —había dicho Alfie la noche antes de irnos, acariciándome las mejillas en medio de cajas en las que había metido los dieciséis años de mi vida—. Luego entraremos en Manchester y podremos volver a estar juntos.

—¿Y si no puedes esperar tanto?

—Claro que podré.

—No quiero que te sientas ahogado por mí y estés resentido conmigo —había dicho yo, llorando, sin estar convencida de lo que decía.

—Eso no va a ocurrir. Y tú tampoco te vas a sentir ahogada. Recuerda lo que hemos acordado: somos libres de hacer lo que queramos, pero nada de enamorarnos.

—No me puedo enamorar de alguien que no seas tú.

Cuando lo dije, lo pensaba de verdad.

Nos besamos, lloramos e hicimos el amor por octava vez seguida. Fue agridulce, torpe, algo mocoso, pero hermoso a pesar de todo. Después, nos quedamos despiertos toda la noche, susurrando lo maravilloso que iba a ser Manchester.

Dos semanas más tarde, cada centímetro que nos separaba era como un puñal que se clavaba en mis adentros.

—De acuerdo —le dije a Alfie por teléfono—. Gracias por llamar. Gracias de verdad.

Otra lágrima furtiva, que cayó en el vestido antes de que pudiera atraparla.

—Me alegro mucho de que tu primer día haya ido bien.

—Yo también… Gracias de nuevo.

Alfie colgó y yo me quedé un buen rato mirando la pantalla mientras sentía como me envolvía un dolor profundo. Me empezaron a temblar las manos, y el teléfono, y me cayó otra lágrima, esta encima de la pantalla. Y no aguanté más. Esa lágrima fue la confirmación oficial de mi tristeza. En ese banco, este mismo banco, cuando meses atrás hacía sol y todavía no te había conocido, dejé caer la cabeza hacia delante y lloré desconsoladamente. Cualquiera podía pasar por allí y verme en ese estado, pero el dolor que sentía era tan intenso que me daba todo igual. Mi espalda se estremecía con cada sollozo y mi vestido quedó lleno de lágrimas y de mocos.



Ahora mismo vuelvo a estar sentada en este banco, con el trasero entumecido por el frío. Estoy sentada en el mismo punto y me encantaría poder abrir un agujero de gusano en el espacio y consolar a mi yo de aquel día, aunque solo fuese darme unos golpecitos en la espalda. Extiendo una mano hacia delante, como si pudiera tocar a aquella pobre chica. Como si pudiera secarle las lágrimas, apartarle el pelo de la oreja y susurrarle al oído que no hiciera todas las cosas que estaba a punto de hacer. Esas cosas que me han llevado a estar sentada aquí, ahora. A ser esta cáscara de lo que un día fui, hueca y confundida.

Todo empezó aquí.

Todavía no entiendo muy bien qué pasó, pero sé que empezó aquí.

Tal vez, solo tal vez, si logro unir todos los puntos de esta madeja de acontecimientos, pueda comenzar a entender. Porque entender, no entiendo nada. Nada de lo que ha ocurrido durante los últimos seis meses tiene sentido alguno. Ni mi actitud, ni lo que perdí, ni el dolor que me causa. Es un caos terriblemente caótico.

Este banco es el punto número uno, el primer lugar que me ha visto llorar.

Cierro los ojos en el frío de la noche. Siento que mi yo del pasado se levanta, como si estuviese sentada sobre mi propio fantasma. Siento las lágrimas resbalándole por la mejilla, la espalda sacudiéndose. Y en la distancia temporal le susurro:

—Amelie, la cosa no ha hecho más que empezar.

Mis palabras se convierten en vapor helado, en una nubecita que se aleja flotando hacia las vías del tren.



La cafetería del instituto

Hace una semana que no nos vemos y los exámenes de mitad de semestre han disminuido mi tolerancia a estar cerca de ti. Siento que no hay suficiente oxígeno. Tal vez es porque fuera está cayendo el chaparrón del siglo y todo el mundo se ha refugiado de la lluvia. Tal vez es porque han puesto la calefacción al máximo y todas las ventanas están empañadas. O quizás es el olor de salsa boloñesa industrial que viene de la cocina. O tal vez es porque tú estás aquí. Con ella, en la esquina.

No puedo creer que estés aquí, besándola, y yo sintiéndome como si me estuviese muriendo.

Estoy sola, para variar. Estoy exhausta de pasar las noches en vilo y me dejo caer en la esquina opuesta de la cafetería, con las rodillas recogidas hasta el pecho y la capucha de la sudadera encima de la cabeza, como si fuese un caracol protegiéndose de quienes lo quieren pisar. Ya no voy nunca a la cafetería. Me suelo esconder en el aula de música o me aíslo en un cubículo de la biblioteca. Miro a mi alrededor y observo a la gente, sudada, riéndose y comiendo espaguetis, sin pensar en lo roto que puedan tener el corazón. Y, como una tonta, me fijo en ti. Veo como le sonríes por debajo del ala de tu sombrero. La miras como me solías mirar a mí y me duele tanto que siento que mi cuerpo ya no puede absorber más dolor.

¿Por qué me torturo de esta manera? Buena pregunta. Me la he hecho miles de veces desde que he llegado.

Veo a Jack y a Hannah acurrucados en una mesa cerca de la puerta, ignorándome como profesionales. Siento la bilis en el estómago, y el olor a comida todavía empeora la situación. Últimamente casi no como y mis padres están muy preocupados; y casi no toco la guitarra y la señora Clarke está muy preocupada; pero yo solo quiero que tú te des cuenta de cómo estoy y te preocupes.

Pero te da igual, Reese. Ni siquiera me ves.

La verdad es que tiene guasa porque aquí mismo fue donde nos conocimos y ese día desde luego me viste, me viste muy pero que muy bien.

Claro que, ese día, la cafetería no tenía el mismo aspecto que ahora.



—Uau, para ser una mierda de festival de instituto, se lo han currado —dijo Hannah tan pronto cruzamos el umbral de la puerta de la cafetería.

Los tres nos quedamos parados y miramos a nuestro alrededor, maravillados ante la transformación que había experimentado el lugar. Se había instalado un escenario de verdad donde solía estar la gramola. En la cocina habían montado un bar y habían colocado auténticas luces de escenario en el techo, además de focos que proyectaban galaxias brillantes en las paredes. Estaba abarrotado de gente, parecía que todo el instituto estuviese allí. Ya habían pasado dos semanas del semestre y todo el mundo parecía igual de entusiasmado por conocer a gente nueva y por charlar con los compañeros.

—¡Pero si los que hacen producción musical van siempre colocados! ¿Cómo han logrado montar todo esto? —bromeó Jack. Hannah se rio.

Los miré y sonreí. Creo que supe que se gustaban antes de que lo supieran ni siquiera ellos mismos. Tenía la suerte de ver en primicia la historia de amor de Jack y Hannah. Y me alegraba mucho por ellos, pero verlos así me hacía echar todavía más de menos a Alfie.

No me había escrito en una semana.

No tenía ninguna obligación de hacerlo, claro que no. Alfie era tan libre como yo. Así habíamos quedado, pero esto no impedía que

me cagara ante la idea de que hubiese conocido a alguien y se hubiese olvidado de mí y de Manchester. Y estos pensamientos me distrajeron de mi terrible pánico escénico inminente.

—¿Dónde tenemos que dejar las cosas? —pregunté mientras me cambiaba la guitarra de hombro.

—Ni idea —respondió Hannah—. Yo no necesito nada para mi actuación, pero supongo que en un aula, ¿no?

Inspiré hondo porque esto significaba que iba a tener que separarme de ellos y hablar con otra gente para saber a dónde tenía que ir. Esto me puso todavía más nerviosa de lo que ya estaba, y es que iba a tener que cantar delante de todo el instituto, un instituto nuevo. En Sheffield tenía a gente que me apoyaba y eso, de alguna forma, me reconfortaba ligeramente. Sin embargo, aquí no tenía ni idea de si mi música iba a gustar en absoluto.

—Voy a ver.

—Guay. Nosotros iremos a buscar algo de beber —dijo Jack mientras se abría la americana como un gánster y se tocaba la nariz con un dedo—. ¿Con qué lo quieres acompañar? ¿Coca-Cola o limonada? —Había traído una botellita de agua llena de vodka escondida en un bolsillo.

—Coca-Cola, por favor.

—Nos vemos luego al lado del escenario —gritó Hannah mientras Jack se la llevaba hacia el otro lado.

Desaparecieron en medio de la multitud, de la cual, pasadas dos semanas, empezaba a reconocer algunas caras. Me crucé con una chica de la clase de Lengua llamada Carolyn, que me dijo «Hola» cuando pasó por mi lado. La saludé con la mano y me puse roja, enfadada conmigo misma por ser una inepta social. No paraba de llegar gente y se hizo un tapón en la entrada porque todo el mundo se quedaba parado y maravillado al entrar en la cafetería.

«Vas a tener que cantar delante de toda esta gente».

Le dije a mi cerebro que, por favor, se callara y se centrara en lo que tocaba, que era buscar dónde dejar la guitarra. Entonces, vi a Darla y sus nuevas coletas verdes.

—¡Darla! —grité.

—Amelie, ¿qué tal?

Me abrí paso entre la gente y fui consciente de golpear a más de uno con la guitarra.

—Bien, estoy bien —dije—, pero no sé dónde tengo que dejar la guitarra. Tú también tocas, ¿Verdad? —Asintió—. ¿Sabes dónde tenemos que dejar las cosas?

—La gente las está llevando al edificio de música.

—Oh, claro, gracias. ¿Cuándo te toca? —le pregunté para ser amable.

—Soy la tercera. ¿Y tú?

—La penúltima.

Darla arqueó las cejas.

—Oh, entonces vas a tener toda la noche para estresarte.

Su comentario me sentó como un puñetazo en la boca del estómago. Me reí, claro, pero sonó más bien como un ratoncito gimiendo.

—Sí, ¿no? Una mierda. Bueno, gracias.

Me despedí, me volví a abrir paso entre la gente para cruzar el tapón de la entrada y, finalmente, salí de la cafetería y me envolvió la oscuridad de aquella noche tan agradable. Casi tenía demasiado calor en ese jersey. Me había puesto el gris, al que le había abierto agujeros para los pulgares en los puños. Por debajo llevaba un vestido vintage azul cielo y me había hecho una trenza desenfadada en el pelo. Entonces sentí que vibraba el móvil y lo miré de inmediato. ¡Alfie! ¡Seguro que era él!

Jessa: Mucha suerte en el festival, abuelita del jersey. Disfruta de tu pánico escénico y convenciéndote de que no vas a ganar. Siempre es divertido verte así :*

Sonreí, pero fue tan solo una media sonrisa porque, por mucho que la quisiera, Jessa no era Alfie y quien yo quería que me mandara un mensaje era él. Sin embargo, respondí y me sentí algo más acompañada.

Amelie: No voy a ganar… Pero muchísimas gracias por escribirme. Ojalá estuvieras aquí. No, corrijo, ojalá yo estuviera allí contigo.

Llevé la guitarra hacia el edificio de música, donde habían pegado un cartel en la entrada que decía: «Dejad los instrumentos aquí».

Empujé la puerta, la guitarra golpeó contra el marco y, entonces, lo vi por primera vez.

Qué hermoso, fue lo primero que pensé. Nunca había creído que alguien a parte de mi abuela y de las princesas de las historias de Disney usaría jamás esta palabra, pero no voy a esconder que eso fue lo primero que pensé al ver a Reese Davies.

Por dios, qué hermoso.

Estaba allí, con su grupo, y me fijé en él porque se giró para ver quién estaba causando todo ese alboroto. Nuestros ojos se encontraron y esbozó esa sonrisa que se convertiría en mi perdición.

—Eh… Hola —dije con un hilillo de voz—. ¿Es aquí donde tengo que dejar la guitarra?

Era alto y tenía un rostro anguloso y una barbilla prominente, con un hoyuelo en medio. A pesar de que estuviésemos dentro de un aula, llevaba puesto un sombrero, pero lo vi tan guapo que en ese momento ni se me pasó por la cabeza que fuera un imbécil por no quitarse el sombrero dentro del instituto.

Abrió la boca para responder, pero apareció la señora Clarke con aspecto cansado y estresado.

—Hola, Amelie —dijo—. Sí, estás en el lugar correcto. —Agarró la funda de mi guitarra y, agradecida, se la di—. ¿Qué tal estás?

—Muy nerviosa —confesé.

—Tranquila, lo harás estupendamente.

—Eso espero.

Todavía no habíamos cruzado ni una sola palabra, pero era súper superconsciente de la presencia de Reese, como si emitiese un campo de radiación magnética a su alrededor.

—¿Con qué vas a empezar? —me preguntó la señora Clarke, y le conté el programa de mis diez minutos de actuación sin dejar de mirar al chico del sombrero, quien discutía con su grupo qué iban a tocar.

Se había vuelto a girar hacia sus compañeros.

—Creo que tendríamos que empezar con «Bienvenidos a la nada» —afirmó con ese tono autoritario y calmado que me llevaría a la ruina.

—Pero Reese, dijimos que…

—Oye —cortó a su amigo con una sonrisa y un gesto de la mano —, se supone que hacemos rock'n'roll, ¿vale? Podemos cambiar la lista. Tenemos diez minutos para tocar y no nos van a castigar por cambiar a última hora.

Sus compañeros se rieron a regañadientes y volví a fijarme en su sonrisa antes de que la señora Clarke me distrajera con sus preguntas entusiastas acerca de mi proceso de composición.



Ojalá hubiese salido de aquella habitación y hubiese seguido caminando lejos, lejos, lejos. Pero no lo hice. Volví a la cafetería, encontré a Jack y a Hannah, dejé que Jack cargara mi Coca-Cola con un buen chorro de vodka y me deslicé por ese camino de perdición.

Nunca lo sabes, ¿verdad? En ese momento, nunca lo sabes. No sabes si un instante va a cambiar tu vida para mejor o la va a destrozar por completo y te dejará hecha una piltrafa. Pero, ¿sabes lo que más miedo me da, Reese? Lo que me da más miedo es que aun ahora,

sentada y sofocada en esta cafetería sin oxígeno, con el corazón roto en mil pedazos y el alma hecha trizas...

Todavía pienso que lo volvería a repetir. Todo.

¿Pero qué me has hecho, Reese?



El festival empezó con un chico que hacía beatbox que se alargó demasiado. Encontramos a Liv en medio del gentío; estaba con un grupo de gente que había conocido en clase de Fotografía. Desde un primer momento, con su pelo corto y esos aires de artista, Liv me dio la sensación de ser tan guay que hasta llegaba a intimidar, pero en realidad era una chica agradable y parecía alegrarse de verme. Al encontrarnos, todos nos saludamos con las manos y nos gritamos en la oreja para hacernos entender por encima del tipo que hacía gárgaras al micrófono en el escenario. Dejé que fuesen los demás los que diesen conversación y yo me limité a quedarme detrás, asintiendo con la cabeza e intentando que no me diese un chungo ante mi inminente actuación.

—Es una combinación muy desafortunada —dijo Alfie justo antes de mi última actuación en Sheffield mientras besaba mis dedos temblorosos—. Tienes un talento increíble, pero, al mismo tiempo, te da pavor subirte a un escenario.

—¿Y qué pasa si vomito? —le pregunté.

—Como ya te he dicho mil veces, me seguirás gustando —afirmó, convencido.

Vomitar en el escenario, el hecho de potar delante de todo el público, siempre ha sido uno de mis mayores miedos. En segunda posición está mi temor a hacerme pis encima. En tercer lugar, pero no muy lejos, encontramos el miedo a no recordar la letra y quedarme allí cual pasmarote. Luego viene el miedo a recordar la letra, pero desafinar. Y la actuación de hoy es la primera que doy en

años sin la reconfortante presencia de Alfie en primera fila, asintiendo con la cabeza durante mi actuación.

«¿Por qué no me escribe?»

—¿Estás bien, Amelie? —gritó Jack—. Tienes mal aspecto. ¿Quieres un poco más de motivación? —Mostró la botellita de vodka.

Era consciente de que no era la mejor de las ideas, pero dije que sí y dejé que echara un poco más en mi vaso. Cuando di un sorbo me supo prácticamente a vodka puro.

El chico que hacía beatbox terminó y recibió un ligero aplauso. Los profesores que hacían de jurado levantaron las tarjetas con sus votaciones y le dieron varios cincos y seises de lo más magnánimos. Los siguientes fueron un grupo de danza. Eran un grupo de chicas altas y esbeltas enfundadas en mallas de licra que se pusieron a pegar saltos por el escenario haciendo ondear cintas al ritmo de una mezcla de canciones de rap. La tarde se iba animando. Jack me puso vodka otra vez y, luego, Hannah subió al escenario e hizo un sketch brutal de *Los monólogos de la Vagina* que le valió varios ochos. Observé como Jack la miraba y mis sospechas quedaron confirmadas. Le di un golpecito con el codo.

—Te gusta un poco, ¿verdad? —El vodka me había soltado lo suficiente como para iniciar una conversación.

—¿Tan evidente es? —Sonrió con mirada lánguida.

—Tal vez solo para mí. Soy más de observar que de actuar.

—Lo sé.

—Por si sirve de algo, creo que también le gustas.

—¿Tú crees? —Se le iluminó la cara una milésima de segundo y luego se transformó en una mueca de confusión—. Pero se pasó el baile de fin de curso dándose el lote con el gilipollas ese del equipo de fútbol.

—Quizás tan solo…

En ese momento, subió un grupo al escenario que interrumpió lo que estaba diciendo. De repente, el público se puso a chillar y a aclamar a los músicos más fuerte que antes. Me giré para ver a qué se debía todo aquel alboroto y resultó que se trataba del chico del

sombrero y su banda. Reese. Agarró el micrófono y se dio un toquecito en el ala del sombrero.

—Hola a todos. Somos That Band —anunció, rebosando confianza en cada palabra.

Se pusieron a tocar «Bienvenidos a la nada» y la bordaron. Era una canción con ritmo y una melodía pegadiza. Subía y bajaba en los momentos más oportunos. La voz de Reese emanaba puro carisma a través del micrófono. Era imposible no mirarlo. No tenía la mejor de las voces, pero sus ademanes arrogantes eran perfectos para esa canción. Casi esperaba que echara chispas.

En ese instante llegó Hannah.

—¿Qué tal he estado? —bramó.

Aparté los ojos del escenario a regañadientes.

—¡Genial! ¿Te puedo votar en las próximas elecciones generales?

Nos abrazamos todos juntos, Jack, Liv, Hannah y yo. Cuando nos separamos, Hannah miró al escenario.

—Por favor —gimió—, el señor Capullus Máximus.



Ahí.

La primera señal de alarma. Ahí la tenía. La primera de muchas, vamos. Todas las que acompañaron el caos que ha sido nuestra historia. E ignoré todas y cada una de ellas.

¿Que si me paré a pensar: «oh, qué alarma tan estridente, ¿por qué será?»?

No, no lo hice.



Me emocioné al ver que sabía quién era y me incliné hacia Hannah.

—¿A quién te refieres?

Lo señaló directamente a él.

—Al maldito Reese Davies, el cantante. También conocido como el Rey de los Capullos. Él iba a otro cole, pero cogíamos el mismo bus.

—¿Y por qué es un capullo? —le pregunté.

Entonces el grupo empezó con una canción lenta y hubiese sido difícil hablar sin que nos hubiesen oído. Esa canción ya no era tan buena como la primera y yo la iba retocando en la cabeza. El estribillo entró demasiado tarde y la letra era un poco cliché. Sin embargo, sospecho que por cómo la cantó logró enamorar a todas y cada una de las chicas de la cafetería, aunque solo fuese un poquito. A todas excepto a Hannah.

Pasé toda su actuación medio atontada, sin poder quitarle los ojos de encima. Al final, encendieron las luces y los jueces les dieron varios nueves mientras el público aplaudía. Y, con ello, se acercaba mi actuación.

—Ya te toca —me dijo Hannah mientras yo lo seguía mirando como bajaba del escenario—. Será mejor que vayas a prepararte.

—¡Mucha suerte! ¡Lo harás genial! —me gritaron Jack y Liv directamente al tímpano.

Fui casi tambaleándome hacia el lateral del escenario, donde me esperaba Alistair.

—¡Amelie! —Levantó la mano para que le chocase los cinco. Tenía la cara de un rojo intenso que contrastaba con el pelo—. ¡Tengo ganas de ver qué nos tienes preparado!

En ese momento había un cómico encima del escenario, yendo de un lado para otro en traje.

—¿Os habéis fijado que la gente tarda un montón de tiempo en sacar dinero del cajero? —preguntó el chico a un público que ni se inmutó.

Hice una mueca involuntaria.

—Estoy algo nerviosa —confesé.

Y me quedaba corta, cortísima. Uno de los chicos de producción musical me dio la guitarra y, tan pronto me la hube colgado del hombro, me sentí mejor. Era como una pared entre el mundo y yo. Alistair sonrió.

—Confieso que me sorprendió ver tu nombre en la lista de inscripciones. En tutoría casi nunca dices nada.

—Casi todo el mundo se sorprende cuando descubren que canto —admití—. No sé por qué me torturo de esta manera.

Se escuchó la risa forzada del público.

—Ay, ay, alguien pierde fuelle ahí arriba —dijo Alistair, y se fijó en mi expresión acongojada—. No te preocupes. Si no me equivoco, lo vas a petar. La señora Clarke dice que tienes mucho talento.

Quise que su cumplido calara en mi mente y me diera fuerzas, pero no funcionó. Tanto vodka me había medio mareado, que Alfie no me hubiese escrito me daba ansiedad y oír que el cómico estaba terminando su número me daba ganas de vomitar y… ¿Por qué demonios me torturo de esta manera? Me hacía esta pregunta antes de cada actuación. Y, entonces, antes de lo que me hubiera gustado, se escuchó un aplauso apagado y el cómico bajó del escenario.

—Adelante —dijo Alistair levantando los pulgares.

Me asaltaron mil pensamientos terribles: Te saldrá fatal. Pasarás la vergüenza de tu vida. No le va a gustar a nadie. ¿Por qué no has ido al baño antes? ¿Y si vomitas?

A pesar de todo, subí los peldaños, tambaleándome en las botas de cowboy y tapándome todavía más con el jersey. Me senté en el taburete y estaba tan nerviosa que tardé mil años en enchufar la guitarra.

—¡Vamos, Amelie! —gritó Hannah. Un grito que todavía hizo más patente el silencio que reinaba, pero un acto de amistad que me dio la fuerza necesaria.

—Gracias —murmuré al micrófono, y oí risitas.

El público se relajó y yo también, lo suficiente como para dejarlo todo listo y, luego, antes de que tuviese tiempo de pensar qué demonios estaba haciendo, me incliné de nuevo hacia el micrófono.

—Quiero cantaros una canción que compuse hace un tiempo titulada «El tiempo dirá».

Si damos este paso,
no hay vuelta atrás.
Se abrirá un mundo
imposible de ignorar…

Empecé directamente con la canción que había compuesto para Alfie, mi canción preferida. Con tan solo tocar las primeras notas, se hizo el silencio a mi alrededor. Todos escuchaban la letra, atentos. Cerré los ojos y sentí cada una de las palabras, cada detalle de la historia que cantaba.

El tiempo dirá si fue un error,
si el riesgo valdrá nuestro dolor.

Mi voz subió y alcanzó las notas adecuadas, y supe que me estaba saliendo bien. Que yo lo hacía bien. Abrí los ojos y vi a un público lleno de rostros completamente embelesados. Los guardé muy adentro de mi corazón, de mi canción, de mi historia. Me invadió la euforia porque estaba allí, lo estaba haciendo, lo estaba logrando. Cantaba mis canciones y les gustaban. Momentos como este hacían que todo lo demás valiese la pena.

Canté sobre Alfie y sobre mí. Canté sobre todo el tiempo en el que dimos vueltas el uno alrededor del otro, como dos lunas, aterrados ante la posibilidad de perder nuestra amistad. Convencidos de que el otro tan solo lo veía como un amigo. Canté sobre todos aquellos momentos en los que casi ocurre, en los que casi nos dejamos llevar, pero abandonándonos el uno al otro tan solo unos meses atrás, ignorando que nos quedaba poco tiempo para estar juntos.

Era la primera vez que cantaba esa canción sin que él estuviese entre el público. Sentí que se me cortaba la voz y parpadeé fuerte

pensando en que Alfie no estaba allí entre el público y en que no me había escrito en días. Al cantar el último verso, casi sentí alivio.

El público, paciente, esperó a que siguiese. Comprobé que la guitarra siguiese afinada y me dispuse a cantar una canción más llevadera, la que solía gustar más al público: «Así son las cosas», una pieza folk animada y con un estribillo pegadizo. Ver que la gente sonreía me alentó de nuevo; algunos incluso bailaban y giraban. Sonreí de vuelta y casi me dejé llevar por completo, marcando el ritmo con el pie y riéndome en los versos más graciosos. Al final, todos aplaudieron con ganas.

—Y esta es la última —anuncié. La canción que había empezado a escribir aquel día cruzando el puente sobre las vías del tren—. Es nueva, así que espero que os guste. Se llama «El hogar».

Pronunciar aquella palabra, *hogar*, me descolocó ligeramente. Decirla en voz alta había sido como una patada en el estómago, en aquella parte del estómago que se sentía segura y bien cada vez que cruzaba el umbral de la puerta de mi antigua casa. De aquel hogar que me arrebataron.

Mi corazón reside en tierras de acero.

Me invadió una ola de recuerdos de Sheffield, de mi ciudad, de mi hogar. Vi la fuente de la plaza del ayuntamiento por la que saltamos un caluroso día de verano; vi el enorme edificio de la universidad que servía de faro para orientarse; vi los brezales de las colinas de Peak District.

Y la distancia ha convertido en acero mi corazón.

Me ahogaba. Ay, madre, estaba perdiendo la compostura. No, no podía estar pasando, no encima del escenario. No delante de todo el instituto.

Logré cantar la primera estrofa y el estribillo, pero cuando iba por la mitad de la segunda, canté:

Y volver no es una opción, pues el hogar se desvaneció.

Me puse a llorar allí mismo, encima del escenario. Mi voz vaciló y las lágrimas salieron a borbotones. Me temblaron las manos encima del micrófono. No me lo podía creer. Estaba llorando a lágrima viva en público en medio de un festival de instituto que pretendía ganar. Sentí una profunda humillación, pero, por alguna extraña razón, seguí cantando. Derramé todas mis emociones en esa canción, cosa que no fue nada difícil con el llanto. Recordé lo horrible que había sido despedirme de Alfie, recordé mi habitación totalmente vacía al mirar a mi alrededor, consciente de que no volvería a verla nunca más. Recordé el nudo que tuve en la garganta durante todo el viaje hacia el sur. Los carteles de la autopista me lo recordaban una y otra vez, en mayúsculas, y yo no podía decir nada para que mi padre no se sintiese todavía más culpable. Lo derramé todo en esa canción, recuerdos, emociones y lágrimas, hasta el último acorde en re menor, acompañado de un sollozo.

El silencio fue absoluto. Me limpié los ojos y miré al público, y de repente volví a la realidad, como me ocurre siempre que termino una actuación. Nadie se atrevió a decir nada durante unos buenos cinco segundos y, entonces, rompieron en un aplauso estruendoso.

El aplauso más sonoro del festival. Parpadeé y me quedé boquiabierta. Mi expresión de sorpresa fue el aliciente para que todo el mundo aplaudiera todavía más fuerte. Bajé del escenario, casi llorando de la emoción, y Alistair me recibió con una enorme sonrisa.

—¡No bajes! ¡Todavía te falta la puntuación!

—¡Oh!

Volví hacia atrás y los jueces revelaron su veredicto: dos nueves y dos dieces. ¡Ganaba! Acababa de deshacerme en lágrimas delante de todo el instituto, pero iba ganando. Claro que no tenía claro si ganar aquel festival valía la humillación de haberme puesto a llorar allí mismo. Alistair me dio un golpecito en la espalda, radiante.

—¡Te tengo el ojo puesto encima, señora virtuosa! ¡Está en mi grupo, gente, en el mío! —gritó a nadie en concreto.

Me daba una vergüenza terrible volver con el resto. Me froté los ojos, contenta de no haberme maquillado, devolví la guitarra y me dispuse a encontrar al resto. Por el camino, todo el mundo me

felicitaba. Darla se acercó corriendo y me dio tal abrazo que casi me tira al suelo.

—¡Qué pasada! —chilló—. Y en clase siempre tan calladita, ¿eh?

—Gracias —susurré, desesperada por encontrar la seguridad de Jack, Hannah y Liv.

Finalmente, los encontré en el fondo de la sala y me recibieron como si fuese un héroe de guerra, en un abrazo gigante y multitudinario.

—De verdad —decía Hannah una y otra vez—, estoy en shock. Es que como siempre eres tan callada… Qué grande.

—¡Me he puesto a llorar! —repliqué con la esperanza de que el universo decidiera eliminarme de una vez de la faz de la Tierra—. Qué vergüenza. Acabo de llorar a lágrima tendida delante de todo el mundo.

—Pero si ha sido increíble —insistió Hannah, que me volvió a abrazar—. Ha sido conmovedor. Siento mucho que eches tanto de menos tu hogar, Amelie. No me lo puedo ni imaginar.

La siguiente media hora no la recuerdo con total exactitud, para ser franca. Después de que actuara el último grupo (hacían algo de gimnasia) y les dieran la puntuación, fue evidente que yo había ganado. Me llamaron y todo el mundo me aclamó, y yo quería desaparecer y disfrutar de cada segundo al mismo tiempo. ¡Había ganado! Sospecho que esperaban que dijera algo, pero casi no era capaz ni de andar. Cogí el trofeo de metal e hice ademán de bajar del escenario tan pronto como pude, pero me quedé quieta al ver que él esperaba abajo, a punto de subir con el grupo para recoger el segundo premio.

—Ven, deja que te ayude —dijo, tendiéndome la mano para ayudarme a bajar los escalones.

Nuestras miradas se cruzaron y juro que ocurrió algo muy raro y muy fuerte. Era como si no existiera nada más. Fui consciente de cada poro de mi piel. Le cogí la mano y la química que fluyó entre los dos fue tan intensa que no pude ni darle las gracias. Simplemente dejé que me ayudara a bajar. No apartó la mirada de mis ojos y nos quedamos allí, mirándonos, en una especie de

nebulosa estelar. Me sentía como si dentro de mí hubiese un coro entero cantando por todas mis venas y arterias.

—Eres increíble —me susurró Reese Davies, sus labios casi tocando mi pelo trenzado.

Me soltó la mano e hizo un gesto con la cabeza para indicar a sus compañeros que subieran al escenario.

Y allí me quedé, de pie, sin respirar y sin entender qué demonios acababa de ocurrir.



Desde que estoy aquí, no te has dignado a mirarme una sola vez. Solo tienes ojos para ella. Nunca antes había experimentado celos. Siento como si tuviera ganas de vomitar de envidia y fuese a salir todo de un color verde botella. ¿Por qué ya no me miras así? Solías quedarte embelesado mirándome como si fuese lo más preciado de este mundo. Y ahora, nada. Como si nada hubiese ocurrido, como si no tuviese ningún valor.

Estoy sentada a tan solo unos metros del punto en el que tu mano tocó la mía por primera vez para ayudarme a bajar del escenario. Poco tiempo después, afirmaste: «En ese momento supe que eras la mujer de mi vida, Amelie».

¿Era una mentira? *La* es un artículo definido, indica una en concreto y, si esta una era yo, ¿qué significa que ahora haya «otra»? ¿Dónde me deja a mí todo esto?

Esta es una de las muchas preguntas que temo no saber responder nunca.



Después de que Reese me ayudara a bajar del escenario, la nebulosa todavía se hizo más densa. En parte porque me estaba subiendo el vodka. También porque todo el mundo quería hablar conmigo y me sentía aturdida. Pero en gran parte se debía a él. Quería saber dónde había ido porque, a pesar de que no tuviera ni idea de quién era, sentía que mirar cualquier otro rostro que no fuese el suyo era una pérdida de tiempo y de energía. En medio del barullo y de la gente que me felicitaba, perdí a Hannah y a Jack. La gente me daba golpecitos en la espalda y gritaba: «¡Genial, Amelie!», y yo no tenía a nadie que absorbiera tanta atención por mí. El pecho empezaba a oprimirme y me limité a farfullar una disculpa tras otra diciendo que estaba buscando a mis amigos, hasta que por fin conseguí salir de la cafetería.

Los edificios brillaban con una luz anaranjada que contrastaba con el azul oscuro del cielo nocturno. Doblé la esquina y me recliné contra la pared, sintiendo como el frío de los ladrillos traspasaba las fibras del jersey. Como buena introvertida saturada, cerré los ojos con fuerza para procesarlo todo. Entonces, decidí recoger la guitarra y huir a casa como quien no quiere la cosa, esperando que nadie se percatara de ello. Respiré hondo unos momentos y me imaginé dejándome caer en el vacío de mi cuarto. Sonreí ante la perspectiva y abrí los ojos, dispuesta a irme a casa en la soledad de la calle, pero tan pronto abrí los párpados salté del susto que me llevé. Reese estaba justo delante de mí.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó, inclinando ligeramente la cabeza y el sombrero.

Nuestras miradas se volvieron a encontrar y me quedé sin respiración. Tuve la sensación de que él también. La atracción que

sentía por ese extraño era increíble, y la química entre los dos, innegable.

—N-nada… Respirando aire fresco —dije—. Voy a por la guitarra.

—Yo también voy hacia allí. ¿Te acompaño?

De repente, la necesidad de estar sola se desvaneció por completo. Fue un momento de esos románticos, como de cuento, en los que dos personas se encuentran como si Dios estuviese tejiendo un solo jersey con un ovillo de cada uno. Acompañarlo al edificio de música era el viaje más fascinante que me podría haber imaginado nunca. Ni J. R. R. Tolkien podría haber creado una misión más alucinante que caminar por el campus al lado de Reese Davies. Me separé de la pared y nos pusimos a andar tranquilamente, en una sintonía extrañamente sorprendente.

—Me gusta el sombrero —me salió así, sin pensar, y al instante sacudí la cabeza, ruborizada.

—Oh, gracias. Es uno de mis preferidos. Lo llamo el Sombrero Fiel —dio un toque al ala del sombrero y nos reímos juntos.

Durante todo el camino no dejé de mirarlo de reojo, como absorbiéndolo poco a poco. Vestía como un auténtico dandi clásico inglés y me encantaba cada detalle. El sombrero hacía juego con el chaleco, que le llegaba justo a la cintura de unos pantalones negros y ajustados. Parecía sacado del pasado y todo en él debería haberme parecido anormal, pero yo lo veía excepcional.

—¿Te estabas escondiendo? —me preguntó—. ¿Ya te has hartado de que te digan lo increíble que eres?

—No me estaba escondiendo. Solo… —Volví a ruborizarme—. Me estaba escondiendo.

—Deberías estar disfrutando de la gloria y no rehuyéndola, ¿no? —dijo, riéndose.

—Soy tímida —confesé—. No soporto la atención.

—Pues, a juzgar por tu actuación, nadie lo diría. Y la verdad es que eres increíble. —Se rio de nuevo al ver que me costaba horrores aceptar su cumplido—. Soy Reese —añadió luego—. Te había visto por el instituto y quería presentarme, así que… Hola —dijo saludando con la mano, casi como si fuese un niño.

—Oh, hola. —Entre los dos saltaban tantas chispas que no entendía cómo era capaz ni siquiera de responder.

Reese sonrió.

—Amelie, ¿verdad?

Asentí, completamente atónita. ¿Cómo sabía mi nombre? ¿Me había visto por el instituto? Yo nunca lo había visto y con ese sombrero estoy casi segura de que me habría fijado.

Llegamos al edificio de música y nos quedamos allí de pie, uno delante del otro, mirándonos bajo la luz anaranjada. Yo no paraba de soltar risitas para romper aquel silencio, pero a Reese no parecía incomodarlo tanto como a mí.

—¿Dónde están los de tu grupo? —pregunté—. Me gustó vuestra actuación, por cierto.

—Gracias. Quién sabe dónde están. Vi que salías y te seguí. —Se rascó la nuca, que se le había enrojecido un poco—. Lo siento… —añadió medio tartamudeando—, ahora parezco un acosador. No lo estoy haciendo nada bien, ¿verdad?

—¿El qué?

—Intentar conocerte.

En ese momento me sentí completamente abrumada y no supe cómo reaccionar a lo que acababa de decir.

—Creo que será mejor que recojamos las cosas.

Reese me ignoró.

—¿Qué planes tienes ahora?

—Pues irme a casa.

—¿Y llevarás la guitarra a cuestas?

—Llevo años haciéndolo.

—Claro, pero ahora debes de estar cansada de tanto éxito. Deja que te acompañe.

Y sonrió de tal manera que sabía que no iba a poder decirle que no. No es que tuviese ninguna intención de hacerlo. Abrió la puerta del edificio cual caballero y solté la enésima risita de la noche cuando entré. La señora Clarke estaba rodeada de montones de instrumentos y de bolsas tiradas por el suelo, e intentaba poner un poco de orden. Parecía agotada, pero levantó la mirada cuando entramos.

—¡Felicidades, Amelie! Ha sido una pasada, de verdad, increíble —exclamó—. Lo he visto desde el fondo de todo y he quedado muy impresionada. —Entonces se fijó en él—. Vosotros también me habéis gustado mucho, Reese. La primera canción era nueva, ¿verdad?

—Sí —confirmó—. Los otros creían que todavía no estaba lista, pero me impuse.

La profesora arqueó las cejas.

—Bueno, estoy muy, muy orgullosa. Supongo que queréis recoger los trastos, ¿verdad?

Fui a recoger la guitarra para darle a mi cuerpo algo que hacer que no fuese sobresaltarse ante las chispas que saltaban entre Reese y yo. Cogí la guitarra con un gesto energético. En la parte superior todavía estaba la pegatina que había puesto Alfie:

«NO SOY TÍMIDA, SOLO REPRIMO LO INCREÍBLE QUE SOY PARA NO INTIMIDARTE».

Acaricié el extremo de la pegatina y me puse la mano en el corazón, y todo a mi alrededor desapareció por un instante. Entonces, me azotó de nuevo el silencio de Alfie. No me había escrito en días. Me levanté, me colgué la guitarra de la espalda y me dispuse a irme.

—¿Lista? —preguntó Reese, que hizo un gesto con la cabeza como si nos conociésemos de hacía tiempo.

—¿Tú no te llevas la tuya?

—No, el lunes por la mañana tengo Música y así ahora puedo llevarte la tuya.

Fruncí el ceño ante el comentario porque realmente no necesitaba su ayuda, pero al mismo tiempo me moría por tener una excusa para pasar más tiempo con él.

—Hasta luego, señora Clarke —dije, despidiéndome con la mano, y troté detrás de él.

—Hasta luego, Amelie. Y enhorabuena de nuevo. Reese, que llegue bien a casa, ¿vale?

Él hizo un gesto con la mano y, una vez fuera, se giró hacia mí.

—¿Dónde vives?

—Uhm, Cherry Hill Gardens. —Decir que ese lugar era mi casa todavía se me hacía extraño.

No, mi casa no estaba allí. Mi casa estaba en el número veintiséis de la calle Turners Hill, en Sheffield. O al menos allí había estado hasta entonces.

—Vale, ya sé dónde es. Este lugar es tan pequeño que es imposible perderte.

Cogió la guitarra de mi hombro sin ni siquiera preguntarme, se la colocó en el suyo, y se puso a andar hacia la salida del campus.

La verdad es que era una situación un tanto surrealista: volver a casa al lado de un absoluto desconocido con chaleco y sombrero. Y, sin embargo, tenía algo que, por extraño que suene, me hacía sentir a gusto. Como si el destino hubiese dejado migas de pan a lo largo del camino y yo solo tuviese que seguirlas.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —preguntó Reese cuando ya nos alejábamos del instituto.

—¿Tanto se me nota?

—Sí —contestó, riéndose—, pero también lo digo porque aquí todo el mundo se conoce. Te podría decir con bastante precisión cuántos años tenían mis compañeros de primaria cuando tuvieron la varicela. —Vi como ponía los ojos en blanco—. ¿De dónde eres?

—De Sheffield.

—Ah, entonces ya entiendo de dónde viene tu talento —dijo—. Los Arctic Monkeys, Pulp, The Long Blondes…, y ahora tú, Amelie.

Sonreí y negué con la cabeza, pero estaba impresionada porque la mayoría de gente no sabía situar Sheffield en un mapa, ni qué decir de los artistas que habían salido de allí. Y así se lo dije.

—Si sé de algo, es de música —contestó—. ¿Cuáles son tus grupos preferidos?

—¡Uf! La pregunta del millón.

Su sonrisa quedó iluminada por una farola.

—Vale, voy a acotar un poco: si pudieras ser un cantautor, ¿quién te gustaría ser?

—Laura Marling —respondí instintivamente. Si no, ¿de dónde salía mi obsesión con los jerséis de punto?

—Sabía que dirías Laura Marling —dijo Reese—. Te pareces muchísimo a ella. Lo pensé durante toda tu actuación.

Uno de los mejores cumplidos que me podía haber hecho, sin duda alguna, pero negué con vehemencia.

—Sí, lo digo de verdad. Yo nunca miento. Nunca mentiría sobre algo así.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Estoy obsesionado con ella! Lo cierto es que hay que desconfiar de cualquiera que no lo esté. Es una buena forma de analizar a una persona.

Y seguimos caminando así, comparando nuestras canciones y nuestros álbumes favoritos de la cantante, y hablamos de las letras y de los puentes de sus canciones. Cada vez me maravillaba más haber encontrado a alguien que supiese tanto como yo sobre una de mis cantantes favoritas.

—Siguiente pregunta —dijo Reese al adentrarnos en un oscuro callejón. Se sacó el móvil para usarlo de linterna—: un artista que debería conocer mucha más gente.

—Aldous Harding —respondí al instante.

—¿La conoces? ¿En serio?

—¿Tú también?

Reese negó con la cabeza, incrédulo.

—Increíble.

Y cada vez lo era más. A medida que íbamos hablando, era como si hubiésemos conocido a nuestra alma gemela.

—Estoy de acuerdo: a Taylor Swift no se la toma lo suficientemente en serio —afirmó.

Reese no dejaba de preguntar y casi todo terminaba en un «yo también» y en una sonrisa mutua, mirándonos con ojos embobados. «¿Cuándo empezaste a componer? ¿En qué nivel de guitarra estás? ¿De dónde sacas la inspiración? ¿Qué proceso sigues para componer? ¿En serio? ¡Yo también!».

Seguimos caminando en la oscuridad. Nunca antes había hablado de mí tan seguido. Por cada pregunta que respondía, me hacía otra, y eso no es lo que suelen hacer los chicos. Casi siempre son ellos los que te cuentan cosas y solo esperan que asientas ante

sus valiosas opiniones. Incluso había ocasiones en las que Alfie se emocionaba solo cuando hablaba sobre los alimentos modificados genéticamente o los gases nobles o lo que fuera. Reese, no. Además, parecía fascinado por mis respuestas y se mostraba interesado de verdad en mi opinión. Era hasta abrumador. Y bajé la guardia sin darme ni cuenta, gesticulando y riéndome de mí misma a medida que íbamos pasando por debajo de los círculos de luz naranja que proyectaban las farolas.

—Siempre he compuesto música… desde que era muy pequeña… Sí, creo que era una de esas típicas niñas que pide un instrumento antes de ni siquiera poder hablar… En esta canción hablo de la nostalgia… Bueno, aquí no es tan terrible, pero conozco a muy poca gente y tuve que separarme de tantas personas… ¿Mi color preferido? El verde. ¿Por qué? ¿El tuyo también? ¿De verdad? ¡No puede ser! Sí, mis padres siguen juntos, pero fue duro cuando echaron a papá y todo eso… Sí, por eso nos mudamos —y, con esto, llegamos al puente sobre las vías del tren y me di cuenta de que solo había estado hablando de mí, así que había llegado mi turno de preguntar.

—¿Tú cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Toooda la vida —dijo con un suspiro.

—¿Y el grupo? ¿Cuánto tiempo hace que tocáis juntos?

Volvió a poner los ojos en blanco.

—Toda la vida. Somos amigos desde primaria.

—Lo habéis hecho muy bien. Encajáis muy bien.

—Gracias. —No evitó el cumplido, simplemente lo aceptó—. Empezamos a tocar cuando teníamos unos doce años y está muy bien, pero no sé… —Se quedó callado y nos paramos en medio del puente.

—¿Qué pasa?

En la oscuridad no le veía bien el rostro, solo lo que me permitía la luz de la luna. Tenía la mandíbula prominente y más barba que la mayoría de chicos del instituto. Sin duda, mucha más que Alfie, que tenía cierto complejo de imberbe.

—No lo sé… A veces siento que tendría que dejarlo y seguir por mi cuenta —dijo—. Estar en un grupo está muy bien, pero también

te puede reprimir, ¿sabes? Quiero decir: mírate. Estabas tú sola en el escenario y ganaste porque no tuviste que acordar con nadie qué querías tocar o en qué orden. Por eso fue tan hermoso. Y nosotros allí perdiendo el tiempo discutiendo sobre las canciones antes de actuar… Lo siento. —Interrumpió el monólogo y sonrió—. Despotricar no es la mejor manera de impresionarte, ¿verdad?

Parpadeé varias veces, interiorizando lo que acababa de decir. Así, lo había dicho sin más. Quería impresionarme. ¡A mí! Solo de pensarlo me daba vértigo…



… Porque soy tonta de remate.

Vamos a dejar las cosas claras desde el principio, ¿vale?

Sí, ahora mismo, en la cafetería, mientras tú estás sentado en la esquina y me ignoras. Mientras mi cerebro no termina de decidir si es mejor odiarte o querer volver contigo, y odiándome a mí misma inmediatamente después por querer estar contigo.

¿Qué se me pasó por alto esa noche en el puente?

Que había ganado por actuar sola y tú no habías ganado porque cantabas en un grupo.

Esto es lo que pensabas, ¿verdad, Reese? Era lo que me querías decir. Todo eran piropos y miradas intensas y llevar mi guitarra y acompañarme a casa. Supongo que todo formaba parte del plan, ¿no? Debilitarme al máximo con halagos. Que fue exactamente lo que hiciste a continuación.



—Eres increíble. Lo sabes, ¿verdad? —soltó sin previo aviso.

Yo me reí.

—No me conoces de nada.

—Quiero conocerte.

Y su mirada no dejaba lugar a dudas. Clavé mis ojos en los suyos sin entender muy bien qué estaba pasando, pero muy consciente de que ahí había algo. La situación me superaba. Había bebido demasiado, las hormonas posactuación me recorrían todo el cuerpo, estaba exultante por haber ganado, pero al mismo tiempo sentía una nostalgia terrible por mi antiguo hogar y me abrumaba ser objeto de tantas atenciones.

Durante una fracción de segundo, tuve la impresión de que me iba a besar. Nos mirábamos de esa manera en que se miran dos personas a punto de besarse. Todo aquello era una locura. Una auténtica locura. Había perdido de vista que no lo conocía de nada, que yo estaba enamorada de Alfie y que estas cosas no pasan en la vida real.

—¿Cómo sabes que quieres conocerme si no me conoces de nada? —volví a preguntar para romper la tensión entre los dos.

—Sé que tú también te sientes igual —se inclinó hacia mí.

Su mirada era tan, tan intensa. Nos acercamos lentamente en la oscuridad, buscándonos para vete tú a saber qué, nuestros labios estaban a punto de rozarse y… ¡BRUM! Un tren pasó por debajo de nuestros pies, el aire que levantó hizo volar mi vestido y pegué el brinco del siglo. Reese estalló en risas y se tuvo que aguantar el sombrero para que no le cayera.

La magia había desaparecido. Ni el encanto de Reese era capaz de recuperarla.

—Vamos, ya llegamos a tu casa —dijo, y me pasó un brazo por encima de los hombros mientras avanzábamos por el callejón, con mi guitarra tambaleándose detrás de su espalda.

Se comportaba como si fuese mi novio a pesar de que nos acabábamos de conocer. Era raro, pero… de alguna forma también era agradable. No sabía muy bien qué pensar. Solo sabía que había perdido totalmente el control de aquella noche.

Le pregunté qué asignaturas tenía.

—Música, Producción musical y Economía. Así puedo aprender a gestionar mejor el grupo —respondió.

—Uau, o sea que lo tienes claro. Mis padres me hicieron coger Lengua y Psicología además de Música, por si acaso.

—Eso es absurdo. Con tu talento no te hace falta nada más. —Y puso una mano en mi hombro, con suavidad—. Solo tienes que creer en tu música. Este mundo es demasiado duro como para tener ni un solo atisbo de duda de que mereces estar cantando tus canciones. Yo sé lo que quiero y lucharé para conseguirlo. Creo que puedo lograrlo. Esto es lo que distingue a los que lo logran de los que no.

—Nunca he oído a nadie hablar como hablas tú —le dije, mirándolo de reojo.

—Nunca he oído a nadie cantar como cantas tú —se paró y se giró hacia mí, como si fuera a besarme.

Esta vez no se lo habría impedido. Podrían haber pasado un millón de trenes, que no habría movido un dedo a condición de que me besara. Sin embargo, no lo hizo. Extendió el brazo y enroscó un dedo en una de mis trenzas.

—Joder, eres preciosa.

Me quedé allí parada, esperando, totalmente confundida por desear que un desconocido me besara…, sobre todo estando Alfie en Sheffield. El viento sopló y me revolvió un poco el pelo, y yo tuve un escalofrío. Pero no me besó. Se giró y continuó caminando hacia la salida del callejón.

—Háblame sobre tus padres —preguntó como si no hubiese pasado nada—. ¿A qué se dedican? Me he olvidado. —Tuve que trotar para mantener el ritmo.

—Ya estamos —dije cuando llegamos delante del edificio.

Se descolgó la guitarra del hombro y me la devolvió de tal manera que nuestras manos se rozaron. Deliberadamente.

—¿Quieres que quedemos un día? —preguntó. Así, sin más. Con él todo parecía ser así.

—No lo sé… —balbuceé—. Hay alguien… en Sheffield. —Me había acordado de Alfie.

—¿Tienes novio?

—No… Bueno, sí. Lo tenía…

—¿Lo habéis dejado?

—Sí, hace unas pocas semanas —asentí.

Sentí que me invadía el dolor, pero no era tan punzante como en otras ocasiones porque ya me gustaba Reese. Ya me había robado un trocito del corazón para grabar su nombre en él, y no tenía tanto espacio para añorar a Alfie.

—No tiene por qué ser una cita romántica —insistió—. Simplemente para conocernos. Como mínimo me gustaría componer canciones contigo. —Y me dedicó una sonrisa digna de haber figurado en un poster para adolescentes histéricas—. Solo pensé que tenía que ser el primero en acercarme a ti tras el festival —siguió—. Ahora vas a estar muy solicitada, pero yo tengo prioridad, ¿vale? Yo me fijé primero.



Como si yo fuese su propiedad. Otra alarma, sonora y estridente. Tan estridente que me podría haber dejado sorda.



—No sé —contesté. Era la verdad.

—Bueno, piénsatelo.

—Gracias por acompañarme.

De repente, sentí la necesidad de estar sola. La necesidad de entrar y de darme espacio para pensar, lejos de este chico y de todo lo que estaba pasando.

—¿Te lo vas a pensar? —insistió.

Me reí de nuevo.

—Eres muy persistente, ¿no?

—Vale, ya paro. —Alzó ambas manos—. Solo quiero conocerte.

Pensé que se me iba a acercar, como mínimo para darme un beso en la mejilla, pero no: se limitó a girar sobre los talones, dijo adiós con la mano y se alejó tras un «Nos vemos el lunes». Ni siquiera me pidió el teléfono. Y yo me quedé allí, boquiabierta, mirando como se alejaba. Estuve allí un buen rato, casi sintiendo su presencia en el ambiente. Crucé los brazos y me apoyé en la pared, sonriendo. Asimilé lo que había pasado durante esa noche, alucinada ante el hecho de que la vida pudiera dar un vuelco tan drástico en cualquier momento.

Entonces, vibró el teléfono.

Alfie: Ey. ¿Qué tal todo? Espero que todo vaya bien.

Su mensaje llegaba demasiado tarde y su tono era tan impropio de él que no me pudo salvar. No me mandaba besos, ni bromas, ni nada personal. Podría haber sido un mensaje para su abuela. Ni se disculpaba ni reconocía no haberme mandado nada en más de una semana. Se me encogió el corazón de dolor al darme cuenta de qué significaba este mensaje: Alfie me estaba dejando. Lo leí una y otra vez, intentando encontrar algún sentido oculto que aparecería si entrecerraba lo suficiente los ojos. Pero el único significado de sus palabras era el que ya había entendido de buenas a primeras: que era mejor alejarnos un poco más, dejar de comportarnos como si fuésemos pareja.

Muy oportuno todo. Acababa de conocer a Reese y estaba confundida y me sentía culpable. Y, de repente, ¡pam! Un mensaje

de Alfie en el que me daba rienda suelta. En el que me dejaba totalmente libre…

Libre para arruinarme la vida.



Veo que os levantáis de la mesa. Aquí, en esta cafetería en la que rompí a llorar meses atrás. Le coges la mano y ella la tuya. La abrazas y le das un beso en la cabeza. Yo me acurruco todavía más en la silla, debajo de la capucha, mientras la envidia me corroe por dentro.

Pasáis por mi lado y espero que no te hayas fijado en mí. Al mismo tiempo, espero que sí. Te acercas, abrochándote los botones de tu chaqueta verde botella, y te odio. Te odio con todo mi ser. Un odio puro y pestilente. «Cómo te detesto, Reese. ¿Cómo no me di cuenta?». Casi puedo saborear el odio que te tengo. Tengo clavado en la mente todo lo que me hiciste, cómo me fuiste borrando poco a poco como si fuera un garabato mal hecho. Te desafío con la mirada cuando pasas por mi lado, pero, por supuesto, me ignoras como buen cabrón que eres.

Mis ganas de desafiarte transmutan en dolor. Siento que se me acumulan las lágrimas en los ojos. Estupendo, voy a llorar aquí en público *otra vez*, como llevo haciendo cada dos por tres desde que me mudé aquí. Levanto los ojos y, cuando estoy segura de que ya

no van a salir lágrimas, me obligo a mirar a mi alrededor para distraerme. Gente comiendo, charlando, riéndose, pero nadie está descompuesto ni humillándose públicamente. Parpadeo una y otra vez, y me concentro una y otra vez, y me lleva un rato darme cuenta de que te tengo delante. Cuando lo hago, casi pego un brinco.

—¿Reese?

—Lo siento, no quería asustarte. —Inclinas la cabeza, tu mirada destila preocupación—. ¿Estás bien? No parece que lo estés…

No puedo respirar. No me puedo creer que estés aquí delante, hablándome, mostrando preocupación como si yo te importara, como si mereciera tu tiempo. Miro a mi alrededor. Ella te está esperando al lado de la puerta y me mira como si fuese un ser patético… que es lo que soy.

—Estoy bien —farfullo medio tartamudeando—. ¿Por qué no iba a estarlo?

Coges una silla y te sientas de cara al respaldo. Me miras como cuando eras tú, un Reese que llevo mucho tiempo sin reconocer.

—¿Seguro? —me preguntas.

Ambos sabemos que no estoy bien. Acabas de besar la cabeza de la razón por la que no estoy bien.

—¿No deberías de ir con ella? —pregunto, seca. Quería que sonara medio inquisitivo, medio

desinteresado, pero mi tono es tan ácido que me sorprende que no escupa un limón.

Pones cara de dolido.

—Ya voy. Solo quería saber si estás bien.

Asiento con el ademán más desafiante que puedo.

—Estoy de maravilla.

Esta vez sueno sorprendentemente convincente e incluso pareces alarmado. Te echas un poco hacia atrás. Expiras.

—Bueno, si te pones así —me miras exasperado, te levantas y te recolocas el sombrero.

Me siento como si hubiese ganado un asalto. Casi sonrío. Estás a punto de irte y yo estoy deseosa de que te quedes, pero no tengo intención de demostrarlo. Voy a aferrarme a este asalto. A este único asalto victorioso.

Y entonces...

Entonces...

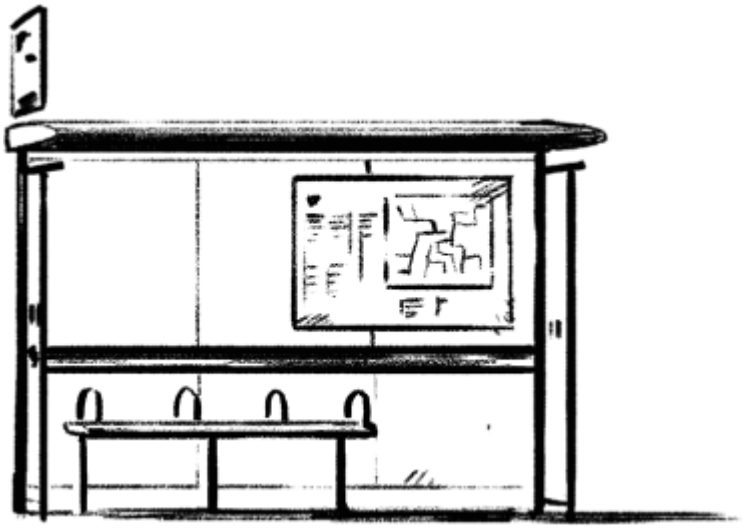
Te inclinas hacia mí, tan cerca que por un momento pienso que vas a besarme.

—Te echo de menos, Amelie —me susurras—. Siento que cometí el mayor error de mi vida.

Te vas antes de que pueda asimilar lo que acaba de ocurrir. Un segundo estabas y al siguiente ya no estás. Todavía puedo oler tu aliento en el aire. Quiero llorar y reírme a carcajada limpia al mismo tiempo. Qué alivio, por favor, qué alivio. ¡Me echas de menos! ¡Lo sabía!

Yo te echo tanto de menos. No te odio, no te odio en absoluto. ¡Te adoro! ¡Te quiero! ¡Tenemos que volver a estar juntos! ¡Ya mismo! Juntos somos perfectos, Reese. Tú eres perfecto. Nunca hubo antes una pareja tan perfecta como nosotros.

Pero... ¿dónde estás?



La parada del bus número 37

Tal vez estaría bien contarte por qué hago todo esto.

A lo mejor no te has dado ni cuenta del proyecto que se está llevando a cabo en el instituto. Es probable que estés demasiado ocupado arruinándole la vida a alguien y haciendo que te quiera y que te odie al mismo tiempo. Pero yo sí me he percatado del proyecto porque es lo único que tengo en la vida ahora mismo. Literalmente. Esto y mi desazón. Hace dos semanas, a mitad de semestre, nos reunieron a todos en el auditorio. No era obligatorio ir y la verdad es que fuimos pocos los que nos molestamos en acudir. Tú no estabas, claro. Hannah y Jack, sí. Se daban la mano y me ignoraban.

Me senté en primera fila, intrigada por ver cuánto rato aguantaba sin tener que correr a llorar al baño.

El director del colegio, el señor Jenkins, subió al escenario. Creo que fue la primera vez que lo veía. Daba una asignatura genérica a la que no iba prácticamente nadie.

—Hola a todos —empezó—. Gracias por venir, más que nada porque es justo después de la hora de comer. Los profesores lo llamamos... la hora de las brujas.

Se rio con ganas de su propia broma mientras, de fondo, solo se oía el cricrí de los grillos. Quería mirar a mi izquierda y poner los ojos en blanco, pero nadie estaba sentado a mi izquierda porque no tenía amigos. Toda yo era un gran grillo.

—Bueno —continuó el señor Jenkins—, tengo noticias interesantes. Me han anunciado que nuestro instituto ha sido seleccionado para participar en un nuevo proyecto del Museo Victoria and Albert, el Museo Nacional de Arte y Diseño —hizo una pausa para que asimiláramos tal información y sintiéramos una emoción que nunca llegó—. Vaaale. El proyecto se titula «El mapa de los recuerdos» y es muy interesante...

¿Y sabes qué, Reese? Era muy, muy interesante. Era una puta pasada. Sí, incluso a pesar de que fuese Jenkins quien lo explicara. El museo quería recopilar los recuerdos de distintos lugares e iban a empezar con este rincón perdido del mundo en el que nosotros vivimos.

—Pensadlo por un momento —decía el profesor caminando de un lado al otro del escenario, emocionado—. Pensad en todos los recuerdos que existen de este mismo auditorio. Pensad en todos los primeros días de instituto que se han vivido aquí, todos los recuerdos de las personas que han estado sentadas en las butacas que ahora ocupáis vosotros. Pensad en las obras que se han representado sobre este escenario. Ahora, en este preciso momento, estáis creando recuerdos. Estáis sentados aquí y vais a recordar siempre este momento como el momento en el que os hablaron del mapa de los recuerdos.

Reese, no tienes ni idea de cuántos recuerdos hay, acechándome desde cualquier punto a mi alrededor. Están allí, agazapados, cual fantasmas congelados en el espacio-tiempo y reviven tan solo cuando aquellos que los conocen los evocan. Estos fantasmas están por todos lados y caminamos entre ellos sin ser conscientes de que pisoteamos los recuerdos de otra persona con cada paso que damos. Un simple banco en la cima de una colina podría albergar tantas, tantas historias. Podría ser un banco en el que alguien pensó en quitarse la vida o donde alguien recibió una llamada extraordinaria. En un simple banco puede haber tantos recuerdos. Y todos los que viven cerca de ese banco compartirán recuerdos que giran entorno de sus cuatro patas de madera sin ni siquiera conocerse. Allí por donde pasamos, quedan

huellas de nuestra vida, atrapadas en el entramado del mundo que nos rodea. Esto es precisamente lo que pretende recopilar el museo. Quieren que busquemos rincones de la ciudad y pongamos sobre papel los recuerdos que asociamos a ellos y, luego, los anonimizarán y los expondrán.

—Por supuesto, desde el instituto estamos encantados de poder participar —continuó explicando el director, que se frotaba las manos ante la perspectiva—. Dije que habría muchos estudiantes interesados en compartir sus recuerdos.

Ya lo has pillado, ¿verdad, Reese? Eres lo suficientemente espabilado. Bueno, al menos siempre actuaste como si lo fueses. Como si estuvieses por encima de mí, de tus profesores... Por encima de todo el mundo. Así que imagino que ya lo habrás entendido. Estoy haciendo un mapa de recuerdos. De recuerdos sobre ti y sobre todos aquellos lugares que me han visto llorar por ti. Supongo que va a ser extremadamente doloroso, pero es lo único que se me ha ocurrido para intentar desmenuzar todo lo que pasó entre nosotros. Me aferro a este proyecto con la esperanza de superar esta historia. Me agarro a él como a un clavo ardiendo y no me voy a soltar hasta que lo haya entendido todo. Podemos llamarlo «psicogeografía», o recuperación, terapia... o simplemente pasar página.

Quién sabe a dónde me llevará todo esto, pero voy a rememorar los recuerdos de todos estos lugares para ver si me ayuda a iluminar un poco esta cueva negra y oscura en la que me encuentro. Porque no soy capaz de ver la salida. No te entiendo. Desde que me dirigiste la palabra ayer en la cafetería no me has mandado ni un solo mensaje, ni me has llamado. Desde que me dijiste que me echabas de menos. Me sobresalto cada vez que me imagino que el teléfono vibra..., cosa que ya no pasa nunca.

Esta noche tampoco he podido dormir. Sigo repitiéndome mentalmente tus palabras e intento imaginar qué es lo que va a ocurrir ahora. Me imagino que vas a aparecer debajo de mi ventana y gritarás al mundo que has cometido un terrible error. Que me envolverás entre tus brazos y me besarás y me dirás que todo irá bien a partir de ahora. Me imagino que estarás desesperado por recuperarme y me darás amor y cariño y promesas, y que todo volverá a ser como antes, y que esta vez todo va a quedarse en esto: amor y cariño y promesas. Me imagino que esta vez no va a salir mal.

Porque la primera vez salió terriblemente mal.

Y aquí me encuentro, en el punto número tres de mi mapa. El punto en el que lloré después de nuestra primera cita. Claro que tú no tienes ni idea de que esa noche acabé llorando. Justo ahora empiezo a entender por qué lloré. La verdad es que en ese momento fue

raro, porque rompí a llorar justo después de pasar, sin duda alguna, la mejor noche de mi vida. Pero así fue.

Ahora mismo debería estar en clase de Psicología, pero no tengo ánimos para ir. Hice medio camino hasta el instituto y, al ver que no me habías mandado ningún mensaje, me desmoroné y desanduve el camino hacia aquí: esta patética parada por la que pasa el autobús número 37. Ahora los pósteres anuncian películas diferentes junto a la publicidad de un enjuague bucal que te solucionará todos los problemas. Sin embargo, es exactamente el mismo lugar, el mismo punto, donde aquel día me hiciste llorar a pesar de haber pasado la mejor noche de mi vida.



Reese se lo curró muchísimo en nuestra primera cita.

El lunes después del festival lo pasé tan mal en el instituto como me había imaginado. Todo el mundo me sonreía por los pasillos e incluso algunos chillaban emocionados al verme. Mi peor pesadilla: sabían quién era. Por suerte, el tiempo había empeorado notoriamente y me podía esconder debajo del paraguas y fingir que no existía hasta llegar al aula. Llegué un poco tarde porque había tenido que esquivar a varias personas y, en cuanto crucé el umbral de la puerta, la clase entera se puso en pie y me aplaudieron.

—¡Aquí la tenemos! —exclamó Alistair mientras me escurría rápidamente para sentarme en la silla vacía que había al lado de Hannah.

—Les dije que no lo hicieran —me susurró mi amiga.

Me hundí en la silla y, al fin, el aplauso se diluyó. Yo seguía sin apartar los ojos del suelo.

—Hoy debe de ser un día muy especial —dijo Alistair—, porque Reese Davies por fin ha encontrado nuestra aula de tutoría.

Al oír su nombre, levanté la cabeza de golpe y allí lo tenía, sentado justo delante de mí. Se dio un toque en el sombrero y no pude evitar quedarme boquiabierta.

—Un placer —dijo a Alistair sin apartar la mirada de mí.

—Gracias por tomarte la molestia de asistir a esta parte obligatoria de tu educación —rio Alistair, y yo até cabos: él era el chico que no había aparecido el primer día—. A ver, hablando de asignaturas obligatorias: tenemos que hablar de Estudios Generales. Básicamente porque no estamos ni en octubre y la mayoría no estáis yendo.

Reese me sonrió durante los siguientes veinte minutos. Desplegó un abanico entero de sonrisas. A veces era una sonrisa constante y terriblemente sexy, otras una sonrisa tímida e incluso engreída al percatarse de que me había pillado mirándolo. En un momento incluso se puso bizco y sacó la lengua. Cada vez que levantaba la vista, me encontraba con sus ojos. No dejó de mirarme en todo el rato. Mi corazón latía a toda velocidad y notaba que me moría por dentro bajo su mirada. Era consciente de cada fibra de mi aparato locomotor. Sentí que me volvía a salir el sarpullido por la vergüenza y me empezó a picar el jersey. Me mentalicé para la conversación inminente e inevitable que tendríamos cuando sonara la campana. ¿Qué tenía que decirle? ¿Tal vez «me alegro de verte aquí»? ¿O tal vez era mejor soltar alguna broma de que me estaba siguiendo? Entonces, pasó algo que me dejó pasmada: tan pronto terminó la hora de tutoría, Reese se puso en pie, se colgó la mochila en el hombro y salió de clase como si le llevara el viento. Incluso sacudí la cabeza, confundida, pensando si lo había imaginado todo.

—¿Dónde te metiste la otra noche? —me preguntó Hannah mientras guardábamos los trastos—. Me dijiste que llegaste a casa sana y salva, pero nunca me has contado cómo.

—¿Dónde os metisteis Jack y tú? —contesté para evitar responder. Todavía recordaba que Hannah había descrito a Reese

como el Rey de los Capullos—. Desaparecisteis.

Suspiró y se apartó el pelo hacia atrás.

—Uy, ya te cuento. Ahora tienes libre, ¿verdad? ¿Vamos a tomar un café? Me vendrá bien tu opinión de observadora externa.

Asentí y fingí que no me había dolido eso de que me hubiese llamado «observadora externa». Caminamos a paso ligero hasta BoJangles. La lluvia era tan fuerte y tuvimos que esquivar tantos paraguas que no pudimos ni siquiera hablar durante el camino. Al llegar, tan solo quedaba una mesa libre, en la parte delantera, justo al lado de una ventana empañada.

—Tú ocupa la mesa que yo voy a por la cafeína —me ordenó Hannah.

Me escurrí para sentarme en la silla y ocupé la mesa con mi bolsa justo antes de que lo hiciera una madre con su bebé, a la que le dediqué una mirada en plan «lo siento». Me quedé mirando la lluvia al otro lado de la ventana, intentando no pensar en Reese. ¿Todas sus miradas durante la hora de tutoría habían sido fruto de mi imaginación? ¿Por qué se había ido sin decir nada? Sentí que se me encogía el estómago de ansiedad, una ansiedad que no era capaz de describir. Deseaba que fuese obvio que le gustaba, como el viernes por la noche. Aun si no estaba convencida de que a mí me gustase él. Se suponía que tenía que estar locamente enamorada de Alfie. Y, sí, claro que estaba locamente enamorada de Alfie. Es solo que tantas atenciones me volvían estúpida, me abrumaban.

—Por dios, cómo necesitaba este café —dijo Hannah mientras dejaba dos tazas humeantes encima de la mesa—. Qué bien que quisieras venir a tomar algo. Gracias.

Cogí una cucharilla para remover la espuma del café con leche.

—De nada.

Me quedé esperando a que me contara qué ocurría. Es algo que se aprende cuando eres una persona callada: si te limitas a quedarte sentada y sin abrir la boca, la gente termina hablando. Todos están tan apurados por llenar el silencio que terminan compartiendo cosas que, en otras circunstancias, no te contarían. Hannah dio un buen sorbo a su café, echó un vistazo al móvil y volvió a sorber un poco. Luego dejó la taza encima de la mesa.

—Después del festival del viernes… Jack me dijo que le gusto.

Me quedé en silencio. En unos instantes, Hannah anunciaría si lo consideraba algo bueno o malo. Sin embargo, en un primer momento me escrutó el rostro para ver si podía sacar algo de información de mi expresión. Algo debí de delatar sin darme cuenta.

—¡¿Lo sabías?! ¡Ay, dios! ¿Qué te dijo?

Me puse lívida porque no quería traicionar a Jack. Hannah percibió mi desazón y puso una mano encima de la mía.

—No te preocupes, ya me ha dicho que le gusto. Vino y me lo dijo, así, sin más. Así que tranquila porque no vas a traicionar su confianza.

—Bueno —dije cogiendo la bebida—, entonces ya sabes lo mismo que yo. No pensaba que fuera a decírtelo.

La miré por encima de la taza de café.

—¿Te gusta? —le pregunté.

Suspiró profundamente.

—No lo sé…

—Oh, bueno… No pasa nada si no lo tienes claro, pero…

—Creo que sí me gusta —me interrumpió—, pero… Es que… No sé, es Jack, ¿sabes? ¡Jack!

—En efecto, es Jack —contesté, y asentí con la cabeza.

Hannah soltó una risita y me miró. Su mirada era cálida.

—No sé muy bien lo que siento. Estoy confundida y tengo miedo. Por eso quería hablar contigo. Es que, claro, no fuiste al cole con nosotros y, por lo tanto, no conoces todas las historias que a nosotros tal vez nos parecen importantes, pero que probablemente no lo son. Eres una persona nueva en nuestras vidas y, si las canciones que compones reflejan algo de ti, creo que eres una tía inteligente. —Me sonrojé y se dio cuenta—. ¡En serio! No hay nadie que sea tan difícil de halagar como tú, eh. Parece que te esté torturando.

—Lo siento.

—No te disculpes. Ayúdame. ¿Qué debo hacer?

Me recliné hacia atrás.

—¿Te gusta de verdad?

Volvió a proferir un gran suspiro.

—Sí. No. No lo sé. Somos amigos desde hace mil años.

—¿Y qué?

—¿Y si nuestra amistad se va al traste? ¿Y si no me gusta lo suficiente porque nos conocemos demasiado bien como amigos?

Todos los recuerdos de Alfie y yo me invadieron como un tsunami. Recordé la misma angustia, el miedo a perder nuestra amistad, el miedo que sentía ante la idea de besarlo y que no me gustase.

—No sabrás si te gusta hasta que lo beses —le dije con conocimiento de causa—. Así es como sabrás qué sientes en realidad. O bien vas a estar en plan «quita, quita, es como besar a mi hermano» o bien vas a pensar «ni se te ocurra quitar la lengua de mi boca, aunque muramos de inanición».

Hannah soltó una carcajada e inclinó la cabeza hacia delante, su pelo rojizo desparramándose por encima de la mesa, algunos mechones metiéndose en su taza. Finalmente, su risa desapareció y me miró muy seria.

—Pero, ¿y si lo beso y no me gusta? Entonces, ¿qué? Va a ser muy raro seguir como amigos.

Me mordí el labio.

—Probablemente si no te gusta a ti, tampoco le va a gustar a él. Si es el caso, te ríes y dices «qué raro ha sido», y os olvidáis de todo.

Hannah entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabes tú todo esto?

Ahora fue mi turno de suspirar.

—Porque ya he pasado por eso —admití—. En Sheffield estaba con un chico. Era mi mejor amigo y luego empezamos a salir.

—¿Y...? —Hannah abrió más los ojos y yo tragué saliva.

—Y luego tuve que mudarme y decidimos que era mejor dejarlo.

Hannah me cogió de la mano y la apretó.

—Joder, lo siento, Amelie. Supuse que había sido difícil tener que mudarte, pero no tenía ni idea de que también habías dejado a tu novio allí.

Mis sentimientos hacia Alfie resurgieron de golpe y tuve ganas de llorar. Sin darme cuenta, también le apreté la mano a Hannah.

—Tenemos un plan —le conté.

De repente, tuve unas ganas terribles de contárselo todo. Quería hablarle del dolor que sentía por haberlo dejado y por no poder hablarlo con él.

—Queremos intentar entrar en la Universidad de Manchester. Tanto la Facultad de Música como la de Química son buenas y, de esta forma, solo tendremos que estar separados dos años. Si no lo hacemos así, va a ser una mierda a largo plazo. Pero la idea es que no nos enamoremos de nadie más, así que solo tengo que aguantar —expliqué, preguntándome cómo encajaba Reese en todo aquello y cómo encajaba lo que me hacía sentir cada vez que me sonreía—. Bueno, al menos el plan era este… —continué—. Hace semanas que no sé nada de él. Tal vez ya se ha olvidado de mí y todo lo que habíamos planeado no son más que tonterías.

—Lo siento mucho, Amelie —dijo Hannah con una mirada muy sincera—. No me puedo ni imaginar lo terrible que debe de haber sido.

—No digas nada o me pondré a llorar. Y todavía no he superado lo de llorar delante de todo el mundo.

—Ah, olvídalo. Aparte de ti, creo que ya nadie se acuerda, de verdad.

Hannah se giró y observó la lluvia densa que caía fuera. Luego se volvió hacia mí y me miró muy seria.

—¿Valió la pena? Lo de Alfie, quiero decir. Tal vez si no hubierais empezado a salir, mudarte habría sido más fácil.

Sabía que con esa pregunta solo quería decidirse a hacer algo respecto a Jack, pero sus palabras calaron en mí. Estuve, como mínimo, un minuto sin decir nada, con los ojos fijos en el humo que salía de mi taza. ¿Vale la pena que te rompan el corazón?

—Sí, valió la pena —contesté al fin.

Recordaba los mejores momentos que habíamos pasado juntos, la alegría al saber que sentíamos lo mismo el uno por el otro, esos primeros besos que me hacían sentir tan bien y tan segura, el saber que tenía a una persona que era, a la vez, mi mejor amigo y alguien con quien me podía enrollar, y que siempre estaría a mi lado.

—Pero ahora duele. Pero bueno, Jack y tú tampoco vais a tener que separaros por ahora.

—Cierto —dijo Hannah, asintiendo con la cabeza—, pero en dos años los dos iremos a la universidad…

Sonreí.

—Si ya te planteas estas cosas es que realmente te gusta.

Hannah se ruborizó.

—Bésalo —dije—, bésalo y a ver qué pasa.

—Vale, lo haré.

Dejó el café encima de la mesa en un gesto que rezumaba determinación y supe que realmente lo haría. Nos conocíamos desde hacía poco tiempo, pero sabía que Hannah era el tipo de persona que siempre hacía lo que decía. Me alegré por ella, pero también me entristecí por mí. Jack y ella eran mis únicos amigos y ahora pasaría a ser una sujetavelas. Además, Liv ya casi siempre iba con sus nuevos compañeros de fotografía y se pasaba el día en el cuarto oscuro revelando fotos del piercing que llevaba en el ombligo.

En ese momento, Hannah cambió de tema.

—Oye, cuéntame: ¿qué hay entre el Gran Gilipollas de Reeese Davies y tú? —me preguntó.

Casi me atraganto con el café.

—¿Cómo?

—Me han dicho que te vieron salir con él el viernes por la noche. Y, hoy, durante la hora de tutoría no te quitaba ojo de encima.

—¿Cómo? —volví a repetir para ganar un poco de tiempo.

—Bueno, la versión oficial —Se inclinó hacia delante y ni siquiera intentó mostrar su desaprobación— reza que cuando tú estabas cantando el viernes pasado, parece que Reese se dedicó a decir que eras increíble y que tenía que conocerte. Luego alguien os vio yéndoos juntos del instituto y él llevaba tu guitarra. Por favor, ¡dime que no pasó nada! Reese no es buena persona, Amelie.

Sacudí la cabeza e intenté asimilar toda la información que acababa de soltar. ¿De verdad había dicho eso? Casi me mareo.

—¿Por qué dices que no es buena persona?

—Se lo tiene totalmente creído. Se piensa que él y su grupo van a hacerse hiperfamosos. Además, ha estado con muchísimas chicas y

creo que no las ha tratado muy bien, que digamos. Cuando las deja siempre cuenta que estaban «chaladas».

—¿De verdad?

—Sí. Lo digo en serio, ándate con cuidado. Ya sé que es muy guapo y todo lo que tú quieras, pero, vamos, el maldito sombrero ese habla por sí solo.

—A mí me gusta cómo le queda.

—Amelie, por favor, no… Quise ser tu amiga porque me pareció que tenías dos dedos de frente.

—Solo digo que me gusta cómo le queda el sombrero. Además, no pasó nada. Solo me acompañó a casa. Yo ya tengo la cabeza lo suficientemente ocupada con Alfie…

—Bien hecho. Bueno, ¿entonces cómo lo hago para besar a Jack?

Estuvimos riendo hasta que nos hubimos terminado las bebidas y se acercó la hora de volver a clase. Al salir del café todavía llovía más fuerte y chillamos al sentir que el agua nos dejaba las medias empapadas y entraba por el agujero de una de mis botas de cowboy. Entré en el edificio de música, sacudí el paraguas y escurrí el vestido. Hay algo satisfactorio en caminar bajo un chaparrón, y me sentí contenta mientras caminaba hacia el aula y dejaba un rastro de agua detrás de mí.



Y como recordarás, Reese, me estabas esperando delante de la puerta.



Apoyado en la pared, se dio otro toque en el sombrero. Tenía una pierna estirada y la otra doblada contra la pared. Era tremendamente atractivo.

—Oh, mira quién anda por aquí. —Sonreí, todavía tan embelesada que me notaba confiada.

—¿Vas a salir conmigo? —preguntó, ignorando a los alumnos que pasaban por su lado para entrar en el aula.

—Tengo clase. —Me reí.

Estaba tan atontada que casi me daba vueltas la cabeza ante la perspectiva de haberme convertido, como por arte de magia, en el tipo de chicas que tienen a chicos como Reese esperándolas en la puerta de las aulas.

Sin embargo, la advertencia de Hannah seguía merodeando por algún rincón de mi mente y no me dejaba disfrutar completamente del momento.

—Vale, vale, no pasa nada. Solo quiero conocerte.

—Te dije que me lo pensaría. —Avancé para abrir la puerta.

—¿Solo un café?

—Te he dicho que me lo pensaré —dije, sonriendo todavía más.

No pude concentrarme en toda la clase. Pasé el rato dando golpecitos con el bolígrafo en la mesa y dándole vueltas a Reese y Alfie, a Jack y Hannah, y a cómo te puede cambiar la vida de un momento a otro. Casi no pude escuchar las explicaciones de la señora Clarke sobre composición musical. No podía dejar de pensar en las palabras de Hannah y me preguntaba si debería creerla. No tenía motivos para no creerla. Pero tampoco tenía motivos para desconfiar de Reese. El problema era que Hannah no me hacía sentir esa atracción tan primaria que sentía cuando Reese estaba cerca, como si yo llevara una cota de malla y él fuera un enorme y sexy imán que me atraía hacia él sin que pudiera evitarlo.

—Amelie, ¿tienes un segundo? —me dijo la profesora al terminar la clase.

Fui hacia su mesa y me agarré las mangas del jersey, que todavía estaba húmedo.

—Dígame.

—Enhorabuena de nuevo por el viernes.

Como siempre, se me puso la cara de un color mezcla entre el rosa, el rojo y el azul…, que supongo que es el lila.

—Vas a tener que aprender a aceptar los cumplidos —dijo, sonriendo— porque durante el fin de semana me ha llegado más de una solicitud.

—¿Solicitud? ¿Para qué? —pregunté, y sentí que me daba un vuelco el corazón.

Su sonrisa creció todavía más y el color melocotón de su pintalabios ocupó todo su rostro pálido.

—Hay dos estudiantes que me han preguntado si te interesaría tener a un compañero de composición. Además, entre el público del viernes también había una cazatalentos… y resulta que está interesada en organizarte un par de actuaciones. En hacerte publicidad.

Mis manos se enroscaron en sí mismas y se escondieron dentro de las mangas húmedas.

—¿En serio? —murmuré—. Uau.

Siempre que me salía bien una actuación me pasaba lo mismo: tenía el corazón dividido. Una mitad quería saltar y bailar, eufórica; la otra estaba en plan «TIERRA TRÁGAME» porque eso significaba tener que volver a actuar y tener que volver a enfrentarme al pánico escénico y todo sería más fácil si me quedara en casa acurrucada bajo una manta en el sofá.

—Te puedo mandar más información, pero solo quería preguntarte si aceptas que le dé tu correo. Puede estar muy bien, ¿no? Ya el primer día me percaté de que tienes realmente mucho talento.

Volvió a sonar la campana, la puerta se abrió y entró otro grupo de estudiantes. Tenía un minuto para cruzar el campus y llegar a tiempo a clase de Lengua.

—Bueno, siento hacerte llegar tarde. Si quieres que te ayude a prepararte o a decidirte, avísame. Aquí estoy.

Farfullé un «gracias» y salí atolondrada del aula.

Actuaciones.

Compañeros.

No pude reprimir un atisbo de sonrisa. Al fin y al cabo, cantar me gustaba tanto que lo superaba todo.

Al menos por aquel entonces.

En todo el día no volví a ver a Reese. Me notaba inquieta y pasaba el camino de una clase a otra en ascuas, pensando en si me lo iba a encontrar de nuevo en la puerta. Al ver que no estaba, los nervios se convertían en decepción. Empecé a pensar que la había cagado al no darle una respuesta inmediata. Si Hannah estaba en lo cierto, chicas no le faltaban, así que no iba a tenerlo pululando a mi alrededor esperando hasta que me decidiera. Entonces, pensé en Alfie y en nuestra promesa, y casi no me reconocí a mí misma.

Pasé por las fases siguientes:

Nervios…

Emoción…

Decepción…

Alivio…

Preocupación…

Culpabilidad…

Nervios…

Y así todo el santo día. Pasé la hora de comer abstraída en mis historias porque Hannah no apartaba los ojos de Jack y fingía no estar mirándolo y Jack no apartaba los ojos de Hannah y fingía no estar mirándola.

Al final, llegó la hora de volver a casa y yo no había vuelto a ver a Reese. Intenté autoconvencerme de que era mejor así, pero mi corazón estaba totalmente contrariado.

«Mejor así, esta situación no te va bien», me repetía una y otra vez. «¿Y Alfie? De todos modos, no quieres salir con alguien que lleva un sombrerito todo el día».

¿Qué pensaría Alfie de alguien como Reese? Uf, el sombrero lo sacaría de quicio. Alfie solo tenía un atuendo: vaqueros, camiseta y zapatillas deportivas. Para él, llevar pantalón corto en verano era una auténtica pesadilla.

En la puerta del instituto abracé a Hannah para despedirme de ella y le susurré al oído: «Crea una situación apropiada». Se sonrojó y

yo me colgué la mochila del hombro y me fui, saludando con la cabeza a todos los que me sonreían y todavía me felicitaban.

Y ahí estaba él, en la entrada del callejón. El sombrero de lado, con una sonrisa de oreja a oreja y apoyándose en la barandilla con ademán indiferente. Me paré de golpe como si fuese un personaje de dibujos animados que está a punto de caer por un precipicio.

—Mira quién anda por aquí —dijo, repitiendo mis palabras.

Solté una risita como la niña tonta que soy.

—¿Me estás siguiendo? —pregunté, como si fuese mema.

—Sí, pero en plan romántico, no en plan chungo acosador.

—Creo que soy yo quien debe decidirlo, ¿no?

—Lo siento, ya me voy. —Y se puso a caminar. A caminar de verdad, para irse, y no como una broma.

—Espera —dije, obviamente. Él era el primero que sabía cuál iba a ser mi reacción.

—¿Te puedo acompañar a casa?

Volví a soltar una risita e intenté mantener las riendas de la situación, pero fue en vano.

—Supongo que sí, me puedes acompañar a casa —suspiré, como si no me apeteciera.

—Dame la bolsa, te la llevo.

Agarró la pesada bolsa que llevaba colgada del hombro y juro que, como la niña tonta que soy, en ese momento lo vi como un gesto romántico, no condescendiente y anticuado.

—¿De verdad echas de menos tu hogar? —me preguntó así, sin más, cuando empezamos a caminar sobre las hojas, resbaladizas por la lluvia de la mañana.

—¿Por qué lo dices?

—No, es solo que cada vez que te miro… y te miro mucho… Pero en plan romántico, no en plan chungo acosador… Siempre tengo la sensación de que te gustaría estar en otro sitio.

Me toqué la cara, de repente muy consciente de mis expresiones y sorprendida de ser tan mala ocultando mis sentimientos.

«O tal vez es que te entiende», pensé por un instante. «Tal vez conectáis de verdad».

—Echo de menos mi hogar. Aquí todo es distinto… Es como estar en otro país.

—¿En qué sentido?

Se lo conté todo. Pasé todo el camino hablando hasta que llegamos a casa y nos sentamos en el muro que había delante del edificio hasta que la humedad de los ladrillos nos caló el culo. Le conté que el acento no era la única diferencia. Le hablé de que aquí, en el sur, había menos espacio, se tenía que hacer colas por todo: tanto en la cafetería como en la autopista. Le expliqué que, haciendo cola, todo el mundo parecía muy educado, pero que en realidad aquí era como que la gente usaba sus buenos modales como escudo para ocultar su infelicidad crónica.

—Allí, en Sheffield, hablas con todo el mundo —expliqué, balanceando las piernas—. Cuando llamas para pedir un taxi o cuando esperas que te sirvan el pescado frito con patatas, hablas con la señora del teléfono o con el tipo que te pone la comida. O con quien esté haciendo cola contigo. Todo el mundo te llama «bonita» o «cariño» y lo cierto es que es agradable, de verdad. Es como si todo el mundo fuese tu amigo. Aquí… Aquí nadie te dice nada y todos se chocan los unos contra los otros…

Suspiré.

—Allí arriba, si alguien te viene de frente en la acera, os apartáis los dos, pero aquí es como *Los juegos del hambre* de las aceras. ¡Me han salido moratones en los brazos de tanto golpe!

Reese me escuchaba y asentía. Dijo que también se había fijado en todo eso, pero que nadie se lo había dicho tan llanamente antes.

—De verdad, eres muy buena con las palabras —me dijo—. Pensaba que lo tuyo era cantar, pero escuchándote hablar ahora… Es como si fueses sabia. Como si estuvieses en tu octava vida o algo así.

Sus palabras me llenaron de satisfacción, como si fuese un pez globo. Su mirada transmitía tal admiración que, por un momento, le creí. «Tal vez de verdad soy buena con las palabras. Tal vez soy muy inteligente para la edad que tengo…». Ver la mejor versión de ti misma a través de los ojos de alguien que te adora es realmente

abrumador. Es embriagador. Era increíble sentir como me bañaba la luz de admiración que Reese proyectaba en mi persona. Era tan intensa que casi tenía que ponerme crema solar.

Sin embargo, me limité a negar con la cabeza y a ruborizarme.

—Bueno, aunque estuvieras en lo cierto, qué forma de echarlo a perder en alguien tan tímido como yo.

Reese levantó la mano, como si fuese a apartarme un mechón de pelo, pero paró a medio camino y solo sonrió.

—Me gusta que seas tímida. Yo también lo soy, sabes…

Solté una carcajada.

—De verdad te lo digo —insistió.

—¿El cantante de un grupo que espera a una chica en la puerta de clase? Ajá, muy tímido.

—Podría decir lo mismo de ti —replicó—. Te subiste al escenario completamente sola. No es muy propio de gente tímida, ¿verdad?

—Sí, pero casi me muero en el intento.

—Bueno, yo también casi me muero actuando el otro día. Y casi me muero hablando contigo. Y casi me muero esperándote en la puerta del aula. Y casi me muero deseando que nos encontráramos de camino a casa. Y… —Esta vez sí, estiró el brazo y me apartó un mechón detrás de la oreja. Cerré los ojos, disfrutando de la sensación—. Y casi me estoy muriendo ahora mismo. Aquí, simplemente hablando contigo. Es que incluso me cuesta explicarlo. Me pones muy, muy nervioso, Amelie. Pero conocerte vale todos los nervios que pueda pasar.

«Esto es de locos».

Fue el único pensamiento racional que me cruzó la mente durante unos instantes, y desapareció.

Y es que era de locos. Se comportaba como si se estuviera enamorando de mí, pero ni siquiera me conocía. Habíamos hablado dos veces.



¿Hice caso de aquel pensamiento fugaz que me cruzó la mente? ¿Escuché ese pequeño atisbo de racionalidad? Esa vocecita que, sentada en la última fila de clase, levantaba la mano una y otra vez y me susurraba verdades incómodas como «esto está yendo demasiado rápido» o «ni siquiera te conoce» o «¿este chico te gusta?» o «¿te gusta él o te gusta que tú le gustes tanto a él?».

No, no le hice caso.

Si le hubiese hecho caso ahora no estaría aquí, sentada en esta parada de autobús cuando debería estar en clase. No estaría mirando constantemente el móvil, temblorosa como un perrito abandonado.



Nos quedamos allí, sentados en el muro, hablando de todo y de nada. Al día siguiente, después de clase, volvía a estar allí, apoyado en la valla del callejón. Me sonrió y nos pusimos a caminar juntos hacia mi casa. A lo largo de esa semana, durante la hora de comer, mientras Reese era el dueño del cotarro en su mesa de la cafetería y él y sus compañeros se dedicaban a alborotarle el pelo a Rob, no dejó de lanzarme miraditas y de sonreírme. Otras veces fingía chocarse contra mí en el pasillo y me pedía perdón con un gesto ampuloso con las manos. Hannah refunfuñaba cada vez que lo hacía. La primera vez, Reese aprovechó para dejarme una notita en la mano y corrí al baño para leerla. En realidad había ido fingiendo tener pis, pero de la emoción terminé haciendo pis de verdad.

«¿Cuándo vas a querer salir conmigo?».

Me reí y el estómago me dio un vuelco. Arrugué el papelito contra el pecho, negando con la cabeza y con una sonrisa boba estampada en los labios. Guardé la nota en mi mochila junto a la que me había dado al lado de la puerta de clase de música. «No puedo dejar de pensar en ti».

Poco a poco, me percaté de que ya no pensaba tanto en Alfie y en cuánto lo echaba de menos. Reese parecía ser una constante cada vez más frecuente en mi vida. Releía sus notas y sonreía por dentro. El efecto de sus palabras no se desvanecía. Cada vez que las releía era como leerlas por primera vez.

«Quiere salir conmigo».

«No puede dejar de pensar en mí».

Él. Un chico guapo, sensible, popular y con talento que podría tener a cualquier chica que se le pasara por delante… Te quiere a ti, Amelie. Qué curioso, ¿no? Es realmente cautivador, si lo piensas así. Es lo que querría cualquier chica y, mira por dónde, tú lo has conseguido, Amelie. Tal vez sí eres especial. Vamos, él lo es y cree que tú también lo eres. Salir con él podría ser el principio de algo increíble de verdad, porque es como si él lograse verte el alma.

Aguanté cinco días.

El viernes, justo una semana después del festival, volvimos juntos del instituto. Caminábamos sin prisa alguna. Nos parábamos a mirar las hojas de los árboles, que ya mostraban los primeros tonos otoñales, y nos reíamos con las ardillas gordas que se preparaban para el frío y hablábamos de lo que más nos gustaba de la Navidad:

—Llegar a casa empapado y sentarme delante del fuego —dijo Reese.

—Las luces de Navidad en los árboles.

—Ay, la Navidad. Oh, «Fairytale of New York», de los The Pogues. ¡Es mi canción preferida! La escucho todo el año.

—¡Yo también!

Reese me cogió de la mano. Esta vez me tocó de verdad, me cogió la mano y nuestros dedos se entrelazaron. Finalmente, llegamos a mi casa. Se giró hacia mí y me cogió la otra mano, formando un círculo entre los dos.

—¿Y bien?

—¿Y bien…?

—Un pajarito me ha contado que te han contratado para tocar en el Cube —dijo.

De repente, me asaltaron los nervios.

—Sí.

Esa mañana, la señora Clarke se había acercado corriendo para darme la noticia.

—¡Serás nuestra primera estudiante en actuar allí!

—¿Qué es el Cube? —Fue lo único que fui capaz de articular porque no era consciente de la relevancia que tenía. Al parecer era la sala de conciertos más grande de esta ciudad.

—Es increíble —dijo Reese con admiración.

—Bueno, solo voy a ser la telonera de los Contenders, así que voy a tocar para… ¿cinco personas? Que no van a saber ni quién soy y van a tolerar mi música para poder ocupar tranquilamente la primera fila.

—Me encanta que seas tan modesta —dijo Reese, sonriendo.

—No soy modesta, soy sincera —repliqué, mientras fijaba la mirada en el suelo.

Cuando la volví a levantar, tenía los ojos fijos en mí y me miraba de una manera tan intensa que juro por Dios que me sentí desnuda.

—Salgamos un día, por favor —me suplicó con suavidad—. Ambos sabemos que hay algo entre los dos. Danos una oportunidad.

Entonces, sin tener ninguna función cognitiva activada, me incliné hacia él y le susurré:

—De acuerdo, voy a salir contigo.

Su sonrisa era tan amplia que casi le desaparecieron los ojos.

—Este fin de semana voy a estar con mi padre, pero ¿qué tal el lunes? Antes me es imposible.

—El lunes, pues.

—Pareces inquieta —comentó mamá cuando justo faltaba media hora para que Reese me recogiera.

Se sentó en una silla de la cocina y se quitó uno de los zapatos de tacón que llevaba puestos.

—Ha estado así desde que ha vuelto del instituto —contestó papá—, pero no me quiere decir por qué. ¿Por qué debería contármelo? Al fin y al cabo, ni la engendramos, ni le damos de comer, ni la hemos cuidado siempre, ni se lo hemos dado todo…

Estaba cocinando y, por un momento, dejó la sartén y me agarró de los hombros con delicadeza. Levanté los ojos y le sonreí.

—Tan solo he quedado con unos amigos para cenar —mentí—. Ya sabes que me pone nerviosa esto de salir y hablar con la gente.

—Y eso que tú y tu guitarra siempre estáis ahí dale que te pego.

Puse los ojos en blanco y preferí no contestar. Mi música se había convertido en un problema cuando nunca jamás lo había sido. En Sheffield teníamos una casita en el jardín. Papá la había forrado por dentro con cajas de huevos vacías para insonorizarla y había puesto un cartel en la puerta que rezaba: «El rincón de la magia». Pasaba todo el tiempo allí dentro. Solía escabullirme con mis amigos por la noche y Alfie y yo incluso habíamos perdido la virginidad entre esas cuatro paredes. Después, Alfie hizo una broma tonta con eso de que era «el rincón de la magia». Lo intenté pegar, pero me cogió la mano y nos caímos en una manta vieja y hecha jirones, y pasamos las horas diciéndonos «te quiero» hasta que casi había salido el sol. Sin embargo, ahora, viviendo en un piso, mis padres estaban totalmente expuestos a todo el tiempo que pasaba tocando la guitarra. Intentaba ir con cuidado, tocar flojito y susurrar más que cantar, pero papá seguía dando toquecitos en estas paredes de cartón piedra para pedirme que cantara «más flojito, cariño».

Mamá se quitó el otro zapato y gimoteó mientras se fregaba la planta del pie.

—Bueno, pásalo bien —me dijo—. Estás muy guapa. Este vestido es nuevo, ¿no?

Asentí y me puse como un tomate. Las tiendas de segunda mano de este lugar eran una pasada. Era como si nadie comprara nada que estuviese usado. Este vestido lo había encontrado en la tienda de una protectora de gatos y la verdad es que era más atrevido de lo que solía ponerme. Era rojo y con lunares pequeños de color

blanco. No tenía ningún jersey que quedara bien, así que lo había combinado con una chaqueta de piel e incluso me había puesto un poco de un bálsamo de labios de color que me habían regalado las Navidades anteriores y nunca había usado.

—Te has maquillado —exclamó, como si me hubiese pintado la cara como una geisha.

—Es solo un bálsamo que tiene un poco de color. —Mi cara ya tenía el mismo tono que el vestido.

—Oh… Has quedado con un chico, ¿verdad? —Mi padre puso voz de niña tonta mientras probaba un poco de salsa con la cuchara de madera.

—Cómo va a quedar con un chico —respondió mamá por mí—, si sigue totalmente colada por Alfie.

Me levanté de golpe y casi lanzo la silla por los suelos. Su comentario había desatado el tsunami de culpabilidad del que me había estado escondiendo. ¿Le estaba poniendo los cuernos? ¿Era normal echarlo tanto de menos y tener una cita con Reese al mismo tiempo? ¿Qué quería decir todo esto? ¿Cómo me sentiría si supiera que Alfie había tenido una cita con otra chica? Pues fatal. Me sentiría fatal. ¿Por qué le estaba haciendo esto, entonces? No me había mandado ni un solo mensaje en más de una semana… Tal vez, ya se había olvidado de mí. Y si él podía olvidarse de mí con tanta facilidad, yo también podía… Lo echaba tanto, tanto de menos. Debería cancelar la cita. ¿Por qué iba a salir con alguien a quien prácticamente ni conocía? Pero es que quería salir con Reese…

Forcé una sonrisa y agarré la silla antes de que se cayese.

—Exacto, sigo totalmente colada por él.

Fui a mi habitación para mirarme por enésima vez. Sí, tenía el mismo aspecto que hacía cinco minutos.

Alfie. Alfie. Alfie.

Reese. Reese. Reese.

—¿Qué debo hacer? —pregunté a mi reflejo—. ¿Qué demonios debo hacer?

En este momento vibró el móvil dentro del bolso y me planteé una dicotomía clarísima: si era Alfie, no saldría con Reese. Sería una

señal del universo y a estas señales hay que hacerles caso, aunque seas la única persona que haya decidido que es una señal. Si era Reese, saldría con él y a ver qué pasaba. Nada de sentirme culpable.

Metí la mano en el bolso y saqué el teléfono.

Jessa: Abue-abue-abuelita del jersey, oh… ¡Abueliiiita! ¡Te echo de menos!

Sonreí, pero en realidad no tenía ni idea de qué me intentaba decir el universo con esa señal.

Esperé en la calle, al lado del muro, para que mis padres no vieran a Reese. Salí cinco minutos antes de la hora. Mis ojos iban de la hora que señalaba el móvil al final de la calle, preparándome mentalmente para verlo aparecer por la esquina. ¿Cómo nos íbamos a saludar? ¿Con un abrazo? ¿Un beso en la mejilla? ¿Tal vez solo con un gesto de la mano? ¿Y si llegaba tarde? ¿Iba a fingir que no me importaba?

Toda preocupación fue en vano porque tan pronto apareció, fue como si hubiese caído por la madriguera del conejo que me llevaba directa a una primera cita perfecta.

Llegó puntual. Olía genial. Me sonrió al verme y, cuando llegó a donde yo estaba, rozó muy suavemente sus labios con los míos.

—Estás preciosa —dijo.

—Estoy helada —respondí, atontada, derritiéndome a pesar del frío.

—No pasa nada. Se está bien en el sitio a donde iremos.

Me cogió de la mano y caminamos hacia el centro de la ciudad. Yo tenía el brazo como una botella de Coca-Cola después de menearla. No sentía el frío y perdí la noción del espacio. Todo mi cuerpo estaba pendiente de nuestras manos entrelazadas.

—¿Qué tal con el grupo? —le pregunté mientras me acariciaba el pulgar.

—Mal. Están enfadados porque hoy no voy a ir al ensayo.

—¡No! No sabía que tenías ensayo. No quiero que…

—No pasa nada, Amelie… Prefiero estar aquí contigo. Lo superarán.

Una ligera ansiedad trepó por mis intestinos porque no quería que sus compañeros estuvieran resentidos conmigo. Nadie quiere ser una Yoko Ono.

—¿A dónde vamos? —pregunté cuando dejamos atrás el centro de la ciudad y todos los lugares donde la gente suele tener citas, como el Pizza Express.

—Calma, pequeña. Supongo que no pensabas que te iba a llevar al Pizza Express, ¿no? No voy a estropear mi oportunidad de salir con la chica más guapa y extraordinaria del instituto.

Solté una risita y sonreí, tal y como él sabía que haría. Giramos para meternos en una calle secundaria y solitaria, y nos paramos delante de un letrero que decía: «ESTUDIO DE GRABACIÓN JETSON».

—*Voilà* —dijo Reese, haciendo una reverencia y gesticulando.

—¿Un estudio de grabación? ¿Aquí? —pregunté incrédula.

—A veces los milagros ocurren —contestó mientras metía una mano en el bolsillo de sus vaqueros ajustados y sacaba una llave—. No es gran cosa, pero todos los grupos de la ciudad graban sus maquetas aquí. Y hoy lo tenemos todo para nosotros. —Abrió la puerta y me indicó que entrara—. Detrás de ti, preciosa.

Me había imaginado un estudio andrajoso y oscuro como una cueva, pero si eso era una cueva, esta noche era la de las mil maravillas. Estaba todo decorado con guirnaldas de luces que colgaban del techo, que parecía un cielo estrellado, e iluminaban la entrada.

Reese se quedó de pie detrás de mí, sentía su aliento en la nuca.

—¿Te gusta cómo lo he dejado?

Me giré para mirarlo. Era tan, tan guapo.

—¿Quieres decir que no siempre es así? —dije de broma para esconder lo abrumada que estaba.

—Eh… No, Amelie —respondió muy serio—. No suele estar decorado con luces. Lo he hecho para ti.

—Es hermoso —dije. Y era verdad.

—Vamos a comer. Luego podemos grabar un par de canciones.

Me llevó hacia el interior del estudio, que también estaba decorado con luces. Era como una versión mejorada de las casas que aparecen en el periódico durante las Navidades porque las han decorado en exceso. Nunca antes había estado en un estudio de grabación, pero era muy parecido a los que había visto en documentales: dos salas separadas por un cristal insonorizado. La diferencia era que los estudios de grabación no suelen estar decorados con guirnaldas de luces ni tampoco suele haber una manta de picnic en el suelo.

Me paré en la puerta.

—¿Cómo…? —quise preguntar, mirando lo que había preparado encima de la tela a cuadros: una cajita de fresas, minipizzas y una botella de vino.

Me rodeó la cintura por detrás y apartó el pelo de uno de mis hombros.

—Esto es cosa mía —dijo—, tú solo disfruta.

Tenía los labios tan cerca que casi me podía besar el cuello. Un mar de sensaciones me recorrió todo el cuerpo y cerré los ojos.

—Bueno —dijo Reese entonces, y me adelantó y cogió una fresa —, dime que tienes hambre, por favor.

Tenía el estómago hecho un nudo y no me sentía con ánimo de comer nada, ni siquiera macarrones con queso, que es mi plato favorito. Pero no quería ser maleducada, así que me senté en la manta con las piernas cruzadas, cogí un par de fresas y me dejé llevar.

Reese era perfecto. Me sirvió vino y siguió preguntándome mil cosas.

—¿Qué sientes cuando tocas?

Sus ojos, por encima del borde del vaso de vino, no se apartaban de mí.

Sonreí.

—Primero siempre me muero de miedo —le conté—. Lo siento casi físicamente. Me odio por haber aceptado tocar, por pensar que soy lo suficientemente buena como para tocar. Estoy segurísima de que voy a humillarme a mí misma y de que todo el mundo se reirá

de mí… Luego… Tan pronto como toco el primer acorde es como que todo se desvanece, ¿sabes?

Asintió. Lo entendía. De nuevo, no hacía falta decir nada más.

—Y cuando termino es como despertarme de un sueño. Uno que todo el mundo ha vivido conmigo.

Reese asintió.

—Te hace vulnerable, ¿no? Componer, quiero decir. Muchos piensan que es cuestión de ego, pero en realidad no lo es. En realidad, tienes que abandonar tu ego para crear. Tienes que pasar de lo que van a pensar de ti o de tu música para lograr ser totalmente sincero con lo que quieres componer.

Devolví la fresa a la cajita.

—Exacto. Precisamente por eso logro tocar a pesar de ser tan tímida. La confianza no tiene nada que ver.

Nos dedicamos una sonrisa el uno al otro y entonces me percaté.

Estábamos intimando.

Eso es: estábamos intimando.

Nos estábamos fusionando como dos cables chispeantes, nos atraíamos como imanes, estábamos encajando como dos piezas de puzle. Sentía que lo conocía, que estábamos en la misma onda, en la misma página del mismo libro. Recordé que una vez le había intentado explicar a Alfie cómo componía. Él siempre me había apoyado, pero nunca me había entendido.

—Es que a mí no me suelen venir estas cosas a la cabeza —había dicho Alfie una vez que le expliqué que componer era como desintoxicarse.

—Pero, ¿tú nunca te rayas con las cosas que has dicho, o las cosas que han pasado, o con lo mal que está el mundo? —le pregunté una vez, casi asustada y pensando que yo era la rara.

—No —había contestado Alfie, negando con la cabeza—, en verdad no. A no ser que haya pasado algo realmente terrible.

En ese momento me reí y le dije que era «muy de ciencias» y el había asentido con vehemencia y orgullo. Me había parecido incluso adorable, pero también me había hecho sentir algo alejada de él. A veces me daba envidia que pudiera estar siempre tan tranquilo y dejarse de todos los «y si» y los «ojalá» y los «¿por qué tuve que

hacer eso?». Otras veces sentía pena por él, como si se estuviera perdiendo una gran parte de la experiencia de ser humano.

Reese no. Reese lo entendía a la perfección.

Esa noche me sentí completamente…

Abrumada.

Su encanto y su atractivo me azotaban como si fuesen olas, y llegaban tan seguidas que tenía la sensación de que no podía ni siquiera sacar la cabeza para respirar.

—Eres preciosa —soltó de repente cuando nos terminamos el vino—. Creo que no eres consciente de lo hermosa que eres.

No tenía casi ni tiempo de recuperarme de tanto halago que ya llegaba el siguiente.

—No puedo dejar de mirarte.

Cuando terminamos de no-comer, recogió los restos y los metió en una bolsa de basura.

—Vamos a grabar algo.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Claro. Para esto estamos aquí. ¡Me muero por volver a escucharte cantar!

Me tendió la mano para ayudarme a ponerme de pie y me llevó a una sala pequeña donde estaba el micrófono.

—Pero no tengo mi guitarra.

Entonces vi como la sacaba de debajo de la mesa y me quedé totalmente boquiabierta.

—¿Cómo…? —casi no podía respirar de tanta emoción.

Sonrió como si fuese un mago que acaba de hacer su mejor truco.

—Como los lunes a última hora tienes música y los martes también, la dejas en el instituto —explicó—. Así que le dije a la profesora Clarke que componíamos juntos y que me habías pedido que la recogiera.

Sacudí la cabeza, totalmente alucinada, pero encantada. En ese momento no pensé que era muy raro que se supiera tan bien mi horario porque… Bueno, porque ya hemos dejado claro que soy tonta perdida. Tan solo reí y pensé que era muy romántico. Me

colgué la guitarra de los hombros y apoyé el trasero en el taburete alto.

—Vale, y ahora ¿qué? —pregunté a través del micrófono.

—Ahora a cantar, pajarito mío.

Se despidió con la mano y me encerró dentro de la sala. Reapareció al otro lado del cristal y se puso a toquetear los botones de la mesa de mezclas. Yo lo observaba maravillada desde el otro lado. ¿Cómo había logrado que le dieran permiso para estar aquí a estas horas? ¿De dónde había sacado todas aquellas guirnaldas? ¿Cuándo había aprendido a usar una mesa de mezclas? ¿Cómo era posible que una persona tan excepcional y maravillosa estuviese interesada en mí? Era como estar viviendo otra vida. La vida de alguien especial, no la mía.

Oí su voz por los auriculares y me sobresalté.

—Estupendo. Todo a punto. Canta esa canción del festival, la de «El tiempo dirá». Es genial.

Incluso antes de tocar el primer acorde, me asaltó una sensación de traición. Era una canción para Alfie. Y, sin embargo, me puse a tocar y a cantar, y fue mirar a Reese al otro lado del cristal y se desvaneció cualquier mala sensación. Llevaba puestos los auriculares. Estábamos sintonizados en una frecuencia íntima y exclusiva a la que tan solo teníamos acceso nosotros dos. No apartamos la mirada el uno del otro en toda la canción y juro que fue el momento más intenso e íntimo de toda mi vida hasta aquel momento. Si hubiese podido parar el tiempo, lo habría hecho. Lo habría parado, me habría encaramado a ese instante para que me envolviese entera.

Canté para Reese y traicioné, casi sin darme cuenta, al chico al que había prometido no traicionar jamás. Y cuando terminé de cantar, Reese había desaparecido del otro lado del cristal. Abrió la puerta de la sala donde yo me encontraba, me agarró la cara con fuerza y me besó. Le devolví el beso y perdí todo el control sobre mi cuerpo. Hundí las manos en su pelo, hasta debajo del sombrero. Se separó un instante, sonrió y me quitó la guitarra de los hombros como si fuese un vestido. Me volvió a besar. Solo sentía su lengua,

su sabor, su respiración y sus manos en mi espalda, agarrándome fuerte como si con solo besarme no bastara.

Nunca me habían besado así.

Casi no parecía real. Los primeros besos que nos dimos Alfie y yo eran bonitos, pero eran tímidos e inseguros. Nuestras cabezas se chocaron varias veces, nos reíamos y nos pedíamos perdón. Nos llevó tiempo acostumbrarnos el uno al otro. Me sentía segura, cómoda, era bonito y… Sí, era bonito, pero no era como el beso que me dio Reese dentro de esa cabina de grabación. Cuando Reese me besaba, desataba mis instintos más primarios, que tomaban el control de mi cuerpo para fundirme en el suyo. Empujó el taburete hacia atrás con el peso de su cuerpo y acabó inclinándose por encima de mí. Recuerdo que pensé: «Alfie nunca se habría atrevido a hacer algo así». Y me sentí culpable.

Sin embargo, no solo nos estábamos fundiendo físicamente, sino que teníamos todas las emociones desbocadas.

Entonces, justo cuando la cosa ya estaba subiendo demasiado de tono para una primera cita, Reese me apartó con delicadeza. Me miró a los ojos con una mirada que destilaba adoración, apoyó la frente en la mía y suspiró, aliviado.

—Quería hacer esto desde el momento en el que te vi cantar. —Se incorporó y me miró—. Tienes un no sé qué, Amelie… No sé ni cómo explicarlo.

Me reí porque no tenía ni idea de qué podía decir o hacer. Nunca había tomado drogas, pero supongo que era así como te hacían sentir: una sensación totalmente embriagadora, eufórica, como si estuvieras corriendo demasiado rápido para tus piernas.

—Debo confesar que es una señora primera cita.

Su mirada se hizo más intensa, casi podía ver fuego llameando en sus retinas.

—Bueno, tuve claro que tenía que sacar la caballería pesada. Todos van detrás de ti en el instituto.

Me reí tan fuerte que casi me caigo. Reese me aguantó.

—Oye, ¿de qué te ríes? ¿Qué pasa? —preguntó mientras me acariciaba la mejilla.

Me sentía tan poderosa. Estaba tan alucinada y flipada por lo mucho que le gustaba. Parecía que cualquier cosa que hiciera o dijera lo dejaría completamente maravillado. Me podría tirar un pedo y el me acariciaría y diría: «Es el pedo más perfecto que he olido jamás».

Pero no, no me tiré ningún pedo. Me limité a decirle que estaba diciendo tonterías y me juró y perjuró que no. Volvimos a besarnos y este segundo beso fue todavía mejor que el primero.

No llegamos a escuchar la canción que había cantado.

Nos besamos más y más hasta que casi me dolieron los labios y mi cerebro ya no carburaba y estaba medio mareada y feliz a la vez. Sin embargo, también me sentía confundida y abrumada por todas las emociones, como si estuviese empachada de ellas. El tiempo pasó demasiado rápido y después de oír que el móvil vibraba por tercera vez, fui a mirar qué ocurría.

Mamá: Hola Amelie. Solo quiero preguntarte cuándo vas a volver, ¿lo sabes? :*
Mamá: Espero que lo estés pasando bien, pero se hace tarde.
Mamá: ¿Dónde estás, Amelie? Mañana tienes clase.

Comprobé la hora en la pantalla del móvil.

—Mierda —dije—. Ya son casi las diez. ¡Cómo es posible!

Reese arqueó las cejas un par de veces y me reí, negando con la cabeza mientras respondía a mi madre.

Amelie: ¡Lo siento! Me he despistado. Salgo ahora, no tardo.

Me miró mientras metía el móvil dentro del bolso.

—Tengo que irme —le dije.

—Quédate —contestó.

—No puedo.

—No pasará nada.

—Mi madre se va a preocupar.

—Pues deja que se preocupe —respondió, encogiéndose de hombros.

Seguí recogiendo mis cosas, enderezándome el vestido (que ya no estaba encima de los hombros) y las tiras del sujetador. Reese me iba siguiendo como un perrito y deshacía todo lo que yo hacía: volvió a bajarme las tiras del sujetador, besándome los hombros, y me abrazó por la cintura.

—Bueno, ya estoy lista.

Me giró y volvió a besarme. Me resistí una fracción de segundo, pero al final nos dejamos caer al suelo.

—Tengo que irme —insistí.

—Lo sé —respondía sin dejar de besarme.

Los besos no era lo único que me lo ponía difícil. Era todo. Las guirnaldas y el picnic que había preparado con tanta atención, la forma como me miraba y me acariciaba, como si fuese un ángel caído del cielo. Entonces, mi móvil nos interrumpió. Me liberé de las manos de Reese y contesté.

—¿Sí?

—Amelie, ¿dónde demonios estás? ¡Son casi las once!

—Lo siento, lo siento, ya casi llego —mentí—. Han tardado bastante en traernos la cuenta en el restaurante.

Sentí que mi madre estaba a punto de explotar, así que seguí hablando.

—Lo hemos pasado genial y la verdad es que todos hemos perdido un poco la noción del tiempo. Estoy muy contenta de haber hecho amigos por fin.

Cerré los ojos con fuerza para impedirle el paso a la culpa y hubo un instante de pausa en el que sentí que era mi madre quien estaba asimilando su propia culpa. Cuando habló, su tono era completamente distinto.

—Me alegro de que estés haciendo amigos —dijo con tristeza.

—Lo siento, mamá. Volveré lo antes posible.

—Bueno, nosotros nos vamos a la cama. Solo quería saber dónde estás. No llegues demasiado tarde, cariño. E intenta no hacer ruido al entrar.

Me despedí y colgué. Reese, que no había dejado de besarme la espalda durante todo el rato, empezó a darme besos en el cuello.

—¿He oído que se van a la cama? —susurró.

—De verdad que me tengo que ir, Reese.

Pensaba que iba a protestar, pero se puso todo rígido y se levantó de golpe.

—Bien.

En un abrir y cerrar de ojos, se puso en modo «salida inmediata», yendo de un lado para otro, descolgando las guirnaldas y casi sin dirigirme la palabra. Yo me quedé plantada en medio de la sala, de brazos cruzados y preocupada por si había herido sus sentimientos.

—¿Te ayudo?

Negó con la cabeza y pasó los siguientes diez minutos en silencio, recogiendo todos los detalles románticos del lugar. Finalmente, nos encontramos en un estudio de grabación normal y corriente, yo con el bolso colgado del hombro y él con un montón de trastos encima… Solitarios en medio de aquel espacio.

«¿Estás enfadado conmigo?», pensé. La primera vez de muchas que lo pensaría. Parecía como si estuviese enfadado porque no me quedase más tiempo, aunque ya era tarde cuando me había llamado mamá y aunque al día siguiente tuviésemos que ir a clase. La euforia que me había acompañado toda la noche se desvaneció y dejó paso a la angustia. ¿Lo había echado todo a perder?

—¿Lista? —preguntó con brusquedad mientras cogía mi guitarra.

¿Su brusquedad era fruto de mi imaginación? De camino a casa, no me dio la mano y casi no me dirigió la palabra. Incluso caminaba un poco demasiado rápido y tenía que trotar para alcanzarlo. Entré en pánico y pasé todo el rato angustiada, dando vueltas a qué había podido hacer para echar al traste una noche tan maravillosa. Me entraron náuseas. Llegamos a la altura de la parada que había al final de mi calle y Reese se paró en seco. Yo, también. Se giró hacia mí.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—No te asustes, pero creo que esta noche ha sido la mejor de mi vida —sentenció.

Dejó la guitarra en el suelo y me acarició la mejilla. Su actitud había dado un giro de 180 grados. La angustia desapareció por completo y me invadió una ola de amor. Sí, de amor. Ya lo notaba, palpitando entre los dos. Demasiado temprano, demasiado poderoso, demasiado imparable.

—No me asusto.

La luz de la luna lo iluminaba todo con una luz intensa. Hacía frío. Para la mayoría de la gente, era un lunes por la noche cualquiera, pero para nosotros, de pie en la calle, mirándonos el uno al otro embelesados, era un lunes muy especial.

—¿Lo has pasado bien?

—Lo he pasado genial —dije riendo.

En ese momento parecía tan orgulloso de sí mismo. Luego, me cogió de las manos y me apretó los dedos muy intensamente.

—¿Quieres… Quieres ser mi novia, Amelie?

Asentí. Asentí mucho y con mucha efusión, y confirmé lo que se perfilaba ya como algo inevitable. Algo que ambos supimos desde el momento en el que nuestras miradas se cruzaron.

—Por supuesto que sí.

Reese sonrió tanto que sus hoyuelos casi desaparecen debajo del sombrero.

—En serio, es la mejor noche de mi vida —dijo.

—Para mí también.

Me besó y reí contra sus labios. Luego me abrazó con fuerza. Un abrazo increíble. Sentía sus brazos rodeándome y agarrándome muy fuerte, olía su esencia en el cuello. Fue un abrazo intenso, como si Reese me quisiera fundir en su cuerpo como si fuésemos una sola escultura de barro.

—Nos vemos mañana en el cole, mi niña.

Y se fue. Y yo me quedé allí de pie, con los dedos en los labios y riéndome con suavidad.

Era todo tan perfecto y yo era tan feliz, tan extremadamente feliz. Casi no podía creerme lo que acababa de pasar y sentía que era tan maravilloso tener algo aquí, en esta ciudad extraña en la que casi no conocía a nadie. Hannah me caía muy bien, pero iba a quedar absorbida del todo por Jack en nada. Sin embargo, ahora yo

también tenía a alguien. Iba a entrar a formar parte de la vida de una persona, de alguien tan brillante como Reese. Era increíble haberlo conocido. Era estupendo y hermo…

Entonces pensé en Alfie.

Y me desmoroné.

Las rodillas no fueron capaces de sostenerme y me incliné hacia delante, casi sin poder ni siquiera respirar del dolor que sentía. Deambulé hasta el banco de plástico de la parada del bus y allí me asaltaron las lágrimas. Fue como un tifón tan intenso que tuve que poner la cabeza entre las piernas. Recordé la cara de Alfie y recordé todo lo bueno de él, todo lo que me gustaba de él. Me sobrevino de golpe, como si fuese a vomitar.

La realidad era la que era.

Alfie y yo habíamos terminado.

Esa era la verdad. Acababa de poner punto y final a algo que nunca pensé que iba a querer terminar. Lo había hecho así de rápido, así de fácil y así de drásticamente. Y lloré. Lloré por nosotros. Lloré por Manchester y por la culpa que me carcomía. Es lo que tiene la realidad: nunca es permanente. La realidad es finita. La realidad muta y evoluciona a medida que vamos avanzando, vamos mutando y evolucionando, y perdemos el control de las cosas que ocurren y de sus repercusiones. Había querido a Alfie, eso era una realidad. Lo había amado con todo mi corazón y con toda mi alma y con cada una de mis uñas, y estaba dispuesta a esperar dos años para poder estar juntos de nuevo. No estaba mintiendo cuando se lo había prometido. En ese momento, era cierto. Sin embargo, el tiempo había modificado la realidad y en esta parada de bus la antigua realidad fue sustituida por una nueva. En esta nueva realidad, no podía seguir queriendo a Alfie si tenía esos sentimientos por Reese.

Dolía. Dolía tantísimo que lloré mucho y durante mucho rato, haciendo caso omiso de los autobuses que se iban parando cada veintidós minutos.

Otra cosa que aprendí esa noche es que es perfectamente factible tener emociones muy intensas, pero contradictorias al mismo tiempo. Tras la cita con Reese, me sentía extremadamente

feliz, pero también tenía el corazón hecho pedazos. La primera emoción era la causa de la segunda y la segunda destruía la primera. Todas las emociones luchaban dentro de mi cerebro para ver quién se llevaba la palma. Me imaginaba hablando con Alfie y contándole que había conocido a Reese, y los sollozos eran tan fuertes que casi no me dejaban respirar, sonaba casi como un cerdito. Entonces, en medio de todo aquello, como si entrara una corriente de aire fresco, recordaba las guirnaldas de luces y el sabor de Reese en mis labios y no podía dejar de sonreír de absoluta dicha.



Pasó mucho tiempo antes de que Alfie se enterase. Sin embargo, dejaremos este viaje en el tiempo para otro momento. Para más tarde. Ahora estoy aquí sentada, en esta parada de autobús, haciendo pellas y mirando como cae la llovizna y el ir y venir de los autobuses. No sé qué voy a hacer el resto del día. Tal vez podría volver a casa, tumbarme en la cama y mirar al techo. Me estoy convirtiendo en toda una experta en mirar techos...

Sacudo la cabeza ante otra realidad de la que me acabo de percatar: los escenarios en los que se desarrolla este mapa de recuerdos son extremadamente banales. Puede que sea el conjunto de rincones más banales de todos los mapas de recuerdos. Pero, ¿no es lo que suele pasar con los momentos más dramáticos? La vida no es una película en la que todos los momentos cruciales tienen lugar en escenarios espectaculares que reflejan la trascendencia del momento. No. Te pueden romper el

corazón en una parada de bus cualquiera, en un tren desvencijado o en un jardín lleno de pis de perro al lado de tu casa. No, las emociones intensas no requieren de escenarios imponentes.

Vuelvo a fijarme en la lluvia y recuerdo el final de aquella noche.



Me quedé sentada en la parada hasta muy tarde. Los sollozos se resistían a desaparecer y no quería despertar a mis padres al entrar. Cuando creí que ya no me quedaban más lágrimas, saqué el móvil y repasé todos los mensajes bonitos y cariñosos que me había mandado Alfie y volvieron los llantos.

A la una, el móvil vibró.

Reese: Buenas noches, mi niña :* :* :*

Tres besos. De cero a cien. Nada de pensar que «bueno, tal vez un beso si tengo suerte tras un par de citas…» o «dos besos si veo que la cosa va bien» o «tres besos cuando ya hayan pasado un par de meses y tema que no sientas lo mismo por mí». No, nada de eso. Reese me mandó tres besos directamente. Miré los iconos y sonreí. Sin embargo, volví a pensar en Alfie y el bucle recomenzó.



Un desastre, eso es lo que era. Un desastre sentado en la parada del bus número 37.

Y un desastre es lo que sigo siendo a día de hoy.

Estoy hecha un desastre que no recibe ningún mensaje en el móvil, ni qué decir de mensajes con tres besos.



Los buenos recuerdos

¿Qué es peor: torturarse con recuerdos felices o tristes? Supongo que lo averiguaré pronto, porque es sábado y estoy a punto de recorrer un camino inesperado. Es un día luminoso, el sol invernal hace que cada rama desnuda brille con un tono dorado, anunciando la primavera. Me he preparado un almuerzo ligero que consiste en un sándwich, una bolsa de patatas, una manzana y una botella de Coca-Cola Light. Hoy me voy de excursión.

Por cierto, cuando digo «excursión», lo que realmente quiero decir es «ejercicio de ritual masoquista», porque, ¿qué mejor manera de recomponer un corazón partido que fustigándote con recuerdos de los buenos momentos?

—¿Vas a salir? —pregunta mamá sin poder esconder el desconcierto en su voz.

Mira mi abrigo, mi pelo peinado y mi bolso, todos ellos objetos casi foráneos a mi persona estos últimos fines de semana.

—Solo un rato —contesto.

Su cara se derrite en una sonrisa que me rompería el corazón si no fuese ya una masa informe.

—Eso es genial, Amelie. De verdad, es genial. ¿Has quedado con Hannah? ¿Vais a ir al centro o algo?

Asiento ligeramente y su sonrisa se amplía. Sus hombros caen un centímetro mientras se desprende de la tensión que ha acumulado de forma inconsciente por tener una hija disfuncional.

—Pasadlo muy bien. Hace un tiempo estupendo. Ayer vi un par de campanillas de invierno en flor. Es marzo y la primavera está a la vuelta de la esquina.

Asiento de nuevo e intento devolverle la sonrisa antes de despedirme de papá, que sigue comiendo tostadas en la cocina. Salgo del piso deslumbrada por el sol que luce bajo y comienzo a caminar con rumbo hacia todos los buenos recuerdos.

Aquí estoy, delante de las puertas cerradas del instituto, mirando al patio vacío que suele estar lleno de alumnos. Me aferro a la barandilla y el metal está tan frío que lo puedo sentir a través de los guantes. Puedo ver cientos de versiones pasadas de mí atrapadas en los recuerdos

de todos los días que he vivido detrás de estas puertas. Los días buenos, los días geniales y los días en los que pensaba que mi mundo se desvanecía. Sin embargo, la primera parada de esta excursión es un buen recuerdo.



Estaba muy nerviosa yendo al instituto el día después de nuestra primera cita. Me parecía como si la tarde anterior perteneciese a la vida de otra persona y no estaba del todo segura de que hubiese sucedido. Estaba agotada y tenía los rojos e hinchados por la falta de sueño y por todas las lágrimas que había derramado por Alfie. Mis manos temblaban debajo de las mangas estiradas del jersey mientras caminaba hacia el instituto y buscaba con la mirada el sombrero de Reese. Tenía quince minutos antes de que sonase el timbre, así que me dirigí hacia la cafetería para tomarme un café, pensando que me daría tiempo. Devolví las sonrisas a un par de personas que seguían reconociéndome desde el festival del instituto. Sin embargo, mi fama menguaba. Todo el mundo estaba demasiado preocupado con los deberes o dándose cuenta de que esos amigos que habían hecho durante las primeras semanas aterradoras, en realidad no les caían tan bien. Algunos incluso llegaban a la deprimente conclusión de que daba igual cómo se reinventasen o la ropa nueva que comprasen: seguían siendo ellos mismos.

Vi a Hannah justo en el mismo momento en el que ella me vio a mí. Estaba hablando con Jack en la mesa de la esquina, pero me saludó y me indicó que me acercase. Le devolví el saludo y esperé a que el café acabase de salir de la máquina cutre del insti. Justo en ese momento sentí las manos de Reese alrededor de mi cintura, su boca en mi cuello y el ala de su sombrero clavándoseme en la cabeza.

—Buenos días, preciosa —susurró contra mi piel, haciendo que me recorriese un escalofrío—. No pude dormir anoche. No dejaba de pensar en ti. Ven a conocer a mis amigos.

—Iba a saludar a Han…

Pero me cogió de la mano y estaba tan sobrecogida que me dejé el café y caminé hasta su mesa, donde me presentó a Johnnie, a Mark y a Rob, el resto de su grupo de música.

—Ey, chicos —dijo Reese—, esta es mi novia, Amelie.

—Hola, encantado de conocerte. —Rob se levantó y me saludó —. Enhorabuena por el festival, estuviste genial, y mi más sincero pésame por estar saliendo con Reese.

Todos se rieron y yo me giré para ver la cara de Hannah en la otra punta de la cafetería. Me hizo un gesto que decía: «¿Qué demonios?», y yo me encogí de hombros. Ya le contaría todo más tarde, cuando hubiese descifrado cómo enfrentarme a su desaprobación.



Pero todo lo que tiene que ver con Hannah es un recuerdo triste y no me apetece pensar en eso ahora. Además, esa mañana en la que no me importó dejarme olvidado el café y en la que me mirabas tan orgulloso mientras me presentabas a tus amigos es un buen recuerdo. Un recuerdo feliz.

Hay tantos buenos recuerdos detrás de estas puertas.

Cuando me acompañabas a todas mis clases, incluso si llegabas tarde a las tuyas, porque no podías estar ni un minuto despegado de mí. Nos dábamos la mano y

sentíamos la envidia de todos mientras reíamos y nos hacíamos caricias con la nariz entre Literatura y Psicología antes de que tuvieses que salir corriendo a Economía. Luego estaban las comidas con tu grupo, el más ruidoso de todo el comedor. Reíamos y escondíamos las baquetas de Rob mientras Jack y Hannah nos miraban desde una esquina. Intenté convencerte de sentarnos con ellos de vez en cuando, pero siempre tenías un buen motivo para no hacerlo. «Es que los chicos nos han cogido la mejor mesa» o «Ahora voy, necesito hablar con Rob sobre los deberes. ¿Qué tal mañana?» Pero mañana nunca llegaba y yo estaba distraída por tus brazos que siempre me envolvían y tus ojos que no dejaban de mirarme mientras hablaba, como si cada palabra que salía de mi boca fuese oro puro. Así que dejé de insistir.

Luego estaban esas tardes lánguidas de los últimos días de sol. Solíamos tumbarnos sobre el césped del instituto después de las clases. Yo usaba tu tripa como almohada mientras nos inventábamos letras de canciones. Por aquel entonces, me salían las palabras a raudales. Compuse unas diez canciones ese primer mes, todas ellas sobre ti, por supuesto. Pasé de no saber de tu existencia a sentir que no podía existir sin ti. Y lo que era aún más maravilloso era saber que tú sentías lo mismo.

Bueno, o eso era lo que me decías constantemente.

Sigo caminando hasta llegar al BoJangles. Las calles están llenas de gente que disfruta de los primeros rayos de sol de marzo. Siguen envueltos en bufandas y abrigos pesados, pero sonríen mientras pasean entre las tiendas con carritos llenos de niños tan arropados que parece que tienen más capas que una cebolla. Solo queda un sitio libre en BoJangles, al lado de la ventana. Pido un café con leche y me siento mirando hacia al interior, hacia los grupos de madres con bebés en sus regazos o las parejas de adultos que se ignoran entre sí mientras beben sus gigantes tazas de café pegados a la pantalla de sus móviles. Inhalo mi café y dejo que los buenos recuerdos me inunden. Recuerdos de todas las veces que estuvimos aquí juntos, en las que era imposible separarnos. Nos mirábamos fijamente y no soltábamos nuestras manos entrelazadas ni para coger las tazas de café. Recuerdo que una vez me deshiciste la coleta. «Estás tan guapa con el pelo suelto», me dijiste. Me sonrojé y a los dos días dejé de recogerme el pelo. Cualquier cosa para contentarte, para conseguir ese subidón de adoración.



—¿Desde cuándo el café está tan de moda? —pregunté un día, después de escuchar a otro alumno pedirse un frapuccino de crema —. ¿Desde cuándo lo que bebes te define como persona?

—Ese es un pensamiento muy profundo para alguien que solo bebe cafés con leche —contestó Reese mientras yo le daba un golpe cariñoso en el hombro con la cabeza.

—Pues yo creo que en realidad estás deseando echarle leche a tu americano, pero tu masculinidad es demasiado frágil.

Reese hinchó el pecho.

—¿Frágil, dices? ¿Mi masculinidad? —dijo mientras me besaba el brazo—. Quizás cuando estoy contigo.

Sus besos alcanzaron mi oreja.

—Me haces sentir tan indefenso, Amelie —susurró.

Los besos que siguieron sabían a café y arrancaron más de una mirada de desaprobación de las personas que nos rodeaban.



Me bebo mi café con leche y la cafeína me sienta como un tiro en el estómago. No he desayunado, pero tampoco tengo hambre. Para poder tener hambre, mi estómago tendría que dejar de parecerse a un nudo de macramé. Hay dos madres a mi lado que observan de reojo mi taza vacía y cuyas miradas parecen suplicar que me vaya. Separo la silla para levantarme.

—Toda vuestra —digo mientras me escurro entre la que lleva el carrito doble.

Ni siquiera me dan las gracias, tan solo se abalanzan sobre la mesa con sus enormes carritos.

Salgo al sol invernal y deambulo hasta el final de esta ciudad diminuta e insignificante. Giro a la izquierda y me topo con la puerta amarilla del estudio

de grabación. Revivo esa primera cita perfecta por enésima vez hasta que se me hace demasiado doloroso quedarme.

Vuelvo hacia la ciudad y camino hasta el parque, también escenario de muchos buenos recuerdos. Me como el sándwich de queso en el banco en el que por fin accediste a quitarte el sombrero para que pudiese ver cómo eras sin él y me reí a carcajadas mientras tú me lo intentabas quitar de las manos. Camino hasta el estanque fangoso de cemento y recuerdo cuando decidimos saltarnos la tutoría para dar de comer a los patos. Nos inventamos nombres e historias para cada uno de ellos.



—Mira, ese tiene un pico diferente al del resto, y los otros lo marginan —dije, intentando lanzar mis migas de pan solo al pato marginado.

—Pobre Piquito —dijo Reese mientras hacía eco con las manos —. ¡No es más que un incomprendido, malditos patos matones! —gritó a los otros patos, que se escabulleron del ruido mientras nos reíamos.

—No te preocupes, Piquito, las cosas cambiarán.

Le tiré mi último trozo de pan y nos inventamos la infancia trágica de Piquito y su patosa madurez.

—Incluso dar de comer a los patos contigo es lo mejor del mundo —dijo Reese mientras metía las manos en los bolsillos de mi abrigo para calentarlas y me manoseaba un poco a través del relleno.

—¡No delante de Piquito! —chillé.



Busco a Piquito pero no lo encuentro. Quizás tampoco era *tan* diferente del resto de patos. Quizás lo imaginamos porque éramos adorables y nos estábamos enamorando y eso hace que el mundo entero parezca más mágico. Me estremezco, saco la botella de CocaCola, bebo un trago y pienso en los buenos momentos.

Nunca puedes saber si los buenos recuerdos se convertirán en memorias tristes. Brillan en los vastos reinos de nuestro subconsciente y nos hacen creer que una parte de nuestro cerebro está llena de purpurina. Los cogemos en brazos y los arrullamos como si fuesen gatos persas o los abrazamos como si fuesen jerséis que hemos dejado encima de un radiador para que se calienten. Esto lo hacemos hasta el día en el que, por alguna razón, la vida convierte un recuerdo bonito en uno triste. Los buenos recuerdos existen en la ingenuidad de la ignorancia. No sabía que esas primeras semanas que compartimos tenían los días contados. No me lo podía ni imaginar. No serían recuerdos felices si me hubiese olido que todo iba a acabar tan rematadamente mal. Cuando la felicidad es

tan cegadora, te olvidas de preocuparte de si puede terminar.

Sin embargo, el tiempo puede hacer que esos recuerdos se vuelvan agridulces.

O, en mi caso, simplemente agrios.

Está anocheciendo, el sol sigue poniéndose demasiado temprano. No sé cómo voy a sobrevivir a la primavera, ni siquiera con las campanillas de invierno. No puedo vislumbrar la luz al final del túnel, no tengo razones para salir de la cama por las mañanas. Me despido de un pato, que lo más probable es que no sea Piquito, y me dirijo a casa. Solo me queda un lugar por visitar en esta excursión por mis recuerdos felices y me dirijo directamente hacia él.

—Hola, Amelie —me saluda papá desde la puerta mientras me alborota el pelo—. ¿Te lo has pasado bien?

Asiento mientras me quito el abrigo y dejo el bolso encima del zapatero.

—¡Genial! ¿Estás lista para mis experimentos culinarios de esta noche? Tu madre me ha dado permiso para preparar una fiesta norteña: pudin con puré de patata, salsa de carne y todas las cosas típicas de Yorkshire. ¿Te apetece?

Asiento de nuevo, deseando irme a mi habitación y acabar con mi excursión por el país de los recuerdos.

—Te avisaré cuando esté listo.

Saludo a mamá al pasar por el salón y me quito los guantes, la bufanda y el gorro. Los dejo caer sobre la alfombra de mi habitación, me desplomo sobre la cama deshecha y lloro en silencio entre las sábanas. Es lo que ahora siempre suelo hacer al llegar a casa. Mi idea es registrar todos los sitios donde he llorado en público, aunque también he llorado mucho en privado. Derramo lágrimas durante mis veinte minutos habituales hasta que casi no puedo ni respirar, y entonces me incorporo y me restriego la nariz contra el antebrazo. Contemplo las paredes de mi habitación, unas paredes blancas y desnudas porque el casero no nos deja pintarlas ni colgar nada.

Me dispongo a sumergirme en los últimos buenos recuerdos.

Los buenos ratos que pasé contigo. En este cuarto. En esta cama...

Sé que duele, pero es necesario.



Ya que mamá y papá no volvían a casa hasta tarde y el instituto acababa a las tres, tras solo cuatro citas con Reese, cada una más perfecta que la anterior, le invité a venir a casa.

Estábamos de pie, cada uno en una punta de mi habitación, atacados por unos nervios repentinos. Como si no nos hubiésemos estado morreando cada segundo de las últimas dos semanas. Ninguno de los dos sabía hacia donde mirar hasta que avanzó hacia

mí y nos comenzamos a besar como si estuviésemos en un avión a punto de estrellarse. Caímos de espaldas sobre mi cama y seguimos besándonos. Teníamos las piernas entrelazadas, lo que dificultaba aún más separarnos.

Finalmente nos desenredamos y Reese se rio de mi pelo alborotado.

—Eres increíble —dijo, hipnotizado por el nido en el que se había convertido mi cabellera.

Se volvió a poner el sombrero y se levantó a examinar mi colección de vinilos.

—¿Qué tenemos aquí? Tienes un tocadiscos, lo que significa que has pasado la prueba y eres oficialmente la mejor novia del mundo.

—¡Claro que tengo un tocadiscos! ¿Qué te gustaría escuchar?

El sol se puso mientras poníamos un vinilo tras otro y Reese me explicaba cosas que yo desconocía sobre algunas de las canciones. También me contaba un montón de cosas que yo ya sabía, pero no me importaba hacer ver lo contrario porque a él lo hacía feliz explicarlas.

Hay tantos momentos felices concentrados entre las cuatro paredes de mi habitación. Las sutiles sonrisas que Reese me dedicaba, cuando lo pillaba mirándome cuando él creía que no estaba atenta, esa vez que se echó a reír a carcajada limpia cuando hice un chiste malo.

No llevábamos ni un mes saliendo cuando nos acostamos por primera vez. Tan temprano, tan rápido, pero parecía como si hubiésemos esperado una eternidad. Recuerdo que estaba triste ese día porque había discutido con Hannah por primera vez sobre Reese.

—Estás… como desapareciendo detrás de él, Amelie —dijo mientras tomábamos café y repasábamos los apuntes de Lengua en BoJangles—. No sé si me gusta. ¿Por qué no vienes al cine con Jack, Liv y conmigo esta tarde?

—Lo siento, hemos estado muy concentrados componiendo canciones, eso es todo. Ir al cine suena bien. Le preguntaré a Reese si le apetece.

Ese día, Reese y yo caminamos hasta mi casa después del instituto cogidos de la mano, parando cada cinco minutos para besarnos.

—¿Quieres que nos quedemos en tu casa y compongamos canciones? —me preguntó entre besos.

Los dos sabíamos que no escribiríamos ni una.

—Hannah y sus amigos me han preguntado si queremos ir al cine.

Frunció el ceño como me temía que hiciese.

—Ni de coña. Hoy no. Además, seguro que van a ver algún dramón de mierda.

—No creo pero, incluso si fuese así, me parece que estaría bien quedar con ellos.

—¡Pero si no les caigo bien!

—¿Cómo? No es verdad.

Sí que lo era, pero mentí igualmente.

—Venga ya. Nunca se sientan con nosotros a la hora de comer.

Eso sí que era verdad. Se lo había sugerido a Hannah, pero me había respondido con una mueca.

—Puedes ir con ellos esta tarde al cine si quieres, pero a mí no me apetece.

—Pero no estarás aquí el resto del fin de semana. Estarás con tu padre.

—Lo sé, pero si prefieres ir al cine…

Me apretó contra el hueco de su axila.

—¿No te apetece pasar un rato los dos solos?

Era como si le hubiese preguntado a un drogadicto: «¿Quieres drogas?». Ya temía separarme de él todo un fin de semana y lo echaba de menos antes de que se hubiese ido. Odiaba a su padre por ser un cabrón que había engañado a su madre y había abandonado a Reese cuando era un bebé. ¿Acaso su padre no había pensado en cómo sus actos afectarían a nuestros planes de fin de semana? Asentí una y otra vez y me reí mientras él me besaba más de lo que se considera correcto estando en público. Le envié un mensaje a Hannah pidiendo perdón por no poder ir al cine mientras subíamos las escaleras de mi piso. Ni siquiera me sentí culpable

porque estaba obsesionada con la idea de pasar tiempo a solas con Reese.

Amelie: No puedo ir hoy. ¿Mañana?
Hannah: Sí, vale. Una pena que no puedas venir hoy. Creo que te hubiese encantado Sofia Coppola.

—¿Ves? —dijo Reese, leyendo el mensaje por encima de mi hombro—. Te dije que irían a ver un dramón cultureta.

Sucumbimos al cliché de besarnos en cuanto entramos y cerramos la puerta detrás de nosotros. Nos tambaleamos hacia atrás hasta llegar a mi cama, sin que nuestras bocas se despegaran. Nos acostamos. Así, sin más. Como si no fuese nada del otro mundo, como si nos conociésemos desde hacía más tiempo del que hacía en realidad.



El sexo contigo... Madre mía. Estoy en mi cama agarrándome los brazos y casi no puedo pensar en ello. Nunca me había sentido más cerca de un ser humano que cuando nos acostábamos. Tú paraste a mitad, Reese, y simplemente me miraste a los ojos. Yo...

Yo...

Yo no debería estar haciendo esto.

¿Por qué estoy haciéndolo?

¿Por qué estoy aquí tirada, llorando otra vez y torturándome con todos los buenos recuerdos?

Es como si no pudiese evitarlo. NO PUEDO. Centrarse en lo bueno no es bueno, solo hace que duela

más. Ahora ya no estoy segura de si fue real, de si todo lo que pasó sucedió de verdad.

Porque, ¿cómo pudiste mirarme de esa manera, Reese, y hacer lo que hiciste? Estas dos cosas no pueden coexistir. No tiene sentido, literalmente. ¿Por qué habías dicho que me echabas de menos si no era verdad?

Papá está cacharreando en la cocina. La cena estará lista pronto y tengo que descongestionar mi cara para cuando arrastre a mi patética persona hasta la mesa del comedor. Mis padres ya no soportan verme triste. He gastado toda su conmiseración. Solo estuvimos juntos cuatro meses. Sé que mi nivel de pena es desmedido en comparación con lo que duró nuestra relación, pero mis sentimientos no están de acuerdo. Estoy amargada, como la nata cortada. Ha pasado más de un mes. ¿Por qué sigo tan destrozada?

Casi te puedo oler en mi almohada.

Te observé durmiendo cuando hubimos acabado y sonreí profundamente, como si estuviese tatuando esa alegría en mis entrañas... y... *¡Para! ¡Para!*

Me doy una bofetada. Suelto un gruñido de dolida exasperación.

—Tu fiesta de Yorkshire casi está lista —anuncia papá desde la cocina, interrumpiendo mi caída en picado mental—. He preparado tanta salsa que podrías ahogar una vaca en ella.

Inspiro hondo y me lleno de suficiente falso entusiasmo como para contestar sin que me tiemble la voz.

—¡Estupendo! —contesto—. Voy enseguida.



El Cube

Hoy me he arrastrado hasta el instituto y me he vuelto a arrastrar hasta la clase de Música. Eso merece una medalla al esfuerzo, ¿no? Me sentía orgullosa de mí misma por aguantar hasta las once de la mañana, sobre todo porque no me has enviado ningún mensaje desde que me dijiste que me echabas de menos la semana pasada. Es decir, no he escuchado ni una palabra de lo que ha dicho la señora Clarke durante la última hora, pero he venido. Eso cuenta, ¿no? Sin embargo, en cuanto suena el timbre y me estoy envolviendo en mis múltiples capas de ropa para salir, la señora Clarke me intercepta.

—¿Amelie? —dice mi nombre con dulzura justo cuando paso por su lado.

Me paro en vez de contestar.

—¿Tienes clase ahora?

Niego con la cabeza y me arrepiento al instante, porque presiento que se avecina un sermón.

—Yo tampoco —dice mientras señala a una silla vacía enfrente de su escritorio—. ¿Puedes sentarte un momento? Me gustaría hablar contigo sobre tus deberes.

Deberes.

La palabra me atraviesa un tímpano y sale escopetada por el otro sin producir ninguna reacción en mí. Podría haber dicho «patata» o «lagartija». Se debe de haber dado cuenta de mi apatía, porque, en cuanto me dejo caer sobre la silla, dice:

—Llevas dos semanas de retraso.

—¿El qué tiene dos semanas de retraso?

Sus ojos reflejan sorpresa detrás de sus gafas.

—El primer borrador de tu trabajo de música.

—Ah, sí, claro. —Intento reírme, pero mi risa suena hueca—. Claro, los deberes.

La señora Clarke coge un bolígrafo y le da golpes contra su mesa con un ritmo perfecto, como buena profesora de música.

—Idealmente, prefiero que mis alumnos preparen dos borradores de su composición antes de entregar la pieza final. Tal y como lo llevas, solo vas a poder presentar uno. Tienes mucho talento, así que no debería

de ser un problema. —Sonríe con amabilidad—. Pero... hmm... Amelie, ¿dónde está tu trabajo? ¿Cómo lo llevas?

Se me hace un nudo en la garganta.

—No lo he empezado.

Se hace el silencio.

—Eso es lo que me temía.

La miro porque no sé qué más hacer. No tengo fuerzas para preocuparme por los deberes de música ni por cualquier otra cosa de mi vida. Reese, has conseguido apagar el sol. Me has convertido en un ser patético, incapaz de que le importe nada que no seas tú. Inhalo profundamente y me preparo para una regañina, pero la señora Clarke no me riñe. En vez de eso, se quita las gafas y se frota los ojos cansados sin maquillar. Se me hace extraño verla sin gafas, es como si fuese un topo desnudo. Se las vuelve a poner y me mira directamente, volviendo a convertirse en la señora Clarke.

—He sido profesora de bachillerato durante más de quince años, Amelie —me dice—. De verdad crees que eres la primera alumna que ha dejado que un chico le joda la selectividad?

Su palabrota me sobresalta. ¿Ha dicho «joder»? ¿Una profesora puede hablar así?

—Este instituto es un poco diferente —prosigue—. Aquí no os llevamos tanto de la mano. Pero, Amelie,

por ti estoy dispuesta a dejar de lado mi papel de profesora para decirte que literalmente me rompería el corazón si tú, de entre todos mis alumnos, echases a perder tu examen de Música. No voy a consentirlo.

Cruza los brazos.

—Así que ¿podemos hablar de qué demonios pasó entre Reese Davies y tú y pensar en cómo lograr que lo superes?

Levanto la cabeza con brusquedad en cuanto menciona tu nombre. Ella se percata de mi reacción.

—O sea, ¿todo esto tiene que ver con él? —Pone los ojos en blanco un instante—. Ya me lo temía. Se veía a la legua que erais pareja, además de componer canciones juntos. ¿Qué ha pasado? ¿Habéis roto?

Es la primera persona que me ha hecho esta pregunta mostrando un verdadero interés. Es demasiado. La presa se rompe de nuevo. Me inclino hacia delante y se me sacuden los hombros con los sollozos. Lloro con todo el cuerpo. La única emoción que me queda es la pena.

—Él... Él... Él me dejó —consigo decir.

Qué banales suenan mis palabras ante la gravedad del asunto. Sin embargo, es suficiente como para que la señora Clarke se levante de su silla y se agache a mi lado, dándome palmaditas en el hombro con una mano. Me deja acabar con esta tanda de llantos. Después de

unos diez minutos, me quedo sin fuerzas. (No te preocupes, aún me queda un mar de lágrimas).

—¿Es la primera vez que rompes con alguien? —me pregunta—. A veces, el final del primer amor puede parecer el fin del mundo.

Niego con la cabeza y me sueno los mocos.

—Había tenido un novio antes —sollozo—, pero esta separación es diferente. Siento como si una parte de mí se hubiese muerto. No entiendo qué me está pasando.

Me sienta tan bien hablar, dejar salir todos estos pensamientos que me abarrotan la mente. Mis padres te odian, Reese, así que no me he atrevido a hablarles de ti. Me olvido de que es mi profesora de Música y de que todo esto probablemente sea inapropiado y comienzo a desahogarme.

—Señora Clarke, no sé dónde estoy. ¿Tiene sentido? Quiero decir, sé que estoy aquí, pero es como si no estuviese, ¿me entiende? Y me odio. Me odio tanto a mí misma por haberlo echado todo a perder…

—Un momento, Amelie, ¿por qué te odias?

Y, con esas palabras, vuelve el llanto de nuevo, Reese. He agotado todas las palabras para decir «llorar» y todavía no hemos llegado al Cube. Voy a tener que buscar más sinónimos en internet. Cuando acabe con esto, voy a *plañir* y *lamentar* para no aburrirte con la palabra *llorar*.

—Porque lo he estropeado todo —plaño—. Fui demasiado pesada. Debería haber sido mejor, pero la cagué por ser demasiado egoísta y desconsiderada hacia su música y...

Dejo de hablar para lamentarme un poco más y siento la mano de la señora Clarke que me aprieta el hombro.

—No te preocupes —repite una y otra vez.

Me deja llorar y una parte de mí siente que es una gran manera de escabullirse de la regañina sobre mis deberes, aun si no creo que nadie pudiese fingir llorar como estoy llorando ahora, ni siquiera un premio Óscar. Me calmo al cabo de un rato y me limpio la nariz con la manga del jersey hasta que está llena de mocos.

—Y yo que pensaba: «¡Genial! Amelie tiene el corazón roto. Será capaz de componer un álbum sobre su separación que superará a *Rumours*, de Fleetwood Mac» —añade la señora Clarke con un tono inexpresivo.

Me río, lo que he de admitir que es algo extraordinario.

—No puedo componer —admito—. No puedo tocar. No puedo hacer nada. Nunca antes me había sentido tan vacía.

Entonces me plantea una pregunta que no se le había ocurrido a nadie hasta entonces.

—Reese... Él... ¿Te trataba bien, Amelie?

El aula se me hace increíblemente pequeña de repente. Las paredes se me echan encima y me acorralan mientras pienso en mi respuesta, y lo primero que se me pasa por la cabeza no es: «Sí».

—Él me quería —digo.

Porque eso es lo que siempre decías cuando habías hecho algo malo.

La señora Clarke se queda callada y yo temo haber hablado de más. No quiero que te odie, es tu profesora. No debe hacerse una mala opinión de ti. Tú no eres malo, ¿verdad? ¿Verdad, Reese? Me entra el pánico. Que la señora Clarke piense mal de ti se me hace insoportable, como los picores de la varicela.

—Era un novio genial —comienzo a soltar—. Perdón, no sé por qué no he dicho simplemente que sí. Por supuesto que me trataba bien. Quiero decir, no estaría tan triste de haberlo dejado si no me tratase bien ¿no? Haré mis deberes. Como he dicho, es solo que se me está haciendo difícil componer, lo siento. Si me da un poco más de tiempo, le prometo que lo haré. Por favor, no odie a Reese. Lo siento. Todo es culpa mía, ¿sabe? Creo que no me he explicado bien. Todo es culpa mía.

—¿El qué es culpa tuya, Amelie?

—Todo.

Ese «todo» en el que estoy trabajando ahora. El garabato hecho a boli. Los puntos de un mapa en los

que me hiciste llorar. De alguna manera, estoy convencida de que es culpa mía. Si tan solo hubiese hecho las cosas de otra manera... Si hubiese sido menos yo, entonces no te hubiese ahuyentado.

La señora Clarke habla muy despacio, como si tuviese miedo de usar las palabras equivocadas.

—Nunca es culpa nuestra si alguien a quien queremos nos trata mal, Amelie. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento, pero solo escucho a medias. Por alguna razón, mi cerebro me está gritando: «MENTIRA, MENTIRA, NO ES VERDAD», pero asiento porque sé que es lo que espera de mí. La señora Clarke se levanta mientras me dice un montón de cosas que debería escuchar. Me dice que me ampliará el plazo de entrega, pero que estoy muy rezagada. Dice que ha hablado con los otros profesores y que también voy retrasada en las otras asignaturas. Están preocupados. No quieren que llegue el punto en el que tengan que intervenir mis padres.

—No tienes que darme una respuesta ahora —continúa la señora Clarke—. Piénsatelo. Podemos seguir hablando después de nuestra siguiente clase, ¿vale?

Salgo de mi ensimismamiento de golpe.

—¿Qué?

—La psicóloga del instituto. —Me mira directamente, llena de preocupación—. No pierdes nada

en ir y hablar con ella.

Frunzo el ceño.

—Pero no estoy mal de la cabeza, ¿no?

Sonríe con amabilidad.

—Esa no es la función de un psicólogo. Bueno, no es su única función. La señora Thomas es encantadora y lleva muchos años trabajando aquí. No hay ningún problema adolescente al que no se haya enfrentado, incluyendo las separaciones.

—Pero… —tartamudeo—, ¿quién necesita ir al psicólogo por haberlo dejado con el novio?

Yo. Porque soy patética. Patética y demasiado sensible y dependiente y tengo demasiados sentimientos. Si hubiese sido menos patética, quizás seguirías enamorado de mí. Si no hubiese sido yo. La estúpida, la imbécil, la odiosa.

—Puedes ir al psicólogo por cualquier motivo, Amelie. Las separaciones son dolorosas. Si no me crees, pregúntaselo a Fleetwood Mac.

Parpadeo y noto un cambio dentro de mí. Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo una luz minúscula que se ha encendido. La puedo sentir justo en la punta del dedo pequeño del pie. Una pequeña chispa. Una llama titubeante que podría apagar casi sin querer. Una llama que, sin embargo, podría crecer si la protejo del viento. Una llama que podría llamarse esperanza.

La esperanza de que no tengo que sentirme así para siempre. De que puedo superarlo, superarte.

La esperanza de que alguien pueda entenderme, de que pueda arreglarlo y arreglarme.

De todas maneras, voy a seguir con mi mapa de recuerdos. Duele recordarlo todo, pero tengo que hacerlo. Tengo que arrancar la tirita de golpe y dejar que la herida respire. Tengo que ir al Cube esta tarde, si tengo fuerzas.

Pero hablar.

Hablar con alguien.

¿Podría ayudar?

Miro a la señora Clarke a los ojos y solo veo sinceridad. De verdad le importo y quiere ayudarme. No tengo palabras para describir cómo sienta tener a alguien que se preocupa por ti. Hace mucho tiempo que nadie, excepto unos padres cada vez más apesadumbrados, se preocupa por mí.

—De acuerdo —contesto justo cuando el sonido del timbre rompe el silencio—. Lo pensaré y le diré algo en la próxima clase.

Me gustaría poder decir que esta conversación reveladora me dio las fuerzas necesarias para ir al resto de mis clases, pero mentiría. Me he saltado todas las de la tarde. Sin embargo, he ido a la biblioteca y he intentado escribir algunas letras para los deberes de música.

He conseguido escribir un verso.

He recordado los momentos en el mapa de lo que fuimos tú y yo

Es solo una frase a medio cocer, pero ya es algo. Me ha llevado hora y media escribirla, pero encaja. Es la primera vez desde que lo dejamos que cojo de nuevo papel y lápiz e intento descifrar mis sentimientos como solía hacer antes. Sienta bien.

Cojo un bus interurbano hacia el Cube. El cielo está gris y llovizna. Por la ventana del autobús vislumbro a gente triste y apagada y en su mayoría cabreada de que la primavera no haya llegado aún definitivamente. Una voz metálica anuncia mi parada con ese acento típico del sur. Las puertas chirriantes del bus se cierran tras de mí y me encuentro en un aparcamiento de hormigón enorme, mirando al Cube y agitando la cabeza. La última vez que estuve aquí, el cielo estaba negro, el aire no olía a frío y este sitio...

... Parecía el lugar donde los sueños podían hacerse realidad.



—¡Esto es increíble! —dijo Hannah, mirando la cartelera—. No me puedo creer que tu nombre esté ahí. ¡En el Cube! Es lo más emocionante que le ha pasado a alguien que haya conocido.

Reese estaba detrás de mí con los brazos alrededor de mi cintura y apoyaba la barbilla en mi cabeza.

—Tu nombre sale muy pequeño —comentó, y Hannah frunció el ceño.

Estaba demasiado aterrada como para preocuparme de que se llevaran bien. Por fin había conseguido que quedásemos todos para ver si podían congeniar. Esperaba que sí. Había invitado a Hannah y a Jack a venir al backstage para intentar limar nuestras diferencias, pero lo único que podía ver era mi nombre iluminado y lo único que podía sentir eran muchas ganas de vomitar. Este era un nuevo nivel de pánico escénico para mí. Ya había vomitado dos veces ese día.

Respiré nerviosa.

—Espero que estéis preparados para mi humillación pública —dije, y todos suspiraron: Reese, Hannah y Jack.

—Lo harás bien —me tranquilizó Jack.

—Más que bien, vas a estar GENIAL —añadió Hannah.

Volví a mirar mi nombre iluminado. Sí, era mucho más pequeño que el de los músicos principales, pero seguía siendo mi nombre iluminado. Incluso me habían llevado a un camerino con mi nombre cuando había ido antes para la prueba de sonido. Era increíble.

—Así que… Jack y tú, ¿eh? —pregunté a Hannah más tarde cuando las dos nos apretujábamos delante del espejo de mi camerino.

Sonrió mientras se pintaba los labios de un rojo que iba a juego con su pelo.

—¿Qué quieres que te diga? —contestó—. Una chica del norte vino y me dijo que lo besase y parece que es muy buena consejera.

Me sonrojé sin saber aceptar el cumplido en el estado de terror en el que me encontraba. Hannah se dio cuenta.

—Por Dios, Amelie. ¡Te has vuelto verde! No sabía que fuese posible. ¿Acaso estamos en una serie de dibujos animados?

—Para. No sé calmarme. Aún no puedo creerme que vaya a hacer esto.

Las últimas semanas parecían sacadas de un sueño. Conseguir tocar en el concierto, que la señora Clarke se lo contase a todo el mundo en el instituto y que todos me felicitasen, ensayar mi

repertorio cada segundo en el que no me estaba enamorando perdidamente de Reese, contárselo a mis padres y que no me dejasen de abrazar diciéndome lo orgullosos que estaban de mí. Había escrito un mensaje a Alfie y lo había mirado durante mucho tiempo. Había estado a punto de enviarlo por la mañana durante la prueba de sonido, pero había llegado Reese por sorpresa, así que el mensaje seguía en mi móvil sin enviar.

Hannah me dio un abrazo.

—Te va a salir genial. Por eso te eligieron.

—¿Y qué pasa si vomito en el escenario?

Hannah se encogió de hombros.

—Entonces será muy pero que muy divertido para el resto.

Me reí contra su hombro.

—Eres taaan tranquilizadora.

—Yo no estoy hecha para estas cosas.

Se volvió hacia el espejo y se quitó manchas imperceptibles de pintalabios de las comisuras de la boca.

—¿Crees que Jack y Reese se lo están pasando bien en la barra? No estoy segura de que congenien…

Me sentí ligeramente molesta, aun si tenía razón. No podía entender cómo a alguien no le pudiese caer bien Reese, siendo tan adorable. Sin embargo, intentar que congeniase con mis amigos era como mezclar agua y aceite.

—Seguro que les va bien —dije—. A Reese le caéis muy bien.

Eso era mentira y el detector de patrañas de Hannah estaba encendido a máxima potencia.

—Sí, seguro.

—En serio —protesté, a pesar de que no se me ocurría nada positivo que hubiese dicho sobre ellos para demostrarlo.

Lo que sí que había eran muchas cosas desagradables: «No entiendo por qué quedas con ella. Es supernarcisista con todo el rollo ese del teatro. No pretendo malmeter, pero, ¿te has fijado en que Jack es muy afeminado? Y… su voz… Llega a notas que ni tú alcanzas. ¡Venga ya! Era solo una observación. ¿Crees que están celosos de nosotros? Yo sí. Seguro que no se han acostado aún…». Yo me escandalizaba y protestaba y le pegaba de mentira y Reese

me cogía de la mano y me prometía que era broma. «¡Venga ya, Amelie! ¡Era broma! Claro que me gustan tus pretenciosos amigos de teatro».

—¿Cómo van las cosas entre vosotros? —me preguntó Hannah —. Sois uña y carne.

Vi como se me dibujaba una sonrisa en el espejo. Una sonrisa que cruzaba mi faz verdosa.

—Es genial. No me lo esperaba… —dejé la frase a medias—. Sé que no te cae del todo bien…

Abrió la boca para protestar y la volvió a cerrar sin mediar palabra.

—… Pero es realmente increíble cuando estamos solos.

Mi pánico escénico (y mi cara) pasaron de verdes a grises mientras me quedaba embobada pensando en lo perfectos que éramos.

—Te ha dado fuerte. Y eso que yo pensaba que Jack y yo éramos empalagosos.

Las palabras de Reese me resonaron en la mente. «Están celosos de nosotros». Parpadeé para desbancar ese pensamiento.

—Vosotros también sois adorables. Se me hace raro veros a Jack y a ti juntos. Me recordáis mucho a Alfie.

Se hizo el silencio mientras Hannah se daba cuenta de que era la primera vez que mencionaba a mi ex desde el café. Podía escuchar acordes de guitarra eléctrica y una voz varonil gritando en el camerino de al lado. El grupo principal, los Contenders, debían de haber vuelto después de su larga pausa.

—No sabía si preguntarte por él —dijo Hannah mientras se arreglaba el flequillo—. Supongo que habéis roto, ¿no?

Miré como se movía mi garganta en el espejo mientras tragaba.

—Bueno, ya habíamos roto antes de que me mudase.

Hannah se dio la vuelta para mirarme, con su moño castaño rojizo listo para la acción.

—Sí, pero dijiste que queríais volver a estar juntos cuando fueseis a la uni. En Manchester, ¿no? ¿Ya lo has descartado por completo?

Tragué de nuevo y pareció como si hubiese engullido algo.

—Sí. Creía que Alfie era el amor de mi vida, pero ahora que he conocido a Reese me he dado cuenta de que nuestra historia no significó nada.

Arqueó las cejas.

—Uau, eso son palabras mayores.

Me encogí de hombros haciendo ver que me importaba menos de lo que lo hacía en realidad. Incluso si Reese había eclipsado casi todo mi corazón, seguía habiendo un trocito para Alfie. Un trocito que quería romper a llorar cuanto más me enamoraba de Reese, que se volvía negro cada vez que yo suspiraba de amor.

Hannah soltó una risita nerviosa.

—Pues ya no estoy segura de que sea positivo que Jack y yo te recordemos a Alfie.

Negué con la cabeza.

—Ay, no. No quería decir eso. Lo siento. La relación con Alfie era genial. Lo he dicho como un cumplido. Perdón. Es solo que, con Reese, todo es muy intenso, un intenso bueno. Seguro que lo que tú sientes por Jack también es muy intenso, ¿verdad?

Hannah se mordió el labio.

—No estoy segura de que *intenso* sea la palabra adecuada. Me gusta mucho y, cuanto más lo beso y más tiempo pasamos a solas, más me gusta. Pero, ya sabes. Es algo lento. Pero es bueno.

Asentí. No quería seguir hablando del tema. No con el concierto comenzando en menos de una hora y el setenta por ciento del instituto entre el público. No con los Contenders llamando a la puerta para saludar.

—Hemos estado pasando el rato con tu novio —dijo Mike, el vocalista, entrando sin esperar respuesta.

Los había conocido brevemente por la mañana y Reese les había encantado desde el primer momento. En menos de cinco minutos, estaban dándose palmadas en la espalda y hablando sobre cambios de tonalidad mientras yo estaba allí parada como un florero tímido.

Hannah se convirtió en un manojo de nervios. Estiró el brazo para estrecharles la mano como si fuese una adulta y tartamudeó su

nombre seguido de «soy superfan vuestra». Les dio un apretón de manos un poco demasiado largo.

—Qué guay, gracias —dijo Mike, impasible, pero cordial.

Se volvió hacia mí.

—Reese nos ha dicho que estabas un poco nerviosa. ¿Quieres venir a nuestro camerino? Tenemos whisky.

Hannah y yo nos miramos sabiendo que la respuesta era un sí rotundo. Dejé mis cosas en el camerino y salí a un pasillo hirviendo de actividad preconcierto. Justo en ese momento nos topamos con Reese y Jack, que llevaban sus pases de invitados colgando del cuello y reían como si tuviesen un átomo en común.

Reese me saludó con un enorme beso con lengua.

—Señora pánico escénico, ¿qué tal? ¿Ya te han contado nuestro brillante plan con una botella de whisky?

Me invadió una ola de amor desenfrenado, llevándose por delante cualquier culpa y cualquier pensamiento sobre Alfie.

—Sí, señor, y estoy de acuerdo.

Su sonrisa le llegó a los ojos.

—Esa es mi chica. ¿Dónde está el camerino? —preguntó a Mike como si fuesen amigos de toda la vida.

—Justo a tu izquierda.

Reese me rodeó con los brazos, me dio un beso en la mejilla y me guio hacia el camerino de una estrella de rock. Se volvió hacia Mike y dijo:

—¿Te ha contado Amelie que hemos compuesto juntos algunas de las canciones que cantará hoy?



Vuelve a lloviznar, como si el tiempo fuese un espejo de mis sentimientos. Parece que el cielo llora conmigo cada vez que lloro. Me he olvidado el paraguas, así que dejo que se me encrespe el pelo y que mi jersey se

vuelva pesado con la lluvia mientras doy vueltas por el aparcamiento para entrar en calor. Ahí está la entrada de artistas. Qué emoción atravesarla, que te diesen un pase y te hiciesen sentir que estabas en casa. Hay tantos bocados de alegría relacionados con esa tarde. Por ejemplo, cuando Mike hablaba conmigo como si fuésemos iguales o la mirada orgullosa de mis padres entre la multitud. Sin embargo, nada se podía comparar con la inmensa felicidad que me invadió por lo que pasó después.

Reese, esa noche fue cuando me dijiste que me querías por primera vez.

A pesar de todo, sonrío pensado en los extraños rituales y el protocolo que envuelven el decir «te quiero» a alguien por primera vez. Una pareja tiene que superar una serie de obstáculos invisibles como, por ejemplo, que uno de los dos dé un paso aterrador y espere que el otro le siga sin saber si lo hará. Tú y yo no perdimos mucho el tiempo con el asunto. Comparados con otras parejas, pasamos por los pasos como un huracán. Lo que normalmente lleva meses, a nosotros nos llevó solo semanas.

Los pasos para decir «te quiero»

1. Todo va de maravilla. Esta persona te gusta mucho y parece que tú también le gustas mucho. Pasáis

mucho tiempo juntos y todo es de color de rosa.

2. Eres incapaz de pensar en algo que no sea la otra persona. Lo que más disfrutas es mirar por la ventana o releer cada uno de los mensajes que te ha enviado con una sonrisa dibujada en los labios que te sale de lo más profundo del alma.
3. Un día, esa persona hará o dirá algo, puede que algo completamente ordinario, y tú pensarás que es adorable. En ese momento te llegará el primer hipo de amor. Tu cerebro susurrará: «te quiero».
4. Los hipos de amor se vuelven más ruidosos y más frecuentes, como si fuese una indigestión delirante. Hará un chiste malo y, ¡hip!, «te quiero». O, simplemente, te quedarás mirando su cara mientras habla y, ¡hip!, «te quiero». Intentas contener el hipo, pero, a veces, se te escapa de otras maneras. Te entran ganas de cogerle la mano y apretarla fuerte o, sencillamente, te lo quedas mirando embobada. Se empieza a dar cuenta y pregunta: «¿Qué? ¿Qué pasa?» Tú niegas con la cabeza y contestas: «Nada». Es la mejor sensación del mundo, porque te estás enamorando. ¡Te estás enamorando! Ese algo mágico con el que todo el mundo sueña te está pasando a ti. Has encontrado a esa persona perfecta y es, sin lugar a dudas, lo mejor del mundo, hasta... Hasta que piensas...

5. MIERDA. ¿Y SI NO ESTÁ ENAMORADO DE MÍ? ¿SOY LA ÚNICA AL BORDE DEL PRECIPICIO?
6. Analizas su comportamiento cada vez que estáis juntos para cerciorarte de que no estás sola al borde del precipicio. Los hipos de amor empeoran. Se activan cuando te das cuenta de que tu amor es correspondido y te hace estar aún más enamorada.
7. Hay momentos, momentos preciosos, en los que, a veces, le pillas mirándote con ojos de cachorro. «¿Qué pasa?», preguntas. Se sonroja. «Nada», contesta.
8. Os turnáis para decir algunas de las frases de la siguiente lista, en orden ascendente:

   Me gustas

   Me gustas mucho

   Me haces muy feliz

   Creo que estoy colada por ti

   Estoy colada por ti

   Creo que me podría enamorar de ti

   Creo que me estoy enamorando de ti
9. Sin embargo, ninguna de ellas son las dos palabras mágicas. Uno de los dos se tiene que atrever a dar el paso. No es que estés pensando en hacerlo, sino que tu cuerpo está decidido a soltarlo. Hay un trol demente en tu estómago que te abre las cuerdas vocales y grita: «TE QUIERO TE QUIERO» por tu

laringe y haces de todo por tragar y hacer bajar al trol.

10. Porque... ¿Y si no te devuelve el «te quiero»? ¿Y si solo lo siento yo? ¿Y si sigue en el paso número uno? Parece más despegado. Aparte de las miraditas ocasionales, estás CONVENCIDA de que tú estás más enamorada. Quizás malinterpretaste las miraditas. Quizás las miraditas eran una ilusión o... No sé..., conjuntivitis. Quizás solo pensabas que tu amor era correspondido porque es lo único en lo que piensas todo el maldito rato.
11. La situación prosigue igual y cada vez te vuelves más loca. La ansiedad no hace más que aumentar y no entiendes cómo la gente puede pensar que enamorarse es algo bueno si esta ansiedad es INSUFRIBLE. Sin embargo, sigues adelante hasta que... uno de los dos se atreve y lo dice de una maldita vez.

Tú lo tuviste que soltar el primero, Reese, ¿verdad? Y qué manera de soltarlo.



Era surrealista, pero genial al mismo tiempo. Estaba bebiendo whisky en el camerino de los Contenders. En realidad, es uno de esos momentos que son geniales en retrospectiva, una vez ha

pasado la ansiedad. En ese momento, estaba muerta de miedo y mareada y casi no dije nada. Ahora, con ese recuerdo en el pasado, puedo retomarlo y pensar: «Guau, estuve bebiendo whisky con los Contenders». No tuve que decir mucho, ya que Reese estaba hablando por los cuatro.

—¿Cuál es la siguiente ciudad de vuestra gira? —les preguntó—. Ah, ¿Brighton? Ese sitio tiene una atmósfera genial. He tocado allí varias veces. Es insuperable.

Era increíble cómo Reese era capaz de cautivar a cualquiera. Los conciertos en los que había tocado en Brighton eran insignificantes comparados con donde tocaban ellos: el fondo de bares cutres comparado con un estadio con las entradas agotadas. Todo el grupo asintió, de acuerdo con él. Incluso repetían sus palabras, como «atmósfera genial».

Bebía despacio de mi vaso, maravillada, indecisa sobre si el alcohol era mi cura o mi perdición. Tenía más nudos en el estómago que en el cable de los auriculares. No tenía claro si me ardía la garganta por el whisky o por la bilis.

Hannah estaba inusualmente callada a mi lado, dando sorbos en silencio a su bebida. Jack, el mayor fan de los Contenders, era incapaz de hablar. Estaba de pie al lado de Reese con la boca abierta.

Mike remató su bebida de un trago, me miró y se fijó en mis manos temblorosas.

—¿Tienes miedo? —me preguntó.

—Estoy aterrada —admití—. Voy a intentar no estropearos la función, pero…

—No vas a estropear nada, mujer. Hemos escuchado tu maqueta. Nosotros somos los que deberíamos estar preocupados.

Reese escuchó el comentario y se acercó a mí, pasando el brazo por mi espalda y dándome un beso en la coronilla.

—Siempre le da pánico escénico —explicó delante de todos—. La intento convencer de que es increíble, pero no me hace caso.

—El pánico escénico puede ser algo positivo —comentó Mike mientras se llenaba de nuevo el vaso—. Precisamente la adrenalina hace que te salga todo mejor. El día en el que deje de estar nervioso

antes de un concierto será el día en el que me tenga que preocupar de verdad.

No estoy segura del todo, pero sentí que la mano de Reese me apretaba un poco demasiado fuerte.

—Sí, es verdad —dijo, echándose hacia atrás e hinchando el pecho ligeramente—. Yo le digo lo mismo.

Hablar tanto sobre el pánico escénico no hizo más que agravarlo. Se me encogieron los pulmones dentro de la caja torácica y cada vez se me hacía más difícil respirar. Un encargado del equipo de sonido asomó la cabeza por la puerta.

—¿Estás lista? —me preguntó—. Vendré a buscarte en diez minutos. Hay una buena multitud ahí fuera para lo temprano que es. Seguro que han venido muchos amigos a apoyarte.

—Ay, Dios —exclamé.

Me escabullí por debajo del brazo de Reese, me disculpé y salí pitando al lavabo. Vomité todo el whisky y, con eso, sumé tres vómitos. Cuando acabé, me quedé mirando las profundidades turbias de la taza del váter, agarrándome con fuerza al borde y aterrorizada ante la idea de que las náuseas no se pasasen antes de que tuviese que salir al escenario. Allí, asida a los bordes del retrete, me entraron unas pequeñas pero punzantes ganas de ver a Alfie. Siempre se le había dado tan bien lidiar conmigo y con mis nervios. Me apartaba el pelo de la frente sudada y me dejaba su chaqueta si las náuseas me daban escalofríos. Sin embargo, Reese no había venido a ver qué tal estaba desde que había salido del camerino. Podía escuchar su fuerte voz en el cuarto de al lado mientras le explicaba sus canciones a Mike.

Alguien llamó con suavidad a la puerta y me empezó a latir con fuerza el corazón ante la expectativa de que fuese él.

—¿Sí? —contesté, aún apoyada en la taza del váter.

—Soy yo, Hannah. ¿Estás bien?

La decepción me recorrió de arriba abajo.

—Más o menos.

—¿Quieres que entre?

Me levanté como pude, descorrí el pestillo y abrí la puerta.

—Madre mía —dijo en cuanto me vio—. Vamos a ponerte un poco de pintalabios rojo para que se te alegre un poco la cara.

—¿Tan mal estoy? —me giré para verme reflejada en el espejo encima del lavabo—. Oh… Dios, sí.

Hannah se rio y rebuscó en su bolso.

—La combinación de tu talento, ambición y devastador pánico escénico es muy entretenida. Lo digo como algo positivo.

Destapó su pintalabios, acercó mi cara a la suya con decisión y me indicó que tirase del labio inferior.

—Te comportas como si estuviesen a punto de ahorcarte.

—¿Y no lo harán? —pregunté medio en broma.

Hannah puso los ojos en blanco.

—Ni por asomo. Te escuché en el festival. Lo harás genial. —Se echó hacia atrás para examinar su trabajo—. Además, los nervios son buenos, como ha dicho Mike. Te ayudarán en el escenario. Haz una mueca así… Eso es. Tengo que pintarte el arco de cupido.

Alguien llamó a la puerta del lavabo. Alguien que no era Reese.

—¡Cinco minutos! —gritó el encargado del equipo de sonido a través de la puerta de madera.

—Ahora va —contestó Hannah.

Metió el pintalabios de nuevo en su bolso y dijo:

—¡*Voilà*! Ahora tus labios desviarán la atención de la palidez de tu cara.

Me di la vuelta para admirar su obra y se me pusieron los ojos como platos. Casi nunca me ponía maquillaje y mucho menos un color de labios rojo carmesí. No parecía yo. Era muy consciente de mis labios ROJOS, como cuando te pones zapatos nuevos y están demasiado limpios. Lo que sí que era verdad es que hacían que mi cara pareciese menos enfermiza. De hecho, estaba… guapa.

Hannah se fijó en cómo admiraba mi reflejo en el espejo.

—Señoras y señores, nos complace dar la bienvenida a Amelie, el miembro más reciente de nuestro club de convertidas al pintalabios rojo.

—Se me hace muy raro —admití.

—Suficientemente raro como para haberte distraído un minuto entero de tu concierto.

Y, como si nos hubiese estado escuchando, llegó un tercer y final golpe en la puerta.

—Amelie, ¡te toca!

—¡Ay, Dios! —comencé a agitar las manos—. Jesús, María y José y Gandhi y Moisés y Ganesh y la madre que los parió a todos.

Hannah soltó una carcajada.

—Menuda colección de blasfemias.

—No puedo hacerlo —dije.

—Sí que puedes. Venga, salgamos de este lavabo.

Me dio un abrazo rápido y me sacudió ligeramente. Salimos al pasillo y nos topamos con un técnico de sonido un poco preocupado.

—Tenía miedo de que no salieses de allí —dijo.

—Lo siento. Estaba… vomitando.

—Yo ya lo he visto todo, pero ahora necesitamos que salgas ahí fuera —dijo, sonriendo.

Hannah me dio otro apretón.

—Jack me acaba de enviar un mensaje para decirme que está en primera fila. Voy a ir con él. Estaremos animándote todo el rato. ¡Nos vemos eal otro lado!

Le devolví el apretón y miré por encima de su hombro para ver si encontraba a Reese. No había novios en la costa. El camerino del grupo estaba vacío y en silencio. Probablemente habían salido a fumar de nuevo, como habían estado haciendo toda la tarde.

—Vamos —dijo el técnico de sonido—, tu público te espera.

Mis piernas parecían hechas de gelatina mientras le seguía hasta el lateral del escenario y cogía mi guitarra. Intenté respirar con normalidad, mientras me decía que a nadie le importaba mi actuación y usaba otros mecanismos de autocontrol: apretar y soltar los puños, contar del uno al diez y del diez al uno, etc. Sin embargo, era como usar una pistola de agua para apagar un incendio. Ese concierto era mucho más importante que otros. El listón estaba más alto.

Me imaginé la voz de Alfie en mi cabeza, pensando en qué me diría si estuviese aquí. «¿Así que el listón está alto, Ammy? ¿Y qué? ¿Desde cuándo te has aficionado a la carpintería?». Sonreí mientras

sus palabras imaginarias disolvían parte de mi nerviosismo hasta recordar que ni siquiera sabía que iba a tocar en un concierto. No se lo había dicho ni a Jessa. No sé por qué. Supongo que porque estaba muy agobiada con todo.

—¡Amelie!

Reese apareció como por arte de magia, como si supiese que había estado pensando en mi ex. Me envolvió en un abrazo.

—¿Qué tal estás, pequeña?

—¡Reese! ¿Dónde estabas?

Le olía el aliento a alcohol y tenía la camiseta empapada en sudor, pero a mí me encantaba el olor de su sudor. Estaba tan obsesionada, que, si hubiese meado en el suelo, probablemente habría intentado recoger su orina para guardarla en una jarra.

—Buscándote —contestó Reese, a pesar de que sabía que había estado en el lavabo —. ¿Estás emocionada?

—Ehm, no. He estado vomitando.

—He mirado detrás del telón por curiosidad. Hay mucha gente ahí fuera, Amelie.

—Eso no ayuda, Reese.

—¿Amelie? —interrumpió el técnico de sonido—. Te toca.

—¡Ay, Dios!

Reese me dio otro apretón y recuerdo haberme sentido un poco molesta porque no me había hecho sentir mejor. Acto seguido me morreó y susurró: «Tengo una sorpresa para ti».

Desapareció en un visto y no visto y no tuve tiempo de reflexionar sobre lo que había dicho. El técnico de sonido me colgó la guitarra, levantó el pulgar y me empujó, literalmente, hacia el escenario.

Luces. Calor. Sudor que emana de cada poro de mi cuerpo. Me concentré en caminar por el escenario hasta el micrófono. Una vez allí, me ocupé de ajustarlo. Paso a paso, todo para romper el pavor en trozos gestionables. El siguiente era mirar al público.

Miré.

Uau. Había más personas de las que me esperaba y muchas caras conocidas del instituto. Tenía tanto miedo que, por un instante, consideré dar la vuelta y salir corriendo. Sin embargo,

toqué el primer acorde y abrí la boca con sabor a bilis y, como siempre, los nervios desaparecieron.

No voy a mentir y decir que fue como una peli de Hollywood en la que todo el público acabó derramando lágrimas de emoción y pidiendo un bis, pero veía que mis canciones gustaban. Nadie abucheaba y, lo más importante, aplaudían entre las canciones. Empecé a sonreír y a relajarme y dejé que la energía del público entrase por mis poros. La felicidad estalló en mis entrañas y percibí lo que se siente en momentos realmente singulares. Ese sentimiento de que sabes que el momento es especial y quieres grabarlo a fuego en tu memoria con pelos y señales, porque estás segura de que se convertirá en un buen recuerdo, pero entonces te entra el pánico de no estar disfrutándolo lo suficiente y el momento se pierde. Y eso fue exactamente lo que pasó, y demasiado temprano. Antes de darme cuenta, ya había cantado mi última canción. El público estalló en aplausos y vislumbré a mis padres entre la multitud. Mi madre lloraba de orgullo. El alivio y la alegría me invadieron mientras miraba y sonreía al público. Me descolgué la guitarra y el público seguía aplaudiendo.

—Espero que os haya gustado el concierto y que disfrutéis de la actuación de los Contenders —dije, y entonces…

Entonces.

Vi como el público reaccionaba antes de verlo con mis propios ojos.

Reese.

El público contuvo la respiración y yo no entendía por qué.

—¿Amelie?

Me giré ante el sonido de mi nombre y allí, caminando sobre el escenario con guitarra en mano, estaba mi novio.

—¿Reese?

Se inclinó para besarme y nuestras guitarras chocaron.

—Sorpresa —susurró, arqueando las cejas. Una silla apareció de la nada y me indicó que me sentase en ella.

—¿Qué está pasando? —pregunté, intentando entender.

—Siéntate.

Mi público se olió una escena romántica y empezó a aplaudir y a corear. Me di cuenta de que, cuando estás en un escenario y tu nuevo novio te dice que te sientes delante de cientos de personas, es difícil negarse. Así que me senté.

Reese ajustó el micrófono a su altura, se giró hacia mí, me guiñó un ojo y se inclinó el sombrero antes de volver a dedicarse al público.

—Siento la interrupción —dijo, como si *pánico escénico* fuesen dos palabras fuera de su vocabulario—. Los Contenders comenzarán en breve. Antes de nada, os pido otra ronda de aplausos para mi excepcional novia.

Sentí como unas ondas de calor me subían por todo el cuerpo. Los aplausos que había pedido fueron un tanto apagados, pero pareció no importarle. Me crucé de brazos. No me gustaba seguir siendo el centro de atención. La buena sensación del concierto se estaba convirtiendo lentamente en confusión.

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba pasando?

—Quizás os estéis preguntando qué hago encima del escenario. Pues, resulta que quiero decir algo y creo que este es el mejor lugar para hacerlo. ¿Amelie?

Se volvió hacia mí y su sonrisa hizo que lo perdonase al instante. Lo miré y le devolví la sonrisa.

—Te quiero, Amelie —dijo a una multitud.

Hay un montón de clichés que podría usar para describir cómo me sentí en ese momento. Como que todo se volvió borroso y se movía a cámara lenta. Podría decir que fue el momento más perfecto de toda mi vida o que sentí un hormigueo, o que me puse a temblar, o que se me llenó el estómago de mariposas o, simplemente, que mi cuerpo estaba estático de la emoción. Pero no recuerdo nada excepto que lloré.

Reese se acercó a besarme y eso le encantó a la multitud. Me limpió las lágrimas de la cara, la sujetó entre sus manos y me besó mientras el público coreaba. Mi llanto añadió drama a la situación, justo lo que los espectadores querían. Justo lo que Reese quería. Un espectáculo. Uno en el que él era la estrella. El mejor novio de

todos. Nos besamos con ternura y mis lágrimas se derramaron por su cara. Nos abrazamos fuerte, temblando entre nuestros brazos.

—Te quiero de verdad —me dijo al oído, solo a mí esta vez.

Un sollozo me subió por la garganta.

—Yo también te quiero.

Y era verdad. La pura y dura verdad.

Todavía lo quiero.

Me acercó para darme otro beso perfecto delante de muchas personas que no pasaban de la categoría de conocidos. Apoyó su frente contra la mía, susurró «te quiero» de nuevo y se volvió hacia el micrófono.

—¿Lo habéis oído? —Reese preguntó al público—. ¡Ella también me quiere!

Más aplausos. Supongo que podríamos haber estado en una peli. Aparte de todos los mocos que salían por mi nariz. La gente no suele cubrir a los otros de mocos en las escenas románticas de las películas.

—Y, para acabar… Amelie, te he compuesto una canción. Solo para ti.

Reese comenzó a tocar su guitarra acústica y a cantar.

Todo empezó con una chica y con ella acabará porque el «felices para siempre» ya está aquí.

Cantó de maravilla o quizás así es cómo lo recuerdo. Es decir, una chica no escucha una canción compuesta especialmente para ella y dice: «Eh, Reese, has desafinado en ese mi». Lloré de alegría durante toda la canción y puedo asegurar que es el gesto más romántico que ha tenido alguien conmigo. En ese momento estaba convencida hasta los huesos de ser el amor de su vida. Creía a ciegas en la letra de su canción. Creía en su «te quiero». Creía que era su «felices para siempre». El público aplaudió educadamente cuando Reese acabó y volvió a besarme. A pesar de estar más enamorada que nunca, convertí el beso en un pico, ya que era consciente de que mis padres estaban entre el público.

El técnico de sonido había subido el volumen de la música de fondo. Miramos hacia el público para descubrir que la gran mayoría se había disipado. La gente charlaba en grupos, hacía cola en el bar o había salido a tomar el aire antes de que comenzase el concierto principal. Solo quedaban un par de fans acérrimos en primera fila que soltaron un «bravo» a medio gas cuando bajamos del escenario.

El «te quiero» había detonado una bomba de lujuria y comenzamos a besarnos de nuevo en cuanto estuvimos entre bambalinas. Reese me empujó contra una pared y me devoró con la boca. Quería acercarme todo lo posible a él. Quería que nuestra piel se fusionase, quería dejar mi silueta grabada en su ser.

—¿Así que ahora sí me besas como es debido? —dijo—. ¿Ya no eres la Señorita Mojigata de ahí fuera?

—Te quiero y lo siento —susurré con total sinceridad y besándolo más fuerte para que me creyese.

Mike nos interrumpió gritando:

—¡Buscaos un hotel!

Nos separamos y nos dimos cuenta de que nos miraba sonriente.

—Tío, ¡lo hiciste! —le dijo a Reese, chocando los cinco con ímpetu.

—Mike ha sido el que me ha dejado interrumpir el concierto y subir al escenario —me explicó Reese.

Mike se dio un golpe con el puño en el pecho.

—¿Qué quieres que diga? Soy un romántico. Así que… —se giró hacia mí— ¿estás enamorada de este chico?

Asentí y noté como las lágrimas se me acumulaban detrás de los ojos.

—Eso es precioso. Cuidadlo, chicos. Nunca deis el amor por sentado. Por cierto, excelentes canciones —añadió, chocando los cinco conmigo.

Nos dirigimos a mi camerino y no me sentía en el séptimo cielo, sino en el octavo, el noveno, el enésimo… Era dueña del apartamento más alto entre las nubes. Mi cielo tenía unas vistas de toda la ciudad y una ducha de lluvia en el baño en suite.

Empujamos la puerta hacia atrás mientras nos besábamos como si fuesen a ilegalizar los besos. Estaba tan eufórica que casi me

sentía mareada. Tenía que separarme de él constantemente para reír a carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntaba sin cesar.

—Nada. Solo que te quiero.

—Y yo a ti.

—Te quiero mucho.

Su sonrisa era espectacular.

—Y yo también te quiero mucho.

—Esto es una locura, apenas nos conocemos —dije.

—Lo sientes cuando lo sientes.

Nos lo dijimos el uno al otro una y otra vez. Dejamos que saliesen a borbotones todos los «te quiero» que habíamos aguantado dentro hasta el momento. Lloré un poco y Reese estalló en una carcajada.

—¿De verdad mi canción ha sido tan terrible? —preguntó.

Yo me reí.

—¿En serio? —insistió—. ¿Te ha gustado la progresión de acordes? Creo que hay que pulir la segunda estrofa, pero no he tenido mucho tiempo para componerla. Solo se me ocurrió ayer hacer todo esto y, para entonces, solo tenía la mitad de la canción.

Me explicó entre besos cómo había conseguido montarlo todo y que Rob lo había grabado para subirlo a YouTube.

—Ay, Dios, no dejes que lo suba —protesté—. Me moriría de vergüenza.

También me daba miedo que Alfie lo viese. Su cara se endureció tan ligeramente que era casi imperceptible.

—¿Te avergüenzas de mí?

—Pero ¡qué dices! ¡No! —negué con la cabeza con fuerza—. Solo soy tímida, ya sabes. ¿No podemos guardarlo como nuestro momento?

—No eres tímida. Acabas de cantar delante de un montón de personas.

—Sí, pero casi me muero en el intento.

Alguien llamó a la puerta e interrumpió el principio de una discusión en potencia. Nuestra primera discusión. Sentí que iba a vomitar, como si hubiese vuelto el pánico escénico.

«No le contradigas. ¿Por qué has tenido que contradecirle? No arruines una noche tan maravillosa. ¿Por qué haces estas cosas?»

—¿Sí? —contesté.

El acento de Yorkshire de papá atravesó la puerta.

—Somos unos padres orgullosos dispuestos a avergonzar a su hija.

Ni siquiera esperó a que dijese «adelante», simplemente entró con un ramo de rosas amarillas en las manos y mamá pisándole los talones.

—¡Mamá! ¡Papá! —Corrí hacia ellos y me envolvieron en un gran abrazo.

—Estoy tan orgullosa de ti, cariño. Tan orgullosa. Le iba diciendo a todo el mundo que eres mi hija. Algunos de ellos van al instituto contigo.

Salí del abrazo y me di un golpe en la frente con la palma de la mano.

—Ajá, y está claro que esto no me avergüenza…

Mamá se cruzó de brazos y sonrió.

—Mira, niña, te llevé dentro de mí durante nueve meses y luego te empujé con todas mis fuerzas para que salieses de mis entrañas. Dolió. Tenemos derecho a avergonzarte cuando nos dé la maldita gana.

Papá lo vio detrás de mí.

—Tú debes de ser Reese —dijo, acercándose a saludar.

Se estaba comportando con bastante naturalidad, teniendo en cuenta que solo les había hablado de Reese el día antes, cuando les dije de pasada: «Tengo un novio nuevo aquí que se llama Reese. Es muy simpático y toca en un grupo y soy muy feliz y no quiero hablar más del tema».

Reese se quitó el sombrero como si estuviésemos en los tiempos de antaño. Durante un instante pensé que haría una reverencia.

—Encantado de conocerlo —dijo, mientras estrechaba la mano de papá.

—Igualmente. Ha sido un espectáculo… interesante el que has montado ahí fuera.

Papá lo dijo con neutralidad, pero me dio un vuelco el estómago. Supe al instante por su tono que no le había gustado ni un pelo lo que acababa de pasar. Los grandes gestos y los hombres sencillos de Yorkshire no van de la mano.

—¿Qué quiere que diga? Soy un gran fan de su hija —dijo Reese.

—Lo ha hecho muy bien hoy, ¿verdad?

—Claro que sí. Ha estado genial. Maravillosa.



¿Sabes qué? A veces me pregunto si hubieses mencionado mi concierto o lo bien que me salió si mi padre no te hubiese preguntado.



Reese se centró en conquistar a mamá.

—Encantado de conocerla… Tiene que estar tan orgullosa… Sé cuánto les adora Amelie… ¿A que le ha salido genial?... Así que usted se crio por aquí, ¿dónde?... ¿En serio? Mi tía vive cerca de allí… Hay un reloj extraño, ¿no?... Sí, exacto… Una zona pintoresca.

«Te quiero», pensé mientras le miraba hablar. «Te quiero, te quiero, te quiero. Y tú me quieres a mí».

Alguien más llamó a la puerta y Hannah y Jack aparecieron en la entrada de mi camerino.

—¡Has estado genial! —bramó Hannah, corriendo para abrazarme mientras Jack asentía.

—Sí, un concierto excelente —añadió.

—No se notaba en absoluto que estabas nerviosa —dijo Hannah —. Le he contado a Jack todo lo que has vomitado y no me creía porque parecías muy segura de ti misma.

—Me estoy poniendo roja —dije mientras la abrazaba de nuevo —, pero gracias. Y gracias por hacer de psicóloga antes.

—Un placer.

Les indiqué a mis padres que se acercasen.

—Mamá, papá, estos son mis amigos: Hannah y Jack.

Todos se presentaron muy amigablemente.

Resultó ser que Hannah es una de esas personas que saben cómo hablar con los adultos. Le salió una voz diferente mientras les estrechaba las manos.

—Encantada de conocerlos —dijo—. ¿A qué Amelie ha estado genial?... Sí, estamos en la misma clase… Sí, yo hago Teatro…

Los cuatro empezaron a hablar, lo que me dio la oportunidad de acercarme de nuevo a Reese. Me acercó para darme un abrazo de oso.

—Así que ya has conocido a mis padres —comenté, acariciándole la mejilla con un dedo.

—Son encantadores. Tu padre tiene el acento más norteño de la historia. Y yo que creía que el tuyo era fuerte… Tela.

Me reí e hice como si le pegase. En ese momento, los fuertes acordes de Mike hicieron vibrar todo el camerino. Se oía como el público los aclamaba. Los Contenders empezaban su función.

Reese me cogió de la mano.

—Vamos a ver el concierto. Rob y los chicos nos han guardado un sitio en primera fila.

Papá ya se había cubierto los oídos con las manos y se quejaba del estruendo y mamá parecía como si hubiese chupado varios limones.

—Creo que ha llegado el momento de que los mayores abandonen el edificio.

Se acercó a darme un beso en la mejilla.

—Felicidades de nuevo, cariño. Estamos muy orgullosos de ti. Encantada de conocerte, Reese.

—Igualmente —contestó él, inclinando el sombrero.

Mamá frunció los labios un instante. Quizás me lo imaginé o quizás era porque les encantaba Alfie y les costaba digerir este

cambio en mi vida. Les di un abrazo para despedirme y, cuando se fueron, nos quedamos los cuatro en un círculo incómodo.

—Ehm —dijo Reese—, ¿vamos a ver el concierto?

Tiró de mí y el resto nos siguió a través del laberinto de pasillos hasta salir delante del escenario. Atravesamos las barreras y vimos a Rob y al resto del grupo, que nos chocaron los cinco cuando llegamos. El volumen de la música estaba altísimo y me vibraban los tímpanos. Algunas personas me reconocieron y se acercaron a felicitarme.

—Ha sido superromántico —me gritó una chica del instituto al oído—. Tienes mucha suerte.

Asentí porque, en ese momento, era la chica más afortunada del mundo entero. Reese me pasó una petaca llena de algo fuerte, sonreí y bebí más de la cuenta. Él también bebió un trago sin quitarme ojo de encima. Se limpió la boca y me besó y me besó y me besó hasta que habían pasado dos canciones y Rob nos tiró un vaso de plástico a la cabeza. Nos separamos y se puso detrás de mí, rodeándome por la cintura con los brazos de forma posesiva. De vez en cuando, me daba un beso en la cabeza que me derretía las entrañas. No podía centrarme en la música ni en el ambiente ni en las personas que me decían lo genial que había estado. No podía pensar en nada más que no fuese que quería a Reese y que Reese me quería a mí y que, de alguna manera, en este globo que rota sobre sí mismo lleno de seres humanos miserables, habíamos sido capaces de encontrarnos y ahora todo en el universo tenía sentido.

Seguí bebiendo de la petaca. Me sentía acalorada y contenta por el alcohol y el amor. Tenía la cara roja y no podía dejar de sonreír. Recuerdo pensar: «Nada puede arruinar este momento». Es un pensamiento estúpido porque, en cuanto lo piensas, el mundo contesta: «¿Estás segura?».

—Me estoy meando —me gritó Hannah al oído cuando el grupo llevaba una hora tocando.

Sus palabras me hicieron darme cuenta de que yo también necesitaba ir al baño con urgencia.

—Yo también.

Como buenas chicas, no hizo falta decir más para dar a entender que iríamos al baño juntas. Me despegué de Reese mientras Hannah esperaba impaciente con los brazos cruzados. Nos adentramos entre la multitud, pidiendo disculpas al mismo tiempo que pedíamos que nos dejasen pasar. El aire fresco nos recibió cuando llegamos al vestíbulo y la música se atenuó a unos golpes sordos.

—Me preocupa dejar a Jack a solas con esa panda —dijo Hannah mientras seguíamos las indicaciones hacia los lavabos—, pero estoy a punto de reventar.

—Son majos, de verdad.

—Hmmm.

Esa fue la primera grieta. Ese «hmmm». El enfado me recorrió el cuerpo. Entramos al baño desierto y aún podía oír la música mientras meábamos y tirábamos de la cadena. Hannah se estaba poniendo pintalabios delante del espejo cuando salí de mi cubículo.

—Deberías arreglarte la cara —dijo.

Me llevé la mano a la barbilla mientras buscaba mi reflejo con la mirada. Tenía pintalabios rojo por toda la mitad inferior de la cara. Parecía como si tuviese la sarna.

—Oh, Dios mío, menos mal que en la sala estaba oscuro —dije antes de darme cuenta de algo y darme una palmada en la frente—. ¡Mierda! ¿Tenía la cara así cuando estaban mis padres?

Hannah se rio y asintió.

—¡Sí! Intenté advertirte con la mirada, pero estabas demasiado ocupada mirando a Reese con ojos de cachorro.

—Ay, Dios. Tierra trágame.

—No te preocupes. Quítate el resto y te los pintaré de nuevo.

Empapé un poco de papel higiénico y comencé a frotarme la cara. Era sorprendentemente difícil quitar el pintalabios y Hannah se rio de mí mientras yo me fregaba la cara como si fuese una sartén con comida pegada.

—No sé si quiero volver a pasar por esto —dije a una Hannah que avanzaba hacia mí decidida, pintalabios desenfundado en mano.

—Si dejas de morrearte tanto estarás bien.

Me indicó que abriese la boca y se inclinó para pintarme los labios. Cuando había acabado con el labio superior, se apartó un poco.

—¿Estás bien? —me preguntó con suavidad.

—¿Yo? Sí, ¿por qué no habría de estarlo?

—Bueno, por lo que ha hecho Reese. Lo llevas muy bien, pero puedes hablar conmigo sobre el tema, si quieres. Quiero decir, menudo gilipollas.

Me quedé congelada.

El tiempo se congeló.

Es decir, ¿cómo?

Hannah pensó que mi silencio significaba aprobación y siguió con su discurso.

—Sé que estás súper enamorada, pero, ¿realmente tenía que interrumpir tu momento especial y centrar toda la atención en él? ¡Yo estaría negra! Quería subir al escenario y sacarlo de allí a empujones, pero tú estabas disimulando tan bien y haciendo ver que no te importaba…

—Porque no me importaba —interrumpí—. Lo quiero. Ha sido un gesto precioso.

Arqueó las cejas.

—¿En serio?

Mi hormigueo de enfado se transformó en un terremoto de ira. ¿Cómo se atrevía? Hice un mohín cual niño tozudo y contesté:

—Sí, en serio.

Celosa. Estaba celosa de Reese y de mí, de nuestra relación. Sí, parecía que Jack y ella se gustaban, pero yo ya había estado en una de esas relaciones lentas con alguien que había sido mi amigo antes que mi novio. A pesar de que las cosas con Alfie eran adorables y me hacían sentir segura, no eran nada comparadas con cómo me sentía con Reese. Era un amor de principiantes. Un amor de conductor novel. Un amor con ruedines. Era meter el dedo gordo del pie en la parte menos profunda de la piscina mientras que Reese y yo habíamos saltado desde un acantilado a un mar lleno de amor.

Y, cómo no, no dejó estar el tema, aunque era evidente que eso hubiese sido lo mejor.



Estoy de pie bajo la lluvia, mirando la fachada anodina detrás de la cual un cuento de hadas se había hecho realidad y una nueva amistad había naufragado. Aprieto los puños, aún enfadada con Hannah por no dejarlo estar, por...

... tener tanta razón.

Hannah tenía tanta razón sobre ti.

Todo el mundo tenía razón sobre ti. Excepto yo.



—¿No te molesta que, de todos los momentos posibles para decirte que te quiere, haya escogido el único en el que puede promocionar su música? —insistió Hannah.

No contesté. Tenía demasiado miedo de lo que podía salir por mi boca. Me di la vuelta y salí del baño con un solo labio pintado.

—¿Amelie? ¡Amelie! ¡Venga ya!

Me siguió hasta el vestíbulo. Unos aplausos nos indicaron que se había acabado una de las canciones.

—¿AMELIE?

Paré y me preparé para recibir una disculpa sin estar segura de estar lista para recibirla. Corrió hasta mí, aún con el pintalabios en la mano.

—Mira —jadeó—, sé que no nos conocemos mucho y no quería hacerte enfadar. Estoy contenta de que seas feliz, pero… Tengo que advertirte sobre Reese. Creo que no lo he hecho lo suficiente. Vuestra relación ha ido muy rápido y yo no he tenido tiempo de

hablar contigo sobre el tema, pero me odiaría si no te lo dijese. La cuestión es…

Levanté la mano.

—Para. No quiero saberlo.

—¿No quieres escuchar lo que quiero decirte?

Negué con la cabeza.

—No.

¿Por qué insistía tanto en arruinar las cosas? Entonces, vi la luz… ¡A Hannah le gustaba Reese! Todo tenía sentido. Por eso solo hablaba mal de él, por eso no aprobaba nuestra relación. Seguro que por eso tenía dudas sobre empezar su relación con Jack.

—Sé que te gusta —dije.



En ese momento no me pareció una locura. Sin embargo, ahora, de pie en este aparcamiento, recordarlo me produce un dolor inaguantable.



Hannah se quedó boquiabierta, formando una gran «o» con la boca.

—¿Estás de broma?

—Si no, ¿por qué estás intentando sabotear mi relación?

—¿Sabotear? ¿Qué cojones dices? ¡Estoy intentando ser una buena amiga!

—Una buena amiga se alegraría por mí.

Escuché como el público gritaba «¡OTRA! ¡OTRA!» a través de las puertas de la sala.

Hannah se rio y comenzó a aplaudir.

—De acuerdo, vale. Felicidades, entonces. Enhorabuena por dejar que tu MARAVILLOSO novio interrumpiese tu actuación en la noche más importante de tu carrera musical. Me alegro muchísimo de que estés enamorada de semejante gilipollas egoísta.

—Hannah.

Solo dije su nombre. No sabía qué más añadir.

Me miró con pena y negó con la cabeza ligeramente.

—Mira, no voy a fingir que me cae bien. De hecho, no lo aguanto. Tú eres guay, Amelie. Apenas te conozco, pero creo que puedes aspirar a algo mejor que él.

—Por favor, para de hablar —supliqué.

—Está bien. Voy a rescatar a Jack.

Empujó las puertas y pudimos escuchar más aplausos. El grupo volvía al escenario. Durante un segundo, esperé, estupefacta, a que mi cerebro y mi cuerpo asimilasen todo lo que acababa de pasar y lo que me hacía sentir.

Ira, porque había arruinado una noche perfecta.

Confusión, ya que había salido de la nada.

Tristeza, porque no tenía ni idea de qué pasaría ahora con nuestra amistad.

E… inseguridad. ¿Y si tenía razón?

Me había dejado con una preocupación innecesaria, como un grano de arena pegajoso e irritante que tenía que rascar imperiosamente. Y no me gustaba nada.



Pero no lo rasqué. Por alguna razón que aún estoy intentando descifrar ahora, aquí, en este aparcamiento, ese día cerré los ojos y me tragué el granito de arena. El amor de mi vida estaba al otro lado de esta puerta y acababa de convertir mi vida en la de una estrella de

cine. Ningún granito de arena tiene cabida en un momento así.

Suspiré. El suspiro que marcó punto y final a una amistad. La única amistad que había tenido desde que llegué. Desde ese momento, no volvimos a caminar juntas a clase de Lengua. Hannah no fue cruel conmigo, solo fría. No hubo más escapadas a BoJangles o conversaciones sobre los deberes. Tan solo sonrisas forzadas cuando nos encontrábamos por los pasillos.



—Solo está celosa —dijo Reese esa noche, mientras intentaba que tuviera sexo con él en el camerino.

—¡Eso es lo que pensé…! No, Reese, ya está bien. Podría entrar alguien en cualquier momento.

Pero estaba tan enamorada y tan convencida de que éramos dos partes de una sola alma, que estábamos hechos el uno para el otro, que me dejé llevar por sus besos.

—Ignórala —susurró—. Siempre ha sido una zorra rencorosa. Te intenté prevenir sobre ella, pero no me escuchaste. Estarás mejor sin ella, pequeña. Tus amigos deberían alegrarse de que seas tan feliz.

Cerró la puerta y siguió insistiendo.

—Hagamos el amor. Podemos llamarlo así a partir de esta noche.

Me dejé derretir por sus caricias y dejé que pasase, porque él me quería.



Tú me querías.

Me querías, me querías, me querías.

Las palabras a las que me aferré como a un clavo ardiendo durante todo lo que pasó después.



Delante de tu casa

Estupendo. Mamá y papá quieren tener la enésima conversación sobre lo preocupados que están por mí.

—Han llamado del instituto —dice mamá mientras aferra el asa de su taza de café—. Dicen que tu asistencia ha caído por debajo del ochenta por ciento.

Me los quedo mirando. No sé qué decir.

Papá decide romper el silencio.

—Amelie, esto no es propio de ti. Has estado yendo al instituto cada día, pero no has ido a clase. ¿Dónde demonios has estado?

—Por ahí —contesto, encogiéndome de hombros.

Intercambian una mirada y supongo que no voy a escabullirme haciéndome pasar por una adolescente

tozuda, pero no sé qué más hacer. Nunca me han regañado hasta ahora. Siempre nos hemos entendido. Ni siquiera les he dicho lo mucho que me dolió mudarnos aquí, al sur.

De todos modos, no tengo tiempo para discutir. Es domingo y tengo planes. Planes que consisten en ir a tu casa y quedarme delante, como una acosadora. Sé que estás en Londres este fin de semana para un concierto, porque escuché como Rob se lo comentaba a Darla en clase de Música uno de los pocos días que he ido al instituto esta semana. El concierto es en Camden. Os quedaréis en la residencia de estudiantes donde vive tu amigo Harry y, por supuesto, ella también irá.

Sin embargo, parece que mis planes se van a retrasar.

—Quieren que tengamos una reunión con el subdirector —dice mamá mientras niega con la cabeza —. Amelie, ¿de qué va todo esto?

Los miro a través del humo de mi café.

—No sé de qué va todo esto —contesto con sinceridad—. Es solo que… todo se me hace muy cuesta arriba últimamente.

—Es ese chico estúpido, ¿verdad? Seguro que es ese imbécil.

—¡No lo llames imbécil!

—No te he criado así, Amelie. No te he criado para que eches tu vida a perder por culpa de un idiota que

lleva un sombrero ridículo —dice mamá.

—¡NO LO LLAMES IDIOTA!

Me levanto, derramo el café y casi tiro la silla.

Vuelvo a llorar. Me doy la vuelta y huyo a mi habitación. Doy un portazo tan fuerte que nuestra foto enmarcada se cae encima de la cómoda. Más sollozos. Más lamentos. Más palabras que describen el acto de llorar que he agotado desde hace tanto tiempo. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, no es un llanto que diga: «déjame sola». Estoy llorando a moco tendido esperando que alguien venga y me pregunte si estoy bien. Estoy empezando a querer hablar del tema porque he intentado descifrarlo sola y no he llegado a ninguna parte. Llaman a la puerta suavemente y escucho un acento del norte.

—Amelie, ¿puedo pasar?

Espero un segundo antes de responder que sí, aun si me alegra que haya venido.

Me doy la vuelta para mirar a papá, que sonríe preocupado. Seguro que tengo la cara roja y congestionada y de todas las maneras que ha estado durante estos meses.

—Lo siento —digo—. No quiero que os preocupéis.

Cierra la puerta de la habitación y se apoya en el borde de la cama.

—Ya lo sé, cariño.

Me incorporo y tiro del edredón para quedar arropada como una luciérnaga. Papá da unas palmaditas al espacio que queda libre a su lado y yo me arrastro hasta él y apoyo la cabeza en su hombro. Él suspira.

—Intentaré ir más al instituto. Últimamente, me cuesta mucho, eso es todo.

Papá me frota la espalda con torpeza.

—Sé que ha sido difícil para ti tener que dejar Sheffield —comienza.

Intento tranquilizarlo, pero me lo impide.

—Déjame acabar. Te has portado muy bien, Amelie. Has sido muy madura y generosa. Supongo que ha debido de doler mucho dejar toda tu vida atrás. Odio no haber encontrado un trabajo más cerca de casa. Os he decepcionado a las dos.

—No nos has…

—Por favor, déjame acabar. Lo que estoy intentando decir es que la situación ya era difícil de por sí. Construir una nueva vida aquí, hacer nuevos amigos, empezar en un nuevo instituto… Lo estabas llevando tan bien y yo estaba muy aliviado. Pero, además, tener que lidiar con que te rompan el corazón…

No sé si se refiere a Alfie, a ti o a los dos.

—Creo que las separaciones no reciben la importancia que merecen a tu edad —continúa—. Me parece que mamá y yo tenemos parte de culpa.

Pensamos que este tal Reese sería flor de una primavera, que duraría una semana o dos. Entonces, recordé cómo me sentí cuando rompí con mi primera novia.

Se gira y me sonríe.

—Jane. Dios, estaba obsesionado con esa chica. Ahorré todo el dinero que ganaba friendo pescado y patatas para comprarle ese anillo de Elizabeth Duke que tanto quería.

Frunzo el ceño.

—No me extraña que lo dejaseis.

Nos reímos. Es raro pensar que mis padres tuvieron relaciones antes de estar juntos, aunque sea lo más natural del mundo.

—En cualquier caso, cuando me dejó por Jamie Sanders, sentí de verdad que era el fin del mundo.

Se rasca el cuello y sonríe mientras recuerda el dolor. Supongo que es reconfortante pensar que, con el paso del tiempo, se puede llegar a recordar el dolor con cariño porque estás seguro de que la herida se ha cerrado.

—Me sentía fatal, todo era terrible. Tus abuelos me decían que era el primer amor y que lo superaría, y yo recuerdo que sus palabras eran muy frustrantes porque me sentía fatal.

Me da unas palmaditas, pero no me mira, como si no pudiese confesar su dolor si me mira directamente,

como si yo le deslumbrase.

—Yo no quiero reaccionar como ellos. Sé que estás muy triste por Reese y sé que la pena duele de verdad, pero no puedo permitir que esto te arruine la vida, Amelie. El instituto es importante. La educación es algo para toda la vida y te prometo, te prometo de verdad, que esta pena no es permanente.

Trago saliva y rumio sus palabras.

—Lo que pasa, papá, es que estaba muy triste cuando lo dejé con Alfie. Sé que luego empecé con Reese y podía parecer que no me importaba, pero sí que sentía que se me había roto el corazón. Sé lo que se siente, aun si no podía mostrarlo.

Hago una pausa y me inclino para limpiarme los mocos con el edredón.

—Con Reese... No lo sé.

No estoy segura de lo que pienso. Cierro los ojos y dejo que hable mi intuición.

—Estoy empezando a pensar que algo no era normal, no *es* normal, en nuestra relación. Lo que siento... No sé..., parece algo más que un corazón roto, papá. Es como si toda yo estuviese rota.

Su mano se para en mi espalda. Puedo sentir su ira protectora brotar como un surtidor.

Después de contener sus emociones, vuelve a hablar.

—Desde el instituto nos han dicho que tu profesora de Música, la señora Clarke, ha hablado contigo.

Asiento, sorprendida de que lo haya contado. Supongo que no le quedaba otra opción.

—Cree que debería ir a un psicólogo.

Hago una pausa y espero que papá resople y diga algo como: «¿Por qué necesitas ir al psicólogo? No estás loca, ¿no?». Él es un hombre de Yorkshire. No hay problema que no se pueda solucionar fingiendo que no existe y bebiendo una taza de té.

Sin embargo, no lo hace. Después de un largo silencio, suspira y dice con suavidad:

—Quizás deberías pensártelo. Si no quieres ir a la psicóloga del instituto, podemos pedir una cita con uno en la ciudad. Creo que nos lo podemos permitir económicamente.

—¿En serio?

—Si es lo que necesitas, lo haremos.

Llaman a la puerta y veo a mamá de pie al lado del marco con aspecto nervioso.

—¿Todo bien?

Papá da unas palmaditas al hueco libre que queda a su lado.

—Ven, siéntate. Amelie me estaba diciendo que quizás intente lo de ir al psicólogo.

Mamá hace una mueca y veo que no le hace gracia la idea. Supongo que, a la hora de la verdad, los pijos del

sur mantienen aún más la compostura que los rudos norteños. Sin embargo, no dice que no esté de acuerdo.

—El subdirector cree que es una buena idea. Tal vez lo puedes mencionar en la reunión —sugiere—. Quizás así convences al instituto de que estás dispuesta a tomarte el bachillerato en serio.

Se sienta al final de la cama.

—Porque vas a tomártelo en serio a partir de ahora, ¿verdad, Amelie? ¿Acaso ya no quieres ir a Manchester?

Me quedo pensando en Manchester mientras ellos salen a hacer la compra de la semana. No he pensado en ello desde que lo dejamos. Tenía tantas ganas de ir, pero esta idea iba de la mano de Alfie y de conseguir estar con él. ¿Sigo queriendo ir? Ni siquiera sé si quiero ir a la universidad.

Me dejan sola y puedo salir y entrar de casa a mi antojo sin tener que pedirles permiso. Donde quiero ir es a tu casa. Quiero seguir con este viaje, llegar a la meta. Sin embargo, no salgo escopetada hacia allá en cuanto cierran la puerta, como pensaba que haría. Voy a la cocina, pongo agua a hervir y me hago una buena taza de té. Me la bebo a sorbos mientras fijo la mirada en las baldosas del suelo.

Me siento ligeramente más fuerte desde la conversación con papá y me pregunto por qué. ¿Quizás porque he hecho caso a mi intuición? Me había dicho que hablase y es lo que había hecho. Quizás debería

preguntarle más cosas a mi intuición y seguir sus consejos.

Bajo la taza y pregunto a mi intuición:

—¿Es normal lo que siento por Reese?

Lo pregunto en voz alta, como si mi intuición fuese una bola de cristal.

Espero en silencio y dejo que la pregunta se pose.

«*No*», contesta mi bola de cristal.

Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos y las enjugo antes de que caigan.

—¿Debería ir al psicólogo? —vuelvo a preguntar en voz alta.

Solo escucho el tic-tac del reloj de la cocina, el constante zumbido que emite la nevera y mis entrañas. De ellas, sale un suspiro que dice: «Sí, Amelie, de verdad que deberías ir».

Estoy delante de tu casa, Reese, y pienso en mis entrañas.

No en sentido literal, como las que se desparraman de los cadáveres en las películas de terror. Pienso en ellas en sentido metafórico. Pienso en el sentimiento que invade tus entrañas cuando sabes que algo está bien o está mal. Supongo que otra palabra para ello sería «instinto». Siempre nos dicen que tenemos más de cinco sentidos. No nos limitamos a oír, ver, tocar, oler y saborear. Somos capaces de leer el lenguaje corporal de otras personas, de sentir cambios en el tiempo, de

experimentar pequeñas y sutiles señales que nos envía el universo y que somos capaces de descifrar gracias a miles de años de evolución. El instinto te hace saber que alguien te está mirando, aunque tú estés de espaldas a esa persona. También es el responsable de advertirte de que las cosas no van bien a pesar de que el resto del mundo insista en que van de maravilla.

Estoy a unos metros de tu casa porque no quiero que me vea tu madre. Lo cierto es que estoy merodeando y no me enorgullezco de ello.

Aquí es donde empezaste a encontrarme menos atractiva. Aquí es donde empezó todo. Este lugar marca el antes y el después de cómo me veías y de cómo me veía a mí misma. Estaba aquí, delante de tu casa una noche no hace tanto tiempo cuando tuve por primera vez esa extraña sensación en mis entrañas. Esa sensación de que algo no iba bien. Era como si mi intestino dejase de digerir comida por un instante para alzar la mano y decir: «Aquí hay algo que huele a podrido».

Por supuesto, tú me dijiste que mis entrañas se equivocaban.

Me pregunto cuántas chicas se cuestionan lo que les dice su instinto en un segundo. Cuántas veces nos dicen que nos equivocamos. «No, no, cariño, no es así para nada. ¿De dónde has sacado esto? Te prometo que no es así. Estás exagerando. Estás loca. Eres insegura.

No estás diciendo más que tonterías». Días, semanas o incluso años más tarde nos damos cuenta de todas las cosas malas que pasaron porque ignoramos las señales y nos decimos a nosotras mismas: «Ojalá hubiese hecho caso de mi instinto».

Pero hace falta tener agallas para escucharte a ti misma.

Hay que ser valiente para alejarte de algo porque tu instinto te lo diga. ¿Quién hace algo así? Eso sí que es de locos.

¿O no? Quizás ignorar a tu instinto es lo que hace que te vuelvas loca al final. ¿Tendría tantos puntos en mi mapa si hubiese hecho caso de mi instinto? ¿Habría derramado menos lágrimas?

Esto es lo que empiezo a pensar, Reese. Creo que algunos chicos hacen llorar a las chicas y luego las acusan de locas por llorar. Me parece que las chicas que lloran lo hacen por algún motivo. Lloran porque sus entrañas, o su instinto o su sexto sentido, o como demonios quieras llamarlo, está gritando: «ABORTAR MISIÓN, ABORTAR MISIÓN», pero están demasiado asustadas como para escuchar. Tienen miedo de que su instinto se equivoque y que el chico tenga razón. Porque confiamos en los chicos. Los creemos cuando nos dicen que nos quieren. Creemos en sus instintos y en sus motivos porque ellos no son tan tontos como nosotras, ¿verdad? Usan la lógica y la razón y no dejan que unas

estúpidas emociones les nublen el pensamiento. ¿En quién confiarías? ¿En el chico tranquilo con voz firme, que puede argumentar que todo está bien usando ejemplos tangibles, o en la chica que llora porque siente que algo no va bien?

Fue aquí, en esta calle, donde mi instinto me advirtió de que algo no cuadraba. Mis entrañas me dijeron que llorara y lo hice. Me dieron a entender que algo no iba bien, pero tú me dijiste que no pasaba nada y yo te creí y lloré más. Mi intuición me despertó la semana pasada a las dos de la mañana para que saliese de la cama, me enfrentase al frío y comenzase a volver a visitar todos los lugares en los que he llorado por ti. Acaté sus órdenes.

Hace una hora, en la cocina, mi instinto me dijo que tenía que ir a ver a un psicólogo y lo voy a hacer. Me siento mejor solo de pensarlo.

No voy a volver a ignorar a mis entrañas, Reese.

Pero aquel día lo hice. Aquí. Dos semanas después de tu gran declaración de amor en el Cube.

Solo hicieron falta dos semanas para que todo comenzase a irse a pique. Comía contigo y con tu grupo cada día, pasaba el tiempo libre contigo y con tu grupo en las aulas de música y pretendía que no me importaba que Hannah frunciese el ceño cada vez que nos miraba. Sin Hannah ni Jack ni sus amigos, no tenía a otras personas con las que pasar el tiempo. Pero no me

importaba, porque estaba contigo y cada instante que no pasaba a tu lado era un instante perdido.

Entonces, ¿qué pasó en tu casa?



Los viernes por la tarde estaban siempre reservados a los ensayos del grupo en el «garaje» de Reese. Su garaje era la niña de sus ojos. De hecho, si le hubiese hecho escoger entre su pene y su garaje, lo habría puesto en un verdadero apuro. El garaje se encuentra al final del jardín y está revestido de cajas de huevos vacías y espuma para poder hacer todo el ruido que se quiera sin molestar a los vecinos pijos. Lo construyeron específicamente para que pudiese tocar, como el que yo tenía en mi casa en Sheffield, pero el suyo es mucho más grande. Además, la madre de Reese deja que cualquiera se quede en el garaje todo el tiempo que quiera. Ella haría cualquier cosa para que su hijo esté contento. Desde que comenzamos a salir, había pasado cada viernes por la tarde sentada en la esquina mientras That Band ensayaba. Durante las pausas, Reese se acercaba y me besaba mientras los otros no sabían hacia dónde mirar.

Esa tarde llegué antes, como siempre, para tener tiempo de hacer cosas antes de que los otros chicos apareciesen.

—Hola, señora Davies —dije cuando abrió la puerta—. ¿Está Reese?

Apretó los labios en una sonrisa forzada que me hacía saber que yo no le gustaba para nada, por muy buenos que fueran mis modales.

—Está en el garaje —contestó mientras me cerraba la puerta con suavidad, pero con decisión, en las narices.

Mi intuición me dio una patada en el estómago. Me quedé parada en la entrada sintiéndome confusa y avergonzada. Ese comportamiento no era habitual. Quiero decir, no le caía demasiado

bien a la madre de Reese, pero nunca antes me había cerrado la puerta en las narices, independientemente de lo molesta que estuviese porque le robase tiempo con su hijo o por cualquier otra razón que la hiciese odiarme. Reese y ella tenían una relación muy estrecha. Iba a muchos de los conciertos y parecía que dejaba que Reese hiciese todo lo que quisiese, le compraba todo lo que se le antojase y dejaba que sus amigos se quedasen hasta tarde. Siempre era amable con el resto del grupo, pero conmigo era un tanto fría, lo que se me hacía extraño teniendo en cuenta lo cercana que era yo para la familia de Alfie. Sin embargo, este gesto me pareció el colmo de la mala educación. Además, Reese no solía estar en el garaje cuando llegaba. Normalmente estaba en su habitación porque allí tenía una cama y nos gustaba mucho pasar tiempo en ella.

¿Por qué me había cerrado la puerta en las narices? Era más fácil rodear la casa para ir al garaje, mucho más sencillo que quitarse los zapatos y entrar en la casa, pero una persona normal podría haber dicho simplemente: «Es más fácil si rodeas la casa», y evitar una situación desagradable. Decidí no darle importancia. No tenía por qué malpensar por aquel entonces, así que rodeé la casa en la oscuridad y pasé por el pequeño estanque decorativo con la fuente de agua y el comedero de pájaros de piedra al lado de la estatua de mármol. Llamé a la puerta del garaje sonriendo porque aún me sentía amada y segura de mí misma.

—¿Cariño? —dije en voz alta—. Ya he llegado.

No hubo respuesta.

Volví a no darle importancia y empujé la puerta del garaje para encontrarme a un Reese sin sombrero, sentado con la guitarra en el regazo y mirando ausente al suelo.

—¿Reese? —Pasé por encima de las latas de cerveza vacías y de las cajas de comida para llevar que se amontonaban por el suelo—. ¿No me has oído llamar a la puerta?

Alzó el rostro y me miró con una media sonrisa. No era como las que me solía dedicar.

—Oh, hola, Amelie —dijo, pronunciando mi nombre como si estuviese aburrido de él.

No me pidió que me acercase corriendo a abrazarlo, no me llenó la cara de besos, no me dijo: «Te he echado de menos», como solía hacerlo, a pesar de que solo habían pasado unas horas desde que nos habíamos visto en el instituto.

Tan solo: «Oh. Hola. Amelie».

Incliné la cabeza hacia un lado y cometí el primero de dos errores.

Error número uno:
No ignoré el hecho de que claramente pasaba algo

Esta era la primera vez que me enfrentaba a uno de los cambios de humor de Reese y no conocía las reglas. ¿Cómo podía saber que, cuando estaba así, tenía que hacer ver que no pasaba nada, porque, de lo contrario, lo iba a empeorar todo? Por aquel entonces, era una principiante. No sabía lo asustada que debería haber estado.

Me acerqué para darle un beso, pero simplemente acercó sus labios a los míos.

—¿Qué tal? —preguntó, desanimado, antes de volver a mirar a su guitarra.

—Bien, ¿y tú? ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien —contestó mientras punteaba el instrumento y tocaba un fuerte acorde de re mayor.

—Hmm, vale.

El silencio era abrumador. Era un silencio nuevo, ajeno, algo que nunca había existido entre nosotros. No podía soportarlo. Hacía que me doliese el estómago. Algo pasaba, seguro. Todo se sentía tan diferente. Entonces, para romper el silencio, cometí el segundo error.

Error número dos:
Mencioné a su madre

—Tu madre se ha comportado de una manera un tanto extraña hoy —dije sin saber que acababa de pisar una mina antipersonal.

Giró la cabeza de golpe haciendo una mueca.

—¿Qué quieres decir?

Supe al instante que la había cagado. Mucho.

—Oh, eh, es que… cuando he llegado… llamé a la puerta. Pensaba que estarías en tu habitación porque… Bueno, ya sabes. En fin, ella me dijo que estabas aquí. No me ha dejado entrar en la casa y me ha hecho rodearla. Me ha parecido un poco extraño, eso es todo.

—¿Por qué tendría que dejarte entrar en casa? Es más fácil rodearla.

—Lo sé —dije, intentando corregir mis palabras—. Supongo que solo me ha parecido raro.

—Creo que tú eres la rara.

Se me cayó el alma a los pies cuando me miró con una aversión total, a la defensiva. No dijo nada más. Me dejó a solas con mi cagada, como un recién nacido con un pañal sucio. Negó con la cabeza y volvió a concentrarse en su guitarra mientras yo me quedé parada como una marioneta, con la boca abierta y lágrimas que me escocían en los ojos. Nunca me había hablado así. Nunca. Me lo quedé mirando durante más de un minuto, esperando a que volviese a convertirse en el Reese que conocía, mientras estas nuevas sensaciones me recorrían todo el cuerpo. Sin embargo, él siguió ignorándome como castigo. Era como si un director de circo hubiese aparecido en el agujero que se había abierto en mi estómago y hubiese comenzado a presentar todos los nuevos y horribles sentimientos que me provocaba la actitud de Reese. Unos sentimientos que acabaría conociendo muy bien.

«¡Señoras y señores, pasen y vean a la increíble "ANSIEDAD QUE TE REVUELVE LAS ENTRAÑAS!". ¿Alguna vez han sentido que están en peligro aun sabiendo que, en realidad, están

completamente a salvo? Pues, amigos, esta es la ansiedad. Tiene el superpoder de alterar nuestro instinto de supervivencia para que no sepamos distinguir un jabalí gigante de un novio que se comporta de manera distante y arisca de golpe.

»Y… ¿a quién tenemos aquí? Un invitado especial para acompañar a la ansiedad que te revuelve las entrañas. Por favor, denle un fuerte aplauso a los fantásticos "NIVELES DESCONOCIDOS DE CONFUSIÓN". ¿Alguna vez han tenido una conversación en la que, de repente, sienten que han perdido el norte por completo? ¿En la que no entienden nada y se sienten mareados y no saben qué acaba de pasar? ¿Conocen la sensación de que su cerebro se ha convertido en una colmena boca abajo y desconocen qué está pasando ni por qué está pasando ni qué pueden hacer para salir de este atolladero, o incluso si es culpa suya?

»Y aquí tenemos a la última estrella de la noche, pero no por ello menos importante. Denle la bienvenida a la señora "VERGÜENZA". ¿Se odian a sí mismos? Pues deberían. La vergüenza está aquí para deletrear todas las razones por las que deberían odiarse. Se colará hasta lo más profundo de su alma para humillarlo por todo lo que han hecho".

No sabía qué hacer. Este no era Reese. Nunca había sido arisco ni cruel y jamás me había ignorado. Este no era el chico que conocía, amaba y adoraba. Sentí como me llenaba de esa ansiedad que te revuelve las entrañas, de niveles desconocidos de confusión y de vergüenza, hasta el punto de que me temblaron las piernas. Sus dedos rozaban la guitarra y sus ojos me evitaban a toda costa. Después de inspirar profundamente dos veces, conseguí arrastrarme hasta uno de sus amplificadores. Apoyé las manos en las rodillas y me pregunté de nuevo qué demonios estaba pasando. Seguía sin mirarme. Cogí mi mochila y saqué el cuaderno y lo hojeé. Releí las letras que habíamos escrito ese mismo mediodía, cuando todo parecía brillar y no tenía la sensación de que me odiase.

Aquí estabas tú,

allí estaba yo.
Y fue inevitable
la suma de los dos.

No me podía concentrar, pero me obligué a pasar las páginas. Me negaba a disculparme cuando no había hecho nada malo. Aun así, me encontraba mal físicamente, algo empezó a brotar en mi interior: la rabia. La ira me recorría las venas. Pensaba cosas que nunca había pensado sobre él. Cosas como:

«¿Cómo te atreves?».

«¿Qué está pasando?».

«¿Qué te pasa? Esto no está bien».

Así que, aún con náuseas y desorientada, mi ira me permitió seguir hojeando el cuaderno e ignorar su pataleta ridícula e irracional. Por aquel entonces todavía tenía agallas. Agallas y autoestima, además de confiar en mi versión de los hechos.

Reese tocó un acorde.
Yo pasé una página.

Tocó un estribillo.
Releí un verso y lo taché. Era uno de los suyos y no era para tanto.

Suspiró.
Pretendí que no lo había oído.

Finalmente, me miró.

—¿Estás bien? —preguntó como si no hubiese atmósfera entre nosotros.

Como si no me hubiese estado ignorando durante quince minutos y no me hubiese gritado.

Dejé caer el cuaderno y me crucé de brazos.

—Claro que no estoy bien, te estás comportando como un imbécil.

Su cara pasó de la indiferencia a la culpa y, como por arte de magia, mi novio estaba de vuelta. Se acercó y se dejó caer de rodillas delante de mí.

—Mierda, Amelie, lo siento. Maldita sea, estás muy enfadada, ¿verdad?

Me enjugué las lágrimas de debajo de los ojos.

—¡Claro que estoy enfadada! ¡Me has ignorado desde que he llegado y me has faltado al respeto!

—Lo sé. Lo siento. De verdad.

Me sujetó la cara entre sus manos y se acercó para darme un beso. Aparté la cara.

—¡No! ¿Qué te pasa?

—Nada.

Lo miré directamente a los ojos.

—Cuéntamelo, Reese.

Suspiró.

—Está bien. Es que… he tenido Música esta tarde… y la zorra de la señora Clarke me ha puesto un cinco en mi composición.

Negó con la cabeza y me agarró las manos con fuerza. Yo me sentí tan aliviada. Qué gran alivio escuchar sus palabras. Ver que volvía a ser él mismo. Mi cuerpo se tragó la rabia. Se había acabado. Lo que fuese que había pasado, se había acabado. El universo volvía a tener sentido.

—¿Que ha hecho el qué?

—Un cinco. ¡Ya ves! Me ha dicho que mi composición era demasiado facilona. ¿Te lo puedes creer?

Una diminuta parte de mí estaba de acuerdo con la señora Clarke. En las canciones de Reese, había demasiada poca letra antes de los estribillos, que solían estar demasiado cargados. Podías saber de qué iba la canción con la primera frase. Por supuesto, no le dije nada de eso. Ahora me tocaba a mí acariciarlo.

—Oh, Reese, vaya putada. Lo siento. No me extraña que estés enfadado.

—Es que no tiene ni puta idea. Es una profesora de música. Si se le diese bien la música, estaría componiendo. No la estaría enseñando a un montón de alumnos que saben más que ella.

Hice una mueca ante el tono que empleó, pero dejé que se desahogase. Mi instinto me decía que ahora no tocaban reproches. Pasado un rato, se calmó y me atrajo sobre su regazo. Yo lo abracé por la cintura.

—¿Te sientes mejor? —pregunté.

Me miró directamente a los ojos.

—Mucho mejor. ¿Quién sabe por qué?

Nos besamos como si el mundo se fuese a acabar, ignorando el hecho de que su grupo estaba a punto de llegar.

—Siento haberme puesto así —dijo, y dejó de besarme y apoyó la frente en mi hombro—. Es que… ya estaba triste y luego has llegado tú y has empezado a insultar a mi madre.

—¿Qué? No la estaba…

—No pasa nada. Te perdono. Hagamos las paces.

Metió las manos por debajo de mi jersey y me besó de forma agresiva, metiéndome toda la lengua en la boca y anulando mi capacidad de contestar.

Tenía un dilema: no sabía si quería dejar correr lo que acababa de decir o disfrutar del alivio que sentía viendo que las cosas habían retomado su cauce. Mis nervios se disiparon a medida que mi respiración se volvía más profunda. Sus besos se volvieron más largos mientras me quitaba la ropa.

—Reese —protesté entre risas—. Tus amigos están a punto de llegar.

—¿Y qué? —preguntó con una sonrisa pícara mientras me inclinaba sobre el amplificador.

… Y ya no me sentía tan cómoda. Realmente estaban a punto de llegar. Además, tenía que venirme la regla y tampoco quería decírselo. Seguía confundida por todo lo que acababa de pasar y no estaba de humor.

Sin embargo, por alguna razón que aún sigo sin entender, me dio la sensación de que no podía negarme.

El resto del grupo llegó justo cuando me estaba poniendo las medias.

—¡OOOHHH! PARECE QUE HABÉIS ESTRENADO EL GARAJE —gritó Johnnie cuando abrió la puerta y nos encontró desaliñados.

Me puse roja como un tomate, mientras que Reese se rio y le chocó los cinco. Me envolví aún más en mi jersey, sintiéndome rara. El sexo que acabábamos de tener era diferente. No se debía solo al hecho de que lo hubiésemos hecho en el garaje, sino que Reese había estado diferente. Todas las veces anteriores habían sido alucinantes, como si dos personas se fusionasen, hiciesen el amor. Sin embargo, esta vez apenas me había mirado. Además, había sido mucho más duro. Hacia el final, me sentía como si ni siquiera hacía falta que estuviese allí. Pero, cuando terminamos, Reese me había mirado directamente a los ojos y me había dicho: «Amelie, eres preciosa. Te quiero tanto». Era todo lo contrario a como se había comportado antes, así que pensé que me lo había imaginado.

«Solo está molesto por la nota de su composición», me dije. «Eso es todo. Tienes que apoyarle en esto. Es lo que hace una buena novia».

—¿Estáis listos para darle duro? —preguntó Rob, cogiendo sus baquetas—. He estado pensando en el ensayo todo el día y he decidido que nos van a dar un Grammy.

Todos se rieron y yo intenté unirme a ellos, pero sentí como si mi risa fuese demasiado aguda y no encajase del todo.

—No estoy yo tan seguro de eso, con El-Señor-5-en-Composición —añadió Mark, dándole un codazo a Reese.

—Uhhh, qué borde —dijeron los otros dos.

Creía que se volvería a enfadar, pero solo se rio.

—Sois unos gilipollas —dijo Reese—. ¿Os tengo que recordar quién es el alma de este grupo?

Su pregunta fue contestada con más «oohs», gruñidos masculinos y gestos viriles mientras intercambiaban insultos sobre sus madres, sus habilidades musicales y el tamaño de sus penes. Me pregunté en silencio por qué no pasaba nada si sus amigos le chinchaban llamándole niño de mamá y a mí casi me había arrancado la cabeza por apenas mencionarla. De repente, la situación se había vuelto extrañamente peligrosa, como si me hubiese despertado en un campo de minas.

Reese levantó la mano.

—¿Podemos dejarnos de tonterías y ponernos a tocar? —dijo con tono aburrido.

El grupo obedeció sin rechistar y comenzaron a ensayar.

Hice lo que siempre hacía: me senté en la esquina y repasé mis canciones. Miré mis correos en el móvil y sonreí cuando vi que había uno sobre un concierto. Alguien de un pub me había escuchado en el Cube y quería que tocase un domingo. Sonreí y escribí «sí». Acto seguido, sentí como se me revolvía el estómago. Canalicé mis nervios pensando qué canciones tocaría. Me acurruqué en un puf mientras la música del grupo de Reese me perforaba los tímpanos.

Planear la lista de canciones para un concierto es una de mis actividades favoritas. Hay que tener mano, es casi una ciencia escoger la combinación de canciones correcta para cada concierto y cada público. Necesitas una buena canción al principio para llamar la atención y para convencer a la multitud de que eres buena. Sin embargo, tampoco hay que agotar tus mejores canciones demasiado rápido. Hay que espaciar las que más gustan y saber cuándo puedes colar una más lenta antes de subir el ritmo de nuevo. La música de Reese se atenuó hasta convertirse en ruido blanco mientras pensaba en cómo se sentiría un público que va a un concierto un domingo. ¿Cansado? ¿Resacoso? ¿Hastiado por tener que ir a trabajar al día siguiente? Tendría que elegir una lista con canciones más melódicas… Quizás empezar con «Escápate conmigo».

Estaba tan ensimismada, que no me di cuenta de que la música había acabado después de cuatro canciones.

—¿A dónde has ido, pequeña? —me preguntó Reese, sonriendo.

Me dio unos golpecitos en la cabeza y miré hacia arriba.

—¿Ya habéis acabado?

Todos se rieron.

—No. Solo estamos haciendo una pausa. Mírala, perdida en sus pensamientos —dijo con adoración rezumando por los poros—. ¿A que es adorable?

Le dediqué una gran sonrisa y me disculpé con el resto del grupo.

—Lo siento, estaba en la inopia. Pero, antes de desconectar, os he escuchado y habéis tocado genial.

—¿En qué estabas tan concentrada, pequeña? ¿Acaso estabas componiendo una canción sobre lo fantástico que soy en la cama?

Los demás estallaron en carcajadas.

—¡Reese!

Levantó las manos.

—Vamos, Amelie. ¡Era broma! Era claramente una broma.

Las risas del resto del grupo confirmaban que al menos ellos lo encontraban divertido. No tenía otra opción que dejarlo pasar, así que guardé mi cuaderno en la mochila y me levanté. Me envolvió con los brazos alrededor de la cintura y me acercó para besarme.

—De verdad que era una broma —susurró a modo de disculpa.

—Vale, está bien —contesté, también con un susurro.

—¡Buscaos un hotel! —gritó Rob.

Empujé a Reese con suavidad y se rio contra mi hombro, lleno de afecto.

—Me encanta que vengas a los ensayos. Canto solo para ti.

Puse los ojos en blanco, a pesar de que me había encantado cada una de sus sílabas.

—¿Podéis dejar de ser tan empalagosos? —interrumpió Rob de nuevo, baquetas en mano—. Hay personas que están solas en este mundo y vosotros no hacéis que nos sintamos mejor.

—Oh, Rob, ya te llegará tu turno —reí.

No me devolvió la sonrisa, sino que se miró los zapatos. Rob era el único virgen del grupo. Lo sabía porque lo mencionaban cada dos por tres.

Como si quisiese darme la razón, Reese le saltó encima diciendo:

—¿Tienes miedo de morir virgen? —dijo, alborotándole el pelo con un puño mientras Rob intentaba quitárselo de encima gritando.

Rob hizo la típica mueca que hacen todos los chicos cuando se sienten incómodos, pero no pueden demostrarlo por el acondicionamiento social al que se ven expuestos.

—Es porque toco la batería —se quejó—. Para los baterías es mucho más difícil.

—Es porque no tienes labia —añadió Johnnie, mientras desenchufaba su bajo del amplificador—. Te he visto hablar con chicas. He visto como le preguntabas a una qué tal estaba su madre.

Todos se echaron a reír como unos machitos mientras Rob se sonrojaba y protestaba.

—Era Jessica. Su madre tiene cáncer. Solo estaba siendo amable.

—Sí, claro, no parece que ser amable te sirva de mucho a la hora de perder la virginidad —comentó Reese.

Los chicos siguieron con sus chistes y su cháchara durante la segunda mitad del ensayo. Todavía me estaba acostumbrando a cómo hablaba Reese sobre las chicas a veces. Tenía un lado rudo que no conocía y dejaba un sabor agridulce. Sin embargo, no quería tener una opinión negativa sobre él, así que intentaba ignorarlo. Saqué mi cuaderno de nuevo y casi había acabado mi lista de canciones para el concierto cuando Reese se agachó de nuevo, después de haber tocado una canción, como un cachorro al que le dejan jugar.

—Bueno, ¿qué es eso tan misterioso que andas haciendo?

—Sí, Amelie, cuéntanos —dijo Mark—. Espero que no sean los deberes de psicología. Estoy intentando fingir que no existen.

Pasé las manos por el pelo de Reese y me agarré al ala de su sombrero.

—Pues… —comencé—. Estaba decidiendo la lista de canciones para un concierto. Me han pedido que toque en el Red Deer un domingo.

Durante un instante, un brevísimo instante, vi chispas en los ojos de Reese…

O quizás me lo imaginé.

Rob fue el que habló primero.

—¡Qué guay, Amelie! ¡Estás que lo petas!

Johnnie me dio una palmada.

—Sí, es genial. ¿Crees que podrás colarnos y conseguirnos alcohol?

Me encogí de hombros y esperé a ver cómo reaccionaba Reese. Su cara no denotaba emoción alguna. Tenía los ojos apagados y la

boca cerrada en una estrecha línea. Entonces sonrió y me hizo dudar de los cinco segundos en los que había parecido que me odiase.

—¡Amelie! Deberías haber dicho algo. Uau, no haces más que encadenar conciertos.

—Bueno, es solo un concierto de un domingo por la tarde.

Por alguna razón, sentía que tenía que quitarle mérito.

—Probablemente sea más frustrante que otra cosa. Estaré allí, cantando a corazón abierto mientras todos me ignoran y se hinchan a comer carne asada.

Reese se rascó el cuello.

—Sí, supongo que es una mierda si todo el mundo está comiendo.

—De todas maneras —interrumpió Rob, dando golpecitos con las baquetas—, un concierto es un concierto. ¿Te pagan?

Asentí.

—Qué guay. Nosotros hemos tenido que pagar para poder tocar en el Turtle. Estás a años luz por delante de nosotros.

Reese se quitó el sombrero y apretó el ala.

—Sí —dijo—. Pero es más barato contratar a cantautores que a todo un grupo.

Se encogió de hombros y se relajó.

—Y, por supuesto, Amelie es realmente buena —añadió.

Lo abracé.

—Tú también tienes mucho talento —dije con un tono condescendiente que no entendía y odiaba.

A él tampoco debió de gustarle, porque me apretó las manos y las dejó caer como si estuviesen recubiertas en jugo de pescado.

—Chicos, volvamos a ello —dijo al grupo—. Rob, te ha salido fatal en «Ciudad fantasma». Vamos a repetirla.

Durante el resto del ensayo fue como si no existiese. No me miró ni una sola vez. Estaba concentrado tocando, lo entiendo, pero no era lo habitual. Solíamos cruzar miradas cuando cantaba una canción especialmente romántica y me guiñaba el ojo para hacerme saber que la letra iba sobre mí. Interrumpía las canciones diciendo que necesitaba «recargar pilas con Amelie» y me besaba. Sin embargo, durante el resto de aquella tarde, solo se concentró en su música.

Sentía como si me estuviese castigando por algo, que se había vuelto a enfadar conmigo en esta tarde en la que no daba ni una. Cuando Rob preguntó si podían descansar cinco minutos, contestó que «todavía no», en un tono que daba a entender que era mejor no volver a preguntar.

Estaba sentada sobre el amplificador, tensa. ¿Estaba siendo dramática? Probablemente. No entendía qué había pasado y por qué Reese estaba así y por qué todo me daba tan mala espina. Pensé en todo lo que podía haber hecho para enfadarlo, pero no conseguí entenderlo. Era obvio que había hecho algo mal. ¿No tendría que haber dicho nada sobre el concierto? Siempre me había apoyado hasta ahora. ¿Cómo se supone que debería haber sabido que no tenía que decírselo?

Después de pasar demasiado rato sentada sobre el amplificador sobrellevando el huracán de estrés que me arrasaba por dentro, Reese paró.

—Buen trabajo, chicos, el Turtle no sabe lo que le espera —dijo, descolgándose la guitarra.

Bajé de un salto del amplificador y fui a darle un abrazo, desesperada por que las cosas volviesen a la normalidad.

—Ha sonado genial, como siempre —le dije sonriendo, deseosa de su afecto.

Me abrazó sin fuerzas y me apartó.

—Gracias, Ammy. De todas maneras, no tenías por qué haberte quedado.

Sus palabras fueron como una bofetada.

—¿Qué dices?

Contempló las cajas de huevos vacías en la pared.

—Quiero decir que seguro que tienes cosas que hacer, no pasa nada —contestó—. No tenemos que hacerlo todo juntos.

Sus últimas palabras me dejaron patidifusa. Intenté parpadear para que la humillación desapareciese mientras el resto del grupo intercambiaba miradas incómodas y fingía no haber oído nada. Dolía por muchas razones. La primera, porque él siempre había querido que estuviese en los ensayos. La segunda, porque sabía perfectamente que no tenía nada más que hacer desde que había

dejado de hablar con Hannah. La tercera, porque había esperado hasta después de que pasase toda la tarde allí sentada como un pasmarote antes de decir nada. La cuarta, porque se había acostado conmigo antes de decirme que prefería que no hubiese venido. Muy oportuno…

Au. Mucho au. Pero *au* no es la onomatopeya adecuada para describir el dolor que me invadió.

—Ya sé que no tenemos que hacerlo todo juntos —logré contestar con voz temblorosa—. Has sido tú quien me ha invitado.

Sonrió, pero sus ojos no acompañaron el gesto. Estiró los brazos y me agarró por las mejillas, apretándolas.

—Porque quería ver esta adorable carita —dijo con voz de bebé.

—Bueno… —dije, esperando a que pasase lo que solía pasar.

Es decir, esperaba que dijese al resto del grupo que se fuese para ir a su habitación y ser empalagosos hasta más tarde de nuestra hora de dormir. Johnnie, Mark y Rob también parecían estar esperando las instrucciones habituales. Sin embargo, Reese rompió el patrón esa noche. Se quitó el sombrero, se alborotó el pelo, se lo volvió a poner y se alejó de mí.

—¿Quién quiere unas cervezas? —preguntó.

Se acercó a la mininevera que había en la esquina, cogió un par de cervezas y se las lanzó a cada uno de los miembros del grupo.

Las cogieron con agilidad, tiraron de las anillas y el espacio se llenó de «pssst» y de «fizzz». Yo estaba allí, de pie, mirando, esperando, con lágrimas que amenazaban con derramarse de un momento a otro, preguntándome si…

—Oh, pequeña, parece que se ha convertido en una noche de chicos. No pasa nada si quieres irte. Lo entiendo perfectamente.

—Ajá.

No tenía otra opción que fingir que me parecía una gran idea. Sin embargo, casi me mata despedirme de todos sin romper a llorar. Abracé a cada uno de los miembros del grupo. Rob incluso protestó.

—Tía, quédate con nosotros —dijo—. Haces que huela mejor aquí dentro.

Pero me quedaba un atisbo de orgullo y, además, intuía que Reese no quería que me quedase.

—Estoy muy cansada —dije, deseando tener una mejor excusa.

Deseando tener amigos con los que pasar el rato para no sentirme tan patética y dependiente, tan inútil y odiosa. Adjetivos que no había usado para describirme antes de esa tarde.

—Adiós —dije desde el dintel de la puerta, mientras esperaba internamente a que me detuviese.

Que dijese: «No te vayas, te quiero». Esperando que volviese a ser el chico que había sido hasta antes de esa tarde, hasta antes de que yo lo estropease todo.

Reese no me detuvo.

Saludó con la mano, sin tan siquiera darme un beso, y se rio de Rob porque se había tirado la cerveza encima. Salí por la puerta y el sonido de su risa se interrumpió de golpe cuando la puerta se cerró tras de mí. Me quedé de pie en su jardín iluminado por la luz de la luna, todavía aturdida, sin poder respirar. Mi cerebro iba a toda velocidad, como si estuviese soltando chispas por un uso excesivo y generase su propio calor gracias a todos los pensamientos de ansiedad que daban vueltas dentro de él.

¿Qué he hecho?

¿Qué está pasando?

¿Es culpa mía?

¿De dónde viene esto?

No lo entiendo.

¿Ya no me quiere?

¿Cómo puedo arreglarlo?

El llanto comenzó en mi garganta esa noche, como un cosquilleo. Mientras desandaba el camino que había recorrido esa tarde, notaba como el picor alcanzaba las comisuras de mis ojos. Sentía la cabeza demasiado llena. Había demasiadas emociones y no me quedaba espacio libre. Dejé su porche detrás de mí, continué por la acera y alcancé el seto que rodea su casa. No podía dar ni un paso más. Me acuclillé y empecé a llorar, agitándome con cada sollozo.



No eran lágrimas de tristeza, sino, más bien, de confusión. No sabía que se podía llorar de confusión antes de esa noche. Desde que te conocí, he descubierto una gran cornucopia llena de diferentes tipos de lágrimas: lágrimas de tristeza, lágrimas de agotamiento emocional, lágrimas de rabia contenida, lágrimas de injusticia, lágrimas de confusión por no entender qué pasa, lágrimas de vergüenza por ser como eres, lágrimas de frustración porque sabes que puedes sentirte mucho mejor de lo que te sientes, lágrimas de desesperación, lágrimas preocupantes por la cantidad de lágrimas que estás derramando... Una lista sin fin.

¿Conocería todos estos tipos de lágrimas si hubiese hecho caso a mi instinto esa tarde?

Porque mi instinto me estaba gritando: «Esto no está bien». Hacía que mis entrañas se retorciesen por todo el cuerpo, como un avión cayendo en picado. Saltaban sirenas. Alteraba todos mis sistemas emocionales. Me hacía llorar.

El llanto es una clara señal de que hay algo que no funciona en tu vida. No se deben ignorar las lágrimas. Me estoy dando cuenta de ello ahora. Pero, esa tarde, cuando estaba aquí, donde me encuentro ahora, agarrándome la tripa y frotándola para que se

tranquilizase, decidí ignorar lo que me decían mis entrañas. Ignoré las lágrimas y lo seguí haciendo durante casi tres meses más.

Pero se acabó.

Ahora estoy aquí en la oscuridad y antes estaba sentada en la cocina de mi casa preguntando a mi instinto si debería ir al psicólogo. Mi instinto había contestado que sí.

Voy a hablar con alguien, Reese. Voy a contarle a alguien toda nuestra historia y, ¿sabes qué? Sé que te aterrorizará. Sigue habiendo un pedazo de mí que no quiere enfadarte, a pesar de todo lo que hiciste. No quiero traicionarte. No quiero contarle a alguien que, a veces, nuestra relación era realmente terrible, porque admitirlo es admitirme que no eres el amor de mi vida. Y eso duele, porque pensaba de todo corazón y con total sinceridad que lo eras.

Me estoy dando cuenta de que las entrañas y los corazones no son siempre partes del cuerpo compatibles. Tiran de ti en direcciones opuestas y se ignoran cuando deberían escucharse. Creo que necesito que me ayuden a entender a qué parte del cuerpo debería escuchar.

Porque no quiero derramar más lágrimas. Quiero dejar de llorar.



El puente Golden Jubilee de Londres

¿Qué planes tienes para este fin de semana, Reese?

¿Irás a una fiesta con ella? Quizás estás ensayando con tus amigos, con tu autoestima y tu vida sin mí. Te envidio. Envidio a cualquiera que coge el móvil y tiene mensajes de gente que se preocupan lo suficiente por ellos como para escribirles. ¿Cómo se siente? Ya no me acuerdo. Mi móvil es inútil. Solo sirve para burlarse de mí con su inutilidad.

¿Quieres saber qué planes tengo yo para el fin de semana? No, probablemente no. Probablemente no te importen una mierda. De todas maneras, te los voy a contar.

Mañana iré a Londres. Suena como un plan alucinante y apetecible si no fuese porque voy a ir sola y voy a intentar exorcizar la presencia de mi exnovio. Sí, es el punto número siete en mi mapa de recuerdos y no puedo evitarlo: tengo que rememorar ese recuerdo horrible.

Pero aún no.

Es viernes y todavía no ha llegado el fin de semana. Normalmente, tengo un hueco libre los viernes después de comer en el que me siento en la cafetería con la capucha de la sudadera tapándome la cabeza para no escuchar los planes del resto de alumnos. Hoy, sin embargo, estoy en una sala de espera beige en la consulta de un psicólogo en la ciudad. Una recepcionista con un jersey enorme me ha ofrecido una taza de té. Me parece bastante surrealista estar aquí. Ha pasado una semana desde que prometí a mi intuición que vendría y aquí estoy. Me he negado a ir a la psicóloga del instituto por si acaso está obligada a denunciarte. No quiero correr ese riesgo. Así que estoy en Psicólogos Anónimos, estirando las mangas del jersey para que me cubran las manos y deseando haber aceptado que mamá me acompañase. Agacho la cabeza e intento no pensar en cómo mi vida se ha visto reducida a esto.

Hasta que alguien dice mi nombre. Una mujer delgada y de pelo corto está de pie delante de mí.

—¿Amelie? —pregunta.

Asiento.

—Encantada de conocerte. Soy Joan. Por favor, acompáñame.

Sigo a Joan a lo largo de un pasillo hasta un cuarto con dos sillas, una frente a la otra. Espero a que me indique que me siente.

—Por favor, siéntate.

Hago lo que me pide y espero.

Inclina la cabeza y sonríe. Esto es muy incómodo. Muy pero que muy incómodo. ¿Qué hago aquí? No necesito ir al psicólogo, ¿verdad?

—Bueno —comienza, aún sonriendo—, gracias por venir a hablar conmigo.

—De nada —le digo a mis zapatos.

—Supongo que lo mejor es empezar con algunas formalidades. Como ya te he dicho, me llamo Joan. Quiero que sepas que este es un espacio seguro. Todo lo que digas aquí se tratará con la más absoluta confidencialidad. El único caso en el que podría violar este acuerdo de confidencialidad es si creo que eres un peligro para ti misma o para otras personas. Si esto sucede, hablaremos de ello antes. Por ahora, lo más importante es que sepas que aquí puedes decir todo lo que quieras.

Una parte de mi estómago se relaja, una parte que no sabía que había estado hecha un nudo.

—Bien… —continúa mientras descruza y cruza las piernas—, ¿por qué has venido? Cuando hablé con tus padres por teléfono, me dijeron que estabas teniendo problemas con los deberes del instituto. ¿Es así?

Asiento. No tiene sentido mentir.

—Y, ¿sabes por qué estás teniendo estos problemas?

Abro la boca para contestar, pero parece como que nada quiere salir. No he hablado de ti con nadie, nunca. Y mira a dónde me ha llevado el silencio. Joan espera pacientemente a que rompa el silencio. Sonríe con amabilidad y serenidad.

—Esto puede parecer estúpido…

—Te prometo que nada de lo que digas aquí es estúpido.

Trago saliva. Me retuerzo las manos. Miro directamente al garabato que es nuestra relación y me duele. Sigue doliéndome mucho.

—Es que… ¿Pensarías que soy superficial y sosa si te digo que todo esto es por un chico?

Su sonrisa se vuelve triste por un instante.

—No, Amelie, no lo pensaría —contesta—. De hecho, te sorprendería saber el número de personas que vienen aquí exactamente por el mismo motivo. Y ahora —dice, inclinándose hacia delante en su silla—, ¿por qué no me lo cuentas?

El tren a Londres está a reventar, incluso para ser un sábado. Una de las líneas está en obras, así que, cuando

se abren las puertas, puedo ver un vagón a rebosar de gente con maletas enormes y ningún sitio libre. Me apretujo al lado de los baños apestosos y me tapo la boca con la manga. Miro por la ventana mientras el tren sale de la estación y prosigue su camino hacia la capital. Sigo sintiéndome rara por la primera visita al psicólogo de ayer. No llueve, pero el cielo es de un color gris aburrido y no me extraña que todo el mundo haya decidido salir para intentar animarse.

Hacía un tiempo fantástico el día que fuimos a Londres tú y yo...



Eso sí, yo me moría de frío y el tren estaba casi vacío. Nos acurrucamos el uno contra el otro, juntando nuestros abrigos para crear uno más grande. Apoyé la cabeza en el hombro de Reese y él me la besó. Todo era perfecto. Nuestra relación había sufrido un bajón durante varias semanas, pero, desde que había abierto la primera ventanita de mi calendario de adviento dos días antes, todo había mejorado. Mi alivio era tan evidente que casi lo podía saborear con la lengua.

Aun si mi lengua estaba muy ocupada con él.

—Reese —reí, apartándolo—. Estamos en público.

Metió la mano por mi falda por debajo de nuestros abrigos.

—¿Y qué? El vagón está medio vacío. Nadie se dará cuenta.

Lo aparté y me preocupó que se enfadase, pero, por suerte, se rio y el alivio me invadió de nuevo. Había estado raro y distante desde esa noche en el garaje. No me devolvía las llamadas al instante y, cuando lo hacía, casi no decía nada:

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Creo que te pasa algo.

—No, no me pasa nada.

—No dices nada.

—Estoy hablando contigo, ¿no?

El alivio que me inundaba cuando me llamaba transmutaba rápidamente en una ansiedad aplastante cuando colgaba. Reese también había comenzado a apartarse cada vez que intentaba besarlo en el instituto y luego me decía que no lo había hecho. A esto se unía el hecho de que estaba muy callado y distante y actuaba como si me detestara.

—¿Qué motivos tendría para detestarte? Eres mi novia —dijo, la única vez que había tenido las agallas para preguntarle sobre el tema.

A decir verdad, había sido horrible, como si estuviese dando tirones a una alfombra sobre la que yo me encontraba, de tal manera que no podía mantener el equilibrio. Lo peor de todo es que Reese seguía diciendo que no estaba tirando de la alfombra.

Pero ya no tiraba. Al menos, no esa radiante mañana en la que fuimos a Londres. Volvía a estar presente en nuestra relación, volvía a estar enamorado de mí. Había dejado la alfombra en paz. Me miró fijamente, como si fuese lo mejor del mundo mundial. «Solo ha sido un altibajo», me dije a mí misma. «Mira lo bien que están las cosas ahora».

Reese me apartó el pelo para poder besarme el cuello.

—¿Estás bien, mi pequeña? —preguntó—. Ya no estás triste por el estúpido concierto en el pub, ¿verdad?

Hice una mueca al recordarlo. El concierto en el Red Deer había sido la tarde anterior. Reese y su grupo habían venido a apoyarme. El concierto había ido fatal. Me senté en un taburete en la esquina, cantando con toda mi alma, mientras el público comía carne asada y me ignoraba. Habían aparecido unos jugadores de fútbol medio borrachos y habían pedido que cantase Bon Jovi. Me abuchearon hasta que casi me puse a llorar.

—Fue horrible, ¿verdad? —dije.

Más besos de consuelo.

—Lo hiciste muy bien, teniendo en cuenta las circunstancias de mierda. No entiendo por qué querían que tocases si sabían que el público sería así.

—Aún no puedo creerme que nos estemos saltando las clases hoy. Nunca hago pellas.

—No te preocupes. Es mi regalo de Navidad por adelantado. Además, necesitas que te animen después de lo de ayer.

Suspiré.

—¿Nunca te preguntas si todo esto de la música merece la pena?

—No —dijo, poniéndose serio—. Nunca lo he dudado ni un momento.

Agité la cabeza.

—Solo preguntaba.

—Este mundo intentará acabar contigo —continuó, como si hubiese estado tocando durante un millón de años—, pero tienes que ser fuerte, Amelie. Solo los que tienen mucho talento y mucho tesón lo consiguen.

—Claro —asentí—. Tienes razón.

Dio un sorbo al café y bajó el ala del sombrero. Lo miré buscando señales de que volvía a estar de mal humor. Se me tensó el estómago, como si alguien lo hubiese retorcido, mientras esperaba su sentencia. Falsa alarma. Se giró, me dedicó una gran sonrisa y me besó con dulzura. Su boca sabía a café amargo cuando nos separamos. El sol le dio en la cara a través de la ventana y brilló como el oro. Éramos como el oro. El mundo volvía a ser perfecto.



Ahora estoy metida en un lavabo y pienso en un par de cosas que mencionó Joan ayer.

—Así que ¿tu novio? —dijo.

—Bueno, mi exnovio, supongo.

—Claro. Lo siento. Y dices que sigues muy enamorada de él.

Asentí y me tragué un sollozo que me había subido por la garganta al admitirlo.

—¿Me puedes contar un poco por qué lo quieres?

—¿Qué quieres decir?

—Es solo que, por algunas cosas que has dicho, entiendo que había muchas discusiones entre vosotros. Parece que no eras muy feliz, incluso antes de romper…

No podía desmentir sus palabras, por mucho que quisiese.

—Por eso sería interesante hablar sobre qué te hacía quererlo tanto —continuó.

Hizo una pausa para que contestase.

—Bueno —comencé, intentando hacer memoria—, la verdad es que es muy carismático. Parece que todo gire en torno a él. Hay un magnetismo especial en él.

Joan no frunció el ceño, pero tampoco parecía convencida del todo, así que seguí hablando.

—Y… tiene mucho talento para la música. Le dedica mucho esfuerzo.

Otra pausa.

—Lleva sombrero todo el tiempo —reí con cariño—. Es muy atractivo, ¿sabes? Emana confianza y se le da muy bien hablar con las personas.

Joan asintió. Seguía sin estar convencida. No lo admitió, pero se le notaba.

—Gracias por contarme todo esto, Amelie. ¿Puedo preguntarte qué te gustaba de cómo te trataba? Cuando estabais juntos, ¿qué hacía para que te sintieses tan enamorada?

—Bueno —empecé, sumergiéndome en los buenos recuerdos como si fuesen mis pijamas más cómodos—, al principio era el mejor novio del mundo…

Le conté nuestra primera cita de ensueño, como siempre me acompañabas a casa, como nunca dudé de que me quisieras porque no parabas de repetirlo.

—Y, ¿qué pasó después? —insistió Joan—. ¿Qué hacía entonces para que lo quisieras?

En ese momento, Reese, me quedé sin palabras.

—¿Se supone que tenemos que hablar de esto? —pregunté, para ganar tiempo.

—Estamos aquí para hablar de lo que tú quieras y para analizar las partes de tu vida con las que tienes problemas, Amelie —dijo mientras se inclinaba hacia delante—. ¿Tienes problemas ahora?

Se me hizo el conocido nudo en la garganta y las lágrimas comenzaron a escocerme en los ojos.

—Sí.

—¿Por culpa de este chico?

Asentí. Inhalé un par de veces y me estiré las mangas del jersey de nuevo.

—No existe una manera apropiada para sentir dolor —dijo Joan—. No puedes evitar sentirte como te sientes, incluso si piensas que las causas son estúpidas. El sufrimiento no lo es, y parece como si ahora estuvieses sufriendo. ¿Estás de acuerdo, Amelie?

Asentí y comencé a llorar a moco tendido, para variar. Esta mujer desconocida me dejó llorar.

—Llorar es bueno —dijo para consolarme. Y yo lloré aún más fuerte.

—Qué tonta —repetía yo—. Siento ser tan tonta.

—¿Por qué piensas que llorar es tonto?

«Porque tú me decías que lo era, Reese».

—No lo sé.

Me pareció como si hubiese estado llorando durante horas, pero no pudo haber pasado tanto rato porque todavía nos quedaba tiempo para llegar al quid de la cuestión.

—Amelie, te lo voy a preguntar de nuevo. ¿Qué te gustaba tanto de este chico después del principio?

Abrí la boca, pero me había quedado sin palabras.

—¿Este chico te trataba bien?

Abrí la boca, pero no me salía nada.

—¿Te hacía sentir bien y segura?

Abrí la boca, pero... Ya lo pillas.

—A veces —dijo Joan—, las personas a las que queremos se pueden comportar de maneras que no entendemos. Si alguien no es coherente en su trato con

nosotras, puede confundirnos, incluso puede llegar a tener el efecto de una droga.

Me saqué las manos de las mangas como si fuesen tortugas que habían acabado su hibernación.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sentiste alguna vez que este chico era... una adicción? —preguntó Joan—. ¿Sentías como si estuvieses persiguiendo algo? ¿Como si estuvieras persiguiendo cómo te hizo sentir al principio de estar con él?

¿Escuchas esto, Reese?

Este es el sonido cuando alguien da directamente en el clavo. Cuando se encienden bombillas y resuenan campanas. Ese es el sonido que hacen las piezas cuando encajan, cuando algo tiene sentido por primera vez en mucho tiempo.

Miré a Joan a través de mis pestañas empapadas.

—Sí —dije—. Sí que me sentía un poco así.

Sonrió de nuevo, pero su sonrisa era triste.

—Amelie —me dijo—, eso no me parece que sea amor.

Llegamos a la estación de London Bridge y espero a que todo el mundo salga antes de bajar del tren. La gente se queda parada justo delante de las puertas, ordenando las maletas, los carritos y sus niños, mientras otros pasajeros intentan subir antes de que el resto haya salido. Las palabras de Joan me resuenan en la cabeza

cuando bajo y sigo a nuestros fantasmas a través de los torniquetes. Casi me puedo vislumbrar, como si el recuerdo fuese parte de una peli. Veo como estiras el brazo y me abrazas. Sigo a nuestros fantasmas hacia la salida de la estación, pasado el quiosco donde te paraste a comprar chicles. Los fantasmas de no hace tantos meses se dirigen al río y yo, lúgubre, los sigo, inhalando el recuerdo como si fuese el olor de mi comida favorita.



—¿Falta mucho? —pregunté cuando salimos de la estación de London Bridge—. ¿Falta mucho? ¿Falta mucho?

Tiré de su manga como una niña impaciente. Me dio un beso en la frente como si fuese un bebé que había sacado a pasear.

—Ya casi llegamos, pequeña —contestó, parando y mirando hacia el agua—. ¿Has visto qué vistas?

Me giré hacia donde estaba mirando y me quedé maravillada. Se podían ver todos los edificios icónicos de Londres reflejando el sol de invierno. Era una escena perfecta, como si estuviese pintada. La típica imagen de Londres que ves en las pelis. Me incliné sobre el puente, sonriendo y dejando que la belleza me llenase. Esta era la segunda vez que estaba en la capital y parecía que se hubiese vestido de gala para mí.

—Hagámonos una foto —dijo Reese, tirando de mí hacia él y sacando el móvil.

Lo inclinó para que saliese el Puente de la Torre al fondo y dijo: «¡Sonríe!».

Me incliné hacia él, dejándome llevar por su olor, y posé para la foto. Se escuchó un clic que nos indicaba que se había hecho.

—¡Eh! ¡Haz otra! ¡Salgo fatal! —dije, espantada.

Había parpadeado en el peor momento y salía con los ojos medio cerrados, sin que se me viesen las pupilas. Parecía una zombi hambrienta de cerebros.

—Sí, pero yo he quedado bien —contestó Reese.

Pensaba que estaba bromeando hasta que guardó el móvil en el bolsillo y no hizo otra foto.



Estoy aquí de pie en el mismo puente y saco el móvil. Me reclino sobre la pared y busco entre mis fotos hasta que encuentro esa. No me lleva mucho tiempo porque, desde que lo dejamos, no he tenido motivos para hacer fotos. Mi móvil solía estar a reventar con fotos con mis amigos: selfis de Alfie haciendo muecas que me solía enviar para animarme o memes de nuestros diferentes grupos de chat. Solía llevarme siglos encontrar la foto que quería. Mi móvil solía quejarse de que se estaba quedando sin espacio y tenía que dedicar diez minutos a clasificar todos los archivos y borrar otros para conseguir espacio para las nuevas fotos que me enviaba la gente que me quería.

Ahora ya no.

Han pasado meses y, sin embargo, solo me hace falta deslizar el dedo una vez para encontrar esa selfi nuestra. Eso demuestra las pocas fotos nuevas que tengo en el móvil. Hago una mueca ante lo fea que salgo en la foto. Me la enviaste un par de días después

de nuestra excursión a Londres con el título: «Qué novia más sexy tengo». Me la mandaste tres veces más, haciendo cada vez más zoom sobre mi cara. Tuve que fingir que me hacía gracia, si no, me habrías reprochado que no pillaba las bromas.



—¿Falta mucho o no? —pregunté de nuevo en este mismo puente.

Se inclinó y me dio un beso en el pelo.

—Casi. Ya te lo he dicho antes: paciencia.

Paseamos de la mano por las calles de Londres. Me sentía feliz de que volviese a ser él mismo y que estuviésemos tan juntos. A pesar de que hiciese sol, el viento era helado y no nos dejaba quedarnos afuera demasiado tiempo sin perder la sensibilidad en la punta de los dedos. Justo cuando pensaba que tendría que quejarme del frío, llegamos a un bar escondido en un callejón.

—¡Ya estamos! —anunció Reese, quitándose el sombrero para indicar que habíamos llegado.

—¿Un pub?

—No es simplemente un pub. Es el comienzo de algo especial.

Arqueé las cejas, desconcertada.

—Pero, antes que nada, bebamos algo. Espera un momento aquí fuera por si piensan que eres menor de edad.

Miré como desaparecía por la estrecha entrada. Era uno de esos antros antiguos en los que te podías imaginar a Charles Dickens bebiendo un whisky. Me senté en un banco de madera fuera, temblando de frío, pero sobre todo pensando en lo emocionante que era esta excursión y lo enamorada que estaba. Reese volvió con dos grandes copas de vino tinto.

—Reese, si es mediodía.

—Nos mantendrá calientes y entraremos en modo navideño. Venga, bebe.

Bebió el vino y me miró como si fuese lo único que necesitase en su vida.

—Te quiero tanto —dijo, cogiéndome de la mano. Teníamos los dedos helados, pero se calentaron en cuanto se entrelazaron.

—Yo también te quiero —contesté.

Recuerdo que pareció extrañamente aliviado de que hubiese contestado que yo también lo quería.

El vino me calentó de esa manera ensoñadora que solo sabe hacer el vino tinto. Bebía mientras pensaba en todo el tiempo que teníamos para pasar juntos.

—¿Cuándo me vas a desvelar tu sorpresa? —pregunté, acabando mi copa—. ¿Por qué me dijiste que me pusiese zapatos cómodos?

Le dio un toque al ala de su sombrero.

—Porque, mi maravillosa novia, esto no es simplemente un pub, sino el punto de partida.

—¿El punto de partida?

—Sí —dijo, haciendo una pausa dramática—, el punto de partida para una caza del tesoro.

Hizo un redoble de tambores con los dedos y sacó el móvil para enseñarme la pantalla.

Decía: «Descubre la ciudad: la ribera del Támesis».

—Siempre te quejas de que no conoces Londres —explicó—, así que he pensado que esto sería algo divertido para explorar la ciudad. Para que mi chica se reconcilie con su lado más meridional.

Le quité el móvil y leí las instrucciones. Nos mandarían pistas a través de mensajes que nos guiarían por las riberas del Támesis.

—Oh, Reese, qué idea más bonita —dije.

Hinchó el pecho ligeramente.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cómo empezamos?

—Solo tenemos que enviarles un mensaje con la palabra «Inicio» y nos mandarán la primera pista. He añadido tu número al equipo para que nos lleguen los mensajes a los dos. Por si uno de los dos se queda sin batería.

Lo miré a través de mis pestañas.

—Pues… —dije—, ¿a qué estamos esperando?

El hecho de que hubiese planificado todo el día me había devuelto la confianza. No me había atrevido a flirtear con él desde hacía siglos por miedo a su reacción. Sin embargo, pensar que había planeado algo tan especial me hizo dudar de mis preocupaciones.

—Vamos allá —me dijo, mirándome con unos ojos llenos de amor a los que les gustaba verme con mi autoestima de vuelta.

Esperamos a que vibrasen nuestros móviles. Después de treinta segundos, los dos recibimos un mensaje.

> **¿Listos para la aventura? Volad hacia el sur por esta calle tan regia: 20 24 1 14 12 1 14 5. ¿Qué criatura habéis encontrado?**

Lo leímos en voz alta.

—Espera un momento —dije—, creo que es un código.

—Claro que es un código.

Hice una mueca ante el tono y me volví hacia él. Estaba concentrado, mirando fijamente la pantalla del móvil. El instinto me advirtió como un sexto sentido: deja que Reese descifre esta pista, lo hará feliz.

—Uf, qué difícil —dije, mintiendo.

Yo ya había descifrado que los números tenían que estar relacionados con las letras del alfabeto.

—Se me dan fatal estas cosas —añadí.

Me dio un beso en la cabeza.

—No te preocupes, cariño. Creo que ya lo tengo.

Esperé con paciencia mientras él murmuraba.



Nunca me había hecho la tonta hasta ese día. Nunca había fingido tener menos talento del que tenía o cantar

peor, o ser menos de lo que era. Otra señal de alarma. Justo en ese momento. Una alarma muy estridente. Tan estridente, que te perforaba los tímpanos.

¿Acaso le presté atención?

Hmm... ¿Cuál ha sido mi relación con las señales de alarma hasta ahora?



Sin embargo, valió la pena porque Reese estaba muy guapo y orgulloso de sí mismo cuando logró descifrar el acertijo.

—Creo que los números están relacionados con la posición de las letras en el abecedario —dijo con los ojos brillándole de emoción.

—¡Claro! Tienes razón. Entonces…, ¿la B es el 2, la C es el 3, etc.?

—¡Sí!

—A ver… Si juntamos el mensaje… Espera, déjame que use el móvil para escribirlo.

Me dictó los números mientras yo los escribía en mi móvil. Cuando hubo acabado, nos quedamos mirando mi pantalla.

—Tenemos que bajar por Swan Lane —dijo, levantando la mirada y señalando a un cartel—. ¡Ahí está! ¡Ahí está!

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —repetí como un loro llena de una alegría infantil que me invadió por haber resuelto el acertijo.

Me besó en los labios y pude saborear el vino en su boca.

—Vamos a buscar el tesoro —dije.

—Yo ya he encontrado el tesoro.

Me besó de nuevo y este beso sabía a grosella negra y alcohol. En medio del beso, se apartó y me abrazó tan fuerte que apenas podía respirar. Nos quedamos así parados en la calle fría y creí, por un momento, que se iba a poner a llorar. Nos aferramos el uno al

otro. Olía tan bien y el abrazo estaba lleno de deseo. Era justo lo que necesitaba después de las semanas raras que habíamos pasado antes.

Se apartó.

—¿Lista? —me preguntó con los ojos echando chispas.

—Sí —susurré, aun si nunca podría haber estado lista para cómo me hizo sentir.



Se ha puesto a llover, para variar. Recorro las calles de la búsqueda del tesoro, siguiendo los pasos de nuestros fantasmas. Acabo en el río. Lleva mucho menos tiempo si no tienes que ir descifrando acertijos. A pesar de la lluvia, no hace tanto frío. Puedo sentir como el calor de la primavera está a la vuelta de la esquina. Abril ya casi nos da la bienvenida y quiero tomarme mi tiempo. Quiero absorber los recuerdos de ese día porque, hasta el momento en el que las cosas se torcieron, ese día pertenece al baúl de los buenos recuerdos.



La caza del tesoro nos llevó por la ribera del río hasta la catedral de San Pablo y a un increíble bar en la azotea de un edificio desde el que podías ver toda la ciudad. Hicimos una pausa y Reese consiguió que nos sirvieran alcohol de nuevo. Pidió vino caliente. Estaba lo suficientemente caliente como para que pudiésemos sentarnos fuera al lado de las estufas y beberlo juntos, disfrutando de las vistas

de Londres y pensando en la suerte que teníamos. Nunca me había sentido tan adulta y sofisticada en mi vida: allí sentada, tomando una bebida rara y contemplando una de las ciudades más famosas del mundo, como si fuese completamente normal estar haciendo eso un lunes por la tarde.

—Por nosotros —dijo, brindando.

—Por nosotros.

Cruzamos el Puente del Milenio, entramos en la Tate Modern y encontramos dos pistas más. Paseamos y reímos borrachos, mirando las obras de arte sin entenderlas.

—¿Por qué hay una caca plateada en el suelo? —preguntó—. ¿Por qué ha ganado un premio?

Me reí más fuerte y besé su boca manchada de vino.

—Podría dejar mi lápiz en el suelo y ver si la gente piensa que es arte.

La caza del tesoro nos condujo de nuevo a la orilla del río, más allá del teatro Globe hasta un pub cercano llamado The Swan. Había comenzado a anochecer y las luces navideñas se encendieron e iluminaron como luciérnagas la ciudad, haciendo que el entorno se volviese mágico. Parecía increíble, pero Reese conseguía que nos atendiesen en todos los pubs a los que íbamos. Se comportaba como si la idea de que fuésemos menores de edad fuese lo más ridículo del mundo. Hicimos una nueva pausa en nuestra caza del tesoro y bebimos otra copa de vino tinto. Yo comencé a sentirme muy borracha. Ese tipo de borrachera que hace que quieras a todo el mundo y te sientas contenta y feliz por lo maravillosa que es tu vida.

Dejé caer la cabeza sobre el hombro de Reese y miramos la ciudad desde la ventana.

—Te quiero, Reese —mascullé—. Te quiero tanto que a veces duele.

Sonrió, achispado por el vino, pero no tan borracho como yo.

—Si no duele, no es amor —dijo, dándome un beso en la cabeza —. Así sabes que es real.

Había bebido tanto que sus palabras me parecieron románticas.

—¿Por qué no abandonamos la caza del tesoro y nos quedamos aquí acurrucados? —susurré.

—Me parece un plan estupendo.

El cielo se oscureció mientras el sol se ponía sobre el agua. Pidió más bebidas. Casi no puedo recordar cuánto tiempo pasó ni cómo de rápido lo hizo. Recuerdo que me costaba caminar hasta el baño y que mis palabras se me hacían pesadas y pastosas, lo que le hacía reír.



Estoy delante de The Swan. El Globe está iluminado y parece borroso tras la cortina de lluvia que ha tapado el sol. El cielo está oscuro por culpa de la lluvia, lo que hace más fácil mirar a través de las ventanas del pub. Casi nos puedo ver ahí dentro. Ahí es donde nos sentamos, al lado de la ventana. Seguro que siguen siendo los mismos camareros. El mundo no ha cambiado tanto para el resto de los mortales. Nos veo mirando la hora en su móvil y riendo al darnos cuenta de lo tarde que era. Salimos de la mano dando tumbos. Veo como nuestros fantasmas nos atraviesan, como si fuese yo el espectro. Veo mi cara, que rezuma felicidad, y me doy la vuelta para seguirnos por la orilla sur del río.



—¿Por qué siempre hay tanta gente en Londres? —protesté, chocándome de nuevo con alguien.

—Porque está llena de mongolos.

Nos reímos de la palabra *mongolo* y comenzamos a gritarla como borrachos. Paramos al lado de una barandilla desde donde se podían ver la catedral de San Pablo, la Torre Fenchurch 20, la Torre Oxo y todos los monumentos que gustan a los turistas.

—¡MONGOLO! —gritó Reese y yo me senté de la risa y pensé que era el mejor no-mongolo que había conocido nunca.



Paso por delante del Teatro Nacional. Miro como los *skaters* patinan sobre la rampa y me paro delante del Southbank Centre.

Este es el puente. Esta es la razón por la que estoy hoy aquí.

Suspiro y subo los escalones mientras esquivo a las personas que no demuestran grandes habilidades llevando un paraguas. Estoy preparada para sumergirme en un inminente recuerdo triste.



—Pongámonos justo en el medio —dijo Reese—. Quiero ver toda la ciudad.

Nos tambaleamos por el puente con la ciudad centelleando a nuestro alrededor, iluminada para agradar e inspirar. Recuerdo sentir pena por todos los oficinistas que pasaban con prisa a nuestro lado

con la vista fija en el suelo. ¿Por qué ignoraban unas vistas tan maravillosas? Un músico callejero tocaba la guitarra en un lado del puente, con la funda abierta delante de él con un puñado de monedas. Tocaba *The first cut is the deepest* y su música flotaba en el aire y me entraba en el corazón.

Reese volvió a sacar el móvil.

—Hagámonos una foto.

Me incliné hacia él y posé para salir guapa. Él alargó el brazo para poder hacer una selfi. Parecíamos tan felices y enamorados en la pantalla y yo estaba tan colgada por él, por nosotros, por aquel día tan maravilloso, por el alivio que sentía al pensar que volvía a ser él mismo que…

… me equivoqué.

El músico acabó la canción y comenzó a tocar *Are you the one that I've been waiting for?*, de Nick Cave, una de mis canciones favoritas. Conocía esa canción. Adoraba esa canción y adoraba a Reese y estaba borracha perdida, así que pensé que lo mejor del mundo era combinar todas aquellas circunstancias. Envalentonada por vete tú a saber cuántas copas de vino, le solté la mano, crucé a la otra acera del puente, sonreí al músico, me puse a su lado y comencé a cantar. Fue perfecto. El viejo me sonrió, como si ya supiese que iba a pasar. Nuestras voces se unieron en armonía. No tenía ni una gota de pánico escénico. Cantaba para Reese y para la ciudad en la oscuridad. Pensé que le encantaría: una canción exclusivamente para él, como su declaración en el Cube. Estábamos tan enamorados hacía solo un segundo. Me había estado mirando como si jamás pudiese hacer nada malo. No pensé que un gesto así pudiese molestarle.

Sin embargo, Reese no estaba tan contento como yo esperaba. De hecho, hizo una mueca. Desafiné y la ansiedad que te revuelve las entrañas y los niveles desconocidos de confusión aprovecharon la oportunidad para descender en picado sobre mí, como un par de gaviotas que han avistado un plato de patatas fritas.

«La he cagado, la he cagado, la he cagado. Lo he echado todo a perder, lo he echado todo a perder, lo he echado todo a perder».

A pesar de que mi cerebro estaba gritando «DESASTRE, DESASTRE», no podía parar de cantar. Eso habría sido todavía más raro y extraño. Así que seguí cantando con el músico callejero, aún si era un error garrafal. Algunas personas se fijaron en nosotros, nos sonrieron al pasar y dieron un par de monedas. Me tragué las náuseas que me subían por la garganta y acabé la canción. Ya no le podía cantar a Reese. No con él cruzado de brazos, con la cabeza inclinada y cara de repulsión. Así que me giré y le canté al músico callejero, como si fuésemos un dúo desde hacía años. Al final de la canción, se había juntado un pequeño grupo de personas a nuestro alrededor que nos aplaudió y lanzó más monedas en la funda de la guitarra. Asintió con la cabeza, como si intuyera que solo iba a cantar una canción con él.

—Cantas muy bien, jovencita.

Sonreí a pesar de sentirme fatal y pensar que estaba a punto de echarme llorar porque mi universo había implosionado.

—Gracias.

Me giré para mirar a mi novio. Había sacado el móvil y miraba absorto la pantalla, ignorándome a mí y a mi canción. Sentí como el músico callejero me observaba mirándolo.

—Ten cuidado con el señor Cascarrabias —me advirtió antes de tocar el primer acorde de «Wonderwall».



Imagina cómo de bajo hay que caer cuando desearías haber seguido el consejo de un viejo músico callejero *hippie*.



Me arrastré hasta Reese con la mirada baja y con un nudo en la garganta. Estaba tan, tan avergonzada. «¿En qué estaba pensando? ¿Por qué lo he hecho? ¿Por qué he tenido que chulearme?». Me había parecido una buena idea y tendría que haberme dado cuenta de que era una estupidez. Se despegó del móvil de mala gana.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —contesté sin saber qué más decir.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó, señalando con la cabeza hacia el músico tocando Oasis.

Agité la cabeza.

—No lo sé. Pensé que…

Casi no me salían las palabras. Sentía como si alguien me hubiese quitado la garganta. No podía hablar, literalmente. Mi cerebro estaba atontado por culpa del vino, pero era algo más que eso. Era como si Reese hubiese pisoteado mis cuerdas vocales, como si fuesen un ratón aterrado que él tuviese que atrapar pisándole la cola.

—¿Estás enfadado? —logré preguntar.

Frunció el ceño.

—¿Por qué tendría que estar enfadado?

—No lo sé. Pareces… molesto. Estás raro.

Negó con la cabeza.

—¿Yo soy el raro? Tú eres la que se ha puesto a cantar con un viejo chalado.

—Pensé que te gustaría…

Mi voz sonaba tan patética. Yo era patética.



Incluso ahora, estar de pie sobre este puente, tantos meses después, todavía hace que me recorra un escalofrío.

«Pues claro que te dejó. Eres estúpida y rara y vergonzosa. No me extraña que estés sola. Siempre estarás sola porque eres muy dependiente, estás desesperada y eres una rarita».



Empezó a caminar hacia la ribera norte del río. No me dio la mano ni me pasó el brazo por los hombros. Lo único que podía hacer era seguirlo. Sabía que no debía insistir. Sabía que la había cagado, pero sentía que hablar del tema solo empeoraría las cosas y haría que se cabrease incluso más. Le daría más asco. Me rechazaría aún más.

«No digas nada, no digas nada», me repetí para mis adentros. «Déjalo estar, déjalo estar. Seguro que te lo compensa si dejas pasar el tema».

Pero, no pude. Mi cerebro se estaba volviendo loco, necesitaba tanto sentirme aliviada que insistí, a pesar de saber que no era buena idea.

Además, estaba bastante borracha, lo que no ayudaba.

Me quedé parada en el puente y me eché a llorar. Así, sin más. Tardó un momento en darse cuenta de que no lo estaba siguiendo. Se dio la vuelta y juro que vi como ponía los ojos en blanco cuando vio que estaba llorando.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Sé que estás cabreado conmigo —sollocé.

—No estoy cabreado contigo.

—Siento haber cantado con ese hombre. No sé por qué lo he hecho.

—No te preocupes. No me importa. Vamos a comer ramen o algo.

Intenté sorber las lágrimas, pero no dejaban de caer. Eran lágrimas de rabia por haber arruinado el día. Lágrimas de sorpresa

porque todo se había ido a pique tan rápido. Lágrimas porque miraba mis lágrimas como si fuesen mierda.

—Dime si estás enfadado, Reese. Por favor. Es mejor si lo admites.

—Maldita sea, ¡no estoy enfadado! ¿Por qué te estás comportando como una loca?



Esa fue la primera vez.

El momento en el que perdió la virginidad de llamarme «loca».

Y, como pasa después de tener sexo por primera vez, una vez has perdido la virginidad, lo sigues haciendo.



Hice una pausa y sollocé. ¿Estaba loca?

—Entonces, ¿no estás enfadado conmigo?

Suspiró.

—¡No! Solo tengo frío y estoy borracho y tengo hambre de tallarines.

Me tendió la mano.

—¿Podemos seguir caminando? —preguntó.

Me sorbí los mocos y asentí. Me sentía estúpida y loca.

Le cogí la mano y cruzamos el puente, esquivando al resto de viandantes. Me debería haber sentido mejor. Me había dicho que no estaba enfadado, que me lo estaba imaginando. Debería creerlo. Debería confiar en él. Pero… podía sentir que sí que estaba enfadado. Que, por alguna razón, le había cabreado. Me agarraba la

mano demasiado fuerte y no me miraba. Tenía la boca contraída en una fina línea. Nos confundimos entre la multitud que deambulaba por el barrio de Embankment y buscamos un sitio para comer tallarines. Nos sentamos en taburetes altos en una mesa adornada con escarcha navideña mientras nos despejábamos y sorbíamos la sopa. Sacó el móvil de nuevo.

—¿Está bueno tu ramen? —pregunté.

—¿Qué? Ah, sí. Está bien.

Más silencio.

—Me lo he pasado muy bien hoy.

Subió ligeramente la cabeza.

—¿Eh? Sí. Ha estado bien, ¿no?

Más silencio.

—Gracias por traerme a Londres. Me ha animado mucho.

—No hay de qué.

Más silencio.

—¿Reese?

Una mirada con ligera irritación.

—¿Sí?

Una pregunta con ligero resentimiento.

—Te quiero.

Pasaron diez segundos antes de que contestase. Incluso cuando respondió, sabía que no lo sentía. No en ese momento. Ni un ápice.

—Sí, Amelie. Yo también te quiero —le dijo a su móvil.



Estoy aquí otra vez, comiendo ramen. La sopa me calienta poco a poco. Me han puesto en la barra porque estoy sola. Miro hacia la mesa donde comimos mayoritariamente en silencio, yo deshaciéndome y a ti sin que te importase, o sin darte cuenta.

Sorbo unos tallarines y pienso en lo que significa estar loca.

¿Cómo puedes saber si tus reacciones son de loca o no? ¿Quién lo decide? En nuestra relación, eras tú, Reese. Después de ese día en Londres comenzaste a llamarme «loca» a menudo. La consecuencia menos divertida de eso es que empecé a comportarme como una loca. Era como cerrar el círculo.

> Amelie: ¿Dónde estás? Te he estado esperando en la esquina media hora.
> Reese: ¿No te lo había dicho? Tengo ensayo esta tarde.
> Amelie: No, no me lo habías dicho… Por eso te he estado esperando.
> Reese: ¡Sí que te lo había dicho! Ahora no te pondrás como una loca, ¿verdad?

O:

—Siento como que ya no nos vemos casi nunca.

—Nos vemos muchísimo. Ahora mismo, por ejemplo.

—Esta es la primera vez que estamos a solas en toda la semana y estás a punto de irte a ensayar.

—Quieres que el grupo fracase. Es eso, ¿no?

—No es lo que he dicho.

—No pensaba que serías así.

—¿Así cómo?

—¡Así! Como una loca dependiente e insegura…

…

—¿Por qué lloras? Por Dios. No puedo con esto, Amelie. ¿Qué te pasa? Te juro que a veces parece que estés tarada.

O...

—¿Qué está pasando con nuestra relación?

(Reese suspira).

—¿A qué te refieres?

—Siento como si hubiese algo que no funciona.

—Tú siempre piensas eso.

—No eres el de siempre.

—Podría decir lo mismo sobre ti.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Cuando empezamos eras guay, y ahora eres dependiente y empalagosa. No siempre puedo estar aquí por ti, ¿vale? No es justo. ¿Por qué no quedas con tus amigos o algo? Me estás poniendo mucha presión.

(Llanto).

—No es verdad. No has tenido tiempo en toda la semana y no he dicho nada.

—Hasta ahora. Genial, ya estás llorando otra vez. Ya estamos.

—No sé por qué no paro de llorar.

—No te favorece, lo sabes, ¿verdad? Quiero decir, ¿cómo se supone que tengo que desearte si no paras de llorar?

(Llantos más fuertes).

—¿Te trató bien en algún momento? —me había preguntado Joan hacia el final de la sesión.

Pienso en la pregunta mientras pago el ramen y espero a que deje de llover para volver a casa.

—Claro que me trató bien —había contestado, siempre en tu defensa.

—De acuerdo —dijo ella—, pero, ¿siempre te trató bien? Tratar bien a alguien no debería ser una recompensa por portarse bien, Amelie. Debería darse por sentado.

Aquí está el quid de la cuestión. Estoy segura de que le dirías a Joan que me trataste bien. Que negarías cualquier comentario que no fuese para realzar que eras un novio ejemplar, que hiciste todo lo posible teniendo en cuenta que yo estoy como una cabra y que soy una persona difícil.

Joan me planteó otra pregunta.

—¿Has tenido otras relaciones en las que siempre te hayan tratado bien?

Asentí porque era la verdad. Con Alfie.

No había parado de llover, pero un grupo había entrado en el restaurante sacudiendo sus paraguas y mirando hacia mi sitio, como si sus miradas dijesen: «Vete, por favor, nos toca a nosotros». Me toco el pecho a la altura del corazón y lo froto, como si así pudiese apaciguarlo. Se me sigue encogiendo cuando pienso en Alfie. Estoy de luto por ti, Reese, pero también estoy de

luto por Alfie. No había tenido tiempo antes. Estaba tan obsesionada contigo que no había tenido mucho tiempo para sentir la culpa y el remordimiento que causan romperle el corazón a alguien. Estamos a punto de llegar a Alfie y a mí. Esa es la siguiente parada en mi tour de lágrimas. Cada parada es más dolorosa, pero creo que está funcionando. Siento cómo encaja cada pieza, aun si estoy a años luz de poder vislumbrar el puzle acabado.

La lluvia me cala hasta los huesos mientras camino hacia la estación de Charing Cross para ir a casa y mirar al techo y no componer música. Chapoteo en mis Converse y pienso en la palabra *constante*. No es la más sexy ni la más romántica. No es lo primero que te viene a la cabeza si cierras los ojos e intentas describir a tu pareja ideal. Se suelen usar palabras que te podrían describir a ti, Reese. Palabras como *cautivador* y *emocionante*. Alfie nunca hizo nada emocionante. Nuestra relación no era así, nunca sentí como si estuviese en el punto más alto de una montaña rusa a punto de caer en picado. Nunca sentí mariposas de ansiedad en el estómago mientras esperaba que me escribiese un mensaje, porque nunca tuve que esperar a sus mensajes. No sentía náuseas antes de verlo, pensando de qué humor estaría. ¿Sería un Alfie enamorado o un Alfie que me detestaba, pero que lo

negaría si le preguntaba? Ninguno de ellos: era, simplemente, Alfie.

—¿Los momentos buenos compensaban los malos con este chico? —había preguntado Joan, directa al grano.

Introduzco mi billete en el torniquete de la estación y lo saco en cuanto se abren las puertas para dejarme pasar. Con Alfie nunca tuve los subidones que viví contigo. Nunca sentí que estaba en una peli o que el mundo había dejado de girar. Me sentía bien, a gusto y segura, pero no vertiginosa.

Pero tampoco me sentí nunca como una loca.

De hecho, Alfie pasaba todo el tiempo intentando hacerme sentir cuerda.

—Es normal que llores —me había dicho, cogiéndome la mano con fuerza en el jardín botánico—. No te castigues por ello, Ammy. Tus padres se mudan a la otra punta del país. Es una putada enorme. Llorar es lo más normal del mundo.

Él también había llorado por todo lo que me iba a echar de menos.

Alfie era constante y, gracias a ello, yo no estaba loca. Era tranquila, guay, todas esas cosas que tú querías que fuese, Reese. Sin embargo, era incapaz de ser esas cosas contigo. Cuanto más querías que fuese esa chica «guay», cuanto más dejabas claro que tu amor dependía de que lo fuese, menos guay era yo y más loca me

volvía. Porque tú no eras constante. Había días en los que estabas completamente enamorado de mí, hacías que desapareciese mi ansiedad, eras amable, atento, maravilloso... Todo lo que yo había deseado. «Te quiero, te quiero tantísimo», me dirías delante de todos durante el almuerzo. Los demás protestaban y yo me deshacía en sonrisas de felicidad. Sin embargo, esa misma tarde pasaríamos al lado de una chica y dirías: «Uau, qué guapa es» y te enfadarías si yo me atrevía a quejarme.

Me empiezo a dar cuenta de que la locura no siempre viene de dentro. Estoy empezando a pensar que los buenos momentos no compensan los malos, por lo menos, no en el amor. No en una situación en la que lo más importante es sentirse segura.

Se subestima la constancia.

El tren llega a la estación y la lluvia empaña los cristales. Vuelvo a llorar, para variar. Son unos sollozos silenciosos contra la ventana para que el resto de pasajeros no me vean. Sin embargo, no lloro por ti. Lloro por Alfie. Porque tenía a un novio constante y, ¿sabes lo que le hice?

Le arranqué el corazón de su pecho amable y seguro.

Eso es a lo que me tengo que enfrentar ahora. Ese es el siguiente recuerdo que tengo que revivir.

Alfie.



El Leadmill, Sheffield

—¿Qué puedo hacer por ti, bonita?

Quiero llorar de alegría porque alguien me ha llamado «bonita». Solo con eso ya me siento mejor.

Me pego el teléfono a la oreja.

—¿Es el hotel Steel?

—Sí, señora.

—Quería comprobar si os ha llegado mi reserva. La he hecho por internet, pero no me ha llegado el correo de confirmación y se supone que voy a dormir hoy allí.

—Un momento. ¿Me puedes decir tu nombre?

Se lo digo. Estoy nerviosa porque odio hablar por teléfono. Tararea mientras teclea.

—Dónde estás, dónde estás... ¡Aquí! Aquí estás, bonita. Ya veo lo que ha pasado. Tu reserva se ha quedado atascada en el sistema. Menos mal que has llamado.

—¿Seguís teniendo una habitación disponible? —pregunto con voz temblorosa.

—Sí, claro. La reservo para ti. No te preocupes por nada. ¡Ya está! Espero que tengas un buen viaje hasta aquí.

Cuelgo y me quedo mirando al techo durante un largo rato. He estado mirando al techo muy a menudo desde que he empezado a ir a hablar con Joan. Mirando, pensando, recordando. Agito la cabeza para salir del trance, miro la hora que es y maldigo.

Mis padres están en la cocina cuando entro con la maleta y los dos intentan disimular una sonrisa.

—¿Ya estás lista? —pregunta mamá.

Asiento.

—¿Y Jessa tiene ganas de verte?

Asiento de nuevo. ¿Asentir es mentir? Se morirían si supiesen que voy a ir a Sheffield sola, me voy a quedar en un hotel y no quiero ver a nadie. He usado todo el dinero que he ganado con los conciertos para reservar el tren y el hotel.

—¿Me puedes llevar a la estación?

Papá está exultante de poder acompañarme. Charla, contento, mientras pone mi maleta en el maletero, se

sienta en el asiento del conductor y sale del garaje.

—¿Irás a tus lugares favoritos? —pregunta sin esperar a que conteste—. El Leadmill y el jardín botánico, supongo. Siempre estabas allí. Jessa y tú tendréis mucho de qué hablar. ¿Ya tiene una novia nueva? Lo dejó con esa tal Pippa, ¿verdad? No te preocupes por ir a ver a tu tía. No le he dicho que ibas a ir. Pensé que te gustaría ver solo a tus amigos. De todas maneras, iremos todos en Semana Santa. ¡Qué envidia me das! ¿Irás a comer a Broomhill Friery? Mándame una foto si vas. Deja que disfrute a través de ti.

Mantengo la fachada de que estoy viajando por placer. Se les ve más contentos desde que he comenzado a hablar con Joan. Además, durante el último mes, me he obligado a ir a todas las clases, me he obligado a cruzarme contigo en el comedor y me he obligado a componer canciones de nuevo. Casi tengo a punto mi composición para entregarla a mediados de mayo.

De hecho, tengo un verso sobre este fin de semana y todo a lo que tengo que enfrentarme que me da vueltas por la cabeza:

Si no lo recuerdas,
¿es acaso menos real?

No sé si encaja en la canción que estoy componiendo.

Me despido de papá con un abrazo en la estación. Me lo devuelve un poco demasiado fuerte y me dice que me quiere, lo que nos hace pasar un momento incómodo a los dos. Me despido con la mano mientras atravieso los torniquetes y camino hacia el andén para subir a un tren que, para variar, va con ligero retraso.

Intento no pensar en ello hasta llegar a Londres y lo consigo por los pelos.

Intento no pensar en ello mientras atravieso Londres en el metro y lo consigo por los pelos.

Intento no pensar en ello mientras espero a mi tren en la estación de St. Pancras y lo consigo por los pelos.

Intento no pensar en ello mientras busco mi asiento y me encuentro con que hay alguien sentado en él. Tenemos esa conversación incómoda de «estás sentado en mi asiento» que hace que me salga el sarpullido por culpa de mi timidez. Me siento con la cabeza apoyada en la ventanilla y miro como salimos de Londres y pasamos los suburbios con sus jardines que dan a las vías del tren. Pasamos praderas hasta llegar a campos extensos. No leo ni escucho música ni compongo canciones en mi cuaderno. Solo intento no pensar en ello. Después de una hora o así, pasamos por las enormes y humeantes chimeneas de la región de las Midlands. Miro como se alzan hasta el cielo primaveral, escupiendo vapor. Para mí, estas chimeneas marcan el principio del norte. Las buscábamos con la mirada

desde el coche cuando volvíamos de visitar a mi abuela antes de que muriese. «¿Ves las chimeneas, Amelie?», preguntaba papá. «Significa que estamos llegando a casa». Cualquier persona que viaje de norte a sur conoce estas chimeneas y tiene algún tipo de relación con ellas. Pasan como una exhalación mientras miro por la ventana... ¿O ya te lo he dicho?... Y marcan el principio del norte y donde pasó y... No, no, no. Me muerdo el puño cerrado.

Subo las piernas al asiento y me hago una bola.

Ayer tuve una sesión dura con Joan, ¿sabes?

—Parece que sigues reviviendo los buenos recuerdos que tuviste con ese chico —dijo Joan.

Así es como te llama. «Ese chico». Porque no le he dicho tu nombre.

—Creo que también sería conveniente revivir los recuerdos que no son tan buenos. Para que no idealices la relación. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Sí lo entiendo y estoy orgullosa. Orgullosa de haber pensado en hacer este mapa de recuerdos antes de conocer a Joan. Orgullosa de hacerle caso a mi instinto cuando me decía que esto me ayudaría a pasar página.

Me preguntó acerca de algunos malos recuerdos, guiando sus preguntas para hacerme sentir cómoda y que hablase del tema.

Hace dos semanas hablamos bastante sobre tu actitud hacia las chicas. Me preguntó si nos respetas y

yo pensé en bastantes cosas negativas al respecto.

—Bueno, a veces decía cosas malas sobre las chicas —le expliqué a Joan—. Por ejemplo, cuando veíamos una serie de televisión, siempre hacía algún comentario sobre su apariencia. Como: «Oh, no es muy agraciada» o «Oh, buen culo» y, si yo me quejaba, decía algo como: «Venga ya, soy un tío».

—¿Crees que todos los chicos hablan así de las chicas?

Negué con la cabeza porque no lo creía. Porque ni Alfie ni papá hablaban así de las mujeres.

La semana pasada hablamos sobre cuánto nos veíamos.

—No quiero conocer los datos de las primeras semanas —me advirtió Joan—. ¿Cuánto os veíais después? Habías dicho que empezó a protestar cuando querías pasar más tiempo juntos.

De nuevo, yo tenía bastante que decir al respecto, Reese, y la mayor parte no era bueno.

—Bueno, me decía que no era normal que quisiese pasar tiempo con él. Cuando le preguntaba si estaba libre, se enfadaba. Hacía planes con todos menos conmigo.

—Eso no es de buena persona —dijo Joan.

—No —contesté—, supongo que no.

—¿Crees que es raro que una chica quiera pasar tiempo con su novio?

—No. Es decir, no todo el tiempo. Pero parte del tiempo sí. Mi ex, Alfie, nunca me hizo sentir mal por querer pasar tiempo con él.

—Probablemente porque quería pasar tiempo contigo.

—Y Reese no...

Hizo una pausa.

—Creo que es positivo que tuvieses una relación con Alfie antes de conocer a este chico —dijo al final—. Es bueno tener una experiencia sana para comparar.

Esa fue la primera vez que insinuó que nuestra relación no era sana, Reese. En nuestra sesión de ayer...

—Quizás te cueste hablar del tema de hoy, Amelie. Quiero que sepas que este es un espacio seguro y que no tenemos que hablar de nada que te haga sentir incómoda.

—Oh, oh —bromeé para disimular el nudo que tenía en el estómago.

—Hoy quiero que hablemos de tu relación física con ese chico.

En ese momento noté una sensación extraña. Como una pulsación supersónica que decía: «ERROR ERROR ERROR, NO NO NO», mientras me zumbaba a lo largo de todo el cuerpo.

—¿Te refieres al sexo? —pregunté.

Se me hizo un nudo en la garganta. Me temblaban los dedos debajo de las mangas del jersey. Se me aceleró

la respiración, lo que hizo que me ardiesen los pulmones con cada inspiración.

—Sí —contestó Joan—, si no es demasiado doloroso. Creo que sería útil hablar sobre tu relación sexual con ese chico.

Estoy yendo a Sheffield. Estoy yendo a Sheffield, donde ocurrió. Hemos pasado las chimeneas y nos acercamos y todo está resurgiendo y está volviendo y no sé si puedo pensar en ello.

—Venga —solías susurrar cuando ya estaba desnuda y me sentía vulnerable—, ¿por qué no lo intentamos? Solo una vez. ¿No tienes curiosidad?

—No.

Siempre me negaba.

—Todo el mundo lo hace. No es para tanto.

—No, Reese.

Hacías pucheros y cruzabas los brazos y te enfadabas. A veces, incluso rechazabas tener el mismo tipo de sexo que siempre habíamos tenido, incluso si a mí me apetecía.

—¿Estás bien? —me preguntó Joan ayer en su consulta —. Amelie, ¿estás bien?

Solo entonces me di cuenta de que me había echado a llorar y temblaba sin parar.

Ahora no.

No.

No quiero pensar en ello ahora. Esta parte del viaje no es sobre mí, es sobre Alfie. Sobre las lágrimas que él ha derramado por mi culpa. Las lágrimas que nunca habría tenido que derramar.

La megafonía del tren me recuerda dónde está el vagón restaurante y consigo resistir las ganas de llorar. He logrado relajarme para cuando llegamos a Sheffield.

No solo a Sheffield.

A casa.

La sensación de estar en casa me inunda de golpe. Se me asienta el estómago y puedo sentir como me relajo por dentro. Conozco esta ciudad. Conozco sus calles y sus barrios. Conozco sus atajos y sus secretos. Está plagada de recuerdos de toda mi vida. Salgo de la estación y me encuentro en la plaza donde el agua borbotea de unas fuentes enormes de acero en señal de bienvenida. Por una vez, no llueve. El sol hace que todo se tiña de color dorado. No tengo suficiente dinero para un taxi, así que voy andando al hotel. Los recuerdos se encienden y bailan en mi interior, y la mayoría de ellos son buenos.

Crecí en esta ciudad. Aquí me convertí en quien soy. Aquí aprendí a caminar y a hablar y a crecer y a hacer amigos y a ir al colegio y a enamorarme. En estas fuentes delante del ayuntamiento pasé muchos veranos después de clase, comiendo polos y retando a Jessa y a

Kimmy a correr entre los chorros de agua. En esa tienda de allí me compré el vestido para el baile de fin de curso cuando teníamos dieciséis años. Solía cantar cada martes en ese pequeño pub de la esquina, cuando hacían noches de micrófono abierto. Alfie me convencía a subir al escenario la mayoría de las veces.

—Si sigues haciéndolo, le perderás el miedo —insistía.

—Sé que eso es lo que dice la teoría —contestaba yo siempre—, pero, por alguna razón, a mis nervios les da igual que lo haya hecho un millón de veces.

—Dejará de darles igual. Algún día lo entenderán.

Alfie…

Llego al hotel. La señora de la recepción me reconoce por la llamada telefónica.

—Aquí estás —dice con verdadera alegría de verme aquí.

Mi habitación está en el último piso. Me da una tarjeta para usar el ascensor.

—Que tengas un buen día —dice mientras meto la maleta en el ascensor.

—Gracias.

Me tambaleo hasta mi habitación. Se me cae la tarjeta dos veces antes de conseguir meterme a mí y a todas mis cosas en la habitación. La puerta antiincendios se cierra tras de mí y me encierra en esta pequeña caja de soledad. Nunca me había quedado en

un hotel yo sola. Me doy cuenta de que nadie en el mundo sabe dónde estoy ahora mismo. Pongo la maleta encima del pequeño sofá, corro las cortinas y me siento en el borde de la cama en la oscuridad.

No estoy en el mismo hotel en el que pasó.

No me lo podía permitir.

Además, no podría. Sería demasiado.

De repente tengo la necesidad imperiosa de ducharme. De darme una larga ducha y frotarme la piel hasta que esté en carne viva. Me quito la ropa e ignoro mi reflejo en el espejo. Es un hotel barato, así que el agua no tiene mucha presión y hay moho negro en las juntas de las baldosas. Sin embargo, el agua está hirviendo y me escalda la piel. Me quedo de pie bajo la ducha y tiemblo a pesar de que el agua está ardiendo. Empiezo a sollozar.

Sollozo y grito y doy puñetazos a las baldosas mohosas…

…

…

…

Esto es lo que pasó en Sheffield.



Despegué la mirada del libro que estaba leyendo y vi las chimeneas pasar por la ventana del tren. Sonreí, les hice una foto y se la mandé a Jessa.

Amelie: ¡LAS CHIMENEAS! ¡CARIÑO, ESTOY LLEGANDO A CASA!

Contestó al instante.

Jessa: ¡Bienvenida de vuelta al norte! Tengo muchísimas ganas de verte, abuelita. Nos vemos en la estación. Espero que no vengas con un acento raro. :* :* :*

Mi sonrisa era tan amplia que emanaba bienestar. No podía concentrarme en el libro por todo lo que estaba sonriendo. Se me había olvidado lo bien que sentaba tener amigos. Sentirse querida y conectada y tener un móvil que recibía mensajes de personas que se preocupaban de mi existencia. Había ido manteniendo el contacto con Jessa, pero no como debería haberlo hecho. Empezaba a pensar que molestaba y que nadie quería saber nada de mí. Que solo les incordiaría si les escribía. Así que había dejado de contestar a los mensajes, pensando que solo los enviaban por educación. Sin embargo, me había sentido tan sola en las últimas semanas que había roto el silencio y le había enviado uno.

Amelie: ¿Y si vengo a pasar un finde?

Contestó al instante.

Jessa: YA ESTÁS TARDANDO. ¡¡VEN YA!! :* :*

Estaba tan emocionada por el afecto que reservé los billetes de tren enseguida, aunque me costaron un ojo de la cara porque era justo antes de Navidad. La sonrisa que me recorría la cara en el tren

era la señal de que había tomado la decisión correcta. Esto era lo que necesitaba.

—¿Qué vas a hacer allí? —preguntó Reese la noche anterior mientras hacía la maleta.

—Hay un concierto en el Leadmill. Tocan temprano, y soy amiga del grupo. Es un viaje a casa, en realidad.

Se quitó el sombrero y lo dejó sobre mi cama. Después me abrazó con fuerza de manera inesperada. Se apartó y me preguntó:

—¿Va a estar él también?

—Sí, tal vez —contesté, aunque estaba segura de que vería a Alfie—. Solo somos amigos.

Reese puso los ojos en blanco.

—Sí, seguro.

—¡En serio! Lo dejamos antes de que te conociese. No he hablado con él en meses.

—Vale, pues yo quedaré con una de mis ex este fin de semana, ¿de acuerdo? Con una a la que le he dedicado una canción. ¿Qué te parece? ¿Te gusta la idea?

Se me contrajo el estómago de golpe. No me gustaría. No me gustaría para nada. Me había torturado a menudo pensando en las ex de Reese. Hasta entonces, nunca había sido una persona celosa. Sabía que se había acostado con, por lo menos, otras dos chicas del instituto, y solo pensarlo me ponía mala. Me imaginaba que sus ex eran mucho mejores que yo para él. Eran menos dependientes, guais y relajadas: todo lo que se supone que tiene que ser una chica.

—Reese, probablemente ni hable con él. Solo necesito ver a mis amigos. Siempre me dices que debería hacer más cosas. Esto es lo que significa tener más vida.

—Con tu ex.

—Sabes que solo te quiero a ti.

—Pues mándame muchos mensajes.

Nos besamos y todo estaba bien y yo estaba feliz de que quisiese que le enviase mensajes. Le importaba, le importaba de verdad. ¡Qué alivio!

Estaba más que contenta cuando el tren llegó a la estación de Sheffield. Vi a Jessa cuando pasé el torniquete y me dio un vuelco el

corazón cuando vi quién estaba a su lado.

Allí, de pie con el pelo despeinado como siempre, tímidamente sujetando un cartel que decía: «Amelie», como si fuese un chófer que viniese a recogerme del aeropuerto.

Alfie.

Pasó algo extraño.

«Lo quiero», dijo mi cabeza.

«Lo quiero», dijo mi corazón.

«Lo quiero», dijo mi alma.

«Lo quiero», dijo mi todo.

Nos miramos fijamente por un segundo y no he sentido algo con tanta claridad en toda mi vida. Quería a Alfie. Alfie y yo teníamos que estar juntos. Era una idiota. Reese era un idiota. ¿Qué cojones estaba haciendo con él? ¿Por qué dejaba que me tratase como lo hacía? ¿Qué demonios he hecho? Lo quiero, lo quiero, lo quiero a él y a nadie más.

Casi no podía caminar, pero, de alguna manera, conseguí acercarme.

Entonces, como suele pasar cuando tienes momentos de claridad absoluta, pero las circunstancias no permiten que sigas tu instinto, me tragué mis emociones y me convencí de que no había pasado nada.

—Oh, Dios mío —dije en vez de «Hola» y «Te quiero, te quiero, te quiero».

Dejé caer mi bolso y nos juntamos los tres en un enorme abrazo. Podía oler a Alfie a través de la masa de nuestros cuerpos. Olía a comodidad y a seguridad, a bondad y a amabilidad. Empezamos a reírnos apelotonados hasta que, por fin, nos separamos.

—Y… está llorando —dijo Jessa, inclinando la cabeza con afecto —. Te lo dije, Alfie.

Él también me sonrió. De manera amable pero desconfiada porque ninguno de los dos sabía qué significábamos para el otro.

Reí y me enjugué las lágrimas.

—Me habéis sorprendido, eso es todo —dije, mirando a Alfie de nuevo—. Una sorpresa buena —añadí.

Nos miramos fijamente de nuevo durante un segundo y lo sentí. Lo sabía, así de fácil. «Te quiero, te quiero, te quiero», me decía él con la mirada. «Te quiero, Amelie. Te quiero».

Jessa nos ignoró o no se percató.

—Bien. Este es el plan. Iremos a mi casa y beberemos un buen té. Mamá está ansiosa por verte, así que puede que tengas que aguantar una buena tanda de preguntas sobre cómo es la vida en el sur, lo siento. Entonces comeremos mis macarrones con queso, famosos en el mundo entero. Alfie y tú os sentiréis incómodos y después nos encontraremos con el resto en la parada de tranvía para ir al concierto.

—¡Jessa! —dijimos a la vez Alfie y yo con exasperación.

Se rio de nuevo.

—Venga ya, aceptad la incomodidad. ¿Cuándo fue la última vez que hablasteis?

Los dos caminamos con la cabeza gacha hacia la parada del autobús.

—Un par de meses —contesté, al final.

—Me lo temía —dijo Jessa, negando con la cabeza y riendo aún —. Los dos sois demasiado orgullosos y pensasteis que el otro no os echaba de menos, así que fingisteis que no os echabais de menos y ahora estamos en una guerra fría comunicativa.

—¡Jessa! —le advirtió fríamente Alfie, algo que no le pegaba para nada.

Levantó las manos en señal de rendición.

—Tranquilo. Solo intento ayudar.

Miré a Alfie de reojo y le dediqué mi mejor sonrisa que decía «esto es incómodo». Se percató y asintió y la comunicación entre nosotros volvió a fluir. Nunca había malentendidos ni malinterpretaciones entre nosotros. Sentí muchas emociones a la vez. Todas vinieron llamando a la boca de mi estómago exigiendo una invitación a la fiesta de la adrenalina, discutiendo sobre quién tenía más derecho a estar allí.

«Toc, toc», llamó la señora Culpa, diciendo: «Un momento, ¿por qué demonios Amelie no le ha contado a Alfie sobre la existencia de Reese? Es horrible. Quiero que me deje entrar para que Amelie se

obsesione con que es una mentirosa compulsiva. ¿Puedo traer a un invitado?».

Señora Confusión se unió a la discusión. «Hmm, cariño, y ¿qué pasa ahora con Reese? ¿No se supone que estás enamorada de él? ¿Qué está pasando? ¿Puedes estar enamorada de dos personas a la vez? Hmm… ¿No quieres pasar un rato confundida sobre estar confusa?».

Sin embargo, Alegría estaba dispuesta a pasar por encima del resto. «¡ESTO ES GENIAL!», gritó para mis adentros. Amelie, ¿acaso no te sientes GENIAL? Es como si volvieses a ser tú misma. Ignora a Confusión y a Culpa y simplemente disfruta de sentirte tú misma de nuevo por primera vez en meses».

Pero Celos vino para ahogarle la fiesta. «¿Qué ha estado haciendo Alfie estos meses sin ti? ¿Por qué no te ha llamado? ¿Ha estado con otras chicas? ¿Está enamorado de estas otras chicas? ¿A pesar de que prometió que no se enamoraría de otras personas? Bueno, tú tampoco es que hayas respetado el pacto, ¿no? ¿Cómo puedes esperar lo mismo de él? Oh, espero que no te importe, pero acabo de echar unas gotas de náuseas concentradas en tu estómago. No pasa nada, ¿verdad?».

Por último, llegó Dolor, justo cuando subimos a un autobús para ir a casa de Jessa. Me agarró por la muñeca y me dijo: «Esto duele, Amelie. Todo esto es extremadamente doloroso, au, au, au».

El bus pasó por todos mis lugares favoritos, por los edificios de la universidad y por el parque Crookesmoor. Pasó por el extremo de mi antigua calle y Dolor se ensañó, dándome puntapiés como un niño que golpea un charco con un palo. Me callé y me mordí el labio.

—¿Estás bien? —preguntó Alfie—. Esto debe de resultarte extraño.

Sonreí con tristeza.

—Para ti también.

Apretó la mano alrededor de la barra del bus.

—Ni te lo imaginas.

Pasaron muchas cosas mientras el bus superaba otra colina enorme. Me imaginé la que podría haber sido mi vida si mis padres no se hubiesen mudado. Alfie y yo seguiríamos juntos; ni siquiera

sabría de la existencia de Reese. Ni siquiera podía imaginármelo. Supe que estaba siendo injusta. Tenía que contárselo a Alfie, por mucho que nos rompiese el corazón a ambos. Tenía que ser sincera. Se lo debía a Alfie y se lo debía a Reese. No estaba tan segura de debérmelo a mí misma, pero estaba tan confundida que no podía ni comenzar a saber qué quería y qué me merecía. Aún no puedo.

—¿Alf? —dije.

—¿Sí?

—Me alegro de que hayas venido a buscarme a la estación.

Su cara dibujó una sonrisa.

—¿En serio?

Asentí.

—Creo que deberíamos hablar en algún momento esta tarde.

Su sonrisa se ensanchó. Lo había malinterpretado por completo.

—Sí. Genial, claro. Hablemos.

No tuvimos tiempo de hablar. Bajamos del autobús y fuimos a casa de Jessa, que era realmente acogedora y alegre con el árbol de Navidad y las postales navideñas colgadas en la escalera. Tenía razón: su madre me bombardeó con preguntas mientras bebíamos innumerables tazas de té con azúcar.

—Sí, se están acostumbrando. Sí, hace mucho más calor que aquí. Sí, el pescado frito con patatas es mucho más caro, todo lo es. Sí, ha sido difícil, pero estamos bien. Sí, supongo que es emocionante estar tan cerca de Londres. No, aún no he ido a ver ningún musical. No, nos quedaremos allí por Navidades. Lo sé, lo sé. Mi tía vendrá a pasar las Navidades con nosotros. Papá no puede coger vacaciones. Sí, es una lástima. Sí, me va bien con la música.

Les conté sobre el concierto en el Cube y Alfie se levantó y me abrazó para felicitarme.

—Amelie, eso es genial. No puedo ni imaginar lo difícil que habrá sido para ti. Estoy tan, tan orgulloso.

No quería apartarme del abrazo. Cada una de sus palabras eran música para mis oídos. Él lo entendía, lo entendía todo.

Cuando los macarrones con queso estuvieron listos, comimos todos juntos con los padres de Jessa, riendo y rememorando los

buenos tiempos. Me dolía sonreír por no haberlo hecho en tanto tiempo. Jessa y yo nos encerramos en su habitación para prepararnos para el concierto. Dejé caer mi mochila en la cama auxiliar que había montado y comencé a rebuscar ropa para cambiarme.

—¿Un vestido vintage y un jersey de abuela? —preguntó cuando saqué exactamente eso de mi mochila—. Veo que has cambiado mucho.

—Ay, calla —le dije, lanzándole el jersey encima.

Dediqué bastante tiempo a arreglarme porque quería que Alfie me viese guapa y porque me sentía muy confundida. No podía evitarlo. Empujé a Jessa para poder mirarme en el espejo e incluso me puse máscara de pestañas. Jessa me hizo preguntas sobre mi vida en el sur, pero las evité. No podía hablarle de Reese. No antes de contárselo a Alfie. No sería justo. Además, ella estaba feliz de poder contarme todos los chismes que me había perdido. Lo había dejado definitivamente con Pippa. Hatty y Charlotte habían roto, lo que me sorprendió porque llevaban toda la vida juntas. Ralph, el del grupo al que íbamos a ver esa tarde, estaba destrozado porque había descubierto que su novia lo engañaba.

—Espero que no se desmorone en el escenario —dijo Jessa.

El bachillerato iba bien, pero me echaban de menos.

—Pero nadie te echa más de menos que Alfie —añadió Jessa con suavidad.

—Me… ¿Me echa de menos?

Dejó de hacerse la línea de ojos.

—Amelie, lo ha pasado bastante mal, para serte sincera.

—¿En serio?

—Sí. Ha estado raro y triste desde que te fuiste. Pasa todo el tiempo en los laboratorios de ciencias. Espero que no te importe que lo haya invitado. Le dije que no te importaría.

—No me importa. Me alegro —contesté, sintiendo el escozor familiar de las lágrimas al acecho—. Jessa, he sido tan estú…

Me vibró el móvil.

Reese: ¿Qué plan tienes para esta tarde, señorita del norte? Te echo de menos :* :* :* :*

Era la primera vez que me escribía él primero desde hacía siglos. Y, ¡me echaba de menos! Y había puesto besos al final.

—¿Va todo bien? —preguntó Jessa mientras yo le suspiraba al teléfono.

Le sonreí.

—Sí, todo bien. Es solo un mensaje de alguien de allí abajo. Espera un momento.

Me retorcí para que no viese la pantalla del móvil. Me pregunté si no debería esperar un rato antes de contestar. Es decir, era raro que Reese me escribiese primero. Debería retener el poder un poco más. Hacerle esperar. No pude. Tecleé una respuesta al instante.

Amelie: Yo también te echo de menos. Voy a ir al Leadmill esta noche para ver el concierto de un amigo, ¿recuerdas? Es agradable estar de vuelta. ¿Tú qué planes tienes? :* :* :*

Alguien llamó a la puerta y se escuchó la voz de Alfie.

—¿Estáis listas? Tu madre no hace más que hablar del horror que fue tu parto.

Jessa gruñó y se inclinó para abrir la puerta.

—Nunca me perdonará que me tuvieran que sacar con fórceps.

Aferré el móvil contra el pecho, por si acaso era capaz de leer la pantalla a dos metros de distancia. Se había cambiado y llevaba su atuendo de conciertos habitual: unos vaqueros negros y una camiseta del mismo color. Me sorprendió lo diferente que era de Reese, con su sombrero y su ropa cuidadosamente elegida, con la manera en la que posaba, creyendo que así ocuparía más espacio, mientras que Alfie siempre se empequeñecía.

—Estás guapa, Amelie —dijo y yo me sonrojé mientras que Culpa salía de un salto de su escondite.

—Gracias.

Jessa, dándose cuenta de la tensión, se levantó y se metió un puñado de productos de maquillaje en el bolso.

—Vamos, chicos. Hemos quedado con el resto.

Miré el móvil mientras salíamos de casa de Jessa y lo volví a mirar en el autobús. Todos se alegraron mucho de verme cuando bajamos del bus.

—LA ABUELITA JERSEY HA VUELTO A CASA —gritó Kimmy.

Me envolvieron en un maravilloso abrazo de grupo que duró un poco demasiado, si tenía en cuenta que me moría de ganas de mirar el móvil.

Los niveles desconocidos de confusión habían vuelto. Había visto que Reese había leído el mensaje, pero no había contestado. La euforia que había desatado recibir el mensaje se estaba agotando por momentos y la estaba reemplazando la ansiedad de no saber por qué no contestaba. Quizás había sido demasiado insistente. ¿Por qué no había esperado más antes de contestar? Estaba siendo dependiente de nuevo. No me echaría de menos ahora que le había recordado lo desesperada que estaba. ¿Por qué no podía ser más relajada? Además, ¿qué hacía con Alfie?

—Planeta Tierra a Abuelita Jersey —gritó Kimmy—. Tenemos que entrar antes de las siete si queremos pasar gratis. Ralph me ha dicho que han dejado nuestros nombres en la entrada.

Agité la cabeza para salir del trance e intenté concentrarme en disfrutar del presente. Volvía a estar con mis amigos, que eran personas que me querían por como era. Caminamos en fila por delante del campus Hallam, riéndonos los unos de los otros, sobre todo de Alfie, como era habitual. Me mantuve apartada de él, intentando descifrar cómo se lo iba a decir. Ensayaba en mi cabeza posibles frases para hacerlo menos doloroso:

«No me lo esperaba. Simplemente pasó».

«Te sigo queriendo… Siempre lo haré». No, esta era injusta.

«Por favor, perdóname».

«Lo siento muchísimo».

«Creo que, si lo conocieses, te caería bien». Esta última era mentira.

Había un poco de cola cuando llegamos al Leadmill, pero conocíamos al portero: Jonesy.

—¡Amelie! —exclamó al verme—. No te he visto por aquí en siglos.

Mi tripa dio una voltereta al ver que me reconocía y que me echaba de menos.

—Me he mudado al sur —expliqué—. Solo me quedo una noche para ir al concierto de los chicos.

—¡No! Vaya mierda. Tenemos una noche de folk planeada para el mes que viene y quería decirte si querías tocar.

Acerqué la mano para que me pusiera el sello.

—Quizás pueda volver a venir entonces —sugerí.

—Eso sería genial.

Me giré hacia Jessa.

—¿Podría volver a quedarme en tu casa?

Me miró con cara de «pues claro, mema».

—Claro que sí. Tienes que venir a vernos más a menudo. Has dejado pasar tanto tiempo que todo se ha enrarecido.

Pensé en cuánta razón tenía mientras entrábamos en el pub. Estaba aquí y me sentía mejor y más yo y debería volver más a menudo. Me sentaba bien. Comencé a imaginarme mi vida. Cómo me sentiría si volviese por lo menos una vez al mes. Lo que me imaginé era una existencia más feliz, llena de buenos recuerdos esperando a la vuelta de la esquina.

Sin embargo, después de esa noche, ya no sería bienvenida en la casa de Jessa nunca más.



Los clubs nocturnos son lugares extraños de día. Es como si casi no debiesen existir. Deberían aparecer cuando anochece, como si fuesen un circo mágico. Este sol de primavera hace difícil imaginar cómo es el

Leadmill cuando cae la noche. Es difícil de imaginar a los grupos de gente haciendo cola para entrar, la música que hace vibrar la suela de los zapatos y el ambiente de fiesta en la zona de fumadores. Hoy veo restos de la noche anterior por todas partes: un charco de vómito seco en la acera, unas colillas que nadie ha barrido, una botella de cerveza a medias que alguien se dejó antes de entrar... Incluso con todo esto y estando de pie delante, mirando hacia arriba, no puedo creerme cómo este anodino edificio se convierte en un vibrante club cada noche.

No hay ningún sitio para sentarse, así que me quedo de pie, cruzada de brazos para no dejar escapar mis sentimientos. He logrado levantarme del suelo de la ducha y envolverme en suficientes jerséis como para aguantar el viento de Sheffield y he venido andando hasta aquí.

No estoy segura de que pueda hacerlo.

No estoy segura de poder recordar esa noche en concreto.

Pero algo me dice que debo hacerlo.



El Leadmill estaba igual que como lo recordaba. Dejé mi abrigo y mi bufanda en el guardarropa y me dirigí a la pegajosa pista de baile. Incluso con las decoraciones navideñas, que consistían en árboles de mentira colgando del techo, me era familiar. Hasta olía igual. Ese

olor rancio y pegajoso que tienen los locales cuando aún no se han calentado con el calor y el olor de personas bailando.

Jessa me dio una palmada en la espalda.

—¿Qué? ¿Sigue igual que siempre? —preguntó, leyéndome la mente.

Me di la vuelta para sonreírle.

—Sí, menos mal.

Alfie, ella y yo fuimos a la barra a pedir unas limonadas mientras Kimmy y los otros iban a hablar con algunos chicos de su clase. Lo malo de que nos conociesen es que todo el mundo sabía que éramos menores de edad, así que nunca nos servían alcohol y siempre nos echaban a las diez y media. Cada dos minutos aparecía un conocido que me abrazaba y me preguntaba qué tal me iba por el sur y me decía que me echaba de menos. Era fantástico ver a todo el mundo, pero me distraía de reunir el valor suficiente para hablar con Alfie como era debido. La pista de baile se empezó a llenar con gente que quería tener buenas vistas. El grupo de Ralph era bastante popular en Sheffield, aun si no habían tocado en las ciudades aledañas.

Sentí la mano de Alfie en mi hombro.

—¿Quieres que vayamos a nuestro sitio de siempre? —me preguntó.

—¿Por qué habríamos de romper con la tradición?

Me guio hacia la parte derecha del escenario, a media altura. Alfie había usado la física para explicarme cómo viajan las ondas de sonido y por qué ese lugar era el mejor. Desde entonces, siempre habíamos visto cada concierto desde allí, y nos sentíamos orgullosos de entender la acústica. La gente comenzó a empujar por detrás con el peso de sus cuerpos, pero nos mantuvimos firmes y dejamos pasar a algunos. Alguien se tropezó conmigo y me empujó hacia Alfie. Él me agarró del hombro para sujetarme.

—¡Eh! ¡Ten cuidado! —gritó a la persona que me había empujado, que lo ignoró.

Alfie se giró hacia mí con la mano aún sobre mi hombro. Se sonrojó.

—Lo siento —añadió.

—No te preocupes. Gracias.

Nos miramos el uno al otro, con su mano todavía sobre mi hombro y mi hombro sin querer que dejase de estar ahí.

—Tenemos que hablar —solté—. En algún momento de esta noche, estaría bien que hablásemos.

Alfie sonrió.

—Sí, por supuesto. Iba a decirte lo mismo.

Su sonrisa se amplió, le brillaban los ojos de felicidad, lo que confirmaba mi sospecha de que él pensaba que nuestra conversación sería alegre. Mi cuerpo no sabía cómo reaccionar. Solo pensar en que Alfie seguía queriéndome hacía que mi amor por Reese se tambalease. O, quizás, reavivaba mi amor por Alfie. Creo que uno de los errores más comunes sobre el amor es pensar que solo se puede querer a una persona a la vez. Que a un corazón le pueden salir murallas para compartimentar a cada persona de la que nos enamoramos, haciendo posible que lo que sentimos por una persona no afecte a lo que sentimos por otra.

No sabía qué hacer. Parecía como si el tiempo se hubiese ralentizado, dándome más tiempo para descifrar cómo me sentía. Le iba a romper el corazón a Alfie esa noche cuando le hablase de Reese y de cómo había roto nuestro pacto y no quería hacerlo para nada. No quería derrumbar el muro que había construido para mí en su corazón. Pensar en que Alfie lo supiese, en sacar unas tijeras y cortar el hilo que nos unía… Mi instinto me decía que no era lo correcto.

Apagaron las luces y la multitud empezó a aplaudir antes de que pudiese decidir qué hacer. Jessa, a mi lado, se giró y me dijo: «Ya empiezan». Aplaudí e hice eco con las manos para corear más alto.

Ralph, el líder del grupo y cantante al que, aparentemente, le habían roto el corazón, dijo: «Uno, dos, tres, cuatro», y el escenario se inundó de luz cuando comenzaron con su canción más conocida, «Una tarde cualquiera». El público enloqueció. Bueno, todo lo que puede enloquecer una multitud de aficionados al folk. Seguía el ritmo de la música con la cabeza mientras disfrutaba de lo armonizados que estaban, la profundidad de su música y la voz cavernosa de Ralph. Hicieron una transición perfecta a la siguiente

canción. Su repertorio era excelente, habían mejorado muchísimo desde la última vez que los había visto en concierto. Conocía la letra de algunas de las canciones y las canté con una sonrisa en la boca. La música me distrajo momentáneamente del drama que era mi vida. Puede que Ralph estuviese triste, pero no se le notaba en absoluto. Vi que Alfie se movía detrás de mí y sentí que sus manos me rodeaban la cintura. Cerré los ojos y disfruté del momento. No lo impedí, a pesar de saber que era un error. Apoyó la barbilla en mi hombro. Esta era nuestra pose habitual en los conciertos. Se me clavó en la piel mientras cantaba y yo dejaba que pasase porque soy una mala persona que merecía todo lo que pasó después.

Después de seis canciones, Ralph cogió el micrófono del soporte e hizo una señal para que encendiesen las luces.

—Vamos a una de nuestras canciones favoritas —dijo—. Se llama «Hounds of Love».

Todos aplaudimos porque su versión de esa canción era realmente perfecta. La había cantado con ellos mil veces volviendo a casa después de salir de fiesta.

—Pero hoy queremos hacer algo un poco diferente. Una muy buena amiga está aquí esta noche…

Me di cuenta de que estaba hablando de mí. Y, en efecto, Ralph empezó a otear entre el público hasta que me encontró y me guiñó un ojo.

—Por favor, que suba la maravillosa Amelie al escenario.

Empecé a negar con la cabeza.

—Es tímida, pero es increíble. Venga, chicos, démosle un aplauso para animarla.

El aplauso comenzó. Jessa se giró de nuevo con una sonrisa maníaca.

—¡SORPRESA! —dijo.

—Qué me estás diciendo.

—Si te lo hubiese dicho, habrías tenido pánico escénico y habría arruinado tu visita. Venga, sube.

Los aplausos subieron de volumen. Me empezaron a dar náuseas, pero, a decir verdad, no estaba tan nerviosa como siempre.

Creo que estaba acostumbrada a tener los nervios a flor de piel por la complicada e insegura relación con Reese.

Me giré dentro del abrazo de Alfie para mirarlo.

—¿Tú lo sabías? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. De haberlo sabido, te lo habría dicho.

Arqueó las cejas y me animó a que subiese al escenario.

Mis pies se movieron por su cuenta. Articulé «estás muerto» a Ralph mientras me ayudaba a subir al escenario y me daba un abrazo como saludo.

—Venga, será divertido —me dijo al oído—. Además, tú la cantas mejor que yo. Siempre ha sido así.

Todos vitorearon más fuerte cuando me pasaron el micrófono y me pusieron un taburete donde sentarme. Y, ¿sabes qué? En ese momento, no estaba nerviosa para nada. Tenía delante de mí a una multitud conocida. Entre el público había muchos amigos, personas que me querían y que me entendían. El ambiente estaba lleno de los recuerdos de todos los conciertos que había dado aquí antes, de todas las versiones diferentes de mí. Mis amigos de Sheffield solo me conocían como Amelie, la chica que vieron crecer con ellos. Todo lo que decía o hacía se consideraba con el filtro de miles de experiencias compartidas mientras que, en el sur, nadie me conocía y mi vida parecía un casting en el que estaba fracasando.

Sonreí, escuché los acordes iniciales, abrí la boca y me puse a cantar.

Me encantaba esa canción. Sobre todo, la versión de Ralph. Va sobre tener miedo de querer a alguien, sobre el miedo de que ese amor te desgarre como una manada de lobos. Me sentía tan libre y llena de alegría mientras cantaba para mis viejos amigos en uno de mis lugares preferidos, como si los últimos cuatro meses no hubiesen existido y yo fuese simplemente Amelie, la chica que vivía su tranquila vida en Sheffield y soñaba con cantar cada día. Ralph se unió a mi voz en el último verso en perfecta armonía y, entonces, sin necesidad de acordarlo antes, nos miramos, asentimos y dirigimos los micrófonos al público para que cantase las últimas líneas. Todo el mundo cantó y yo me maravillé ante la bondad del ser humano. Miré

al público y vi a Jessa con los pulgares subidos. Encontré a Alfie. Tenía los ojos húmedos mientras me miraba. Mi sonrisa se amplió. Volví el micrófono hacia mí para cantar los últimos dos versos en falsetto mirando a la multitud y…

Y…

Y…

…

Ahí.



Ahí estabas, Reese.

De pie al fondo, como un pulpo en un garaje. No solo no estabas donde se suponía que deberías estar: en mi nueva vida, sin responder a mi mensaje, sino que estabas aquí, en el Leadmill, con el sombrero inclinado y una sonrisa arrogante mientras te miraba y pegaba un brinco, sobresaltada.

Estabas aquí.

Habías venido.



La canción acabó. El público estalló en aplausos. Ralph sujetó mi brazo en alto mientras yo miraba a la multitud con asombro.

Reese.

Reese estaba aquí.

En Sheffield.

Mi cerebro no hacía más que apretar el botón de abortar misión, incapaz de entender la situación. Ralph continuó con la última canción mientras me ayudaban a bajar del escenario y de vuelta a la pista de baile. Caminé hacia Reese y era como si se separasen las aguas. Pasé al lado de Jessa y de Alfie, que no tenían ni idea de que había venido o, ni siquiera, de que existía. Los dos me sonreían. Alfie tenía la mano en alto para chocar los cinco. Yo levanté un dedo señalando que me diesen un momento, aunque, la verdad, no tenía ni idea de cómo lidiar con la situación de tal manera que no explotase y manchase a todo el mundo, especialmente a mí misma. Alfie inclinó la cabeza, confundido, y yo lo aparté con suavidad.

Reese estaba de pie, esperando, sonriendo, sin acercarse hasta mí, dejando que yo le persiguiese. Agité la cabeza en desconcierto cuando llegué hasta donde estaba.

—¿Qué haces aquí…?

Me interrumpió con un beso, el típico beso al que no te puedes negar. No había tiempo para descifrar cuál era la mejor manera de contárselo a Alfie o a los demás o intentar que esto no se convirtiera en el follón en el que se estaba convirtiendo. Todo lo que podía hacer era dejarme llevar por su beso e intentar sentirme feliz por el hecho de que había venido hasta aquí, a pesar de que seguro que Alfie nos estaba mirando. Me rodeó la cara con las manos y me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Dios, cuánto te quiero —dijo antes de volver a besarme.

Y me succionó de nuevo al vórtice de nuestra relación. «Ha venido hasta aquí para verme. Seguro que me quiere. ¿Cómo he podido dudar de él?».

—Amelie, ¿qué demonios está pasando?

Alfie estaba a nuestro lado. La personificación del dolor. Sin dejar que pasase ni un segundo, Reese estiró el brazo para estrecharle la mano, como si fuésemos adultos en una reunión de negocios.

—Hola —gritó por encima del ruido de la música—, tú debes de ser Alfie. Soy Reese, el novio de Amelie.



Cierro los ojos, en esta acera decorada con los vómitos de anoche y aún puedo ver el momento exacto en el que vi como se le partía el corazón a Alfie.



Arqueó las cejas durante un segundo, antes de caer en la cuenta de lo que estaba pasando. Se le contrajo la cara de dolor.

Apreté el brazo de Reese, intentando detenerlo, pero era demasiado tarde y no sabía qué decir.

—¿Amelie? —la voz de Alfie casi no se oía por encima de la música—, ¿qué está pasando?

Me quedé boquiabierta. Me faltaban las palabras.

—Te lo iba a contar —logré articular finalmente.

Sentí como el abrazo de Reese se volvía más fuerte alrededor de mi cintura.

—Un momento —dijo—. ¿Has estado aquí todo el día y no le has dicho a tu ex que estás con otra persona?

Ahora eran dos los chicos que sufrían. Dos chicos enfadados conmigo. Se me deshizo el estómago en un manojo de nervios. Quería llorar aun si era la mala de la peli, la que había causado todo este dolor por mi cobardía y mi confusión.

—Estaba esperando al momento adecuado —intenté explicar a los dos.

Me giré hacia Reese.

—No sabía que ibas a venir —dije.

Gruñó como respuesta. No sabía que las personas pudiesen gruñir, pero él lo hizo.

—No sé ni por qué me he molestado —dijo con un todo de voz más frío que el nitrógeno líquido—. A saber qué habrías hecho si no hubiese sorprendido a mi supuesta novia.

La palabra *supuesta* me golpeó como un tiro. Era una advertencia. Los dos lo sabíamos. Me sentía fatal. Necesitaba desesperadamente arreglarlo. Pero, ¿cómo?

¿Cómo?

Y Alfie, Alfie, Alfie. Alfie parecía estar pegado al suelo.

—Yo no… —empecé a decir sin estar segura de a qué chico me dirigía—. Yo no…

—Me voy —dijo Alfie.

Desapareció en un abrir y cerrar de ojos con su pelo alocado botando entre la multitud. Miré como se alejaba y no pude reaccionar porque me carcomía la culpa. Necesité Dios y ayuda para girarme de nuevo hacia Reese, cuya cara era un cromo.

—Qué cojones, Amelie. No puedo creer que no se lo contases.

Negué con la cabeza despacio.

—Lo iba a hacer. Ya no estamos juntos, de todas maneras.

—Pues no lo parece.

Me miraba con frialdad. Odiaba cuando su mirada era distante, el modo en que se le entelaban los ojos, como el arroz con leche al que le sale una pátina cuando lo dejas fuera demasiado tiempo.

—Estaba a punto de decírselo —dije, tirando de la camisa de Reese, intentando acercarme, pero me apartó con brusquedad—. ¡De verdad! Estaba a punto de hacerlo, pero me pidieron que subiese al escenario.

—Y ya sabemos que tú nunca dejas pasar una oportunidad para chulearte, ¿verdad?

Me quedé boquiabierta de nuevo.

—¿Qué?

—Lo que quiero decir es que, para alguien que sufre de pánico escénico, pasas mucho tiempo asegurándote de estar en el escenario, acaparando la atención.

—¿Es eso lo que piensas de mí?

Hizo una mueca y se negó a retirar lo dicho.

—Lo siento —comencé a suplicar—. Reese, lo siento muchísimo. Me alegro tanto de que estés aquí. Ni te imaginas cómo me he sentido cuando te he visto entre el público.

Parpadeó, pero todavía tenía la mirada recubierta de la pátina de arroz con leche. Me entró el pánico. El grupo acabó con su actuación. Todo el mundo aplaudió pidiendo un bis.

—¡Reese! —grité, lanzándome sobre él.

Olía a tren y a haber estado viajando demasiado tiempo. Presentí que quería que lo adulase, así que lo hice, susurrando cumplidos contra su cuello.

—Nadie me ha sorprendido nunca así. Es tan romántico. Alfie no significa nada, nada. Te lo prometo. Solo estaba preocupada por sus sentimientos. Soy humana. No me querrías si no lo fuese. Él es mi pasado. Tú eres mi futuro. Mi «felices para siempre». Es maravilloso que estés aquí y no soporto que estés enfadado conmigo. Por favor, por favor.

Me dio unos golpecitos en la espalda cuando acabaron los bises.

—¿Realmente te alegras de que haya venido? —preguntó—. Tu cara cuando me has visto… Parecía más de susto que otra cosa.

—Estaba sorprendida —admití, aliviada por haber conseguido romper el hielo—. No me lo esperaba, pero ha sido una gran sorpresa.

Me apartó y el hielo de sus ojos se derritió. Comenzó a sonreír. Había vuelto. Gracias a Dios, había vuelto. Todavía tenía que arreglar las cosas con Alfie y solucionar todo el marrón. Sabía que había hecho las cosas fatal, pero, por lo menos, Reese había vuelto.

O, al menos, eso pensaba, hasta que llegó Jessa.

—Amelie, ¿qué cojones está pasando? —dijo, apareciendo a mi lado y agarrando un vaso de agua—. Alfie está fuera hecho una mierda.

Miró a Reese y como yo lo agarraba del brazo.

—Y tú, ¿quién demonios eres?

—Este es mi novio, Reese —dije—. Ha venido de sorpresa.

—¿Tu novio? —murmuró Jessa para sí misma, digiriendo la situación.

Agitó la cabeza y se le endurecieron las facciones.

—Estupendo, Ammy, has conseguido romperle el corazón a Alfie. De nuevo —añadió.

—Te lo puedo explicar…

—Explícaselo a él, no a mí. Él es el que está llorando fuera en la acera.

¿Alfie estaba llorando? De repente fue como si me aplastara una tonelada de ladrillos. Mi estómago derretido se había convertido en un remolino.



Quizás, con el tiempo, podré entender si la decisión que tomé a continuación desencadenó lo que pasó después. Tal vez, si hubiera sido más fría, más como tú, y me hubiese encogido de hombros, pensando: «Alfie tiene que superarlo», lo habría detenido. No hubiese tenido que deshacerme en sollozos en el suelo de la ducha. No habría sentido dolor cada vez que me sentaba durante los cinco días siguientes. No habría manchado mis bragas de sangre ni habría tenido que ponerme una compresa, pero no en la posición habitual.

Sin embargo, no soy fría, no soy como tú. No podía soportar haber hecho llorar a Alfie. Así que me giré hacia a ti y desaté el huracán.



—Tengo que ir a verlo —dije.

—¿Estás de broma?

—Dame cinco minutos.

Antes de que Reese pudiese convencerme de no ir, me abrí camino entre un público que aplaudía y salí a la fría calle.

Alfie estaba sentado a unos diez metros del pub, apoyado contra la pared, justo donde estoy ahora. Tenía estiradas las largas piernas, cada una en una dirección, y la cabeza gacha. Su cuerpo temblaba con cada sollozo. Le había hecho llorar en público. A un chico. ¿Cuánto tienes que hacer sufrir a un chico para que abandone todas las expectativas sociales y se ponga a llorar en público? Ese es el daño que le había hecho a Alfie. Verlo así hizo que yo también comenzase a derramar lágrimas, el tipo de lágrimas que caen silenciosamente de los ojos como si fuesen ríos.

—¿Alfie?

Se encogió, pero no me miró. Sorbió los mocos con fuerza y se frotó la cara con el brazo.

—Alfie, lo siento muchísimo.

Y era la verdad pura y dura. Nunca he dicho una frase tan sincera. Empecé a llorar aún más fuerte que él. Era inapropiado e injusto, teniendo en cuenta que todo era culpa mía. Me senté a su lado y siguió sin mirarme. Lloramos durante un par de minutos juntos en un silencio lleno de sollozos.



Me pregunto si la sal de nuestras lágrimas sigue aquí, cristalizada en el hormigón bajo mis pies. ¿Quedan trazas de ella debajo de mis pies?



Mi llanto alcanzó nuevas alturas, como pasa a veces cuando lloras. Cuando el dolor es tan grande que hace que tus sollozos se amplifiquen a niveles desconocidos. El dolor que sentía en el estómago era tan amargo, la realidad de la situación tan desgarradora, que solté un aullido desesperado en la acera. Alfie, con un corazón de oro que siempre pone a los demás por delante de sus propios sentimientos, me vio implosionar y dejó de lado su propio dolor para consolarme.

—Tranquila —susurró mientras me rodeaba con un brazo y yo me estremecía, gritaba, aullaba y lloraba desesperada—. Todo irá bien.

—Lo siento —sollocé una y otra vez, sintiendo cada disculpa—. Lo siento muchísimo, de verdad. Lo siento, lo siento mucho, Alfie. Odio esto. Lo siento. Tengo que decirte lo mucho que lo siento. Lo siento, lo siento, lo siento.

Se rompió otra ola de dolor y me abrazó tan fuerte y pensé: «Esta es la última vez que podrás estar tan cerca de Alfie, y es todo culpa tuya», lo que me llevó a más llantos.

Su pecho se estremeció y mi cabeza tembló sobre él. Sentí que se me empapaba el pelo con sus lágrimas. Me apartó suavemente.

—¿Quién es ese tío, Ammy? —preguntó, limpiándose la nariz—. ¿Qué está pasando?

—Él… es… No quería que nada de esto pasase.

—Tú… ¿lo quieres?

Ojalá hubiese planteado otra pregunta, una que no tuviese un simple «sí» o «no» por respuesta. Una que me permitiese elaborar una respuesta más completa, más amable sobre todas las emociones encontradas que sentía. Pero Alfie había preguntado directamente si estaba enamorada de Reese, atrapándome en una verdad más simple y dolorosa.

Asentí mientras mis ojos derramaban más lágrimas, arruinando nuestra relación para siempre.

—Joder, Ammy, hace solo unos meses que te has ido.

—Lo sé. Yo… todo ha sido muy confuso.

Alfie me interrumpió por primera vez en su vida.

—¿Acaso yo no significo nada para ti? ¿En serio eres capaz de superar lo nuestro tan rápido?

—Yo… Yo…

—Y, ¿qué pasa con nuestro acuerdo? ¿Qué pasa con Manchester?

Su rabia detenía sus lágrimas mientras que alentaba las mías. Agitó la cabeza.

—Soy imbécil. ¿Quieres saber cómo pensaba que iría esta conversación? Te iba a decir que no he sido capaz de dejar de pensar en ti desde que te fuiste, que me daba miedo escribirte mensajes, pero que, si tuviésemos un rato a solas, podríamos hablar sobre lo estúpida que había sido la idea de dejarlo. —Se pasó las manos por el pelo y acabó dejándoselo de punta—. Te iba a preguntar si querías volver a estar conmigo. Pensé que podríamos visitarnos los fines de semana… Dios… Y todo este tiempo, tú has estado con otro. ¡Con un gilipollas con sombrero!

Agité la cabeza y lloré más fuerte.

—Estoy tan confundida. No sé lo que siento, yo solo… Lo siento, Alfie. De verdad.

Levantó la mano para impedir que siguiese.

—No. Yo soy el que lo siente. No eres quien yo creía que eras para nada. Nuestra relación no era lo que yo creía que era. ¿Cómo he podido ser tan estúpido cuando tú, tú has…?

Se levantó patosamente y yo me levanté con él, desesperada por cogerlo del brazo, por acabar con este sufrimiento. Vi como asumía lo que había pasado y la realidad reemplazaba lo que él hubiese querido que pasase. A veces creo que todas las lágrimas que derramamos son por la diferencia abismal que existe entre cómo nos imaginamos que irán las cosas y cómo acaban siendo en la vida real. Alfie se limpió la nariz con la camiseta.

—Espero que seáis muy felices juntos —dijo, y su voz sonó hueca —. Siento haber reaccionado así.

Dio media vuelta y desapareció en la noche. Mi brazo seguía estirado en su dirección, deseando hacerlo volver. Pero ¿con qué fin? Estaba con Reese. Lo había elegido a él. Había elegido volar a mantener los pies firmes sobre la tierra. No quería liarla más explicando a Alfie mi teoría de los corazones compartimentados. Se merecía estar con alguien que le dedicase todo su corazón.

—Lo siento —susurré a la noche.

Mi disculpa se cristalizó y desapareció entre las luces navideñas. Supongo que no había manera de no romperle el corazón a Alfie esa noche. No podía ahorrarle el dolor que suponía que hubiese elegido a Reese, de romper nuestro acuerdo, borrando del mapa el futuro que habíamos planeado juntos. Sentía que se me partía el corazón, literalmente, y no tenía sentido, porque el chico al que se suponía que quería me estaba esperando en el club. Me enjugué los ojos, inspiré un par de veces para calmarme y volví a entrar.

Le enseñé el sello en mi mano a Jonesy, que asintió y me dejó pasar sonriendo. La oscuridad escondía gran parte de mi cara y de mi llanto. Había menos gente ahora que el grupo había terminado. Me puse de puntillas, pero no podía encontrar a Reese por ningún sitio.

Volví a entrar en pánico mientras mis prioridades volvían a centrarse en él. ¿Dónde había ido? ¿Por qué se había ido? Esperaba que hubiera entendido que había tenido que ir a ver a Alfie.

Vi la cabeza de Jessa en la barra y le di una palmadita en el hombro. Se volvió e hizo una mueca cuando me vio.

—¿Cómo está Alfie?

No preguntó por mí, aun si estaba claro que yo también estaba triste.

—No muy bien —admití—. Lo he intentado, pero no había mucho que pudiese decir.

Negó con la cabeza.

—Le has hecho daño de verdad.

—Lo sé.

—¿Qué te ha pasado, Ams? ¿Quién es ese tío?

—¿Lo has visto? —pregunté, desesperada—. ¿Dónde ha ido?

Arrugó la nariz.

—Sí, sí que lo he visto. Ha sido un auténtico gilipollas conmigo y se ha marchado.

¿Reese se había ido? El pánico se extendió por todo mi cuerpo como un virus.

—¿A dónde se ha ido? —pregunté, agarrándole el brazo.

Ella me miró como si me hubiese vuelto loca.

—Dijo que no le importaba una mierda todo esto y que se iba a casa.

—¡¿Se ha ido a casa?!

Ay, Dios, todo era terrible. Iba a ser terrible. Lo había echado todo a perder. Era tan estúpida y desagradecida y él había venido hasta aquí y yo había salido corriendo detrás de otro chico.

Me sentía fatal ante la perspectiva de perderlo, especialmente cuando acababa de sacrificar mi amor por Alfie por él. No podía haber sido en balde. No. No.

Jessa bajó la voz.

—Ams, te ha llamado «puta».

—¿Qué?

—Una puta. Te ha llamado «puta».

—No, no lo haría.

Mi cerebro rechazó el insulto en cuanto lo dijo. No. No, no, no. Él no diría eso. No tenía sentido. Reese me quería. Había venido hasta aquí.

Jessa se echó hacia atrás.

—¿Crees que te estoy mintiendo?

—No tengo tiempo para esto. Tengo que irme.

—¿Qué demonios, Amelie? ¿Qué está pasando? Te ha llamado «puta» delante de mí. Y, ¿qué vas a hacer? ¿Salir corriendo detrás de él? Sé que lo acabo de conocer, pero ¿por qué te mentiría?

—Nunca hablaría así de mí.

—AMELIE, HA DICHO QUE ERES UNA MALDITA PUTA.

Seguí negando con la cabeza.

—¿Y no lo soy?

—¿Estás loca? No eres una puta. Estás muy rara hoy, pero no puedes dejar que hable así de ti. ¿Amelie? ¡Amelie! ¿A dónde vas?

—Tengo que encontrarlo.

—¡No! —dijo Jessa.

Hui entre la multitud, abriéndome camino a empujones. Me sentía fatal y la única manera que tenía para sentirme mejor era encontrar a Reese, arreglarlo, disculparme, suavizar las cosas. No puedo explicar por qué me parecía que hacerlo era tan importante, pero lo era. Me parecía de vida o muerte. Era mi única razón de ser.

Reese era mi única razón de ser. Estaba obsesionada con él, era adicta a él, adicta a cómo me hacía sentir cuando me quería, incluso si no lo hacía todo el tiempo.

Salí corriendo por la puerta y pisoteé el charco que habían dejado las lágrimas de Alfie.

—¡AMS! —gritó Jessa detrás de mí, persiguiéndome a toda carrera.

Seguí avanzando, haciendo que tuviese que correr para alcanzarme. Tenía que llegar a la estación. Tenía que detenerlo. No sabía muy bien por qué, pero tenía que hacerlo.

—Vuelve a mi casa —suplicó Jessa—. Hablaremos de todo esto: de Alfie, de este tal Reese, de tu mudanza. Por favor, ven conmigo.

—No quiero hablar, solo quiero encontrarlo.

—PERO SI CLARAMENTE ES UN CAPULLO —gritó, agarrándome del brazo para detenerme.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Por alguna razón que aún no entiendo, tener aversión hacia Reese era inadmisible. Había perdido a Hannah por ello, había perdido a Jack y estaba a punto de perder a Jessa porque no podía estar con gente a quien no le cayese bien el chico al que quería. Aún no lo entiendo, que alguien me lo explique, por favor.

—Vete a la mierda —grité.

Era la primera vez que enviaba a alguien a la mierda en mi vida. Me solté de su agarre y salí corriendo para buscar a Reese, donde quiera que estuviese.

No tenía tiempo para preocuparme sobre si Jessa me odiaba, no era capaz de sentirme culpable por Alfie. Lo único que me importaba era encontrar a Reese y arreglar las cosas. Corrí a toda velocidad hacia la estación de tren de Sheffield, buscando su sombrero. Me odiaba a mí misma con cada paso que daba.

«Soy una persona horrible. Lo he echado todo a perder. No me extraña que no le guste a veces, yo no me gusto tampoco. Hago daño a la gente. Soy egoísta y terrible y estoy loca y no puedo creer que viniese hasta aquí y que lo haya tratado así», pensé.

Lo vi junto a la fuente, delante de la estación, y casi me como una farola.

—¡Reese! —llamé.

Estaba sentado en un banco mirando el móvil, como si no pasase nada. No me contestó ni me miró.

—¡REESE!

Ninguna reacción. Me acerqué jadeando y con el estómago dolorido por el esfuerzo. Mi corazón palpitaba sin parar por el dolor y la incertidumbre.

—Reese.

Me quedé de pie delante de él, pero se negó a mirarme y se centró en mirar un blog de música en su móvil. Me senté a su lado en el banco y ni siquiera se inmutó. Era como si fuese un fantasma.

—Reese.

Me puse a llorar de nuevo, arrimándome a él, deseando que me hiciese caso. Pero se negó. Seguía leyendo el blog, me apartó y siguió mirando el móvil.

Es un método de tortura tan sencillo, que te dejen de hablar. Es como ponerle la zancadilla a alguien o quitarle la silla antes de que se sienten. Y, sin embargo, es muy eficaz. Cuando alguien tiene la voluntad para fingir que no estás, te anula. ¿Cómo puedes luchar contra una humillación así?

—¡REESE! —chillé, ahuyentando a un grupo de palomas. Mi voz resonó por la estructura de acero de la fuente y mis lágrimas se convirtieron en sollozos de nuevo.

Me miró finalmente.

—¿Qué?

El asco en su cara podía cortar la leche.

—Reese, lo siento. ¿Dónde estabas? ¿Qué está pasando?

Se encogió de hombros y volvió a mirar el móvil.

No.

No podía soportarlo más. Acababa de conseguir que apartase la mirada del móvil. Estiré el brazo y le quité el móvil de las manos, como una persona que está loca de verdad.

—¿Qué cojones haces, Amelie?

—¡HABLA CONMIGO! —bramé—. ¿POR QUÉ NO QUIERES HABLAR CONMIGO?

—¿Ya has acabado? —preguntó, impertérrito. Incluso parecía… aburrido.

Era como si toda mi cordura me hubiese abandonado. Toda mi habilidad de ver con claridad y de actuar «con normalidad» se había esfumado. Lo único que sabía era que tenía que conseguir como fuera que me hiciese caso. Podía entender que me odiase, era probable que lo mereciese. Podía soportar que me gritase. Incluso podía aguantar que me dejase, si al menos sintiera que estaba allí. Que le importaba. Su total ausencia de emoción hacía que yo reaccionase de un modo mucho más emocional. Sabía que cuanto más llorase y más actuase como una loca, más repelente me volvía a sus ojos, pero no podía evitarlo. Tenía que conseguir que reaccionase. Era necesario, muy necesario.

—REESE. POR FAVOR, REESE. ¡ME ESTÁS MATANDO! HÁBLAME.

Se levantó y caminó hacia la estación. Lo perseguí, gimoteando como un gato al que le han pisado la cola.

—Solo fui a ver a Alfie porque estaba llorando. Te quiero a ti. Sabes que solo te quiero a ti.

Entró en el radio de luz de los fluorescentes de la estación, donde anunciaban los pocos trenes que salen de Sheffield a esas horas de la noche. Unos borrachos con baguettes en las manos me miraron cuando entré detrás de él gritando.

—¿Así que te irás sin más? —grité a su espalda—. ¿Volverás a casa en mitad de la noche? ¿Y después? ¿No me hablarás nunca más?

Siguió caminando y yo seguí sus pasos. Miré el tablón y, ¡ajá! No había trenes para Londres. Era demasiado tarde. Tenía que quedarse. Tenía que quedarse conmigo. Reese lo miró también y noté como se daba cuenta. Me paré detrás de él porque, de repente, tenía miedo. Su espalda indicaba peligro.

Me sorbí los mocos e intenté enjugarme las lágrimas con las manos. Me quedé mirando su espalda con la desesperación emanando de cada uno de mis poros. Esperando… Esperando…

Se dio la vuelta y se obligó a mirarme.

—No hay trenes —dije.

—Eso parece.

—Reese, te quiero.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Estás segura, Amelie?

—¡Sí! ¡Claro que sí! Estoy aquí, ¿no?

Era un gran alivio que me estuviese hablando. Un alivio que me mirase. Vi como bajaba las defensas y me atreví a esperar que podríamos superarlo. Que podríamos disipar la insoportable ansiedad que sentía en el estómago.

—Saliste detrás de él —susurró—. He venido hasta aquí y tú saliste corriendo detrás de otro.

Mi corazón se inundó de amor. Parecía realmente triste. No podía soportar la idea de haberle hecho daño. Hubiese hecho cualquier cosa para arreglarlo.

—Te quiero —repetí, deseando tanto arreglar las cosas, deseando convencerlo de todo lo que me importaba—. Verte entre el público ha sido uno de los mejores momentos de mi vida.

Mi memoria ya se estaba alterando para convencerme de que era verdad.

El rastro de una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿En serio? —preguntó, relajándose poco a poco.

Quería correr a abrazarlo, pero me contuve, sintiendo que tenía que convencerlo un poco más.

—Ha sido como un cuento de hadas.

—Bueno, fue una decisión de último minuto. Reservé el hotel esta mañana.

Sonreí tímidamente.

—¿Has reservado un hotel?

Asintió.

—Sí, uno muy pijo. Bueno, todo lo pijo a lo que se puede aspirar en Sheffield.

La broma me indicaba que lo estaba consiguiendo. Se había gastado todo su dinero en venir a verme aquí. Tenía que quererme.

Alargué una mano temblorosa.

—¿Así que podemos ir a ese hotel y hablarlo todo con calma?

Me dejó en ascuas un instante más.

Entonces, sonrió y dijo:

—O, tal vez, en vez de hablar, me lo puedes compensar.

Entrelazó sus dedos con los míos y tiró de mí. Los borrachos nos vitorearon mientras nos besábamos bajo el tablón de anuncios. Tiró de mi brazo y me condujo al hotel que había reservado. El hotel donde pasó.

—Lo harías si me quisieses.

—Pero, Reese…

—Todo el mundo lo hace.

—Es que…

—¿Es por él? ¿Por qué lo sigues queriendo?

—¿Qué? No, no tiene nada que ver con él. Estoy aquí porque estoy enamorada de ti.

—He venido hasta aquí. ¿Eso no cuenta?

…

—No es para tanto. Hay otras chicas que lo hacen todo el tiempo. ¿Por qué eres tan frígida?

—Pero…

—Iré despacio. Te lo prometo. Por favor.

…

—Por favor, Amelie.

No quería. No quería para nada. Había dicho que no mil veces, «nunca» mil veces más. No había ni un ápice de mí que quisiese.

…

—Te quiero, Amelie.

—No sé si me apetece.

—Inténtalo. Inténtalo por mí. Creía que me querías.

…

—Mira, iré despacio. Muy despacio. Te prometo que pararé si te duele, pero no te hará daño.

—De verdad que no quiero hacerlo, Reese. ¿No podemos…?

…

La manera en la que me miró. Lo perdería si me negaba. De verdad que quería negarme. Tenía los brazos cruzados y la cabeza

gacha. Me besó en el cuello. Empezó a quitarme la camiseta mientras yo me aferraba a ella. No quería estar desnuda.

—Nos queremos. No es para tanto. Deja de darle tanta importancia. ¿No me quieres?

—Claro que te quiero.

—Demuéstralo. Inténtalo.

…

No…

No, no, no, no, no…

—Supongo que lo puedo intentar.

Estoy de vuelta en mi hotel, gritando. Vuelvo a estar bajo la ducha y sigo gritando. Siento como si hubiese estado gritando desde que pasó, pero nadie me oye. Deben ser gritos silenciosos o que no me queda nadie que los escuche o a quien le importen.

Mentiste, Reese.

Dijiste que irías despacio, pero no lo hiciste.

Dijiste que pararías si me dolía, pero no lo hiciste.

De hecho, cuando dije que me dolía, tú fuiste aún más brusco.

No he querido pensar en ello hasta ahora. Y ahora tengo miedo de no poder pensar en otra cosa. El recuerdo me acecha cuando cierro los ojos.

Ni siquiera es tu actitud mientras lo hacías lo que me perturba, Reese, sino...

... cómo te comportaste después.

Cómo me besaste las lágrimas y frotaste tu nariz contra la mía como si fuésemos esquimales adorables.

Cómo dijiste: «Ha sido maravilloso», como si lo hubiese sido.

Cómo te dormiste sin preguntarme si estaba bien, aunque era evidente que no lo estaba. Te giraste, ignorando el desastre que habíamos dejado en las sábanas, ignorando a tu novia dolorida mirando al techo de manera inexpresiva por cómo te habías comportado. Empezaste a roncar y escuché tus ronquidos y los

sonidos de la ciudad. Me centré en sobrevivir los siguientes cinco segundos una y otra vez durante bastante tiempo, hasta que me pude arrastrar a la ducha, donde me dejé caer sobre los azulejos, conmocionada. No tiene sentido. Nada tiene sentido. Sin embargo, pasó, ocurrió, sucedió y no puedo volver atrás.



La mañana siguiente, Reese me despertó con el desayuno del servicio de habitaciones. Incluso había conseguido que pusiesen un clavel. Me daba besos entre bocados de cruasanes y me ponía el pelo detrás de la oreja. Me miraba con tanta ternura que empecé a pensar que quizás me había imaginado al Reese de la noche anterior.

—Te quiero tanto —dijo mientras me apretaba la mano cuando salíamos del hotel.

—Yo también te quiero —contesté mecánicamente.

El recepcionista nos escuchó, suspiró y dijo:

—Sois tan adorables.

En ese momento, pensé: «Tal vez lo somos».

Había dejado mi mochila en casa de Jessa, pero no podía enfrentarme a ella y explicarle todo. No cuando me dolía todo el cuerpo. Así que me fui con lo puesto. El viaje de vuelta en tren fue una tortura por tener que estar sentada tanto tiempo. Reese me guiñó un ojo, me cogió la mano y me besó los dedos. Apoyó su cabeza en mi hombro y susurró lo mucho que me quería y lo maravillosa que había sido la noche anterior y lo increíble que era que nos hubiésemos conocido. Dejé que sus palabras hiciesen efecto. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Obsesionarme con lo que había pasado la noche anterior? Parecía tan raro, tan surrealista que

pudiese comportarse como lo había hecho —tomando lo que quería incluso si estaba claro que yo no se lo quería dar— y hoy estar así. Las dos no podían ser caras de la misma moneda. Quizás había exagerado su brutalidad o el hecho de que había ignorado que no quería hacerlo. O, quizás, se dejó llevar y no quiso hacerme daño o no se dio cuenta de que me estaba haciendo daño. Eso tenía poco sentido, porque yo me había puesto a llorar. No estoy segura de cómo se puede ignorar algo así.

Fue el novio perfecto todo el camino a casa, viajando hacia el sur y dejando atrás la cáscara hecha añicos de la que fue mi antigua vida. Pasamos las chimeneas a toda velocidad y se quedó dormido sobre mi hombro. Me sentía segura y llena de alegría porque volvía a ser él mismo. Porque había conseguido salvar nuestra relación. Podía ignorar la noche anterior. Era una pieza del puzle que no encajaba. Era como las pasas en las bolsas de frutos secos: a nadie le gustan y todos las dejamos y fingimos que no están.

Fue genial cuando me llevó a casa, besándome y diciéndome que no podía esperar a verme al día siguiente en el instituto. Fue maravilloso esa noche, cuando me mandaba mensajes divertidos llenos de besos.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó mamá cuando entré en casa sin darse cuenta de que no tenía mi mochila.

—Genial. Ha sido genial.

Fui a mi habitación y me hice una bolita boca abajo en la cama. Los recuerdos estaban flotando hacia la superficie y sentía la necesidad imperiosa de ducharme de nuevo.

Me vibró el móvil.

¡Era él!

Me temblaban las manos mientras leía.

Reese: Somos la pareja perfecta y te quiero muchísimo :* :* :*

Era justo lo que necesitaba. Casi consiguió hacerme sentir como que todo iba bien.



He pasado la mayor parte de la noche desnuda en el suelo de este hotel. Me he levantado una vez para envolverme en una toalla. No he dormido. Solo me he acurrucado, he llorado, temblado de frío y aullado. El hotel está en silencio a estas horas de la madrugada. Me despego del suelo, enciendo el cutre secador de pelo y lo apunto hacia mi cuerpo para entrar en calor. Consigo vestirme y comenzar el día mirando al techo y temblando violentamente.

A la madre de Alfie casi le da un soponcio cuando me encuentra en su puerta a las ocho de la mañana de un domingo.

—¡Amelie! Qué sorpresa. Hola.

—¿Alfie está despierto? —pregunto.

No tengo la energía para ser educada.

—Creo que no, pero lo puedo despertar si no te importa esperar en la cocina.

Me invita a entrar sin preguntarme qué demonios hago aquí tan temprano por la mañana y por qué no estoy en el sur y quién me creo que soy para plantarme en su casa cuando soy muy responsable de romperle el corazón a su hijo.

—Espera aquí. Hazte un té si quieres.

Siempre he querido a Jan. La conozco desde que tengo cinco años, cuando me recogía de las clases de Música. Ella y mi madre solían turnarse para recogernos del cole. Siempre me dejaba escoger la música de la radio del coche y acompañar la melodía.

Me siento en una cocina que conozco como la palma de mi mano. Dejo paso a recuerdos felices que inundan mi cerebro destrozado. Recuerdos de Alfie y de mí intentando hacer *brownies* de remolacha y cómo se convirtieron en una pasta informe. Las innumerables tazas de té mientras charlábamos con su familia sobre ciencia, el equipo de fútbol de Sheffield o lo bien que había ido mi último concierto. Los besos que nos dimos a escondidas entre entradas y salidas de miembros de la familia. Mi risa contra el pecho de Alfie cuando su hermano entró mientras nos estábamos besando y gritó: «¡Puaj!». Me baño en el calor que desprenden estos recuerdos y consiguen encender una diminuta luz en mi interior. Hasta que me doy cuenta de que todo esto forma parte del pasado y que nunca podré deshacer lo que he hecho, que Alfie me odia y que no tengo ni idea de qué hago aquí, solo sé que tenía que venir.

Puedo distinguir la voz de su madre a través de la tarima. El crujido cuando Alfie se despierta.

—¿Que Amelie está aquí?

Lo dice tan alto que puedo saborear su confusión en mi lengua.

Mi corazón palpita mientras espero a que me insulte o a que se niegue a bajar. Está en todo su derecho. No me debe nada. Sin embargo, debía intuir que bajaría. Por eso he venido. Porque puedo confiar en él.

Y aquí está, baja pesadamente las escaleras y aparece por la puerta.

Se queda boquiabierto cuando ve el estado en el que estoy.

—Hola —consigo decir, mirándolo fijamente.

Quiero llorar solo con verlo. Se ha puesto unos vaqueros anchos y esa camiseta que tanto le gusta de la tabla periódica. Tiene el pelo alborotado. Jan no ha bajado con él.

—Amelie, ¿qué ha pasado?

Quiero llorar, pero aún no. Sería injusto para con él y ya lo he sido bastante. Estar aquí ya es injusto. Así que, me trago las lágrimas aunque esté a punto de reventar. Me siento como si me aguantase con pegamento Pritt que se está derritiendo al sol.

—¿Podemos ir a tomar un café? —pregunto.

No hablamos mientras vamos a buscar café a nuestra cafetería de siempre. Hemos tenido todas las conversaciones importantes en el jardín botánico. Nuestro instinto nos dice que tenemos que esperar hasta llegar allí.

Cogemos las tazas y les damos pequeños sorbos, aun si el café sigue estando demasiado caliente. Los

jardines están preciosos con los árboles en flor. Las magnolias salpican el cielo azul y los lechos están a rebosar de flores. Sigue haciendo frío y yo ya no estoy acostumbrada a las bajas temperaturas del norte. Quitamos el rocío de nuestro banco, nos recogemos el abrigo por debajo del trasero y nos sentamos.

La mera presencia de Alfie me tranquiliza. Me había olvidado de cómo era estar a su lado. Incluso antes de estar juntos, estar cerca de él era como meter los pies en tu par de pantuflas favorito. Miramos las flores rojas y amarillas de los lechos tan bien cuidados.

—Sé que lo he dicho antes, pero lo siento.

Alfie suspira y no me mira. No como Reese se negaba a hacerlo, como si fuese un castigo. Alfie lo hace como diciendo: «Por favor, dame un minuto y te prometo que estaré contigo». Dejo que el silencio nos envuelva, le doy el tiempo que necesita para romperlo.

—¿Qué haces aquí, Ammy?

—No lo sé —contesto con sinceridad.

Alfie se gira hacia mí. No me mira de pasada, sino que realmente me ve. Puedo ver como sus ojos buscan los míos, analizan mi cara congestionada de tanto llorar y mi cuerpo tembloroso y delgado.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta con una preocupación tan sincera que casi exploto.

—No lo sé.

Empiezo a llorar un poco. No lo hago para darle pena o para engañarlo, sino porque no puedo aguantarme más. Empiezo a hablar y las palabras salen a borbotones.

—He venido aquí porque las cosas no están bien y estoy intentando entender qué pasó... Alfie, siento mucho lo que te hice... Ni siquiera... me puedo perdonar a mí misma. No quiero exculparme, pero creo que, tal vez, no fue del todo culpa mía. Creo... Creo... Él... Él...

Alfie niega con la cabeza.

—Ammy, creo que no soy para nada la persona adecuada si quieres llorarle a alguien porque las cosas no han funcionado con tu nuevo novio.

—Lo sé. Lo entiendo, pero no es eso. Lo siento. Sé que estoy siendo injusta, pero no sé con quién más hablar...

Su enfado, completamente justificado, se añade al dolor y a la culpa que me recorren. Sin embargo, sigo hablando y las palabras parecen ansiosas por salir.

—Alfie, no es por haberlo dejado con él, es todo lo que pasó antes. Pasaron... cosas muy malas y solo ahora me estoy permitiendo recordarlo...

Empiezo a temblar dentro de mi abrigo. El recuerdo me azota una y otra vez, como si estuviese atrapada en un bucle.

—Hizo algo terrible... Hizo muchas cosas malas...

Se relaja al escuchar estas palabras y pone una mano en mi hombro. Su amabilidad inmerecida casi consigue que me derrumbe.

—Amelie. Tomémoslo con calma. ¿Qué pasó?

Comienzo a sollozar descontroladamente. Se me cae la taza de café. Se le cae la tapa al estrellarse contra el suelo y me salpica los zapatos.

—Siento como si me estuviese volviendo loca —le digo, ignorando las manchas de café.

—Cuéntamelo, Amelie.

—No te merezco. No merezco tu amabilidad. No merezco nada bueno.

—¿Qué? ¿Qué dices, Ammy? Me estás asustando un poco.

Me siento tan culpable de hablar con él, con este chico al que le rompí el corazón. Sin embargo, aquí estoy; es evidente que tengo que estar cerca de él. Alfie me da mi tiempo y actúa como si no pasase nada, pero, cuando se agacha para recoger mi taza, veo que le tiemblan las manos.

Finalmente, consigo decir:

—Lo siento. No es justo hablar de esto contigo, después de cómo te traté...

Alfie me interrumpe.

—Ya hablaremos de lo que pasó entre nosotros en otro momento. Mira, éramos mejores amigos antes de

que pasase todo esto. Sigues siendo mi mejor amiga... Ay, no, no quería hacerte llorar más.

Me sorbo los mocos, pero no impide que caigan hasta mi boca. «Sigues siendo mi mejor amiga». Esas palabras. Son tan generosas y me hacen sentir tan segura... Me siento bien a pesar de las lágrimas. Quiero contarle a mi mejor amigo lo que pasó.

—El chico que vino a Sheffield hace un par de meses... Reese. Se llama Reese. Ya no estamos juntos, pero esa no es la razón por la que estoy tan triste. O no es la única razón. He estado rememorando momentos, Alfie. Vine aquí porque pasó algo esa noche que fuimos al Leadmill. He estado intentando no pensar en ello, pero ahora no puedo pensar en otra cosa y no sé si entiendo lo que pasó.

La mano de Alfie se tensa ligeramente sobre mi hombro. Siento como se obliga a relajarla de nuevo.

—¿Te hizo daño, Ammy?

Hago una pausa.

—Sí.

Alfie exhala con fuerza.

—Hizo algo terrible —añado.

Alfie mira hacia el cielo. Me quita la mano del hombro y me entra el pánico. Quizás no es la persona adecuada a la que contarle esto. Quizás estoy empeorando las cosas y esta es la idea más estúpida del mundo.

—¿Ammy? —pregunta al cielo con suavidad—. ¿Te obligó a hacer algo que no querías hacer?

Otra pausa.

—Sí.

Decirlo en voz alta hace que se suelte algo. Una parte de mi estómago había estado contraída desde la última vez que había estado aquí. Me siento genial durante un milisegundo cuando se relaja, pero el espacio se llena rápidamente de un dolor desgarrador. Vuelvo a llorar.

Alfie se levanta y se aleja durante un momento. Se lleva las manos a la cabeza y la levanta hacia el cielo. Cuando vuelve a mi lado, él también está llorando.

—Oh, Ammy —es todo lo que consigue decir antes de abrazarme.

Entierro la cabeza en su abrigo. Nos quedamos allí sentados, sollozando, mientras la magnitud de lo que acabo de admitir nos ahoga desde dentro. Un par de personas paseando a su perro nos ven y fingen que no se han dado cuenta de que estamos llorando silenciosamente en el banco.

Cierro los ojos y siento el sufrimiento y la amabilidad de Alfie. Siento, por primera vez en mucho tiempo, que estoy en el lugar adecuado en el momento justo. Es una persona tan noble... Es capaz de aparcar todo el dolor que le he causado y estar aquí,

abrazándome entre sus brazos delgados y acariciándome el pelo lleno de lágrimas.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta—. Estoy aquí si quieres contarme lo que pasó. No estoy seguro de si sabré decirte lo que necesitas oír, pero lo puedo intentar.

Me sorbo los mocos.

—No estoy segura de poder hacerlo. Yo... ¿Alfie? Sé que te he hecho daño. Sé que te he hecho muchísimo daño. Sé que rompí nuestro acuerdo y que me equivoqué, y...

—Por favor. No tenemos que hablar de eso ahora. No es importante.

Niego con la cabeza.

—Sí que es importante, porque estoy intentando entender por qué estuve con él, por qué te hice daño, por qué me perdí por el camino y cómo todo esto me ha llevado hasta aquí. Por aquel entonces, creía que simplemente me había enamorado, pero... Pero... He estado yendo a una psicóloga —digo mientras trago saliva—. He empezado a contarle todo lo que pasó. Dice que el amor no es como yo me sentía con él. Me hace pensar que no era una relación en absoluto. Que, quizás, era algo más siniestro.

Alfie tiene dificultades para controlar sus emociones. Veo como aprieta y afloja los puños y sube y baja las rodillas mientras no para quieto con los pies.

—Me alegra que tengas a alguien con quien hablar del tema, Ammy, de verdad. No sabes el alivio que siento al saberlo.

Respiro hondo.

—Creo que me está ayudando. Es decir, ahora todo parece peor y no mejor, pero es un «peor» bueno, no sé si me explico. Es como que por fin estoy empezando a entender qué pasó y, Alfie... —Alargo el brazo y le cojo la mano fría—. No quiero eludir toda la responsabilidad que me corresponde en todo el daño que te hice, pero estoy empezando a pensar que Reese también tiene la culpa. Casi me controlaba por completo. No era una buena relación. Me sentía atada de pies y manos, como si no hubiese podido hacer nada para evitar que pasase lo que pasó... No sé si tiene sentido.

Una lágrima furtiva se desliza por la mejilla de Alfie.

—Mis pies me llevaron hasta tu casa, porque me he dado cuenta de que no soy la única víctima de esta historia, tú también lo eres. Creí que te ayudaría a entender.

Alfie me mira por primera vez desde que se lo he contado. Me mira fijamente a los ojos.

—Cuéntamelo todo, Ammy —susurra—. Quiero entenderlo.

Nos quedamos sentados hasta que se nos duerme el culo sin que las lágrimas dejen de fluir. Empiezo por el principio. Empiezo con el día en el que no le envié el

mensaje diciendo que lo quería. Me salto los trozos que sé que le resultarán dolorosos y paro cuando llego a aquella noche. Todavía no estoy lista para poner en palabras lo que pasó entonces y Alfie ya se ha hecho una idea que se acerca bastante a la realidad. Veo como se relaja cuando completo la historia o reemplazo con la verdad sus oscuras fantasías sobre lo que pasó.

—Di por hecho que no pensabas en mí —dijo a través de las lágrimas—. Que nuestra separación no te importaba.

—Alfie, pensaba en ti cada maldito día.

Deja escapar un sollozo gutural.

A veces nos engañamos con cuentos sobre cómo deberían ir las cosas y nos enfadamos cuando no nos salen como deseamos. Otras, pensamos en lo peor que podría pasar y fingimos que es la verdad, sin constatarlo con la vida real para ver si nuestra imaginación más perversa tiene razón de ser. Estas fantasías del «¿y si..?» o «estoy segura de que no...» nos causan tanto sufrimiento. A todos. Así que me dispongo a desmontar el castillo de arena que se ha construido Alfie imaginándose lo peor.

Por primera vez desde que conocí a Reese, hablo en detalle con alguien sobre él. Con alguien que conozco. Juntos, Alfie y yo empezamos a comprender. A veces, es lo único que puedes hacer con el dolor: intentar comprenderlo. Todos tenemos nuestras cicatrices y

quemaduras. Nos acostamos cada noche con los fantasmas de recuerdos dolorosos. Dejamos que den vueltas alrededor de nuestras cabezas, sin poder descansar o sanar porque no entendemos qué es aquello tan terrible que nos ha pasado y por qué se nos hace imposible superarlo. No puedes obligar al dolor a que marche. Como cualquier molesto invitado, solo se va cuando lo cree oportuno. Mientras tanto, lo único que puedes hacer es llevarlo contigo hasta que se marcha. Sin embargo, entender el dolor, saber por qué está ahí y por qué no se va aligera esa carga.

Pasa el tiempo y nos levantamos en silencio y nos encaminamos hacia la casa de Alfie. Pedimos otro café por el camino. Nos sentamos en el muro de su casa y sorbemos el café, repasando toda la historia hasta que ya no nos queda más café y todas las palabras que podría articular han salido por mi boca. Además, ya es casi la hora de irme a la estación a esperar al tren de vuelta a casa.

—Creo que me tengo que ir —dice Alfie mirando la hora en su móvil—. Tengo un montón de deberes de Química para mañana.

—Sí, mi tren sale en una hora. Debería ir a coger el autobús.

Alfie me mira, me mira de verdad con nada más que amor y amabilidad. Me dedica una sonrisa triste. Hay una parte de mí que piensa que no me merezco tanta

amabilidad, pero estar con él, aunque sea durante dos horas, ha encendido ese trozo de mi ser que cree que sí, sí me la merezco. Todos merecemos que nos traten con amabilidad, sin importar cuánto la caguemos.

—Lo siento, Alfie —digo.

Nunca lo habré dicho suficientes veces.

—Yo también lo siento. Siento todo lo que pasaste. Lo que aún estás pasando.

Se me hace un nudo en la garganta, pero consigo mantener las lágrimas a raya.

—Mantén el contacto, ¿vale? Cuéntame cómo te va.

Asiento dos veces.

—Y sigue hablando con esa psicóloga.

Asiento de nuevo.

Alfie mira hacia su casa. Presiento una despedida.

—Siempre estaré aquí para ti, Ammy. Llama cuando quieras —añade.

Las lágrimas me escuecen en las comisuras de los ojos. Mi voz suena como un ratón torturado.

—Yo también estoy aquí para ti.

Nos abrazamos para despedirnos. Tan fuerte. Ninguno de los dos quiere soltarse, pero sabemos que tenemos que hacerlo. Quiero llorar de nuevo porque sé que este es el final. Nunca sabré si seguiríamos juntos si no hubieses aparecido tú, Reese. No sabré si habríamos ido a Manchester y si habría funcionado

como lo planeamos. Tengo que dejar de pensar en todos los «¿y si...?» que existen entre Alfie y yo.

—Dile a Jessa que lo siento, ¿vale?

—Díselo tú misma. Todos te echamos de menos, Ams. Ven a vernos pronto, ¿vale?

Me encamino hacia la parada del autobús. La última vez que estuve aquí, la última vez que caminé por esta calle, no tenía las cicatrices que me marcan ahora. Los fantasmas de la Amelie de entonces pasan por mi lado. Era tan despreocupada. Nunca la podré recuperar. Nunca volveré a ser la chica que era antes de conocerte a ti y de lo que me hiciste.

Pero ahora lo puedo comprender.

Eso es lo que me digo a mí misma cuando el tren sale de la estación, cuando dejo mi hogar atrás y vuelvo a una ciudad extraña llena de recuerdos tristes. Una ciudad a la que se supone que tengo que llamar mi hogar. Apoyo la cabeza contra la ventana y me lo repito en un susurro una y otra vez.

Veo las chimeneas escupir humo.

—Quiero entenderlo —digo en voz alta.

Quiero entenderlo.



La clase de Música

Ha ocurrido algo extraño.

Esta noche, a las dos de la madrugada, me has mandado un mensaje, justo dos semanas después de que volviera de Sheffield.

Lo he leído mientras me cepillaba los dientes y me preparaba mentalmente para otro día solitario en el instituto y para otra hora extenuante con la psicóloga.

Reese: Creo que todavía estoy enamorado de ti :*

—¿Estás bien? —pregunta mamá mientras desayunamos y yo no dejo de mirar el móvil cada dos

por tres, releyendo el mensaje una y otra vez—. No has apartado los ojos del móvil desde que te has levantado.

La miro, sonrío y logro pasar treinta segundos sin mirar la pantalla.

—Estoy bien. Lo siento. Es que... he recibido un mensaje algo raro.

Mi madre frunce el ceño.

—Dime que no te han mandado una foto de un pene.

—¡Mamá! —Se me cae el móvil al suelo del sobresalto y me río—. ¿Cómo sabes que la gente las manda?

—Lo leí en el periódico. La verdad es que no veo el sentido en hacerlo. Si fuesen bonitos o algo así, pues vale, pero...

—¡Mamá!

Suelta una risita y no puedo evitar imitarla y, de repente, las dos nos estamos riendo con ganas.

—Entonces quedamos en que no es una foto de un pene.

—¡¡Mamá!!

—Me lo puedes contar. No pasa nada. Peores cosas hemos visto. Lo superaré.

—No, no es una foto de un pene. Ay, por favor. —Recojo el teléfono y vuelvo a releer el mensaje. La risa desaparece—. Es un mensaje de Reese.

Mamá deja de reírse instantáneamente. Cierra los ojos, se lleva los dedos pulgar e índice al puente de la nariz, pone una expresión neutra y me mira.

—Ah —dice.

—Sí.

—No sabía que seguíais teniendo contacto.

—Yo tampoco.

La semana pasada, Joan me dijo que no tenía por qué pasar por todo esto sola, que tal vez sería bueno abrirme y hablar con mi familia. Desde entonces, he intentado contarles más cosas a mis padres.

—¿Y si no me entienden? —le pregunté a Joan—. ¿Y si piensan que todo es mi culpa?

Después, había cogido otro pañuelo. Mis fieles amigos, los pañuelos.

Releo el mensaje otras cien veces más. Lo releo tan intensamente que me caen un par de cereales encima del vestido de flores que llevo puesto.

—Mierda —me levanto para limpiar la mancha, pero mamá me alcanza un trapo húmedo.

—No estabas muy bien cuando estabais juntos —murmura mientras froto la tela—. Y tampoco lo has estado desde que lo dejasteis.

Hace una pausa y me doy cuenta de que está sopesando cada una de las palabras que quiere pronunciar para encontrar aquellas que vayan a causar el menor daño posible.

—Nos preocupaste, Amelie —dice, finalmente.

—Lo sé.

—Sabes que nunca vamos a decirte qué tienes que hacer, pero... Pero... tal vez deberías pensarlo dos veces antes de responder.

—No iba a...

—Solo es una sugerencia —replica, levantando las manos en son de paz.

He decidido que no voy a reflexionar sobre cómo me siento respecto a este mensaje hasta que hable con Joan más tarde. La verdad es que me resulta difícil confiar en mis propios instintos. Joan me ha hecho rememorar muchos recuerdos, Reese, recuerdos de ti y de mí, y me ha obligado a mirarlos con lupa para percatarme de cada uno de los detalles. Y me dice cosas como:

—¿Crees que vuestra primera cita fue romántica? ¿Te has parado a pensar que tal vez fue algo manipuladora? Te dijo que te quería conseguir antes de que llegara otro, ¿verdad? No parecen motivos muy sanos.

O...

—Ninguna de las cosas que has mencionado que querías de la relación me parecen en absoluto «absurdas». En realidad, parecen bastante normales. ¿Te has planteado que quizás quién tenía un problema no eras tú, sino él?.

Después de cada sesión con ella me siento un poco más ligera y más limpia, siento como si me pudiera gustar un poco a mí misma y no verme como a un monstruo maníaco. Incluso me resulta difícil esperar que llegue la hora de ir a ver a Joan. Cada vez que voy es como si tomara una bocanada de aire, antes de tener que hundirme en las profundidades de un instituto en el que no tengo amigos con quien hablar y en el que te tengo que ver a ti con ella. Me duele el pecho. Cada semana siento que tal vez no aguante hasta el viernes. Absorbo y absorbo todo el dolor y luego voy corriendo a la consulta de Joan para vomitarlo todo, para que me ayude a entender. Para que vuelva a tener oxígeno.

Suerte que solo tendré que aguantar la mañana y luego iré a la consulta. Especialmente después de recibir tu mensaje.

Le digo a mamá que no hace falta que me lleve, me despido de ella y salgo. Si fuera en coche llegaría demasiado temprano y, además, hace muy buen tiempo. También necesito un momento para releer tu mensaje y entender de qué va todo esto.

«Es como si lo supieras», pienso mientras me peino, la mirada perdida en el espejo. Es como si supieras que el vínculo que había entre nosotros se está soltando. Siempre tuviste esta capacidad de percibir cuándo me estabas empujando demasiado lejos de ti, cuándo llevabas demasiado tiempo mostrándote distante,

cuándo me iba a empezar a enfadar, a hartar y a pensar que merecía algo mejor. Y, justo en ese momento, ¡PAM! Volvía el Reese al que yo pensaba que quería y desaparecía el silencio frío y distante con el que había tenido que lidiar durante semanas. Ahora sí empiezo a ver de qué palo vas realmente y ya no me creo el personaje que tú y yo creíamos que eras. Y como has notado que empiezo a darme cuenta, ¡PAM!, mensaje. El mensaje que llevo tiempo anhelando. El motivo por el cual he mirado el móvil cada minuto desde el día en que cortamos.

Recojo la bolsa, meto la libreta en la que están las letras nuevas para Música y el trabajo de Lengua. Joan dijo que «este chico» ya había absorbido una parte demasiado grande de mi vida y que no podía dejar que absorbiera más.

—Estás dejando que gane, Amelie —me dijo hace poco—, ¿no lo ves? Si dejas que todo esto afecte a tu música y a tus exámenes, seguirá dominándote, no le arrebatarás el control que tiene sobre ti.

Así que he dejado de saltarme clases, estoy haciendo el esfuerzo de volver a componer e intento aguantar verte por ahí. Tengo que estudiar para los exámenes y presentar trabajos. En general, no voy mal... Voy mejorando... Salvo los momentos en los que pasas por mi lado y vuelvo a esa habitación de hotel. En momentos así, empiezo a temblar como una hoja y

tengo que encerrarme en un váter y revivir de nuevo, con la cabeza hundida entre las piernas, aquella noche nefasta como si estuviera ocurriendo ese mismo momento. Y lloro y tiemblo cada vez más fuerte, y pueden pasar tranquilamente diez minutos hasta que logro reponerme.

Sin embargo, salvo esos momentos, no estoy tan mal.

Vuelvo a mirar el móvil. Ya habrás visto que he leído el mensaje. Me pregunto cuántas veces has mirado tú el móvil para ver si lo he leído, para ver si he respondido. Mientras cierro la puerta de mi casa, casi puedo sentir que las yemas de los dedos me palpitan, casi podrían desprender chispas.

El poder.

Ahora mismo está en mis manos. Me has mandado este mensaje y sabes que lo he leído, y me toca a mí responder. Soy yo quien domina la situación. La pelota está en mi campo. ¿Así es cómo te has sentido durante todo este tiempo? ¿Sentías este subidón, esta confianza? Te podías relajar porque no eras quien estaba esperando una respuesta, ¿verdad? Sonrío y disfruto de la sensación, y me doy cuenta de que pocas veces me siento así. ¿O tal vez debería decirlo en pasado?

Entonces...

—Amelie.

Pego el brinco del siglo.

—¿Qué coño haces aquí, Reese?

Estás delante de mi casa y llevas mi sombrero favorito, el del ribete amarillo.

—¿Puedo acompañarte al instituto? —preguntas como si los últimos meses no hubiesen existido.

No puedo... Es que no... ¿Qué demonios está pasando? ¿Qué haces aquí? Nunca estás aquí. Ahora solo te hablo desde mi cabeza.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunto inquisitivamente.

—No me has contestado.

Me pongo a caminar sin esperar que me sigas. Mis piernas me piden que me vaya, están deseosas por correr, pero mi corazón no, me pide que afloje la marcha y deje que me alcances. Tal vez es la costumbre.

Como tienes las piernas más largas, me alcanzas rápido.

—¿Y?

Intento con todas mis fuerzas no centrar mis ojos en ti, pero al final te miro de reojo y sé que he cometido un error porque realmente pareces perturbado. De verdad. Tienes los ojos rojos, como si no hubieras dormido, y abiertos de par en par, desesperados. Siento el poder en mis dedos, pero la electricidad que desprenden pierde fuelle porque tu presencia me ha trastornado.

—No sabía qué decir —respondo, a pesar de que no te debo nada, ni siquiera una respuesta.

—¿Así que no sabes si me quieres?

Levanto la cabeza hacia el cielo en un movimiento brusco.

—¿Pero qué demonios estás diciendo?

Estamos en la esquina, delante del paso de cebra, y hago ademán de cruzar, pero estiras el brazo y me coges la mano para que vuelva a la acera.

—Te echo de menos —dices—. Creo que he cometido un error.

¿Qué debería hacer en este momento?

- No sentir nada
- Mandarte a la mierda
- Largarme

¿Cómo me siento en realidad?

- TAN, tan aliviada
- Feliz
- Esperanzada, y pienso: «¡Lo sabía! Sabía que si tenía paciencia volverías a mí. Sabía que nunca la podrías querer a ella si me amabas tanto a mí. Tal vez ahora puede funcionar, a pesar de todo...»

¿Qué es lo que hago?

- No digo nada

- Dejo que me cojas la mano

—No dices nada. —Llenas mis silencios—. Amelie, lo siento. Siento haberme liado con ella. No estaba pensando. —Me pongo a enumerar los clichés que me cuentas para distraerme de la estúpida y nociva felicidad que siento—. No ha significado nada. Estaba confuso. A tu lado, ella no es nada.

Suelto la mano y cruzo la calle, fingiendo ser fuerte, pero no te mando a la mierda ni nada de eso. Sé que me lo estoy planteando, a ti y a la horrorosa posibilidad de que vuelva a haber un «nosotros». Y lo sabes. Caminamos en dirección al instituto, como en los buenos tiempos... y como en los malos, cuando no abrías la boca en todo el camino y yo lo sentía como una tortura.

Me prometes las mil maravillas. Me pides perdón por todo lo que crees que has hecho. Sin embargo, no me pides perdón por lo que lo deberías pedir: por lo que ocurrió en Sheffield y todas las veces que siguieron, y por haberme convertido en un fantasma diluido en agua salada.

No. En vez de eso, me pides perdón por las cosas que tú *crees* que me han dolido.

—Tenía miedo de lo que sentía por ti. La primera vez que me lié con ella estaba borracho. Realmente ella lo hizo todo. Yo estaba demasiado bebido. Si hubiese sido al revés, incluso se podría decir que abusó de mí.

He deseado tanto oír estas palabras. Cada una de ellas me llega de pleno al corazón. Me siento tan aliviada que mis músculos llegan a relajarse. Siempre funcionó así entre tú y yo. Aguantaba, aguantaba, aguantaba y, luego, cuando ya sentía que me iba a derrumbar, volvías. Me volvías a dar amor.

Sin embargo, nunca me habías hecho esperar tanto como esta vez.

Me he derrumbado y me he vuelto a levantar tantas veces. Han pasado meses. ¡Meses! Pero has vuelto, de nuevo has vuelto y esto me llena de alegría. Sin embargo...

Esta vez ha pasado tanto tiempo que he pedido ayuda y me he dado cuenta de que tal vez todo esto no es sano. Sigo caminando. Un pie delante del otro. Aguanto. No respondo. Más tarde voy a ver a Joan y ella me ayudará a entender todo esto. No me fío de mí misma en absoluto.

Irónicamente, no puedes aguantar mi silencio.

—Amelie, por favor, di algo. ¿Me estás escuchando? Te quiero. ¿Me oyes? Te quiero.

Mi coraza se agrieta una fracción de segundo y bajo la guardia. Me giro y miro tu rostro, tan guapo y tan desesperado.

—Qué forma tan curiosa de demostrarlo —respondo.

Abres todavía más los ojos e intuyo que te preparas para discutir. Una discusión que vas a ganar, por supuesto, pero me vuelves a sorprender.

—Lo sé —admites— y lo siento, Amelie. Soy un desastre, un desastre hecho mierda.

Te paras y te apoyas contra la valla de un jardín. No puedo evitar pararme. Nunca te he visto así. Jamás. Te quitas el sombrero y pareces tan vulnerable sin él en la cabeza. Lo arrugas con las dos manos y destrozas el ribete.

—No sé qué me pasa, Amelie —dices con voz entrecortada—. Es como si estuviese roto por dentro. Sé que siempre te culpé a ti por todo y sé que te hice daño. Y lo siento porque yo soy el problema. Yo. ¿Qué me pasa, Amelie?

Todo tu cuerpo se pone a temblar.

—¡¿Qué coño me pasa, Amelie?! —gritas.

Entonces, tus rodillas se aflojan y caes al suelo, llorando a lágrima viva. Yo me quedo de pie, delante de ti, totalmente conmocionada.

—Amelie, te necesito. —Levantas los ojos, llenos de lágrimas, y me miras—. Me hacías mucho bien. Muchísimo.

Siento que mi corazón tira de mí hacia ti, como si fuese un perrito tirando de la correa tan fuerte que su amo no pudiera aguantarlo. Porque te quiero, Reese, y me duele horrores verte así. Mi cerebro empieza a unir

fuerzas con el corazón y algunos pensamientos peligrosos me cruzan la mente. «Tal vez esto es lo que necesitábamos. Si sufre tanto es que me quiere de verdad. Me debe de estar diciendo la verdad».

Ahora eres tú quien llora. Mira por dónde. Estás llorando aquí, en un espacio público, donde cualquiera podría verte. Ahora estamos a la par. Finalmente, has sido tú quien ha terminado llorando, no yo. Tal vez, y solo tal vez, las cosas pueden salir bien entre nosotros.

Me acerco para consolarte y soy muy consciente de que el mínimo contacto físico puede ser fatal.

—Estoy hecho una mierda. Amelie, ayúdame. Te quiero. Eres la única que…

Y justo antes de posar una mano en tu hombro, algo dentro de mí da la voz de alarma.

«Corre».

Me ordena que corra. «¡Corre! Ahora, ¡ya! ¡Huye! Este sitio no es seguro».

¿De dónde viene esta voz? Detengo la mano a medio camino.

¿Sabes qué es?

Es mi instinto.

Y me prometí hacerle caso. Lo abracé y le juré solemnemente que le haría caso. Ahora tengo que hacerle caso. Es un imperativo. Escuchar a mi corazón no me ha llevado a ninguna parte y mi mente tampoco

me ayudó. Ahora ha llegado el momento de ceder el mando a mi instinto. Lo prometí.

No te toco el hombro. No digo: «Vamos, ya está». No dejo que el cuento de hadas se haga realidad..., todavía no. La única forma de lograr irme es diciéndome a mí misma que, si de verdad me quieres tanto como dices, podrás esperar.

Doy un paso atrás y alzas la mirada de nuevo. Tienes los ojos empapados.

—Amelie, por favor. Como mínimo siéntate aquí conmigo. Te necesito. Por favor.

Niego con la cabeza.

—Tengo clase de Música —doy otro paso atrás.

—¡La música puede esperar! —Indicas con la mano el espacio que hay a tu lado con tanta desesperación que casi parece una orden.

No dejas de pronunciar mi nombre. No solías llamarme por mi nombre. En este momento, hago de tripas corazón y te rechazo.

—Siento que estés tan mal —digo. Mi voz suena diferente: tranquila, profunda, discretamente poderosa —. Pero no quiero llegar tarde. Ya hablaremos.

Me giro y me alejo de ti tan rápido como puedo.

—Amelie, ¿puedes esperar un segundo, por favor? —me pregunta la señora Clarke—. Quiero comentarte los deberes de composición.

Muevo el peso de una pierna a otra, nerviosa, viendo como pasa los dedos por encima de la partitura y va murmurando la letra. Me fijo en su anillo de boda y me pregunto si es feliz con la persona con quien está casada. Me pregunto si se siente bien y segura a su lado, no tensa y constantemente pensando que es rara. Espero que sea feliz. Ya sé que tan solo es una profesora y que está haciendo su trabajo, pero de verdad tengo la sensación de que le importo, de que quiere que me sienta bien y segura. Repasa la letra una vez más y me mira sonriendo.

—Es estupendo, Amelie. De verdad.

—¿En serio? —digo, respirando aliviada.

—Sí. Todavía tienes que trabajar un poco el segundo verso, pero es algo normal. Tienes un par de días más para dar con la letra perfecta. —Me tiende la libreta—. Me alegro de que hayas vuelto.

Y, en este momento, a pesar de todo, sonrío con ella.

—¿Qué quiere decir?

—Que me alegro de que vuelvas a componer. De que hayas vuelto a clase. La verdad es que es un alivio, aunque tal vez no debería decirlo.

—Gracias. Tiene razón sobre el segundo verso... Le daré un par de vueltas.

La señora Clarke me quita la libreta de los dedos y se fija en el título.

—«Los lugares que me han visto llorar» —dice en voz alta—. Qué buena idea para una canción.

Me río.

—En realidad me dio la idea el señor Jenkins. ¿Qué le parece?

—Oh, ¿a raíz del proyecto ese del museo que contó hace días?

—Sí, he estado haciendo un mapa de recuerdos para donarlo al museo y de ahí surgió la idea para la canción.

—¡Qué bien! —Sonríe—. Pero no se lo digas nunca. Se pondrá insufrible en las reuniones de profesores. Uy. Creo que eso tampoco debería habértelo dicho.

La profesora se pone en pie y recoge la taza de café que tiene encima de la mesa.

—Bueno, ahora tengo una hora libre. A poner notas se ha dicho. ¿Tú qué vas a hacer?

—Le quería pedir si me puedo quedar un rato aquí sentada. También tengo una hora libre y la verdad es que me cuesta trabajar en la biblioteca —digo, de nuevo balanceándome de una pierna a otra, deseando que acepte para poder esconderme de ti—. ¿Le importa?

—En absoluto —extiende el brazo—. Mi clase es tu clase. Buen trabajo, Amelie. Tengo ganas de que grabes la versión final.

—Yo también.

Miro como sale del aula. El ruido del pasillo sube de volumen cuando abre la puerta y queda de nuevo en un

runrún mortecino tan pronto se cierra a sus espaldas. Si me siento en esta esquina no me podrás ver desde el cristal de la puerta. Nadie me verá. Y esto es, precisamente, lo que necesito durante los siguientes cuarenta minutos, antes de que vaya a ver a Joan.

Me doy cinco minutos para fantasear sobre todo lo que ha ocurrido esta mañana. Dibujo corazoncitos mientras imagino todos los posibles finales Disney que soy capaz de conjurar en la cabeza. Fantaseo que vas a seguir pidiéndome perdón durante semanas y que vas a hacer todo lo que siempre quise que hicieras para demostrarme tu amor y luego volveremos a estar juntos, más fuertes que nunca. Me imagino un beso espectacular, abrazados y sentados en el muro en el que no me senté esta mañana.

—Basta —me digo en voz alta.

Estoy aquí para recordar. Estoy aquí porque esta aula es uno de los lugares que me han visto llorar. Es un lugar anónimo. Es como cualquier otra aula de cualquier otra escuela. Hay varias piezas de los alumnos expuestas en las paredes, pero como todavía falta para la jornada de puertas abiertas, nadie las ha renovado y las hojas empiezan a estar amarillentas por el sol. Las mesas están colocadas en semicírculo y todas tienen cientos de chicles fosilizados pegados en la parte inferior. Es un lugar donde en invierno siempre hace

frío y en verano siempre hace calor. Una clase normal y corriente, y tú me hiciste llorar en ella.

Cierro los ojos.

—Estás fatal —susurro para mí misma, repitiendo tus palabras—. Te has vuelto totalmente loca.

Abro los ojos y, de repente, sonrío. Qué curioso, ¿verdad? Justo el día en el que decido recordar aquellas lágrimas en concreto (de las que ella fue la instigadora principal), vas y me dices que todavía me quieres. Vas y me dices que ella no ha significado nada para ti.

A veces parece de verdad que se cierre el círculo, ¿no? A veces hay que esperar más de lo que a una le gustaría, pero, al final, siempre se vuelve al punto de partida.

Ella...

Llamándola así, estoy siendo la peor de las feministas.

«Ella» se llama Eden.



—No puedo venir a tu casa esta tarde —dijo Reese sin ni siquiera mirarme mientras estábamos en la cafetería—. He quedado con Eden para componer.

Fue la primera vez que la mencionaste y no me pasó desapercibido. Dime el nombre de una chica cuyas orejas no se pongan en posición de alerta cuando su novio menciona el nombre de una chica nueva como quien no quiere la cosa.

Me esforcé para que mi rostro no reflejara ninguna emoción. Me estaba convirtiendo en una auténtica experta. Había descubierto que, si logras mantener las cejas quietas, de alguna forma frenas cualquier respuesta emocional en el resto de la cara. Como si las cejas fuesen el detonante de toda muestra de inquietud interior.

—¿Quién es Eden? —pregunté con el tono más neutral de mi repertorio.

—¡Ya sabes quién es! Todo el mundo la conoce.

—Yo no la conozco.

Intentaba asimilar distintas fuentes de ansiedad. En primer lugar, acababa de anunciar que no quedaríamos. Otra vez. Aunque llevábamos semanas sin pasar tiempo juntos. Durante las vacaciones de Navidad casi no nos habíamos visto tampoco. «Yo no tengo la culpa de tener que ir a ver al imbécil de mi padre», había dicho, haciéndome sentir culpable aunque solo había estado con su padre dos días y eso no explicaba por qué había pasado el resto de las vacaciones sola.

En segundo lugar, precisamente porque me acababa de decir que no nos veríamos aquella noche, la tendría que pasar sola otra vez y tendría que pensar cómo explicarles a mis padres que no tengo vida. Se me hacía insufrible pensarlo. Sola, mirando la pantalla del móvil y preguntándome si iba a recibir algún mensaje de Reese en algún momento. Eufórica al ver que se iluminaba la pantalla y desesperada un segundo más tarde al darme cuenta de que no era ningún mensaje de Reese (ni de nadie), solo el móvil quejándose de que se había quedado sin batería.

En tercer lugar, estaba convencida de que, al decirme que no iba a venir aquella tarde, Reese me estaba diciendo que ya no me quería. Eso me causaba tal ansiedad que tenía la certeza de que no iba a poder comer durante el resto del día. Ni siquiera me había hecho un regalo de Navidad porque, en su opinión, «la caza del tesoro por Londres y el viaje a Sheffield ya fueron un regalo». Y luego había añadido: «¿Necesitas que te regale algo para demostrarte que te quiero? Eres un poco insegura, ¿no?».

Ahora, además de todo aquello, tenía que lidiar con una tipa que se llamaba nada más y nada menos que Eden.

—Venga, ahora no vas a empezar con esto, ¿verdad? —dijo Reese, cabreado.

—¿Cómo? ¿El qué?

—Mira, Amelie, no puedo pasar cada maldito minuto de mi puta vida contigo. No sería muy normal.

Como solían hacer, el resto del grupo compartían un plato de patatas fritas y hacían ver que no nos escuchaban.

—Me alegro de que compongas —repliqué mientras notaba que me sonrojaba—. No he dicho lo contrario.

—No hace falta, ya te veo la cara. Qué patética eres a veces.

Au.

Au, au, au, au, au.

Sus amigos se llenaron la boca de patatas y ni siquiera me miraron. Sacaron los móviles y fingieron estar totalmente fascinados por sus pantallas. Reese continuó:

—Lo siento, no quería decir eso. Venga ya, era una broma. ¿No puedes aceptar una broma? Me ha salido así porque creo que es un poco raro que no tengas amigos, ¿no? Siento que tengo que asumir yo la presión de estar siempre contigo.

«Pero si no estás siempre conmigo», pensé. «De hecho, hacía más de una semana que no nos veíamos fuera del instituto».

Mantuve la expresión impasible porque no quería llorar. No aquí, delante de todo el mundo. No otra vez. Le repulsaba verme llorar.

—Ya te digo que no pasa nada —me incliné hacia él e intenté darle un beso despreocupado, casi sexy.

—¡Puaj! Te apesta el aliento. —Se apartó riéndose y cogió una patata.

Yo me quedé allí, medio inclinada, aún en ademán de querer besarlo y humillada hasta la médula.

«No tengo amigos, no tengo vida y me apesta el aliento y ni siquiera mi novio me quiere ver porque soy patética».

El autoodio es como una serpiente que se muerde la cola. Se retroalimenta y expulsa bacterias que se reproducen hasta que la infección está totalmente fuera de control. Las semanas después de volver de Sheffield ya había empezado a sentir un odio profundo hacia mí misma. Me había quedado sin amigos. Sin confianza

alguna. ¿Y por qué no tendría que sentirme así? Reese me decía que era patética. Me hacía sentir como que estaba conmigo por pena. Las pocas veces que habíamos pasado tiempo los dos solos había empezado a decirme cosas desagradables. Una vez me dio unas palmaditas en el estómago mientras decía: «¿Cuántos pastelitos comiste en Sheffield?». Al ver que me molestaba, me había dicho que era hipersensible. Cuando teníamos sexo, cada vez era más bruto. Una vez incluso me había llamado «puta».

—Reese —dije, cubriendo mi cuerpo supuestamente feo con su nórdico—, no me gusta que me llames puta cuando tenemos sexo. No me gusta que me llames puta en general.

—No te he llamado «puta».

—Sí, lo acabas de hacer.

—No.

Se levantó y se puso los pantalones.

—¿Ya vuelves a oír cosas?

Cuando se giró, sonreía. Se acercó a mí y me dio un beso en los labios.

—Oír voces es la primera señal de que una se está volviendo loca, mi pequeña majara. —Volvió a besarme, un beso dulce. Entonces miró el móvil—. Mierda, los del grupo van a llegar en nada. Será mejor que te vayas.

Recogí todas mis cosas y fingí que no me importaba que ya no me quisieran en sus ensayos. Fingí que había pasado un rato estupendo.

—Te quiero —dije mientras me acompañaba hacia la puerta para que me fuera.

—Vale, de acuerdo, puta. —Ahogué un grito, se rio y levantó un dedo—. Ahora sí lo he dicho.

Lo dijo con tanta convicción que realmente empecé a pensar que la primera vez no lo había dicho de verdad, que lo estaba imaginando todo yo. Ay, madre. ¿Me estaba volviendo loca de verdad? Pobre Reese, por tener que aguantar a una novia tan estúpida y loca. Menuda carga.

Me sentía una carga de verdad. Dejé de hablar con nadie porque daba por sentado que no querrían hablar conmigo. Incluso empecé

a ser desagradable con mis padres, que no paraban de preguntarme una y otra vez qué me pasaba y por qué me comportaba de aquella manera. Se preguntaban dónde estaba su hija. Reese era el único que me quería e incluso él no me quería demasiado cerca. Loca. Estúpida de mí.

La serpiente del autoodio seguía retroalimentándose. Estaba tan alterada, tan nerviosa y aborrecida de mí misma que casi ni lo culpaba por querer pasar tanto tiempo con Eden.



Sentada en este rincón del aula, sacudo la cabeza porque por primera vez en todo el día pienso en Eden. ¿Sabe que me has mandado ese mensaje? ¿Sabe que me has seguido al instituto? ¿Ya habéis roto?

Apuesto lo que quieras a que, si muestra la más mínima sospecha, vas a decirle que está loca. Como me dijiste a mí.



—Os presento a Eden —dijo Reese al día siguiente cuando llegó a la mesa y la presentó al grupo.

Los saludó uno a uno en un medio abrazo y dándoles golpecitos en la espalda, como si la confianza en una misma no fuese una virtud admirable.

—Hola, pecadores —dijo Eden, riéndose de su propia broma.

La odié desde el minuto cero. Eden encarnaba todo lo que yo no era. Era una tía guay, atrevida. Llevaba un piercing en la nariz, vaqueros rotos y una camiseta roja con mangas murciélago que le

dejaba el ombligo a la vista. ¿Quién es capaz de llevar algo rojo sin tener la sensación de que la ropa lo lleva a él y no al revés? Eden, por supuesto.

Y, como también era de esperar, a mí me presentó la última.

—Esta es mi novia, Amelie —dijo Reese casi farfullando y haciendo un gesto hacia mí antes de dejarse caer en una silla al otro lado de la mesa.

Eden me saludó con la mano sin mucho entusiasmo.

—Hola —dije, intentando dar una buena impresión—. Encantada de conocerte.

—Igualmente. Te vi cuando ganaste el festival. Eres muy buena.

No lo sentí como un halago. Entre otras cosas porque Reese soltó una risita cuando lo dijo.

Yo seguí determinada a mostrarme como una buena novia.

—¿Así que tú también compones? No te he visto nunca en clase de Música.

Eden puso los ojos en blanco.

—Uh, qué va. Creo que estudiar música destruye la música. Yo hago Filosofía, Economía y Fotografía. —Se sentó como si nada y los chicos apartaron las sillas para dejarle espacio—. La música no se puede analizar. La música es arte. ¿Hay alguien que se haya convertido en un buen artista por hacer un trabajo sobre el arte?

—Yo pienso exactamente lo mismo —exclamó Reese con los ojos muy abiertos.

Sentía unos celos tan podridos que, si llego a escupir, abro un agujero en medio de la mesa.

—Yo sé que soy buen compositor —continuó Reese—, pero la mierda de profesora que es Clarke no me da más que aprobados raspados porque dice que no cumplo los criterios de puntuación. ¿Acaso John Lennon componía canciones según una lista de criterios de puntuación de mierda?

Rob cogió la última patata.

—¿Ahora te comparas con John Lennon, Reese? —inquirió—. Flipas un poco, ¿no?

—Vete un poco a la mierda, ¿no?

—Ey, calma, tío —replicó Rob—. Era solo una broma.

Volvía a sentir el estómago dándome vuelcos en la tripa. Esto era mi culpa. Era Rob quien lo había dicho, pero sabía que Reese iba a encontrar la forma de culparme a mí.

Y tal y como me esperaba, vi que me señalaba con la cabeza.

—Por supuesto, aquí tenemos a Amelie, la alumna de Música perfecta que solo saca excelentes. No, ¿cariño? Tus canciones cumplen todos los criterios.

Tragué saliva y sonreí. Este era uno de sus ataques especiales. Un ataque que, cada vez que lo recuerdo e intento demostrar que estaba enfadado de verdad y me estaba atacando y que no eran cosas mías, siento como si intentara buscarle tres pies al gato porque técnicamente no decía nada malo.

—¿Canciones que cumplen todos los criterios? ¡Estupendo! —chilló Eden con sarcasmo. Entonces, giró su cuerpo (cómo no, perfecto) hacia los demás chicos—. Oye, el nombre del grupo… Me encanta. Es genial. ¿A quién se le ocurrió?

—Reese dirá que a él —respondió Johnnie.

—¡Fui yo! ¿Cuántas veces más tendré que repetirlo?

—Fui yo —dijo Rob—, lo recuerdo perfectamente. Estábamos en el Chicken House y vi la luz. Fue el momento más alucinante de mi vida…, aunque luego me dio una intoxicación alimentaria.

—Venga, tío… Repites esa historia como si fuese verdad o algo —se rio Reese.

Eden también se rio, Eden encajaba de lleno en el grupo, Eden ya era parte de ellos. Pues estupendo para Eden.

—¿Así que se te ocurrió a ti? —le preguntó a Reese.

Y juro por Dios, Jesús, José y María y el burro y el asno que estaba ligando con él delante de mis narices. Se había inclinado hacia él y no le quitaba los ojos de encima.

—Sí, fui yo. Se nos ocurrió en el Chicken House, pero el nombre fue cosa mía.

No paró de hacerles preguntas sobre el grupo y Reese se encargó de responderlas casi todas, a pesar de que todos parecían igual de encantados de ser el centro de atención de una chica tan atractiva. Yo iba abriendo y cerrando la boca como un pez, intentando entrar en la conversación, pero no tenía nada interesante

que decir. Mi personalidad no me dejaba contribuir. Sopesaba de antemano cada cosa que pensaba decir y llegaba a la conclusión de que probablemente iba a cabrear a Reese y no quería hacerlo mientras estuviera sentado al lado de ella. Así que allí me quedé, como un pez fuera del agua, viendo como ella le reía todas las gracias y él desplegaba todos sus encantos. Era como ver el principio de una película romántica en la que la pareja hace clic desde el primer instante. Una historia que hubiese estado genial de no ser por el hecho de que yo era su novia y estaba sentada allí al lado intentando no llorar.

Siempre estaba intentando no llorar.

En aquel momento, sonó la campana para indicar que empezaban las clases de la tarde y era hora de ir a Música…, a la insulsa clase de música. Sin embargo, a Reese le quedaba un último cartucho antes de que todos nos fuéramos.

—Eden, ¿por qué no te pasas por el ensayo esta noche? —dijo —. En mi casa hay un garaje insonorizado en la parte trasera del jardín. Les podemos enseñar las canciones en las que hemos estado trabajando.

—Vale —respondió ella encogiéndose de hombros.

Se encogió de hombros. La quería coger por esos malditos hombros y sacudirla. ¿Es que no se daba cuenta de lo difícil que era que la dejaran ir a los ensayos? Era más fácil entrar en el club ese de Londres donde salen los de la familia real que en el garaje de Reese. No tenía ni idea de la oportunidad que tenía. Y se había limitado a encogerse de hombros. Era yo quien tendría que ir a ese maldito garaje. Yo era la novia de Reese, ¡no ella!

—Estupendo. Es a las ocho. Ya te mando la dirección.

—Genial, os veo luego. Encantada de haberos conocido, chicos —Eden no llevaba bolsa, tan solo una libreta con tapas de piel. Se metió el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros, allí donde no tenía ni culo—. A ti también, Amelie —añadió para no ser demasiado obvia.



Ese día no lloré. Aguanté. ¿Quién lo diría, eh? Si supieras la de veces que estuve al borde de las lágrimas, pero me reprimí, Reese... Creo que si hubiese llorado todas las lágrimas que querían salir, el tipo ese que se llama Noé habría venido con un arca para prepararse.

No te quiero aburrir con las conversaciones que tuvimos en torno al tema Eden porque sé que te aborrecían, pero iban más o menos así:

—Eden es tan relajada. Creo que nunca he conocido a una chica tan relajada.

—¿Quieres decir que yo no soy relajada?

—Joder, ya estamos. Escúchate a ti misma. Suenas de todo menos relajada.

O iban así:

—Eden me ha descubierto un nuevo mundo a la hora de componer.

—¿Ah sí? ¿En qué sentido?

—Es difícil de explicar. Pero ayer por la tarde fue genial. Aprendí muchísimo.

—Oh...

...

—Eden también dijo...

A veces, iban así:

—Eden tiene un montón de amigos. Desde que la conozco he conocido a más gente que nunca antes en mi vida.

...

—Es guay, ¿no? Tener otras cosas en tu vida.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Joder. Cálmate, ¿no?

—Tengo amigos...

—No digo que no. Solo digo que Eden... Y no te ofendas, pero no tienes amigos, ¿no, pequeña? No te enfades. No he dicho nada malo. Es cierto. Lo es, ¿no? Venga ya, no puedo creer que estés llorando de nuevo. Te pasas el puto día llorando. ¿Ahora qué? ¿Qué he hecho ahora? No te aguanto cuando te pones así. Es totalmente enfermizo. Me preocupas. Tendrías que aprender a estar más relajada.

—¿Relajada como Eden?

—Estás fatal. Estás loca de remate.

Y también estaba esta variante:

—¿Qué planes tienes para esta tarde?

—Ya lo sabes... Ensayo —responde Reese, suspirando.

...

...

—¿Va a ir...?

—¡Lo sabía! Sabía que lo ibas a preguntar.

—¿Va a ir o no?

—Sí, claro que va a ir. Ya te lo he dicho. Gracias a ella estamos componiendo cosas muy chulas.

...

—Supongo que no dejarás que tus celos se interpongan en el éxito del grupo, ¿no? ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que pase cada día contigo y no haga nada ni tenga vida propia ni componga ninguna canción porque eres demasiado celosa y dependiente?

—No soy celosa, Reese... Es que os veis mucho.

—¿Y?

—Y no sé.

—Ahora no puedo tener amigos, ¿no? ¿Es eso? Que tu no tengas ni un puto amigo no significa que... Joder, otra vez las putas lágrimas. ¿Te has planteado que tal vez no tienes amigos porque te pasas el día gimoteando?

—Perdona. No sé por qué me aguantas.

—A veces yo tampoco lo sé.



Un día, poco después de haber conocido a Eden, ocurrió un milagro. Reese quiso pasar tiempo conmigo. Tiempo de verdad. Incluso fue él quien lo sugirió.

—¿Qué tal si pasamos de ir a clase y nos acercamos al BoJangles?

Todo lo terrible de las semanas anteriores se desvaneció en el momento en el que pronunció aquellas palabras.

—¿En serio? —emití un gemido esperanzado.

Patética. Era realmente patética. Reese rio y me alborotó el pelo.

—Pues claro, ¡tonta! Eres mi novia. ¿Cómo no voy a querer quedar contigo?

Me rodeó los hombros con el brazo, acurrucándome dentro de su chaqueta y me alejó de la clase de Lengua. Reese me volvía a tratar bien, como al principio.

Me había propuesto no ser la primera en mandarle un mensaje ni en llamarlo, ni en hablar de Eden durante toda una semana. Había requerido de un esfuerzo titánico por mi parte y mi corazón se había encogido de dolor cada mañana al levantarme y no ver un mensaje suyo en la pantalla del móvil. Sin embargo, había valido la pena. Tal vez era demasiado dependiente. Claramente necesitaba más espacio. Ya lo había dicho en repetidas ocasiones. ¿Y qué es el amor si no dar aquello que necesitan? Había descubierto la clave para que me quisiera de nuevo, y era una sensación maravillosa

—Te he echado de menos. —Me besó la cabeza y me sentí destilar amor por cada uno de mis poros—. Tenemos que pasar más tiempo juntos.

Asentí, convertida en el epítome del relax y la despreocupación.

—¿Qué tal si pedimos un par de bollos con chocolate derretido?

—Me parece una gran idea.

Caminamos hacia el centro, abrazados el uno al otro. Cualquier persona que se hubiese cruzado con nosotros y en aquel momento estuviese pasando por una época de solitud, todavía se hubiese sentido más sola. Sí, parecíamos ese tipo de parejas. Empalagosas. Pasamos por charcos helados y Reese se empeñaba en deslizarse por encima como si fuese un niño.

—¡Es lo mejor del mundo! —gritó mientras yo me reía y lo abrazaba con todas mis fuerzas.

Llegamos al café, Reese eligió la mesa con el sofá mullido y me abrazó una vez hubimos pedido bollos con chocolate derretido. No paraba de hablar del grupo, pero no me importaba porque no dejaba de acariciarme el pelo y de darme amor. Podría haber estado

hablando de pintura, de trenes o de la reina Victoria que yo hubiese tenido la sensación de que solo salía oro por sus labios.

—Me gusta la dirección que hemos tomado —dijo—. Los otros no lo ven del todo claro, pero no son capaces de ver lo que yo veo. Nunca corremos ningún riesgo.

Yo asentía, totalmente de acuerdo con él porque le encantaba cuando asentía y estaba totalmente de acuerdo con él.

Entonces nos trajeron los bollitos y una tetera, y los cogió sin dar las gracias al camarero.

Devoramos los dulces y nos maravillamos de lo ricos que estaban. Nos los intercambiamos a medio comer porque habíamos pedido sabores distintos.

—El mío es claramente mejor —afirmó después de pegar un mordisco al mío.

Asentí, dispuesta a pedir lo mismo que él la próxima vez.

Todo iba genial y yo me sentía tan, tan feliz que pensaba que iba a ser así para siempre. Bueno, si no para siempre, como mínimo durante una hora. Y, sin embargo, luego la cagué. Como siempre.

—Y, bueno —dijo Reese mientras dejaba el bollo sin terminar en el plato—. El sábado tocamos. En el Jeeves and Wooster. Será la oportunidad perfecta para ver qué tal nos sale.

Di una palmada con las manos, exultante por él.

—Reese, ¡eso es genial!

El Jeeves and Wooster era un local pequeño en el que yo había tocado hacía más o menos un mes. Solo había lugar para unas cincuenta personas, pero el público era una pasada. Estaba lleno de melómanos de mediana edad que no podían permitirse el lujo de ir a Londres entre semana. Sin embargo, no pude disfrutar de la actuación porque, justo antes de salir al escenario, Reese me había mandado un mensaje diciéndome que no iba a llegar a tiempo. Ni siquiera me había dicho por qué.

—Ya ves. Ya era hora de que nos dejaran actuar allí, francamente. Pero fui con Eden, que conoce al tipo que lo dirige, y le cantamos un par de nuestras nuevas canciones y le gustaron mucho.

Espera.

Acababa de estallar una bomba. Eden.

¿Habían vuelto a salir? ¿Iban a actuar los dos juntos y… solos? Me asaltaron los celos, ácidos e imparables, y vinieron de la mano de una ira descomunal. Sabía que era mejor no decir nada. Iba a empeorar las cosas.

—No me habías dicho que Eden y tú actuabais juntos ahora —dije para la taza de té, que ya estaba frío.

Vi que el cuerpo de Reese se tensaba, molesto.

—No empieces —advirtió con voz severa—. No cuando lo estamos pasando tan bien.

No, no podía aceptarlo. Mis inseguridades se retorcieron dentro de mí, como un bebé a punto de tener un berrinche. Sorbí un poco más de té, intentando reprimirlo con todas mis fuerzas, pero mis instintos chillaban: «¿¡Qué coño significa esto!? Tienen algo, seguro. Estoy convencidísima. No, no estoy loca, estoy totalmente segura de lo que digo».

—¿Te gusta, Reese? —pregunté con absoluta tranquilidad.

Sin embargo, reaccionó como si acabara de tirarle una cerveza por encima y le estuviese pidiendo un test de paternidad.

—¿Estás de coña? —contestó, negando con la cabeza—. ¿En serio quieres hablar de esto? ¿Otra vez? ¿Justo ahora que lo estábamos pasando tan bien?

Sabía que tenía que disculparme, que no tendría que haber sacado el tema, pero el escozor que sentía en mis entrañas era de tal magnitud que no podía evitar rascarme. Prefería hacerlo a tener que tragarme todos esos sentimientos.

—Creo que estoy siendo muy razonable —dije.

—Tú siempre piensas que eres razonable. Y, sin embargo, ya empezamos otra vez.

Suspiré y me puse las manos delante de los ojos para calmarme.

—Reese, ¿de verdad que no te molestaría que empezara a pasar todo el tiempo con otro chico y empezara a tocar con él sin decirte nada? ¿De verdad que no te molestaría que nunca te llamara o te respondiera los mensajes? ¿No te molestaría que cada vez que nos viéramos hablara todo el rato de lo genial que es este chico?

—No me importaría en absoluto —respondió; cada vez tenía la tez de un color más rojizo, pero su voz era fría, controlada—, porque

no estoy fatal de la cabeza.

Cruzó los brazos delante del pecho y me miró como si me acabara de cagar encima.

—Fuiste tú quien se fue a ver a su ex y ni siquiera le habló de mí —espetó—. Y resulta que yo soy el que no tiene razón.

Otra vez aquel argumento. Lo mencionaba cada vez que me ponía triste y me dejaba fuera de juego porque me devolvía a aquella noche fatídica. Lágrimas. Volvían. Ya estamos otra vez… Pero me resistí porque sabía que solo iba a empeorar las cosas.

—¿Te has preguntado por qué paso tanto tiempo con Eden? —preguntó Reese.

Negué con la cabeza, esperando el insulto. Las manos me temblaban alrededor de la taza de té.

—Porque no me pone toda esta presión encima. Cuando estoy con ella me puedo relajar. ¿Tienes idea de lo difícil que es estar contigo?

«No llores, no llores, no llores, no llores».

—Cuando empezamos a salir estabas siempre relajada y de buen humor. Ahora… —Y dejó la frase sin acabar para que yo la terminara.

Estaba tan concentrada en no llorar que casi me olvidé de respirar.

Sin embargo, una pequeña parte de mi cerebro seguía funcionando y me decía: «Cuando empezamos a salir estaba relajada y de buen humor porque me tratabas bien. Estaba tranquila porque confiaba en que harías las cosas que decías que ibas a hacer. Era feliz porque sentía que me querías tal y como soy y no tenía que esconder nada de mi persona para gustarte. Era atractiva porque me sentía atractiva, porque no me sentía ignorada ni menospreciada, ni ninguneada, ni me hacían sentir que, hiciera lo que hiciera, nunca sería suficiente. Si tú, Reese, volvieras a ser tal y como eras, yo también podría volver a ser como era. Te juro que no es culpa mía. Te lo juro. Te lo juro con todas mis fuerzas».

Pero me limité a reprimir las lágrimas y dejé que continuara despotricando de mí porque creía ser el desastre que él decía que era.

—Estás paranoica. Te juro que me preocupo por tu salud mental. No hay nada entre nosotros. ¡Nada! —Se quitó el sombrero con exasperación—. Y aunque lo hubiera, francamente… Tal y como estás ahora, ¿cómo ibas a reprochármelo?

Negué con la cabeza. No, no se lo podría reprochar.

—Quería que saliéramos juntos, que lo pasáramos bien y mira cómo hemos terminado.

—Lo siento. Lo siento mucho, Reese —gimoteé.

Y entonces puso los ojos en blanco. Delante de mí.

—Creo que es mejor que no vengas a vernos actuar —soltó mientras miraba por la ventana para no ver como mi corazón se rompía en mil pedazos.

—¿Cómo? —me quedé boquiabierta.

—No me voy a poder concentrar en la música si temo que te dé un chungo.

—Pero… —«No llores, no llores, no llores»—, si siempre vamos a nuestros conciertos.

—Bueno, tal vez no sea buena idea —dijo a la ventana.

Sentí que había alcanzado un nivel superior de repugnancia. Estaba tan enfadada conmigo misma, me odiaba tanto. ¿Por qué demonios no había mantenido la boca cerrada? ¿Por qué no me había limitado a comer los malditos bollos y a disfrutar del momento? Debía de estar loca. Eran mis celos. No entendía por qué me aguantaba. No entendía por qué me aguantaba nadie, en verdad.

Mi mundo se desmoronaba y él restaba impasible, su rostro completamente inexpresivo.

—Creo que necesito espacio, Amelie. Eres demasiado difícil. No es justo para mí.

—¿Quieres dejarlo?

No, no, no, no.

—Joder, yo no he dicho eso. ¡Deja de ser tan dramática! Solo digo que necesito más espacio…

¿Espacio? ¿Más espacio? No nos veíamos casi nunca. Por fuerza tenía que ser terrible estar conmigo si necesitaba espacio tras haber

ido a comer juntos un solo bollo con chocolate derretido. Debía de ser el individuo más repulsivo del universo.

—Si es lo que necesitas… —se me quebró la voz.

—No te pongas a llorar otra vez. Eres muy manipuladora.

Tragué saliva y cerré los labios con fuerza. Parpadeé mirando al techo. Hice exactamente lo que me estaba pidiendo.

—Vale.

—No llores.

—No lloro.

—Mira, ¿sabes qué? Ya te llamaré, ¿vale?

—Vale.

—¿Ahora te pones borde?

Cerré los labios con más fuerza todavía y negué con la cabeza.

—No —dije como un robot—. Necesitas espacio. Lo entiendo.

Estiró el brazo y me dio unos golpecitos en la cabeza como si fuese un perrito.

—Eso es. Nos vemos, pequeña. Sabes que te quiero. Eres muy bonita.

Pronunció aquellas palabras mientras se levantaba y se alejaba mirando si había recibido algún mensaje de Eden.

—Me voy, ¡adiós!

Miré como se iba y respiré hondo antes de mirar la hora con las manos temblorosas. Tenía diez minutos para llegar a clase de Música.

«Levántate del sofá», me dije. Lo logré. «Sal del café», me dije. Y lo logré. Sin llorar. Recorrí el camino hasta el instituto a pasos pequeños que se me antojaban pruebas que tenía que ir superando. «¿Lograré llegar hasta esta farola sin llorar? Sí, venga, vamos, tú puedes. ¿Lograré llegar hasta la oficina de correos sin gritar? Sí, vamos, casi lo tienes. Enhorabuena. Mira, ya llego. Venga, las rodillas aguantarán todo el camino hasta el instituto. Estupendo, conseguido. Felicidades. Ahora el reto final: aguanta toda la clase de Música sin llorar».



Fue precisamente en esta esquina donde me desmoroné por completo. Claro que ese día la clase no estaba vacía. La señora Clarke entró y empezó a explicarnos el tema del día y yo intenté concentrarme en sus palabras. La música siempre me había ayudado a evadirme, pero tú, Reese, habías eclipsado mi cerebro, habías eclipsado mis capacidades. En verdad, empiezo a darme cuenta de que eclipsaste cada pedacito de mí que me hacía la persona que era. En esta historia no hay nada que no sea sobre ti. Me vaciaste. Me dejaste sin amigos, sin aficiones, sin peculiaridades. Me vaciaste de todo lo que me hacía interesante o feliz, lo que me convertía en una persona que valía la pena conocer. No queda nada. Me has dejado como una piedra plana en la que solo hay tu nombre grabado con cincel.



Resollé. Volvía a resollar. Miré al techo, parpadeando. Murmuré para mí misma que me controlara. Aguanté la respiración. Hice todo lo posible por no llorar, pero las compuertas no eran capaces de soportarlo. La presa no iba a poder con la presión.

—La parte más difícil de vuestra composición será… —iba diciendo la profesora.

Plop. Una lágrima furtiva se deslizó mejilla abajo. La limpié, esperando que nadie se hubiese percatado. Sin embargo, otra

apareció en el otro ojo. No podía reprimir los sollozos. La gente empezó a girarse para ver qué ocurría. Me fregué la nariz con la manga del jersey y seguí limpiándome las lágrimas a medida que se derramaban.

«Por favor, basta de lágrimas», me supliqué. «Aquí no, delante de todo el mundo no, por favor».

Nada. Plop, plop, plop. Y no las pude contener más, y empecé a dejar la libreta perdida. La tinta del bolígrafo se estaba corriendo y las hojas de papel se hinchaban.

—No solo os voy a puntuar la calidad de la composición, sino que…

No podía dejar de dar vueltas a la conversación con Reese.

«Eres demasiado difícil».

«Solo digo que necesito más espacio…».

«Eres muy manipuladora».

Vertí una lágrima por cada calificativo que Reese me había dedicado. Cada una de las cosas que pensaba sobre mí y que yo también creía. En aquel momento no sentía más que tristeza por él, por tener que aguantarme. Pobre Reese. Pobre Reese, que tenía que aguantar a alguien tan majara, ida, insegura y aburrida como yo… cuando podía estar con una chica como Eden. Una chica que lo hiciera brillar.

Plop, plop, plop. Mi libreta se había convertido en una piscina tan profunda que los niños incluso habrían necesitado manguitos para nadar. Un chico que estaba sentado a mi lado, Michael, no paraba de lanzarme miraditas cada vez que sollozaba. Vio las lágrimas en la mesa y no pude aguantar más. Recogí las cosas y las metí en la bolsa.

—Señora Clarke, tengo que irme. No me encuentro bien.

—¿Estás bien, Amelie? —preguntó cuando se percató de mis lágrimas.

Estaba en medio de clase y no podía hacer nada.

Salí sin ni siquiera responder. Entré en el baño de las chicas como un vendaval y… Exacto, lloré.



Vuelvo a mirar tu mensaje y, por primera vez, ocurre algo increíble: siento pena por Eden.

No siento celos, sino compasión.

Durante tiempo ha sido mi némesis, mi cruz, el origen de todas mis inseguridades y mi desprecio hacia mí misma. He estado tan obsesionada con ella como contigo. ¿Por qué no podía ser más como ella? ¿Por qué soy como soy, así de horrible? ¿Por qué no podía ser tan guay y segura y relajada y provocadora y todas las cosas que ella te podía dar pero que yo claramente no podía? La odiaba por ser mejor que yo en todos los sentidos posibles.

Estaba totalmente ida. O eso es lo que me decías...

«No hay nada», decías. «Ya basta de tanta paranoia», afirmabas. «¿Por qué eres tan insegura?», te quejabas. «Puedo ser amigo de una chica, ¿no?».

Ahora soy yo quien se pregunta cosas.

¿Está preocupada por mi culpa, ahora? ¿Te hace las mismas preguntas que yo? ¿Me he convertido yo en su cruz? Y mi instinto me dice algo curioso: «Quizás sí».

Quizás ahora que estás con ella añoras cosas de mí. Quizás ahora le dices que por qué no puede ser más discreta, por qué no puede ser más así o asá, más de alguna forma que ella no es para que, vaya por dónde,

empiece a sentirse insegura del mundo y piense que se le está yendo la cabeza. Estoy convencida de que le dices que no tiene que preocuparse de la loca de tu ex, cuando, a juzgar por el mensaje que me mandaste, tiene todos los motivos para preocuparse.

Ya lo conozco. Ya te conozco. Sé que mi instinto no me falla. Sé que Joan va a tener una opinión muy contundente respecto a tu mensaje. Y me odio por pensar así y por ser tan débil, pero ¿sabes qué, Reese?, me muero por verte después de clase y que todo vuelva a ser como fue al principio.

No sé cómo pararme a mí misma.

Por favor, que alguien me ayude.

—Dice que me quiere —le explico a Joan—. Dice que lo de liarse con ella fue un error. Que quiere volver conmigo.

Sonrío porque decirlo en voz alta me hace realmente feliz. Doy por sentado que se va a poner hecha una furia, que me dirá que es una idea nefasta, que me va a prohibir verlo. Espero que me coja de las manos y grite: «¡Nooo!». Me preparo para ponerme a la defensiva. Sin embargo, la expresión de Joan permanece inmutable.

—Oh —responde—, ¿y cómo te sientes?

Inclino la cabeza, algo molesta ante su falta de respuesta.

—Confundida —respondo con sinceridad—. Sé que hizo algunas cosas mal...

Ya le había contado lo de Sheffield. Se lo había explicado, había chillado y había llorado. Me ha dado herramientas para que pueda sobreponerme cuando me asalte el recuerdo, que llega siempre como un tren arrollador.

—Sé que no es perfecto —continúo—, pero quizás solo necesitaba tiempo, espacio, para darse cuenta de lo que teníamos, ¿no? Tal vez ahora funcionará. Como al principio.

Sigue en silencio, pero casi soy capaz de llenar el silencio con lo que le pasa a Joan por la cabeza. Oigo una vocecita en la mía que no para de gritar.

«Esto es ridículo. El amor no funciona así. Eras profundamente infeliz a su lado. Has estado hecha una mierda desde que lo conociste. Esto no es amor. No es amor. ¡No lo es!»

Pero no quiero escuchar esta vocecita porque esta vocecita implica que nunca más voy a poder besarte. Nunca más vas a mirarme como si fuese lo único que necesitaras en el mundo. No voy a volver a experimentar la potente ola de amor que siento cada vez que vuelves a mí y lo bien que me siento por haber tenido que esforzarme tanto para lograr que volvieras.

—¿De verdad crees que será diferente? —me pregunta Joan—. Si eres sincera al cien por cien contigo, Amelie, ¿de verdad crees que este chico no te volverá a hacer daño?

Me doy cuenta de que ha medido cada una de sus palabras. Las ha elegido con pinzas y las ha alineado todas para formar esta pregunta.

Abro la boca para contradecirla, para defenderte, pero entonces me da un vuelco el estómago.

Mis entrañas tienen algo que decir.

Mi instinto.

Mi instinto dice… «no».

Cierro la boca. No quiero admitirlo porque hacerlo significa que se ha terminado. Que se han terminado los buenos momentos y la emoción y el caos… y lo maravilloso que podía ser. No estoy segura de ser capaz de renunciar a todo eso. No estoy segura de poder renunciar *jamás* a todo eso.

Joan vuelve a hablar. Cruza una pierna por encima de la otra. No me mira a los ojos, más bien a mi perfil, y echa un vistazo a la caja de pañuelos que hay en la mesilla.

—A veces —empieza—, cuando alguien no nos trata bien y ataca directamente nuestra esencia como personas, nos ocasiona un trauma. Es normal desear que te quieran, es lo más normal del mundo. A nuestro cerebro no le gusta que una persona a la que queremos nos haga daño. A nuestro cerebro no le gustan los traumas, no le gusta sentirse inseguro y, a veces, toma atajos poco recomendables para hacernos creer que estamos a salvo.

Habla con tanto convencimiento, con tanta tranquilidad, que no puedo hacer más que escucharla.

—Uno de los mecanismos a los que recorre nuestro cerebro para sentirse a salvo es que crea un vínculo muy intenso con la persona que nos está lastimando. Es la forma que tiene nuestro ego de protegerse. Has oído hablar del síndrome de Estocolmo, ¿verdad?

Asiento. Recuerdo que salía en una película de James Bond en la que una chica se enamoraba del tipo que la había secuestrado.

—Este es un ejemplo de ese tipo de vínculos. Si te enamoras de tu captor, te será infinitamente más fácil gestionar tu propio secuestro. —Hace una pausa, sigue sin mirarme a los ojos, tampoco me presiona, solo me insta a escucharla—. Luego hay que considerar otro factor, Amelie. Cuando una persona nos trata de manera incoherente, nuestro cuerpo se vuelve adicto a ese estado nervioso. Se vuelve adicto al deseo de que las cosas mejoren, a sentirse fatal, a estar deprimido cuando no va bien, pero luego, cuando la persona en cuestión nos vuelve a tratar bien, el cuerpo queda abrumado por las hormonas positivas que desata. Es un poco como tomar drogas. Nunca sabes cuándo vas a volver a tener un subidón de cariño.

»Si se combina el vínculo que ha generado el trauma con esta montaña rusa de sensaciones... Bien, el resultado es muy potente. La atracción que sientes hacia

esa persona es muy, muy fuerte. Tus sentimientos son muy intensos...

Ahora. Ahora es cuando Joan se recoloca y me mira a los ojos.

—Sin embargo, Amelie, esto no es amor —afirma —. Estos sentimientos no son amor.

No me dice que no vuelva a verte nunca más. No me dice qué debo hacer ahora. Insiste con delicadeza en la idea de si algún día voy a querer contárselo a mis padres. Como siempre, niego con la cabeza.

«Esto no es amor».

Cuando salgo de la consulta de Joan, veo que tengo otro mensaje.

Reese: Necesito verte. Por favor. BoJangles. Te quiero :* :* :*

«Amelie, esto no es amor».

¿Qué es el amor? Salgo a la calle. Hace buen tiempo y me fijo en las hojas que ya brotan en las ramas de los árboles. Estoy sola, como de costumbre. ¿El amor es no tener que pedir perdón nunca? ¿Son los gestos románticos y grandilocuentes? ¿Son fuegos artificiales, es no poder dejar de pensar en esa persona y saber que nunca antes has sentido algo semejante? ¿El amor es no poder dejar de mirar el móvil y querer morirte cuando ves que no tienes ningún mensaje, pero luego sentir un estallido de júbilo cuando te llega uno? ¿Es esconder los

trocitos de ti que no le gustan a la otra persona, pero ignorarlos si tienen buen aspecto? ¿El amor son mariposas? No digo de las bonitas *per se*, sino las que sientes dentro de ti cada vez que ves a esa persona y no precisamente porque te emocione verla, sino porque temes echarlo todo a perder. ¿El amor no es pensar que no puedes vivir sin ella? Necesitarla tanto y con tanta intensidad que estarías dispuesta a renunciar a todo para poder experimentar una vez más aquella sensación eufórica que te inunda cuando tienen un buen día. El amor duele. ¿No es lo que siempre dicen? ¿Acaso es real si no duele? ¿Puedes confiar que es amor si no lo sientes como un golpe en toda la cara?

Empiezo a caminar en dirección al centro, leyendo una y otra vez tu mensaje. Me imagino cómo será volver a estar juntos y que me estreches entre tus brazos. Lo veo como una película, delante de mí. Me vas a contar lo mal que ha ido todo con Eden y podré olvidar todas mis inseguridades y mis celos. Me vas a prometer que me recompensarás y confiaré que, de buenas a primeras, será verdad. Me adorarás y nada me parecerá poco. Me puedo imaginar los regalos y las citas, y todas las disculpas amontonadas en tus labios. Tal vez incluso me compongas una canción. Esta noche iremos a tu casa y tendremos sexo, y sé que no va a ser como en Sheffield. Vamos a amarnos, a darnos ternura el uno al otro, y será genial, como al principio. Si eliminas todo lo malo,

todo lo que casi me ha destruido, y te centras en lo que podríamos construir durante las próximas semanas... el mundo entero tendría celos de nosotros. Vamos a arder, en éxtasis, y juntos vamos a hacernos sentir vivos, y todos estos mortales insignificantes nunca sabrán lo maravilloso que puede llegar a ser el amor y la vida cuando se ama como nosotros nos amamos.

«Amelie, esto no es amor».

Una madre me atropella con su carrito doble y ni siquiera me pide perdón. Sacudo la cabeza, intentando despertarme de este estado letárgico. Sé dónde me estás esperando. Debes de estar sentado en los sofás. Siempre conseguías la mejor mesa donde fuera que íbamos. Sé que tan pronto como cruce el umbral de la puerta vas a lanzarte hacia mí y me besarás delante de todo el mundo. Vas a susurrarme que sabías que iba a venir y que sientes todo lo que me has hecho. Y todos nos mirarán, envidiosos. En el instituto pronto lo sabrá todo el mundo. Siempre te ha encantado ser el centro de todas las miradas.

«Amelie, esto no es amor».

¿Puedo dejar todo esto atrás? ¿No es una *locura* dejarlo todo atrás? ¿Quién sacrificaría la oportunidad de experimentar un amor así? A pesar de que mi instinto me quiere decir algo. Me quiere decir: «No va a durar». Sé que no va a durar. No vas a ser capaz de mantenerlo. Voy a quedar de nuevo hecha una mierda. Llegará otra

persona, estupenda y genial, porque yo nunca voy a brillar lo suficiente y durante suficiente tiempo.

Y, sin embargo... A pesar de todo, tomo el camino hacia el BoJangles. Tomo el camino hacia ti.

¿Qué *es* el amor?

Tal vez es otra cosa. Tal vez no es lo que nos han dicho que es. Tal vez son palabras tan aburridas como la seguridad, la confianza, la calidez, el aprendizaje. Tal vez es la tranquilidad de conocer a alguien muy bien y que te conozca muy bien a ti. Tal vez son los besos en los que a veces chocáis la nariz y os echáis a reír. Tal vez el amor es no sentir nunca estas mariposas en el estómago porque conoces perfectamente bien tu entorno. Tal vez el amor no es pasión, sino cautela. ¿No hay que ser cautelosa? A fin de cuentas, vas a entregar tu corazón a otra persona, ¿no? Vas a dárselo para que siga latiendo en sus manos, ambos siendo plenamente conscientes de que en cualquier momento puede dejarlo caer y convertirse en una masa informe y agonizante. ¿No deberías sentirte segura? En vez de delirar por la pasión, por la inseguridad... o por culpa de un vínculo traumático. Tal vez el amor, el de verdad, es delicado. Tal vez se cuece a fuego lento, hirviendo poco a poco en el fogón, cada vez adquiriendo un sabor más intenso. Tal vez el amor es tu canción favorita de fondo, a un volumen bajo, casi imperceptible, pero como la

conoces tan bien eres capaz de cantarla mentalmente, de recrear cada nota y cada verso.

He vivido los dos tipos de amor. He experimentado ambos y sé que uno me hizo sentir cómoda y segura y el otro me ha llevado a la psicóloga y a la soledad.

Pero, ¿sabes qué, Reese? Me da igual. Voy contigo. Estoy de camino. Siento tantísimo haber dudado de nosotros, cariño mío.

Mis piernas empiezan a correr. ¿Y si no estás? ¿Y si has cambiado de opinión? Me asaltan los nervios, las mariposas se ponen a revolotear tan fuerte que generan un auténtico tsunami dentro de mí. No puedo alejarme de nosotros. La mera idea de hacerlo me hace llorar. No puedo alejarme de ti. Siento tanto habérmelo siquiera planteado.

Te amo, Reese. Te amo, te amo, te amo. Voy contigo. Por nosotros. Ya voy. Estoy corriendo. Te amo tanto...

—¿Amelie?

Alguien me agarra y me frena. Alguien me ha agarrado del brazo y me ha obligado a parar. Me giro bruscamente para ver quién ha osado detenerme en el camino hacia ti.

—¿Hannah?

Me tiene agarrada del brazo y su rostro es la viva imagen de la preocupación.

—Amelie, ¿qué ocurre?

¿Por qué me detiene? ¡Debo irme! ¡Tengo que encontrarte! Tengo que estar contigo y sé que voy a destruirme a mí misma, pero estoy convencida de que valdrá...

—Debo irme —sacudo el brazo para liberarme—. Llego tarde a un sitio.

Sin embargo, no me suelta. Se pone delante de mí para impedirme el paso y mira, horrorizada, mi cara llena de lágrimas.

—Amelie, seguro que puede esperar. ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras?

—Déjame ir, por favor. Por favor, llego tarde a...

Niega con la cabeza.

—Vayas a donde vayas, seguro que no vale la pena —me coloca una mano sobre el hombro, delicadamente —. Sé que hace un tiempo que no hablamos, ¿pero por qué no vamos a dar una vuelta y charlamos un rato?

Dentro de mí se está librando una batalla terrible. Cada ínfima parte de mi cuerpo está en conflicto. Estoy ansiosa por verte y por liberar toda esta tensión... pero, ay, el precio de verte... Y estoy ansiosa por quedarme y luchar y por confirmar que Joan tiene razón: que lo que tú y yo sentimos no es amor. Nunca lo fue. Fue una ilusión, una ilusión terrible que me carcomió y me desgarró de mi propia persona y de todo lo que yo quería, y me ha dejado como si fuese una cáscara vacía que justo ahora intenta empezar a revivir. Ansia por

autodestruirme en brazos de un chico o ansia por intentar revivir a mi persona a manos de una chica, una amiga, que me pregunta si estoy bien.

Parpadeo, la respiración entrecortada, y me deshago en lágrimas. Debo de parecer loca. Hay gente que intenta pasar por la acera y murmuran y chasquean la lengua, pero a Hannah no le importa. No aparta la mano de mi hombro. No le repulsa verme llorar. Al contrario, parece realmente preocupada por verme así, a pesar de que me comporté como una auténtica imbécil.

—Amelie, me estás empezando a asustar. Vamos, ven. Vamos al parque a por un café. Yo invito.

No quiero perderte, Reese. No quiero alejarme de nosotros, pero no puedo fingir que no pasó nada. No puedo fingir que todo lo malo, todo lo peor y todo lo terrible que ocurrió no fue verdad.

«Amelie, esto no es amor».

Y...

Y...

Me desprendo de ti.

Suspiro y abandono la idea tóxica de volver a estar juntos para que vuele al viento de este día azul y soleado.

El dolor me asalta más intensamente de lo que creía posible. Me desmorono de tal manera que Hannah tiene que acompañarme a un banco, sentarme y decirme que respire. Pero no puedo, no puedo, no

puedo. Ya está, basta. *Tiene* que acabarse. Y a pesar de que me hayas lastimado tanto, hasta el punto de que no sé si llegaré a recuperarme jamás del todo, me duele muchísimo dejarte. Hannah no deja de pasarme la mano por la espalda una y otra vez, no deja de susurrarme palabras tranquilizadoras. Se queda junto a mí hasta que las lágrimas deciden parar, como siempre terminan haciendo, independientemente de lo mucho que llore.

—Amelie —dice, cuando el río de lágrimas se ha apaciguado—, ¿qué ocurre?

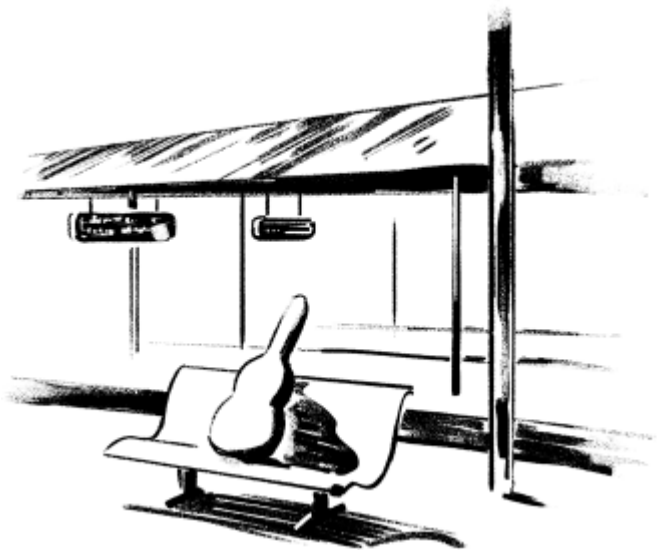
Levanto los ojos, rojos como los de un vampiro. Me sorbo los mocos y me limpio el dolor y la pena del rostro. En ese momento, me doy cuenta.

Es la primera vez que he llorado en público y alguien se ha parado y se ha preocupado por mí.

La primera persona que me ha visto y me ha detenido para preguntarme si estaba bien, porque cuando alguien llora en medio de la calle y a la vista de todo el mundo está claro que no está bien.

Entonces abro la boca.

Y se lo cuento todo.



El andén número 13 de la estación Clapham Junction

A mi alrededor, la gente languidece acalorada.

El sol se refleja en los raíles y los pasajeros luchan por una porción de sombra mientras esperan que llegue su tren, que les arropará con aire acondicionado. Yo estoy sentada en un banco, dando sorbos a un café largo con hielo, con un vestido de estampado de girasoles. Incluso yo he tenido que admitir que hace demasiado calor para ponerme jersey.

Esta es la última parada, Reese. El último punto de mi mapa de recuerdos antes de que esté listo para

mandarlo al museo. Te habrás dado cuenta de que hay una brecha importante entre este último destino y los puntos anteriores, ¿verdad? El invierno dejó paso a la primavera, y la primavera dejó que las flores dieran la bienvenida al verano. Y aquí estamos, ardiendo bajo el sol, en un calor tan intenso que no hay desodorante que pueda contra este bochorno. Me voy a despedir de ti acompañada del olor intenso que desprende el cuerpo de un extraño.

Muy apropiado.

La verdad es que no tengo ganas de rememorar qué me llevó a llorar en este lugar la última vez, y lo horrible que fue. En aquel momento, fue una de las peores noches de mi vida. A Eden y a ti os ofrecieron actuar en un local. A los dos solos. El sitio se llama Underdog y estabais muy insoportables porque la actuación era en Londres. ¿En Londres? Sí. ¿Ya te he dicho que era en Londres? Ya que preguntas, concretamente era en el barrio de Clapham. Nadie te preguntó, pero esto no era motivo para no contarnos todos los detalles. Y, por supuesto, yo no era bienvenida por todo el rollo de que era tu novia y tal.

—Me vas a distraer demasiado —me dijiste sin ni siquiera mirarme o pedirme perdón o tocarme—. La otra actuación fue muy bien y creo que es porque estaba relajado. Y como sé que estás fatal con todo el tema de que Eden y yo estamos liados... No es justo para

nosotros. No tenemos por qué cargar contigo en nuestro gran día.

Porque eras un auténtico gilipollas, ¿verdad, Reese? Una persona realmente insoportable. Menuda majara estaba hecha yo, ¿no? Pensar que me ibas a dejar por ella cuando lo que hiciste fue, en efecto, DEJARME POR ELLA. MENUDA LOCA ERA YO, ¿VERDAD? POR SOSPECHAR CON RAZÓN QUE QUÉ COÑO ESTABA PASANDO DURANTE TODO ESTE TIEMPO. LA LOCA, LA MAJARA DE AMELIE... ELLA Y SU PERCEPCIÓN TAN NORMAL DE LA REALIDAD.

Ups, lo siento.

Joan dice que, a lo largo del proceso de duelo, se pasa por todas las fases que nos han contado: la negación, la ira, la negociación y tal. Creo que estaremos de acuerdo en que, por ahora, tal vez estoy estancada en la fase de la ira.

«¿Por qué estás de duelo, Amelie?», me preguntas. «¿Porque lo dejamos?» No, Reese, dejarte fue lo mejor que podía haber hecho en la vida. Cosa que es bastante contradictoria porque, en verdad, conocerte ha sido lo peor que me ha pasado en la vida. Así que, ¿estoy de duelo por ti? No. En absoluto. Tal vez durante un tiempo lloré la idea que tenía de ti. Tuve que aceptar que los atisbos de bondad que había en ti no eran reales. No eran más que una trampa, una telaraña colocada para

atraerme y atraparme, para poderme atar de tal forma que pudieras succionar tranquilamente todo lo que yo era y luego abandonarme y saltar a por la siguiente presa. Y, de nuevo, preguntas: «¿Por quién estás de duelo, Amelie?».

¿Sabes por quién?

Por mí.

Estoy de duelo por la persona que fui antes de conocerte. La Amelie que confiaba en las personas, la que confiaba que el amor era algo bueno. La Amelie que tenía amigos y una vida, y que la respetaban por ser fiel a sí misma. Esa chica ya no existe. La asesinaste. Estoy intentando recuperarla, claro, pero nunca más será la misma.

—Esto va a ser una de las cosas más difíciles de aceptar —dijo Joan—. Aceptar que no puedes volver atrás, que lo que ocurrió con este chico ocurrió de verdad y ahora es parte de quién eres. Sé que es injusto y sé que es difícil, pero ahora lo más importante es saber en qué te tienes que fijar para que no vuelva a ocurrir.

Estoy de duelo por la chica que fui antes de que me encandilaras, me idolatraras y nos hicieras creer que nuestro amor podría mover montañas. Estoy de duelo por la chica que fui antes de que me empezaras a desgastar, antes de que me hicieras creer que todo lo que yo era estaba mal. Estoy de duelo por la chica que

tenía amigos y que tú me obligaste a abandonar, poco a poco, sin prisa pero sin pausa, y de un modo tan sutil que nunca podré demostrar que fue culpa tuya. Estoy de duelo por la chica a la que manipulaste para que tuviera sexo contigo sin que ella quisiera y luego la violaste mientras lloraba. Estoy de duelo por la chica que sigue teniendo pesadillas y tuvo que acudir a una especialista en traumas psicológicos para intentar asimilar lo que le hiciste a su cuerpo. Estoy de duelo por mis padres, que siguen sin poder creer que algo así le haya podido a pasar a su propia hija, a la que tanto habían intentado proteger de chicos como tú. Estoy de duelo por nuestra inocencia perdida porque ninguno de nosotros podrá ser el mismo después de ti. Ni yo, ni mamá, ni papá, ni Alfie.

Así que, vamos, terminemos la historia, ¿no?



No podía ir al concierto, pero, claro, como Reese me había convertido en una maníaca, decidí seguirlo. Sabía que, si sus amigos o él me pillaban, nunca podría negar que me había vuelto loca. Es decir, me disponía a seguir a mi novio como una acosadora. A un novio que me había prometido que podía confiar en él. Me vestí de negro porque si te propones convertirte en una majara que se dedica a seguir a la gente, como mínimo hay que hacerlo bien. Me recogí el pelo en una coleta, busqué la hora exacta del concierto y calculé a qué hora iban a llegar para prepararlo todo. Así me aseguraba de que no terminaríamos en el mismo tren.

—¿Sales? —preguntó mamá con voz esperanzada cuando vio que me abrochaba el cinturón de la chaqueta.

—Sí, bueno, solo a un concierto —metí la coleta en la bufanda.

Vi que suspiraba, aliviada.

—¡Qué bien! Llevas tiempo sin tocar. Tu padre está feliz de que no nos tengas despiertos toda la noche, pero la verdad es que estoy muy contenta de que tengas una actuación.

Negué con la cabeza.

—Yo no toco. Es Reese. En Londres.

Intenté ignorar su cambio de expresión tan pronto mencioné el nombre de Reese.

—Oh, toca Reese. Bueno, pásalo bien.

Pasé el viaje en tren tiritando como una hoja. Casi ni podía sostener el teléfono. Sentía que todo el vagón sabía perfectamente qué estaba haciendo y por ello me miraban con expresión sospechosa.

«Estás fatal», me dije a mí misma. «Mira lo mal que estás. Mira qué demonios estás haciendo, Amelie. No me extraña que ya no le gustes a Reese. Estás totalmente ida».

Sin embargo, mi instinto quería que me quedase allí sentada, que bajase en la parada de Clapham Junction y subiera por la calle St. John's Road, evitando los grupos de fumadores que se acumulaban en las aceras delante de las puertas de los bares. Llegué demasiado pronto. Todavía faltaban cuarenta minutos para el concierto y no podía arriesgarme a que algún conocido me viera. Encontré un callejón y me quedé allí, mirando el móvil cada treinta segundos para comprobar el tiempo que había pasado. Me decía: «Estás fatal, estás completamente ida; vas a ir y verás que no hay nada raro y te vas a querer morir porque se habrá demostrado que estás majara total».

Al final, cuando mis labios ya habían adquirido un tono azulado por el frío, llegó la hora. Reese debía de estar en el camerino, preparándose con ella, y era mejor procurarme un sitio en la parte más alejada del escenario, como buena novia obsesionada y acosadora que era, por si el antiguo grupo de Reese había decidido venir.

Me abrí paso entre la gente fumando en la entrada, pedí una limonada para tener algo que hacer con las manos y me coloqué en un rincón del fondo de la sala. A mi alrededor, la gente charlaba y no parecía interesada en absoluto por el escenario. Era muy diferente de cómo Reese había descrito el local cuando había fardado de lo genial que era y que yo no podía ir y se me prohibía reaccionar de un modo emocional ante esa prohibición.

—Es un local estupendo. El público está superpendiente de la música, ¿sabes?

Sin embargo, nada más lejos de la realidad. A mi lado, había un grupo de tíos retándose los unos a los otros a beber más chupitos de Jägermeister con Red Bull y a su amigo Mikey le decían que «dejara de ser un puto maricón». Al otro lado, había un grupo de chicas inmersas en una discusión sobre la capacidad emocional del novio de una de ellas.

—Es que creo que le gusto, aunque actúa como si no le gustase, ¿sabes? ¿Entendéis lo que quiero decir? —gritaba una, y las otras asentían y daban un sorbo a sus pajitas y lanzaban miraditas a Mikey para fingir, inmediatamente después, que no lo habían hecho.

Empecé a preocuparme por Reese. A los diez segundos de salir al escenario sabes si vas a tener al público de tu lado o no y, desde mi posición, la cosa no pintaba demasiado bien. Y aunque estaba dolida y humillada porque no me había invitado, quería a Reese y quería lo mejor para él.

Las luces se apagaron. Nadie manifestó la más mínima emoción ni aplaudió cuando Eden y él salieron al escenario. Una de las chicas incluso refunfuñó cuando la sala quedó sumida en la oscuridad. Cuando vi que el sombrero de Reese se acercaba al micrófono, sí sonó un ligero aplauso. Vi a Eden en la oscuridad y me invadió una oleada de odio. Entonces las luces se encendieron de golpe y Reese agarró el micrófono.

—Hola a todos. Gracias por estar aquí. Somos Dimmer Switch.

Empezaron a tocar la primera canción en absoluta armonía. Desde mi sitio podía notar la química chisporroteando entre los dos. Era como si de verdad fuesen a saltar chispas ante el más mínimo contacto entre ellos. Durante toda la canción, Reese no apartaba los

ojos de Eden, exactamente tal y como había hecho conmigo. Sentía como si estuviese viendo nuestra actuación en el Cube. Eden también lo miraba. Era evidente que los dos estaban inmersos en su propia burbuja, ni siquiera les hacía falta el público, lo que ya les iba bien porque al público parecía que le daba igual lo que sucedía en el escenario. A Mikey lo seguían llamando maricón y uno de sus amigos se acercó a una de las chicas para preguntarle hasta qué punto creía que Mikey se comportaba como un maricón. A nadie parecía que le importara lo más mínimo lo que hacían Reese y Eden, el dúo musical, sus canciones y el hecho de que se habían enamorado el uno del otro.

Parecía que no le importaba a nadie más que a mí.

A mí, que en aquel momento me estaba agarrando a la pared como si hubiese una barandilla. Intentaba mantener una respiración normal y convencerme de que todo eran paranoias mías, como Reese me decía. Sin embargo, canción tras canción, su química no hacía más que intensificarse (si bien la calidad de su música no lo hacía en absoluto). No estaba llorando. Todavía no. Toda yo estaba en shock. Me sentía mal. Físicamente mal. Sentía unos celos tan corrosivos que era como si me inyectaran náuseas directamente en el corazón. «¡Aléjate de él!», quería gritarle a Eden. «¡Fuera de aquí! ¡Fuera!». Pero me quedé allí, de pie, mirando, sintiendo que todo mi ser quedaba reducido a un montoncito de inseguridad, de horror y de dolor.

Me repetía que me lo estaba imaginando todo, que no era real, que estaba todo en mi cabeza. Deseaba que fuese así, que Reese me hubiese dicho la verdad. Quería que sus mentiras fuesen ciertas. Era más fácil aceptar mi absoluta estupidez que el hecho de que Reese quisiera a otra persona.

El concierto estaba llegando a su fin y sabía que tenía que irme. Sabía que correría el riesgo de perder mi último atisbo de dignidad si me quedaba y alguien me veía, pero mis pies estaban pegados al suelo. No podía no quedarme y ver el concierto hasta el último segundo. Reese rascó el último acorde y el público aplaudió, comedido. Reese asintió.

—Gracias, gracias. Habéis sido un público genial —dijo como si acabara de tocar en el estadio de Wembley o algo así.

Y, entonces, ocurrió.

Fue como si el tiempo se ralentizara, como suele ocurrir cuando un corazón se rompe. Reese miró a Eden y sonrió, y Eden lo miró y sonrió, y luego… Luego… Se acercaron y…, y…

Y…

…

…

…

Y se besaron.



No recuerdo mucho más de lo que pasó esa noche, la verdad. Si alguien me pregunta qué ocurrió entre ese beso (un beso que demostraba claramente que ya se habían besado muchas más veces) y hasta que llegué a la estación de Clapham Junction, no sería capaz de responder. Hay un vacío en mi mente. Hay media hora de mi vida que es como si no la hubiese vivido. No recuerdo haber salido del local, ni caminar hacia la estación, ni pasar por los torniquetes de seguridad. Solo recuerdo llegar aquí, al andén número trece, y ver que habían cancelado el siguiente tren.



«Southern Rail se disculpa por las molestias que pueda causarle el retraso».

Tenía que esperar cuarenta minutos hasta el siguiente tren y no podía hacer otra cosa que acurrucarme como una bolita encima de una silla incómoda, en esa mierda de sala de espera, y desmoronarme por completo. Nunca había llorado tan fuerte. Mis sollozos hacían temblar la silla. Era como si hubiese caído en un agujero negro de dolor del que no podía escapar. Era como si alguien hubiese retorcido cada músculo de mi cuerpo y después los hubiesen golpeado uno a uno varias veces. Casi no podía ni respirar del dolor. Sollozaba, tenía hipo y resollaba. Nadie vino a ver si estaba bien. ¿Por qué iban a hacerlo? A fin de cuentas, es mucho más fácil ignorar a la histérica que solloza en el rincón.



Cierro los ojos. Estoy en el mismo andén. Hoy siento como el sol me baña los párpados. La última vez que estuve aquí estaba hecha una mierda. Pensaba que nunca más podría recuperarme. Pensaba que el mundo entero se iba a derrumbar. Cuando llegó el tren, prácticamente ni siquiera era capaz de caminar. Por supuesto, mandé al carajo la poca dignidad que me quedaba y te mandé un mensaje para decirte que lo sabía. Que os había visto. Te dije de todo. Con Eden, fui peor. Siempre convertimos a las chicas en las malas en vez de tratarlas como a otra víctima, ¿no? Me dijiste que estaba loca de remate. Me dijiste que nunca me habías querido.

Contaste a todo el instituto que era una loca acosadora. La verdad es que sí me volví un poco loca después de aquello. Me planté un par de veces delante de tu casa, bramando y llorando y aullando, preguntándote qué había hecho mal y por qué me hacías esto, suplicándote que volvieras conmigo por favor, por favor, por favor. Te pedí perdón por todas las cosas que había hecho mal solo por ser yo misma y por intentarte querer lo suficiente. Me miraste con cara de asco y me dijiste que era patética, que no te extrañaba que te hubieses enamorado de Eden.

Eso no es amor.

Lo que tuvimos tú y yo no es amor, Reese.

Es lo que he aprendido. Lo he aprendido tras recorrer todo este camino, tras escuchar a mi instinto, tras seguir el rastro de lágrimas que había dejado detrás de mí y tras pedir ayuda.

No era amor. En absoluto.

Era maltrato.

Maltrato.

—Pero si nunca me pegó —repliqué cuando Joan pronunció esa palabra por primera vez, un escapulario que me iba a colgar de los hombros—. Nunca me pegó, ni me quiso estrangular, ni me amenazó de ninguna manera.

Pasó tiempo hasta que acepté ponerme aquel collar macabro. No podía asimilar que esa palabra, *maltrato*,

podía relacionarse conmigo en absoluto. El maltrato se refleja en patadas y en empujones contra la pared y en estrangulamientos, ¿no? El maltrato es encogerse de miedo en un rincón, esperando a que te peguen. El maltrato son costillas rotas, ojos morados y fingir ante tus amigos que te has caído por las escaleras, ¿no? Dime que tú no me maltrataste, Reese.

Joan sonrió con calidez, sacó la fiel caja de pañuelos de papel y dijo algunas cosas que tardé en asimilar.

También es maltrato quien ataca tu personalidad, no solo tu cuerpo. Es maltrato cuando sientes que tienes que andarte con cuidado cuando estás alrededor de la persona a la que, en teoría, quieres. Es maltrato cuando te separan de tus amigos, aunque nunca puedas demostrar que fue cosa suya. Es maltrato cuando te hacen sentir que te estás volviendo loca, cuando te prometen la luna y te profesan un amor eterno que es imposible mantener. Es maltrato cuando te instan a tener relaciones sexuales con las que no te sientes cómoda. A esto también se le llama *violación*, otra palabra que me ha costado tiempo aceptar que forma parte de mi vida. Es maltrato cuando te humillan de forma intencionada. Es maltrato cuando te culpan a ti de todo, pero nunca es culpa suya.

—El trauma que te causa es el mismo que si te hubiera golpeado —me explicó Joan, mientras yo cogía otro pañuelo—. Un trauma es un trauma. Nuestro

cuerpo y nuestro cerebro no diferencian entre el maltrato físico y el maltrato psicológico. Solo saben que tienen que responder ante el ataque. Un ataque que no merecías, Amelie. Nadie merece ser tratado como te trató a ti el chico ese.

He necesitado meses con la psicóloga para aceptar que me maltrataste y que esto me ha causado un trauma. Ha requerido de horas y horas de terapia especializada, cientos de quilómetros y cubos y cubos de lágrimas.

Me maltrataste y me causaste un trauma.

Tú eres quien tiene un problema, no yo.

Simplemente tuve mala suerte. Igual que tiene mala suerte cualquier chica que caiga en tu red.

Sin embargo, he conseguido deshacerme de todo ello y ahora soy libre y puedo recomponerme de nuevo.

Hace muchísimo calor. El suelo del andén está a punto de agrietarse y el hielo se ha derretido en minutos dentro del café. Todo el mundo se abanica la cara con lo que puede. Nadie está sentado aquí conmigo, en este banco bajo el sol. Casi puedo sentir que me pica la nariz por el calor abrasador del sol quemándome la piel. Debería refugiarme bajo una sombra, pero todavía no ha llegado el momento. Tengo que hacer dos cosas más.

La especialista en traumas psicológicos a la que me derivaron, Sandy, me enseñó una técnica. Una técnica para distanciar mis sentimientos hacia ti y hacia todo el

caos que implicó conocerte. Lo pusimos en práctica en su consultorio. Me hizo relajarme y repitió la misma técnica una y otra vez hasta que dejé de temblar y de sollozar incontroladamente cada vez que pensaba en lo que me habías hecho.

—Amelie, imagina que estás en el cine —dijo Sandy —. Estás sola en medio de la sala. Todo está oscuro, se está muy bien, es un lugar seguro.

Cierro los ojos, aquí, sentada en este banco, en el andén que me vio llorar. El calor remite poco a poco, la luz del sol se vuelve más tenue. Me veo sentada en medio de una sala de cine vacía. No se ve nada en la pantalla. Estoy a oscuras y espero que empiece la película. Estoy a miles de quilómetros de Londres.

—Piensa en un momento antes de que empezara el trauma. Un momento en el que te sintieras segura. Segura y bien de verdad —dice la voz de Sandy—. Aquí es donde empieza la película.

Reese, estoy sentada y tengo los ojos cerrados, y pienso que me sentía mucho más segura antes de conocerte, así que esta película empieza en Sheffield. Empieza conmigo abrazada a Alfie y rodeada de amigos que me quieren, al norte de las chimeneas que escupen humo al cielo. Dejo que la sensación de seguridad me imbuya totalmente antes de darle al *play*.

—Y, ahora, está a punto de comenzar una película en blanco y negro. Una película sobre tu experiencia

traumática. Sin embargo, antes de empezar, quiero que salgas de tu cuerpo y levites hasta la sala del proyector, justo al fondo de la sala —indica Sandy.

Estoy flotando, Reese. Veo a dos versiones de mí misma. En mi cabeza, veo a la Amelie de la pantalla: se siente bien, segura y sonríe en Sheffield. Y puedo ver a la Amelie que está en el cine, esperando que comience la sesión.

—Y esta es la parte más difícil. La película empezará y tú mírate a ti misma mientras la ves.

Y la película comienza. Y me miro a mí misma mirando esta historia que versa sobre tú y yo.

Todavía me cuesta, Reese. No es tan duro como antes, pero sigue siendo muy difícil de aguantar. Sigo teniendo el impulso de meterme dentro de la pantalla, agarrar a la Amelie de la proyección y sacarla de ahí, pero no puedo. Me veo llegar el primer día de clase y me veo llorar en el banco porque echo de menos a Alfie. Me veo llorar en el escenario en medio de la cafetería la tarde del festival y me veo conocerte y quedar deslumbrada por aquel chico increíble con el sombrero. Veo como me acompañas a casa y me llevas a citas de ensueño, y me veo sintiendo que estaba en un cuento de hadas. Me veo llorar en la parada del bus al darme cuenta de que enamorarme de ti implicaba romperle el corazón a Alfie. Veo como pasamos por todos los lugares que albergan tantos buenos recuerdos y pienso

en lo embelesada que estaba, casi hechizada, y lo mucho que me iba enamorando de ti... A pesar de lo estridentes que eran las alarmas que intentaban advertirme. Veo como te apropias de mi primer gran concierto y lo centras en ti, y veo como me convenzo de que es el gesto más romántico del mundo. Veo como empiezas a tensarte cuando yo no puedo seguir el ritmo que me impones y veo el veneno fluir. Veo como me humillas y me ignoras en tu casa, me veo llorando en la calle. Veo como pierdo a todos mis amigos y me pierdo a mí misma al centrar toda mi vida en complacerte a ti, en detrimento de quien soy yo. Nos veo paseando por Londres y lo nerviosa y estresada que estoy, intentando hacer que te sientas bien, que estemos bien, que todo esté bien. ¿Qué ocurrió con aquello? Veo como me haces sentir mal por ser como soy en ese puente y me veo verter lágrimas que resbalan por mis mejillas y caen en las aguas sucias del Támesis. Me veo tomando el tren a Sheffield y... Y esta es la parte que me sigue resultando más difícil.

Trago saliva y, por un momento, pierdo el hilo. Quiero volver a este día cálido y soleado en el que me siento segura..., pero hundo las uñas en las palmas de las manos, cerrando el puño con fuerza, y veo como apareces en el concierto y veo el corazón de Alfie romperse en mil pedazos. Me veo siguiéndote hasta la estación, pidiéndote perdón. Luego veo lo que ocurrió

en aquel hotel. Aquello que nunca podrá remediarse. Algo por lo que nunca te podré perdonar. Me veo a mí misma apartando ese recuerdo de mi mente y mirando el móvil cada dos por tres, adicta a intentar ser quien querías que fuera, pero sin conseguirlo jamás. Te veo presentándome a Eden y usarla para hacerme sentir mal, y me veo llorar en la clase de Música. Y luego llego a este mismo lugar en el que me encuentro: en la estación de Clapham Junction, y veo cumplirse algo que me habías dicho que estaba loca por tan solo imaginarlo. Me veo llorar en la sala de espera de la estación, sola, yo y mis lágrimas. Nada más. Cuando se trata de ti, las lágrimas nunca han faltado.

Entonces la película se para.

Suspiro. Mantengo los ojos cerrados, pero limpio las lágrimas que no he podido reprimir.

—Y, ahora, enhorabuena por haber sido valiente y haberlo recordado todo —dijo Sandy.

—Soy valiente —susurro.

Lo soy, Reese. Soy muy, muy valiente. Igual de valiente que cualquier otra chica que logre escapar de alguien como tú con un poco de su esencia todavía en pie. Tal vez he llorado lo que no está escrito, tal vez he perdido la confianza y la dignidad, a mis amigos y la esperanza, pero no me he perdido a mi misma. No del todo. Fui suficientemente valiente como para guardar un pedacito, una semilla de mi persona que ahora

puedo replantar. Hay tantas chicas que no lo consiguen. Siempre, siempre hay que intentar ser una de las que sí lo logra.

—Y ahora, Amelie, sal de la sala del proyector, sobrevuela toda la sala de cine y entra en la película. Ahora ya es en color. Vas a sentir todo lo que sentiste, pero ahora la película va a rebobinarse muy, muy rápido, ¿de acuerdo?

Y aquí estoy, de cuerpo presente en este banco en la estación de tren, mientras mi mente se encuentra entrando en la pantalla de cine y resurge en este mismo lugar unos meses atrás, cuando hacía frío y yo estaba destrozada. Lo veo todo en color y puedo sentir todo aquel dolor...

—¡Adelante! La película se rebobina superrápido, hasta el minuto cero, hasta el último momento en el que te sentiste segura.

Estoy volviendo atrás en el tiempo a toda velocidad. Atrás, atrás, atrás por el suelo pegajoso de aquel local de Londres; atrás, atrás, atrás en el aula de Música; atrás, atrás, atrás hasta Sheffield; atrás, atrás, atrás sobre el puente Golden Jubilee; atrás, atrás, atrás delante de tu casa; atrás, atrás, atrás al escenario del Cube; atrás, atrás, atrás por todos los buenos recuerdos que no eran más que una trampa; atrás, atrás, atrás hasta la parada del autobús número 37; atrás, atrás, atrás de vuelta al festival del instituto; atrás, atrás, atrás hasta el primer

día de clase, el día en el que no le dije a Alfie que lo quería; y atrás, atrás, atrás hasta aquel día en el que cogimos la autopista hacia el sur. Deshago todas las cajas y vuelvo a recolocar toda mi habitación en Sheffield, tal y como era antes de que me obligaran a irme. Alfie está conmigo y ni siquiera sé que existes, y estoy bien, estoy segura.

Finalmente, estoy segura.

Abro los ojos.

Ha llegado el verano y lo nuestro se acabó. Ha llegado el verano y tengo la guitarra conmigo. Ha llegado el verano y voy a ponerme a cantar en medio de la estación, aunque sea ilegal. Aunque a ninguna de todas y cada una de las personas sudadas y ensimismadas a mi alrededor le importe lo más mínimo. He recuperado la voz y una canción me pide que la cante.

Toco el primer acorde y abro la boca. Solía tener miedo de actuar, pero ahora sé que hay cosas mucho más pavorosas.

Sonrío y canto.

He recordado los momentos
en el mapa de lo que fuimos tú y yo.
Atrás quedan mis principios,
abandonados
al lado de la que era yo.

Aquí tienes los lugares
que me han visto llorar.
Aquí tienes todo mi orgullo
y las mentiras que creí ser verdad.

Todo empezó en un banco solitario
y terminó en este mismo lugar.
Reencuentro a mi ser en el recuerdo,
un atisbo
del yo que fui
que quizás pueda bastar.

Aquí tienes los lugares
que me han visto llorar.
Aquí tienes mis intentos fútiles
y las lágrimas que llegué a derramar.

Y renazco.
Ha llegado el momento de florecer.
Aquí me tienes,
mi voz al viento,
valiente ante un nuevo amanecer.

Aquí tienes los lugares
que me han visto llorar.
Aquí tienes todo mi orgullo
y las mentiras que creí ser verdad.
Aquí tienes los lugares

que me han visto llorar.
Aquí tienes mis intentos fútiles
y las lágrimas que llegué a derramar.

Algunos de los pasajeros se acercan y escuchan mi canción, escuchan mi historia. Algunos asienten con la cabeza, claramente disfrutando de mi música. Un hombre quiere ofrecerme dinero, pero sonrío y niego con la cabeza. Otros fingen que no estoy. Están ensimismados, perdidos en el ajetreo de sus propias vidas y de sus problemas. No pasa nada. No hago esto para nadie más que para mí misma.

Tengo la maleta a mis pies.

Adiós, Reese. No te volveré a ver nunca más.

No te mereces que me despida de ti, obviamente, pero no lo hago por ti, sino por mí. Jessa me ha ofrecido una habitación en su casa para que termine el bachillerato allí, al otro lado de las chimeneas, y mis padres han convenido que es lo mejor. Cada vez que venga a visitarlos podré quedar con Hannah, que es una buena amiga. Y por delante me esperan trabajar para intentar entrar en la universidad y varios conciertos en mis locales preferidos. Esto sí es vivir. No volveré a ser la chica que fui un día. El pasado no se puede cambiar, pero sí puedo convertir mis experiencias y mis cicatrices, y las lecciones que aprendí, en una herramienta para que mi futuro esté menos marcado por las lágrimas. Hay un camino de sal que recorre el

país de norte a sur hecho de las lágrimas que he derramado y que me recuerdan el horror que he vivido. Un horror que termina aquí.

Y, ¿sabes qué?

Ya casi no lloro nunca.

Fin

Si tú también has vivido situaciones como las que se abordan en esta novela, el primer paso que puedes dar es contar lo que te está pasando a personas de tu confianza y buscar apoyo.

Llama al 016: teléfono gratuito y confidencial de información y asesoramiento jurídico las 24 horas del día y en 51 idiomas.

Si eres menor de edad, puedes llamar al teléfono gratuito ANAR: 900 20 20 10.

Finalmente, también puedes llamar al teléfono de la esperanza —gratuito y confidencial— si necesitas a alguien que te escuche y te guíe: 717 003 717 (http:telefonodelaesperanza.org/llamanos). Consulta lo antes posible a un médico o a un psicólogo.

Primera edición: febrero de 2020
Primera edición digital: febrero de 2020

Adaptación de la cubierta: Book&Look
Producción del ebook: booqlab.com

Título original: *The Places I've Cried in Public*

© 2019 Holly Bourne (texto)
© 2019 Jan Bielecki (imagen de cubierta e ilustraciones del interior), Usborne Publishing
© 2019 Laura Obradors Noguera y Alicia Bueno Belloso (traducción)
© 2020 La Galera (por esta edición)

ISBN EPUB: 978-84-246-6675-0

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.